

**El aire
que me
QUITAS**
vol.1

ISABELLA MARÍN

Juegos peligrosos

Parte 1

El aire que me quitas

Isabella Marín

© Isabella Marín, diciembre 2023

Diseño de la portada: Adyma Design
Foto: Adobe Stock

Primera edición: enero 2024

Corregido por Correctivia

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Epílogo](#)

[Libros relacionados](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

Capítulo 1

¿Te has enamorado alguna vez?

¿No es horrible?

Te hace tan vulnerable...

(Neil Gaiman)

Alexandra

¿Conoces ese instante que lo paraliza todo? ¿Tu mente, tu corazón, incluso esas diminutas moléculas de oxígeno que nutren tus pulmones?

Es casi un chiste hablar de ello porque, antes, te habría dicho que los flechazos no existen. Que son pura fantasía propagandística. Un invento de los poetas. Inocentes mentiras que nos contamos a nosotros mismos para que parezca que nuestra vida tiene algo de sentido; que no estamos tan jodidamente vacíos por dentro como parecemos.

Esto es lo que te habría contado antes de que se abriera la puerta, *antes* de que nuestras miradas colisionaran a través del aire como dos fuegos artificiales que se unen en una explosión magnífica que arrasa con todo a su alrededor.

Entonces, yo aún era una mujer fría y racional.

Ahora no tengo ni idea de lo que soy. Lo tengo delante y es como si todo se hubiera paralizado, un momento congelado en el tiempo que siempre recordaré.

No hay forma humana de arrancar los ojos de los suyos. Desprende una energía tan primitiva que una vaga sensación de peligro se enciende dentro de mí, aunque no es esa inexplicable inquietud lo que me dispara el pulso en las muñecas, sino la intensa descarga eléctrica que estalla por toda mi columna y convierte en chispas el aire a nuestro alrededor.

Me siento como si le conociera de toda una vida.

—Vale. Que te follen a ti también, desgraciado. Escucha, tengo que colgar. Ya está aquí mi cita de las cinco.

Su interlocutor sigue hablando, lo escucho reírse desde aquí, pero él se aparta el teléfono del oído como si estuviera en trance y se lo guarda en el bolsillo.

Debe de sentirlo. Es imposible que no note el rugido de toda esta energía eléctrica.

Está tan atrapado como yo.

La atracción es inmediata, un agudo tirón en el estómago, y *pum*, mi sangre se dispara y empieza a bombear sin ningún control, tan tórrida y veloz en mis venas que, durante unos lentísimos diez segundos, el mundo entero queda relegado al frenético latido de mi corazón y al profundo azul de su mirada.

Nunca había visto un trozo de hielo que quemara tanto.

—La señorita Harper, imagino —dice mientras me observa con expresión impenetrable.

La voz, ronca y llena de promesas oscuras, me hace pensar en sexo salvaje.

Intento rehuir la crudeza de la imagen de nuestros cuerpos entrelazados que se reproduce espontáneamente en mi desatada imaginación, me aclaro la voz por lo bajo y cuadro los hombros con aire profesional.

—Sí. Buenas tardes.

—Pase, por favor. La estaba esperando.

Dios. Ahora voy a tener que levantarme de aquí y no sé si seré capaz. No esperaba que saliera a recibirme, ni mucho menos que su presencia me hiciera sentir como me siento.

Es el hombre más atractivo que he visto en toda mi vida, eso no lo discuto. Alto e imponente; imagino una pared de músculos perfectamente definidos por debajo de su sofisticado traje tres piezas de color azul marino.

Pero que me tiemble todo el cuerpo, las manos, y que mi corazón lata tan deprisa que me siento un poco mareada parece consecuencia de algo mucho más intrínseco, nada que ver con su cara cincelada o su atlética silueta.

Hay algo más en él. Todavía no alcanzo a definirlo, y me preocupa lo mucho que estoy dispuesta a ahondar con tal de conseguirlo.

Sé que debería moverme, hacer lo que se espera de mí. Ojalá pudiera hacerlo.

Estoy paralizada en el sofá, pupilas dilatadas, boca seca, ideas dispersas, todas tremendas.

Mi pecho empieza a subir y a bajar cada vez más deprisa, hasta que oigo mi propia respiración quebrantarse.

Mis incontrolables reacciones deben de resultarle evidentes, porque capto la sombra de una leve sonrisa en las comisuras de sus labios.

Genial. Ahora sabrá que no me ha dejado indiferente.

Lo peor que puedes hacer en una entrevista cara a cara es ponerte nerviosa. Le otorga a la otra persona poder sobre ti.

Me humedezco los labios, cabreada conmigo misma por ser tan impresionable, fuerzo una sonrisa profesional y me pongo en pie, haciendo gala de un control que no poseo desde que sus ojos impactaron contra los míos.

Los tacones de mis incómodos zapatos de salón repiquetean encima del carísimo mármol del suelo, lo cual acalla durante unos momentos el persistente rugido de la lluvia que desde ayer acumula aguas residuales en las aceras de Cleveland.

Apenas llevo unas cuantas semanas en la ciudad. Me parece todo muy distinto a California. Es como si aquí nunca brillara el sol.

Me detengo delante de él, con la sangre laténdome de manera irregular en las sienes, y los ojos incapaces de apartarse de su sublime rostro.

«Vaya... tela... joder».

He visto fotos, claro, pero la cámara no le hace justicia. Una lente no podría captar todos los matices, las contracciones de su tenso perfil, la intensidad de su mirada...

A través de una pantalla no puedes percibir cómo huele una persona ni cómo te revuelve por dentro su olor.

No es una colonia. No creo que las colonias puedan reproducir algo tan devastador y exquisito. Huele como esperarías que oliera la naturaleza desatada.

Casi doy un respingo cuando se saca la mano del bolsillo del pantalón y me la ofrece. No sonrío. Al menos, no del todo.

Y, sin embargo, parecen divertirle mis reacciones. Hay un destello socarrón en la mirada que no deja de sondear la mía.

Observo durante unos lentos segundos el extraño anillo que lleva, sus cinco dedos, todos tatuados, y luego estrecho su mano con el apretón firme y profesional que se espera de mí.

Siento las chispas eléctricas incluso antes de que su cálida piel llegue a rozarme, y me

apresuro a despegar nuestras palmas tan pronto como me es posible sin parecer brusca o maleducada.

—Señor Williams.

—Encantado de conocerla. ¿Le ha costado encontrar el edificio?

—He puesto el GPS.

Arquea una ceja.

—Ah. Entonces, no tiene pérdida. Pase. Póngase cómoda.

Su despacho es colosal, ocupa casi la mitad de este ático.

Sin embargo, al cerrarse la puerta, siento que toda la superficie encoge de golpe, como si la intimidante figura que se me acerca por detrás ocupara más espacio del que le corresponde.

—Vaya vistas tiene desde aquí.

Comprueba, confundido, la ventana.

—Sí. Supongo. No me había fijado.

Me instalo en la silla y lo observo con las cejas en alto. Es esa clase de persona que hace que todos le sigan con la mirada, como si cada gesto suyo fuera digno de estudiar.

Se acerca con paso ligero al sillón ejecutivo que se le parece más a un trono que a cualquier otra cosa y se desabrocha el botón de la americana con dos dedos, antes de acomodarse al otro lado de la mesa que nos separa.

Estoy un poco abrumada. Sus ojos impactan cuando te miran de lleno. No solo que sean eléctricos. Es mucho peor que eso. Su fortaleza, similar al acero, impide el paso hacia las profundidades de su mente.

Dicen que los ojos son un espejo en el que se refleja el alma humana. Los suyos, no. No hay reflejo, solo una roca escarchada contra la que te estrellas si se te ocurre sumergirte en ellos un poco más de la cuenta.

—Está un poco pálida. ¿Le sirvo algo de beber?

Echo un vistazo rápido a la bandeja llena de licores que hay junto al sofá. Tomaría algo fuerte para calmar los nervios, pero no creo que sea adecuado para una entrevista de trabajo.

—No, gracias. —Le devuelvo toda mi atención, soy una chica fuerte, puedo con esto—. Estoy bien así.

Me mira como si yo fuera un cuadro, su concentración es tan absoluta que en este momento cada molécula de su ser está pendiente de mí.

Se me forma un nudo en la garganta y noto que me empiezan a temblar las manos en el regazo. Entrelazo los dedos para calmarme.

Parece peligroso. Autoritario. Desafiante.

Y sexy, jodidamente sexy.

«Y tú necesitas centrarte en el motivo de esta entrevista, no en lo que él te hace sentir. Así que... Al grano, Alexandra».

—Señor Williams, le agradezco que me haya recibido con tan poca antelación —empiezo a decirle con voz atropellada.

—No me lo agradezca a mí. Mi hermana insistió mucho. Por lo visto, la tiene usted muy impresionada.

—Le prometo que no la he coaccionado ni nada —intento bromear.

Me incomoda que no sonría. Se limita a observarme como lo harías con un animalito exótico que te tiene de lo más intrigado.

Me aparto el pelo de los ojos con dedos intranquilos y, tensando las comisuras de los labios

en un gesto nervioso, le sostengo la mirada.

Ni se inmuta.

—Mia dice que se acaba de mudar aquí.

Hasta su timbre, bajo y rasposo, me pone a cien. «Centrémonos».

—Así es.

—¿Qué la he impulsado a tomar tan mala decisión?

—¿Perdón? —parpadeo despacio, sorprendida por la pregunta.

—De todos los lugares del mundo, va usted y elige Cleveland. ¿No se ha enterado? La gente se va de la ciudad, no se instala en ella.

—No he tenido esa sensación hasta ahora. Cleveland parece... una ciudad como cualquier otra.

—A lo mejor no ha visitado los barrios adecuados. Pruebe con Scoville Avenue. Pero, si quiere mi consejo, no vaya nunca de noche. Si no quiere convertirse en la víctima de alguien. Ahora, entre nosotros dos, ¿qué le ha hecho pensar que Cleveland es el sitio apropiado para alguien como usted?

En sus labios, *alguien como usted* suena casi como un insulto.

Intento concentrarme en la conversación, pero resulta difícil de ignorar el firme rostro de labios carnosos, pómulos planos y mandíbula esculpida que tengo delante. Es una puñetera obra de arte que merece la más exhaustiva de las inspecciones.

Su boca resulta demasiado sensual. Mirándola, una podría confundirse y llegar a pensar en cosas muy malas.

Los demás rasgos, en cambio, no me transmiten sensualidad. Son demasiado implacables. El ceño fruncido concede una dureza inquebrantable a sus facciones.

Me cuesta mucho colocar una sonrisa en sus labios. No parece la clase de hombre dispuesto a reírse.

«Quizá no tenga motivos para hacerlo».

El pensamiento revuelve algo dentro de mí, rescoldos que había dado por apagados.

Aparto la vista de forma abrupta y parpadeo para recomponerme.

—¿La estoy poniendo nerviosa?

Me obligo a centrar la mirada en sus iris, el hielo que arde. Un terrible error, dado que desconciertan incluso más que antes. Abrasan allá donde se posan, y parecen empeñados en recorrer toda mi fisonomía.

—Usted, no. Sus preguntas.

Enarca una ceja con aspecto divertido.

—Creía que en una entrevista de trabajo las preguntas se daban por sentadas, señorita Harper. Mis disculpas si me equivoco.

—¿Por qué no me pregunta mejor sobre mi experiencia laboral?

—Porque ya me leí su currículum. —Señala aburrido las tres hojas de papel desplegadas sobre la mesa y yo escaneo deprisa los tatuajes que tiene en el reverso de las manos. Me llama la atención el de la rosa. Es muy sexy—. No me gusta dar vueltas sobre lo mismo una y otra vez. Ya sé que está licenciada en diseño de interiores, que trabajó durante dos años como pupila del famoso arquitecto David Bailey, que nació el... —Rompe nuestro intenso contacto visual para buscar la información en la hoja porque, evidentemente, no está tan informado como cree—. Veinte de enero de mil novecientos noventa y seis —constata sorprendido, antes de volver a sopesarme con la mirada.

—¿Y qué más necesita saber?

—¿Por qué Cleveland?

Frunzo el ceño con aire confundido.

Esbozo una sonrisa incrédula.

Y, por último, me cubro el labio inferior con los dientes y paseo la mirada por su rostro, frío y rígido por culpa del repentino rictus pétreo que asola sus facciones.

—Está lo bastante alejado de Los Ángeles.

—¿Trata de huir de algo?

—Empezar de cero.

Le ha agradado mi pequeña corrección. Casi sonrío.

—Buen eufemismo. Cuénteme algo sobre usted que no aparezca en estas páginas. Su mayor cualidad. ¿Cuál cree que es?

Medito la respuesta durante unos segundos, en los que intento captar todos los detalles que puedo.

Soy casi como una esponja, lo absorbo todo; me fijo en la cajetilla de cigarrillos que hay sobre la mesa, en la caja de cerillas con el logo de lo que parece un club —*Fever*—, en las llaves de un Lexus, el móvil de última generación que ha dejado sobre la mesa con la pantalla hacia abajo, no vaya a ser que yo pueda ver algo que no debo, el portátil blanco de la marca Apple que se interpone entre nosotros...

No hay fotos familiares y, por supuesto, no lleva alianza.

—Soy capaz de leer a las personas como si de un mapa se tratara.

Mi respuesta enciende un brillo de curiosidad tras sus pupilas. Se retrepa en el sillón y me analiza con una expresión de lo más penetrante.

Empiezo a sentirme un poco expuesta, como si sus ojos hubieran visto algo más de lo que estoy dispuesta a desvelar.

Intento que no note mi desasosiego ni lo mucho que me cuesta aguantarle la mirada.

—Demuéstrelo. Cuénteme algo interesante sobre mí.

—Algo interesante sobre usted... —sopeso la idea y una sonrisa socarrona eleva unos milímetros la comisura derecha de mi boca.

El ventanal que hay a sus espaldas atrae mi atención durante unos segundos. Por fin ha dejado de llover.

—¿No se le ocurre nada interesante? —se burla al ver que no digo nada.

Mis ojos descienden de golpe hacia los suyos, fieros y tan penetrantes que esta vez atraviesan todas las barreras que impedían el paso. La marea puede erosionar las rocas cuando golpea con suficiente fuerza.

—No es quien dice ser.

He conseguido sorprenderle. Levanta las cejas y me observa como si intentara descifrarme, sus ojos azules se agudizan de tal forma que parecen pretender absorberme el alma.

—Ah, ¿no?

Niego muy despacio, con una sonrisa apenas perceptible.

—Parece amable y cortés, pero...

Sé que he captado su interés por completo. Si me detengo es solo porque me gusta crear expectativa.

—Pero ¿qué? —inquire, inclinándose hacia adelante con evidente curiosidad.

Nuestras miradas luchan la una contra la otra durante unos segundos. No es un hombre fácil

de doblegar. Su voluntad es inquebrantable. Casi tanto como la mía.

—Cada fibra de mí me dice que usted es peligroso.

Se le frunce el ceño con tanta fiereza que por un segundo me pregunto si no me habré pasado de la raya.

—Es muy observadora —admite y, aunque su rostro no se mueve, juraría haber percibido la sombra de una leve sonrisa en las comisuras de sus labios.

—Suelo serlo.

—¿Por qué?

—Deje algo para nuestro próximo encuentro, ¿no?

—¿Por qué? —insiste, como si no se hubiera dando cuenta de que me estoy burlando de él.

Nos internamos en un breve momento de silencio, en el que él sigue mirándome implacable y yo le aguanto la mirada con aplomo.

—Me gusta saber a qué atenerme, señor Williams.

—¿Y ya sabe a qué atenerse conmigo?

Sonríó para mí y vuelvo a concentrarme en la ventana. Sé que no me quita los ojos de encima. Le intrigo tanto como él a mí.

Y, joder, a mí más que intrigarme, casi me obsesiona. Su hermana me contó que es un empresario muy exitoso que se dedica al ocio nocturno y a las apuestas, pero dos guardaespaldas con pintas de recién salidos de una rueda de reconocimiento policial me han interceptado nada más poner un pie en el edificio y uno de ellos me ha escoltado hasta el ático. Así que ¿es realmente quien dice ser? Permitidme que lo ponga en duda.

—No, no lo sé —contesto, concentrada en seguir el recorrido de una de las gotas de agua que se deslizan sobre el ventanal.

—¿Cómo es eso?

Me tomo unos segundos para pensar y luego, con parsimonia, bajo el rostro hacia el suyo y dejo que nuestras miradas se fusionen otra vez.

Qué extraño. Tengo la impresión de que, cuanto más me afano por desentrañarlo, más me estoy empapando de gasolina. Casi puedo ver la cerrilla que sostiene entre los dedos. Es inquietante.

—Usted es... difícil de interpretar. Mirarle es como contemplar un enorme mosaico romano en el que algo no encaja. A primera vista parece todo correcto, colocado en el lugar que corresponde, pero hay una nota discordante que rompe por completo la armonía del conjunto.

—Ha conseguido intrigarme, señorita Harper, y no hay mucha gente que pueda presumir de eso últimamente. ¿Cuál es esa nota discordante que ve en mí?

—Hay varias, en realidad. Pequeños detalles. Los tatuajes que tiene en los dedos y en las manos no encajan para nada con la elegancia de su ropa, y su pose despreocupada contradice por completo lo inteligente y observadora que es su mirada cuando te fijas en ella de verdad. Tengo la impresión de que lleva como una especie de disfraz y, cuanto más le analizo, más claro tengo que no le pega en absoluto. Así que no puedo dejar de preguntarme... ¿A quién pretende engañar? ¿A los demás? ¿O a sí mismo?

Lanza un silbido entre dientes.

—La leche. Muy bien, doctora Quinzell. Muy perspicaz. Me ha dejado sin habla. Debería poner esto en su currículum, añadirlo junto al resto de aptitudes. Inteligente y observadora. Lee a las personas.

Me muerdo fastidiada la punta de la lengua y encajo la burla con un leve asentimiento.

—No era más que una suposición. Tengo que hacer muchas suposiciones en mi trabajo. Comprender cómo es una persona ayuda a anticiparse, a adivinar mejor qué es lo que quiere. Ya sabe, conocer sus gustos.

Asiente y, con tranquilidad, abre la cajetilla, retira un cigarrillo y se lo encaja entre los labios.

—Mis gustos, ¿eh? Cuando usted quiera, se los explico al detalle. ¿Fuma?

Niego.

—No.

Me gustaría saber si lo que acaba de decirme sobre sus gustos es alguna especie de alusión sexual. Algo en su sonrisa contenida me dice que sí.

—Bien por usted. —Sujeta el cigarrillo entre los dientes y me vuelve a contemplar como a un cuadro de valor incalculable—. Dicen que es malo.

—¿Y por qué no lo deja?

Bufando una especie de risa, coge la caja de cerillas y prende una con los ojos clavados en los míos.

—Soy un temerario.

La llama ilumina momentáneamente el delgado rostro que se afila aún más cuando absorbe con fuerza humo en los pulmones.

Me quedo tan atrapada que desearía mirar más y más, hasta perderme en la infinitud de tantas preguntas sin respuesta que él suscita en mí.

Es como la caja de Pandora. Nadie consigue mantener a raya la curiosidad. Pero, si dejas que la curiosidad te absorba, estás acabado.

—¿Qué más cree saber sobre mí? —me pregunta después de expulsar una nube humo hacia un lado, para evitar arrojármela en la cara.

Cada vez que le miro la boca, y me parece que lo hago más a menudo de lo que debería, siento tal punzada de deseo sexual que todo lo demás se desvanece. Tiene los labios perfectos para darle placer a una mujer.

—¿Qué más? Veamos. Diría que padece un egocentrismo casi patológico, basándome en lo mucho que disfruta con esta conversación que gira en torno a usted.

Suelta una risa rasposa, da una calada prolongada y vuelve a observarme, todavía más intrigado.

Es guapo. Demasiado.

Y, cuando sonrío, quita el aliento.

—¿Por qué diría algo así?

Se produce un breve silencio, en el que me humedezco los labios e intento comportarme como la buena chica que sé que soy, aunque no lo parezca ahora mismo.

—Porque actúa como si, no solo este lugar, sino el mundo entero, le pertenecieran. Su postura erguida, la forma en la que mira a los demás, siempre de frente, desafiante. Le gusta el poder, señor Williams, y es bastante evidente que lo emplea en todos y cada uno de los aspectos de su vida. Juraría que nunca ha dado un paso en falso.

—Pues te equivocas, Alexandra. Créeme, he dado más pasos en falso que nadie en el mundo. ¿Qué más?

Sonrío con cierto fastidio. Él no lo hace. Su rostro es un conjunto de rasgos peñascosos, casi huraños.

—Es una persona reservada. Da la impresión de que no necesita nada de los demás. Solo se tiene a sí mismo y eso es suficiente. Puede que le hayan decepcionado demasiadas veces a lo

largo de su vida. Tal vez eso haya quebrantado su confianza en los demás.

El oscuro brillo de sus ojos se apaga de golpe, y su expresión deshecha es tan inesperada que me aturde.

—Te has divertido lo suficiente, ¿no crees? Ahora te toca.

—¿Me toca? ¿El qué?

—Desvélame algo sobre ti.

Los bordes de mi boca contienen el esbozo de una sonrisa irónica.

Sus ojos vuelan por unos segundos hacia mis labios y, una vez más, noto la tremenda energía que fluye entre nosotros.

Le gustaría besarme, y lo entiendo, en serio. La boca es el mejor atributo de toda mi fisionomía. Mi rostro es simétrico, mis ojos de color ámbar ocultan un halo de misterio, pero, sin la boca, decidida, carnosa, pintada de rojo mate oscuro, sería una chica del montón.

Hoy no quiero ser del montón. Necesito que me vean.

—¿Por qué iba a desvelar nada? Un jugador nunca enseña sus cartas.

—Cierto. Los jugadores no enseñamos las cartas. Muy bien, entonces tendré que hacer conjeturas.

Me humedezco el labio superior con la punta de la lengua y despliego las manos a ambos lados del cuerpo en un gesto de indiferencia.

Sus ojos se oscurecen más y más. Juraría que ahora mismo me observa con la atención de un cazador que tiene a su presa en el punto de mira de su escopeta.

—Adelante —lo reto con una ceja en alto—. Pruebe suerte.

En su boca empieza a iniciarse una especie de sonrisa lenta que deja claro lo mucho que disfruta con las provocaciones.

—Está bien. —El silencio se alarga entre nosotros hasta volverse crepitante por culpa de los ojos que se pasean por encima de todo mi rostro en busca de pistas que podrían revelarle cómo soy en realidad—. Creo que te escondes.

Mi sonrisa burlona desaparece de golpe, reemplazada por unos rasgos compactos como el granito.

—Y creo que te doy miedo —continúa, satisfecho por haber conseguido desgarrar mi falsa indiferencia—. Nunca te ha gustado rodearte de gente como yo, tíos que tienen... tatuajes en los dedos y en las manos —señala, divertido.

—¿Usted cree? —repongo con ironía y sin despegar los ojos de los suyos.

Hace un leve gesto afirmativo con la cabeza.

—Tú tienes demasiada clase para eso, Alexandra. Durante toda tu vida te has movido en terreno seguro, controlándolo todo a tu alrededor. Nunca has decepcionado a tus padres, porque eres muy sensata, interpones la razón a los sentimientos, calculas minuciosamente cada paso que hay que dar, cavilas y solo después actúas. Por eso te dedicas al diseño. Te gusta hacer cálculos y ordenar cosas y... no crees que existan los impulsos.

—Vaya análisis más complejo —me burlo con una sonrisa de lado—. El FBI no sabe lo que se ha perdido con usted.

Me observa largo rato, con el cigarro humeante suspendido entre los labios, y al final su rostro se tuerce en una sonrisa oblicua.

—¿He acertado?

—Ni una pizca.

Mueve la cabeza, divertido, antes de erguirse sobre su metro ochenta y muchos de estatura y

dar por concluida la reunión.

Ha sido la entrevista más rara que he tenido nunca. Se ha hablado de todo, menos de negocios.

—¿Cómo puedo localizarte? ¿Tienes una oficina?

Me tutea, pero no me ha pedido que yo lo tutee a él y no lo hago a propósito.

—Aún me estoy instalando, pero, si me necesita, puede llamarme a este número. —Cojo un bolígrafo de la mesa, agarro su muñeca y apunto mi teléfono en la palma de su mano izquierda. Sé que ya viene en el currículum, pero prefiero recordárselo. Por si acaso.

No necesito mirarlo para sentir la sonrisa con la que me observa.

—¿Tampoco tienes tarjetas?

Sonríó antes de levantar la cara hacia la suya. Estamos tan cerca que nuestras narices casi se rozan. Me estoy ahogando, no puedo respirar nada que no sea su maldito olor.

—Me preocupa el medio ambiente.

Intento no fijarme en que sus ojos están puestos en mis labios ni admitir que esa mirada oscura y cargada de deseo hace que esté conteniendo aliento ahora mismo. Su cuerpo arde y, al estar tan cerca de su órbita, el fuego parece consumirme también a mí.

—Te llamaré.

—Bien. Y a ver si la próxima vez hablamos de trabajo.

Se guarda las manos en los bolsillos del pantalón, ladea la cabeza para que nuestros ojos estén más o menos a la misma altura y sonríe con sorna.

—¿Y eso? ¿Te preocupa que siga indagando sobre ti?

—Para nada. Se le da fatal este juego.

Hace una mueca divertida.

—Yo no diría tanto.

—Hasta la próxima, señor Williams.

Me cuelgo el bolso del hombro y me encamino hacia la puerta.

—¿Sabes qué más creo, Alexandra? —me detiene cuando ya tengo la mano puesta en el pomo—. Creo que no quieres sentirte atraída por mí, pero no puedes evitarlo.

Noto la lengua pastosa. Procuro inspirar hondo antes de volver la cara hacia la suya.

Me digo a mí misma que su voz, baja y rota, no me ha afectado en absoluto y que sus malditos ojos incandescentes no me disparan el pulso cada vez que hurgan en los míos.

Al final acabo creyéndomelo. Yo siempre creo lo que quiero creer.

—La próxima vez que nos veamos hablaremos de su arrogancia. —Mi respuesta hace que sus labios se desplieguen en una sonrisa lenta y seductora—. Vaya. Tiene que hacer eso más a menudo.

—¿El qué? —repite con expresión confundida.

—Sonreír. Está guapísimo.

Asiente divertido y sus ojos me envuelven con su eléctrica calidez. Hay algo salvaje e indómito en él, una energía latente que me deja sin respiración.

Necesito irme de aquí. *Ahora.*

Abro la puerta con impaciencia, pero su voz grave y oxidada me detiene una vez más.

—Alexandra.

En sus labios mi nombre suena desgarrado y... sensual y no puedo evitar estremecerme por dentro al oírlo.

Me giro despacio, como rindiéndome ante esa súplica, y nuestras miradas conectan de nuevo

a través del aire. Su rostro ha recuperado el habitual rictus pétreo.

—¿Por qué no hay una foto en tu currículum?

Me encojo de hombros.

—Será que me gusta el factor sorpresa.

En su cara aparece una sonrisa de lado.

Le guiño el ojo, y después me marchó, consciente de que se ha quedado ahí de pie, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y los ojos siguiéndome como los de un tigre al acecho.

Capítulo 2

**De una pequeña chispa
puede prender una llama.**

(Dante)

Ash

Siempre me ha gustado el juego. No discrimina a las personas. Los jugadores se enfrentan todos a la misma suerte: ganar o perder.

Da igual quién seas, de dónde vengas, a qué clase de colegio de mierda hayas asistido. Puedes ser de la *Ivy League* o alguien que no sabe escribir su nombre. No importa. El azar no entiende de etiquetas.

Probablemente sea la única puta cosa igualitaria que hay en el mundo. El juego nos jode a todos por igual, y parece ser que esta noche está empeñado en joderme a mí.

Lo cual no estoy dispuesto a permitir.

En mi caso, la banca siempre gana.

Por la sencilla razón de que la banca soy yo.

—Mesa cinco.

Sin dejar de prestar atención a las cámaras de seguridad, me enciendo un cigarrillo y luego agito la cerilla en el aire para que se apague. Tengo debilidad por las cerillas.

Por cualquier instrumento del caos, en realidad, pero, sobre todo, por las cerillas. Para ser tan pequeñas, ocupar tan poco espacio en mi bolsillo, a veces me resultan muy útiles.

El empleado que controla las cámaras de esa zona —un chico joven, sobrino de alguien, no recuerdo ahora mismo de quién— observa a los jugadores. Se toma su tiempo para intentar adivinar cuál de los seis está haciendo trampas.

Analizo en silencio la jugada.

Sé que mi postura corporal resulta engañosa. Mantengo las manos hundidas en los bolsillos del chaleco, como si estuviera muy tranquilo, pero no es sosiego lo que llamean mis ojos, sino exasperación. ¿Por qué no está viendo lo mismo que yo?

Y, lo que es aún más inquietante, ¿qué coño hace en la sala de control si no es capaz de ver lo mismo que yo?

—¿Se refiere al tejano?, ¿el que lleva sombrero vaquero?

La pregunta, lanzada en tono tembloroso, me hace blasfemar hacia mis adentros.

No obstante, mi cara no desvela ni un ápice de la irritación que siento. En el fondo, soy un hombre paciente, joder.

—¿Cómo te llamas, chico?

—Don, señor.

—Bien, Don. —Sonrío para que se relaje y le palmeo la espalda. Está muy tenso—. Tranquilo. No pasa nada. Sigue mirando. Obsérvalos bien y dime qué ves.

Nos internamos en un silencio de casi dos minutos.

El chico tiene los labios lívidos. Imagino que alguien le habrá hablado de mí. A saber lo que le habrán contado. Seguro que nada bueno.

—¿Y bien? —me intereso, después de expulsar una bocanada de humo hacia un lado.

—Es la mujer. Parece tensa.

Doy una calada larga y lenta a mi cigarro y tomo nota mental de buscarle otra tarea.

El éxito en los negocios consiste en saber aprovechar los recursos humanos. A los empleados has de buscarles el trabajo que mejor encaje con sus aptitudes.

El chico no tiene la culpa. El que le encomendó esta labor tenía que haberse dado cuenta de que le falta perspicacia para desarrollarla, pero Julian —imagino que habrá sido Julian, porque es a quien dejé al cargo cuando decidí desatenderme del casino— no tiene la habilidad de... bueno, ninguna habilidad en absoluto, salvo la de dar palizas.

—¿Es la mujer, señor? —insiste Don, cada vez más convencido de haber dado en la tecla.

Niego muy despacio.

La frente del chico se perla de sudor. Decido apiadarme de él.

—¿Ves al que parece un universitario macarra? —Apoyo la mano en el respaldo de su silla, me inclino sobre su hombro y señalo el problema con un golpecito en la pantalla—. Este capullo está contando cartas. Le quiero fuera. Estoy hasta los huevos de estos gilipollas que se creen tan listos como para jugármela.

—Qué curioso. Creía que te gustaban los que pueden jugártela —se mofa el Holandés desde la otra esquina de la sala.

Hago una mueca.

—Los que lo consiguen, mamonazo, no los que se quedan a medio camino. Estos soplapollos no suponen ningún reto para mí.

El Holandés ríe entre dientes y cabecea, divertido.

Decido servirme una generosa copa de whisky y luego vaciarla de un trago. El chico, Don, comunica la orden al equipo de seguridad y al instante dos hombres que parecen soldados del ejército de tierra irrumpen en el casino, levantan al sospechoso de la mesa y lo arrastran hasta la puerta trasera.

Empiezo a sentirme mejor, la tensión abandona poco a poco mis agarrotados hombros. Doy una larga calada que aplaca el mal que ruge dentro de mí, retengo durante unos segundos el humo en los pulmones y lo expulso despacio.

Joder. Qué bien sienta volver a las trincheras, coño, ser el de antes. Estoy hasta la polla de la oficina. Siempre igual, las reuniones, los acuerdos, la diplomacia, lo políticamente correcto...

En el casino puedo ser yo mismo. Aquí no hay necesidad de fingir. Estoy entre los míos. En casa.

Mi primer negocio legal fue un casino. Ojalá volviera a sentir la ilusión que sentía entonces, cuando aún creía que con un local era suficiente para volverse respetable. Qué chorrada. Como si el mundo fuera a olvidar alguna vez el puto lodo del que has salido.

Me sirvo una segunda copa antes de sentarme en el borde de una mesa alargada, en la que dos amigos de mi círculo más íntimo controlan las cámaras de las salas privadas. Ahí no suele haber problemas. Los jugadores de las salas privadas son de confianza. Solo se accede por recomendación y pagando veinticinco de los grandes. Jueces, políticos, padres de familia... Lo mejorcito de la ciudad.

—¿Cómo van las cosas esta noche?

—Nada que reseñar —me contesta Serpiente, cuyos ojos grises no se apartan ni por un segundo de la pantalla. Le llaman así por el tatuaje que tiene en el cuello.

La mayoría de los empleados de este lugar tienen apodos, nada de nombres. Son todos del

barrio. Si alguien me preguntara por Adam, no tendría ni idea de a quién señalar. Ni que hubiera visto su puta partida de nacimiento, si es que la tiene. Probablemente, no. Aquí nadie es legal. Nunca lo seremos.

Les ofrezco un trago, pero tanto Serpiente como el Rubio rehúsan con un gesto.

—Williams, tengo la información que me pidió.

Feller, mi contacto en el departamento de policía de Cleveland, irrumpe en la sala y su mera presencia hace que el murmullo de las conversaciones cese de golpe. Nadie se siente cómodo con él merodeando por aquí. Todo el mundo tiene motivos más que de sobra para sospechar de la policía.

Aunque poco queda del policía idealista que hace veinte años se dedicaba a perseguir criminales por los sucios callejones de Cleveland. El voluminoso michelín que le rodea la cintura sugiere un aburrido trabajo de oficina, y su rostro, inexpresivo, surcado de arrugas, que le queda poco tiempo para jubilarse.

En pocas palabras, se la resbala.

Me deshago de la copa, dejo el cigarrillo en un cenicero de por ahí y me vuelvo hacia él con evidente interés.

Lo que diferencia a un rey de un matón cualquiera es lo alto que llega su influencia.

Emilio siempre me lo decía. Le metieron una bala entre las cejas hace diez años, pero sus consejos aún me guían día a día.

Me acerco a Feller y le doy la mano, antes de coger la carpeta que me ofrece y analizar su contenido con un ansia que me cuesta controlar.

Lo primero que veo es una foto de ella.

Nunca me pongo nervioso. Jamás. Cualquiera conocido me describiría como estoico e inmutable.

Unos pocos desafortunados dirían incluso que soy un cabrón inclemente.

Puedo llegar a ser muchas cosas, pero nunca un hombre nervioso.

Así que no me explico porque, en esta ocasión, el corazón se me acelera por debajo de la camisa lo bastante como para que la excitación empiece a bombear palpitantes chorros de adrenalina por todo mi sistema sanguíneo. Es casi tan bueno como sentirse vivo.

La sensación dura unos cinco segundos antes de apagarse.

Después, no queda nada, vuelvo a ser el tipo imperturbable que todos conocen, al que nadie atribuiría una sola debilidad.

Compruebo la información muy por encima y luego mis ojos se clavan en el rostro de mi interlocutor. Me pregunto por un segundo cuánto le faltará para jubilarse y si el siguiente *Feller* será tan complaciente como este.

—Me sé su currículum. Créame, me leí las tres putas páginas al completo. *Dos* veces. Dígame algo que no sepa. ¿Sueños, metas... debilidades?

—No hay mucho que decir. Su chica es una joven ejemplar. Ni una multa restante, máster en Bellas Artes, matrícula de honor, con carta de recomendación firmada por el mismísimo David Bailey...

Ese nombre, que no deja de repetirse en todas partes, me produce una molesta sensación de ardor en el pecho.

—¿Se lo folla? —pregunto.

Un impulso incontrolable.

Feller, con un Marlboro sin encender encajado entre sus grises dientes, levanta el rostro hacia

el mío para dedicarme una mirada avinagrada.

—Bailey está casado y tiene dos hijas —ladra con hosquedad mientras lo enciende con un mechero metálico que vuelve a guardarse en el bolsillo de la camisa a rayas de cuello sucio y gastado por el uso. ¿No le pagamos lo bastante?

—¿Y?

Se pasa el cigarro de una comisura a la otra y me sopesa a través de densas volutas de humo.

—¿De verdad cree que ella es esa clase de chica? ¿Una vulgar rompehogares?

La pregunta me hace fruncir el ceño.

—No —me veo obligado a admitir—. No lo creo. ¿Qué hay de su vida personal? ¿Sale con alguien?

—No lo sé. El informe habla de un ex novio con problemas de disciplina.

Cruzo los brazos sobre el pecho. Intento parecer tranquilo, pero noto cierta rigidez a la altura de los hombros, como si mi torso ya no cupiera dentro de la camisa.

Sé que esto no guarda relación con las doscientas flexiones que hago nada más levantarme de la cama. Que mis brazos amenacen con reventar un traje de cinco mil pavos es cosa de la tensión que empieza a embargarme.

—Defina *problemas de disciplina*.

—Maltrato.

Me empieza a latir un músculo en la mandíbula sin que yo pueda controlarlo. Levanto la mirada hacia Feller con movimientos lentos y calculados.

—¿Estamos hablando de un caso de violencia de género?

—Eso parece. Antes de empezar esta nueva vida, su chica salía con un niño de papá de la Costa Oeste. Sus padres son reyes del mundo del espectáculo. Broadway, Los Ángeles, Chicago, San Francisco. Muy bien relacionados. Su influencia llega hasta la mismísima Casa Blanca. El tío del muchacho es senador, un amigo muy cercano del presidente, las dos familias juegan al golf desde hace años. Ella interpuso una demanda por malos tratos, pero la retiró a los pocos días de presentarla. Después, dejó Los Ángeles y se mudó aquí.

Juro entre dientes y me revuelvo el pelo con los dedos.

—¿Por qué la retiraría? ¿La habrán amenazado? Quizá nadie la creyera —murmuro para mí.

Vuelvo a estudiar su fotografía. Me fijo en su boca. El labio inferior es un poco más grueso que el superior. Es guapa. Muy guapa. No puedo quitármela de la cabeza.

—¿Quién sabe? —Feller da una profunda calada que lo hace toser—. El caso es que la retiró.

«Alexandra... Estabas cargando contra alguien demasiado poderoso. Debías de saber que no había ni una sola posibilidad de que te creyeran».

Ella me gusta. Me gusta de una forma que no esperaba que me gustara. La atendí solo para complacer a Mia, pero, en cuanto la vi, me quedé prendado y desde entonces no hago más que reunir información al respecto.

Primero probé suerte con Mia, pero mi hermana no aportó nada interesante, solo que es muy profesional, de confianza y un montón de blablabla que yo ya había leído en su currículum.

Quiero más que eso. Necesito saberlo todo, para hacerme una idea de a quién me estoy enfrentando. Al igual que a ella, me gusta saber a qué atenerme.

Y alguien como yo nunca deja acercarse a desconocidos sin haber comprobado antes sus antecedentes.

Ni siquiera a desconocidos guapos con cara de no haber roto nunca un jodido plato. Esos son los que más daño podrían causarte. Lo sé por experiencia.

—¿Dónde está ahora ese ex novio suyo? Por si me hiciera falta la información algún día.

A juzgar por la mirada seca que me dedica, Feller debe de saber lo que eso implica, que algún miembro de la organización irá a hacerle al fulano una visita nada cortés en mitad de la noche. Su deber como agente de la ley es impedirlo, por supuesto.

Aunque nunca se toma demasiado en serio sus deberes como agente de la ley...

—¿Por qué no lo deja en manos del karma?

—En mi mundo lo llamamos *vendetta*.

Serpiente y el Holandés se echan a reír. Hago un gesto de impotencia con las manos, como diciendo *así están las cosas, chavales. No fui yo quien inventó las reglas*.

El rostro de Feller se contrae en una mueca de asco. Sé que no le caigo bien.

Lástima que eso no le impida coger los fajos de dinero que le llegan todos los meses en forma de soborno para hacer la vista gorda con algún que otro asuntillo.

—¿Puedo preguntar qué está tramando con esta chica, Williams?

Estoy acostumbrado a los interrogatorios, así que ni me inmuto. Solo las comisuras de mis labios registran una pequeña contracción.

—Solo es curiosidad.

—Nunca es solo curiosidad. ¿Debería preocuparme?

—Debería —me decido a tocarle las narices, para reírnos un rato—. A veces se me cruzan por la cabeza ideas que son ilegales en la mayoría de los estados.

Feller aprieta las muelas, pero no cae en la provocación.

—¿Podrían ser legales en algunos?

Reflexiono, antes de asentir.

—En los menos conservadores, seguro.

—Ni tan mal —refunfuña con una mueca de acritud.

—Vamos, jefe. ¿Y esa cara? Anímese. Tomemos una copa juntos.

—Estoy de servicio, Williams.

—Está muy bien que se tome en serio sus labores.

Feller, lívido de rabia, reprime el impulso de escupirme en la cara. No me cabe duda de la opinión que le suscitamos todos nosotros. Cree que a la escoria hay que escupirle entre las cejas.

Por desgracia para él, *la escoria* lleva pistolas, trajes de marca y se comporta como si fueran los malditos reyes de la ciudad, así que lo más prudente es ser respetuoso. Debe de saber bien qué es lo que les ocurre a los que faltan el respeto a algún miembro de la familia Williams.

—Será mejor que vuelva a la comisaría.

—Usted se lo pierde, jefe. ¿Alguien quiere una copa? ¿No? Joder. En mis tiempos nadie le hacía ascos a un buen whisky. Estáis muy mimados hoy en día.

Capítulo 3

Abróchense los cinturones.

Esta va a ser una noche movidita.

(Película *Eva al desnudo*,
1950)

Alexandra

Mia me ha invitado a salir de fiesta con ella y con sus amigos, y me avergüenza decir que he aceptado la invitación solo porque tenía la esperanza de volver a ver a su hermano.

No he tenido noticias suyas y no dejo de preguntarme si no metería la pata en la entrevista. Quizá coqueteé demasiado.

Fui yo quien lo inició, cuando le solté lo de que me parecía peligroso, y desde entonces estoy en constante conflicto conmigo misma.

No es solo por la sensación de fracaso. También está lo otro, la puñetera obsesión que no sé cómo explicarme.

Intento ignorar la sacudida de deseo sexual que me invade cada vez que su nombre se cuele en mi mente, pero aún no he encontrado la manera de expulsarlo. Es como un fantasma que se niega a dejarme en paz; alguien cuya presencia notas incluso cuando no está.

No me reconozco. Estas cosas nunca me pasan a mí.

Y, sin embargo, lo que sentí al estar cerca de él era tan real que lo único que deseo es volver a experimentarlo, pequeñas y dañinas dosis de veneno que estoy dispuesta a suministrarme a mí misma una vez más antes de dejarlo.

Me he pasado toda la semana sobre ascuas ardientes, presa de una intranquilidad que ya no soy capaz de justificarme.

¡Porque no tiene el menor sentido! ¿Qué sentido tiene que el aire a mi alrededor se haya espesado tanto que a estas alturas del fin de semana parece haberse convertido en una jaula que me impide respirar?

Ni siquiera aquí, en este reservado, junto a los amigos de Mia y su caro champán, consigo relajarme. Me falta algo, algo que parezca necesitar desesperadamente.

No dejo de observar la entrada. Es como si estuviera esperando a que pasara alguna cosa, ni yo misma sé el qué. En mi interior algo se ha desencadenado y bulle de emoción. Hacía mucho que no me sentía así, hambrienta, desinhibida, febril.

Me he pasado toda la vida ocultándome, la chica invisible, escondida detrás de prendas holgadas y libros enmohecidos que nadie tenía interés en leer.

Esta noche quiero que me vean.

He elegido bien el atuendo: un vestido lencero negro, satinado y muy sugerente, complementado por unas sandalias de tiras finas que me elevan casi doce centímetros por encima del suelo.

Pintalabios rojo mate, un poco de *eyeliner*, dos capas de rímel y el trabajo ya estaba hecho.

El espejo que tengo delante me devuelve la imagen de una mujer muy sexy, lo cual me hace sentir una engañosa seguridad en mí misma.

Tengo la impresión de que a él le gustan las mujeres con las ideas claras. Parece la clase de hombre que sabe valorar a un adversario digno de su grandeza.

Es más, si lo que creo intuir sobre él es cierto, un adversario débil lo aburriría de inmediato.

—Alex, ¡vamos a bailar! —me grita Mia, que gracias a la sonrisa de oreja a oreja que casi nunca abandona su cara, consigue caer bien a todo el mundo.

Incluso a mí.

Es un poco apasionada, rozando lo alocado, pero muy simpática, y me está arrastrando escaleras abajo porque ha decidido que tenemos que bailar *ahora mismo* y, cuando Mia decide algo, nadie se lo quita de la cabeza.

También decidió que yo sería perfecta para reformar la nueva mansión de su hermano.

Y aquí estamos.

Contengo una pequeña sonrisa mientras la sigo en la oscuridad. Bajamos la escalera con cuidado, porque las dos llevamos sandalias de tacón fino, y en la planta principal nos abrimos paso entre la gente.

Los hombres nos miran, algunos incluso nos devoran con la mirada, pero finjo no reparar en ellos, rehúyo cualquier clase contacto visual.

No tengo tiempo que perder con gente normal y corriente. Quiero un fuera de serie, y debo admitir que es un auténtico fastidio que no haya venido con su hermana. No consigo quitarme de la cabeza el latigazo que sentí en el estómago cuando su mano acarició la mía. Fue como si en ese momento algo despertara en mi interior.

Supongo que esperaba encontrármelo aquí un sábado noche, en el *Fever*, por lo de la caja de cerillas. No ha habido suerte. Hay mucha gente, jóvenes, guapos, ricos, lo mejorcito de Cleveland y, sin embargo, yo solo experimento una aplastante sensación de vacío que ya ni me molesto en disimular.

Perdida entre desconocidos que me interesan poco o nada, levanto las manos por encima de la cabeza y sigo el ritmo de la música con los ojos cerrados, recorriéndome el pelo y la nuca con los dedos. Suena algo sugerente, y me gusta. Habla del fuego y de la fiebre, del deseo y de la obsesión; de la impotencia del que no puede evitar sentir lo que siente.

La obsesión.

La falta de control.

Lo inevitable.

Me resultan familiares.

—Está genial este sitio —le grito a Mia, abriendo los ojos para mirarla.

Me sonrío y respondo algo que no alcanzo a oír por culpa del ruido. Asiento como si lo hubiese entendido y ella cierra los ojos y también se deja arrastrar por el ritmo laxo de la canción.

La observo, consciente de que es la única conexión que tengo con él, mi única manera de localizarlo. Me siento un poco mal por utilizarla de esta forma. ¿Habría venido esta noche si ella no fuera hermana de Ash Williams? No, no lo creo. Yo no estaría aquí de no ser por él.

Mia me cae bien, es muy simpática, pero no me compré este vestido caro por ella. Lo mínimo que puedo hacer es tener la decencia de sentir aunque sea una pequeña dosis de culpabilidad.

Una señal de alerta se enciende dentro de mi cerebro cuando un tío desconocido se arrima demasiado a la espalda de mi acompañante.

Me pongo tensa al ver el descaro con el que apoya las manos en sus caderas.

Le susurra algo al oído.

Mia, cuyo novio está arriba, en el reservado, junto con el resto de sus amigos, se vuelve para fulminarlo con la mirada.

Tras lo que parece un tenso intercambio de palabras, lo empuja hacia atrás con las dos manos.

Vuelvo a relajarme cuando el tío se da por vencido y se marcha a molestar a otra. Es evidente que esta chica no necesita mi ayuda para quitarse de encima atenciones no deseadas.

—¿Qué te parece el capullo este? —grita para hacerse oír por encima de la música—. Me quería contar las cinco razones por las cuales debería acostarme con él cuanto antes.

Me echo a reír y ella finge vomitar.

No se le parece demasiado a su hermano. Los dos son muy atractivos, pero Mia tiene la piel mucho más morena, el pelo rizado de color café y los ojos verdes.

Aún recuerdo la mirada de Ash, profundamente azul, y su pelo rubio oscuro, liso. Ella es una canija, él un gigante. Él tiene tatuajes en los dedos —y a saber en qué otra parte de su bien cuidado cuerpo—, ella lleva pendientes de diamantes.

Y, sin embargo, son familia.

Tengo ganas de preguntarle cosas sobre él, sonsacárselo todo, pero sé que no debo. No puedo interrogar a su hermana sin que Ash se entere, ni preguntar si cree que va a llamarme o no para el trabajo.

Solo puedo esperar, y las esperas siempre me han vuelto loca. Han pasado cinco días ya. Cinco interminables días con sus interminables horas, en los que no he hecho otra cosa que dar vueltas y más vueltas por los treinta metros cuadrados que tiene mi nueva casa.

Mi única válvula de escape ha sido salir a correr todas las mañanas. He aprovechado para familiarizarme con el vecindario. Por lo general, el ejercicio físico me aplaca, pero esta vez correr hasta quedarme exhausta no ha surtido el efecto deseado.

Estoy más intranquila que nunca. Como una fiera enjaulada. Mañana iré a apuntarme a la piscina. Quizá la natación me sirva de algo. En California nadaba mucho. A diario. Cómo echo de menos California.

—¿Tomamos una copa?

Bajo la mirada hacia Mia —soy unos diez centímetros más alta que ella— y hago un gesto afirmativo, que le da permiso para agarrarme de la mano y arrastrarme hacia la barra.

Debe de ser clienta asidua de este lugar. El barman la atiende de inmediato. En unos dos minutos ya tenemos nuestras bebidas en la mano.

—¿Te ha llamado Ash? —me dice, después de darle un sorbo a su copa.

Adoro a esta chica. Va a proporcionarme la información que necesito y creará que ha sido todo idea suya.

—No. No he sabido nada de él.

—¿Será capullo? Me dijo que hiciste una gran entrevista.

No consigo retener la sonrisa. Tengo que morderme el labio para evitar que se convierta en un gesto demasiado delatador.

—Ah, ¿sí? ¿Eso te dijo?

—Mm-hm. Lleva toda la semana preguntándome cosas sobre ti.

Qué curioso. Justo lo que yo he intentado no hacer.

—¿En serio? ¿Y qué es lo que pregunta?

Primero me pone los ojos en blanco. Después, me tranquiliza con una sonrisa.

—Nada. Cosas sin importancia. Hace cuánto que te conozco, cómo nos conocimos, si confío en ti... Tiene la extraña política de contratar solo a gente de confianza, por eso te recomendé. Sé que te puede ayudar a abrirte hueco en el mercado local. Me sorprende que no te haya llamado. Prometió hacerlo.

Me encojo de hombros con fingida indiferencia.

—Quizá haya encontrado a alguien mejor.

—¿Mejor que tú? No digas tonterías. Eso es imposible.

Me vuelvo a encoger de hombros como si no me importara demasiado el asunto. Pero mi mano tiembla encima de la copa. Mierda. Quiero este trabajo y empieza a preocuparme la posibilidad de que no lo consiga.

—Mia, ¿qué le has contado a tu hermano sobre mí exactamente?

Ahí está. La gran pregunta.

Ella parpadea, sorprendida por mi tono grave y el cambio de registro.

—Tranquila. No le dije por qué estás en Cleveland ni que fuiste paciente mía durante ese medio año que estuve haciendo prácticas en Los Ángeles.

—Bien. Porque es un tema del que no me gusta hablar.

Con una sonrisa cargada de comprensión, me pone la mano en el hombro y retiene mi mirada.

—Eh, no te preocupes. Estoy obligada a mantener el secreto profesional, Alex. Solo le dije que nos presentó una amiga común. Lo cual es cierto. Te conocí en una fiesta, gracias a Blake, ¿recuerdas? Que hayas hecho terapia conmigo durante un tiempo bastante limitado no es de incumbencia de Ash, ¿no crees? Por cierto, ¿aún vas al psicólogo?

Niego.

—Lo dejé. Ahora que he puesto tierra de por medio entre el motivo de mi ansiedad y yo, ya no lo necesito como antes. Con correr y esas cosas me vale. Ya nunca tengo ataques de pánico.

—Me alegro de oírlo. Cambiar de escenario es lo mejor que podías hacer.

Le devuelvo la sonrisa y, no sé por qué, miro por un segundo hacia arriba, como si algo atrajera mi mirada hacia ahí.

Y entonces mis ojos se cruzan con los de Ash y el estómago se me tensa con una especie de espasmo nervioso.

Estoy atrapada.

No respiro, no parpadeo. Solo lo miro, como si no viera nada más.

No hay forma humana de quitarle los ojos de encima a alguien que desprende tanta energía que perturba la atmósfera de un club en cuanto entra. Percibo cómo cada átomo y cada molécula de aire se rebelan y empiezan a vibrar a su alrededor.

Todo mi sistema nervioso se pone en alerta máxima y un intenso deseo físico me sacude con fuerza, agarrándome desde muy dentro.

De algún modo, el club se ha vuelto electrizante bajo la implacable fuerza de su mirada.

Mia me dice algo. Asiento, distraída. No puedo concentrarme en ella. Su hermano atrae toda mi atención.

Y me parece que yo he captado la suya.

Sin esbozar ningún gesto, se inclina sobre la barandilla metálica y me observa con una fijeza perturbadora.

Detrás de él hay un enorme cartel luminoso.

PELIGRO.

Muy acertado. ¿Una advertencia?

Podría ser.

Mis ojos se arrastran por toda su figura, ansiosos, hambrientos, fascinados.

Lleva traje, un traje negro que le sienta tan bien que dan ganas de echarse a llorar, y su presencia aniquila todo lo demás, personas, ruidos, movimiento...

La gente a nuestro alrededor se ha convertido de repente en títeres de un juego que alguien ha dejado en suspenso. Solo importamos él y yo. Es una locura. ¿Cómo puedo sentir una atracción tan descabellada por alguien que acabo de conocer?

Frunzo el ceño disgustada y me obligo a coger aliento.

En un alarde de sensatez, incluso decido ponerle fin a nuestro inquietante contacto visual.

Es mi cuerpo el que no obedece y refuta toda la lógica de mi mente, con tanta destreza que, al final, no me queda otra alternativa salvo la de no perderlo de vista.

Me siento como un cazador que calibra a su presa a través del punto de mira de la escopeta.

Ash está absorto. Sus ojos azules recorren mi cuerpo una y otra vez, tan lentos como una caricia, y me doy cuenta de lo mucho que necesito que lo haga, de que me he pasado toda la noche deseando ver esa expresión de ansia en su cara; de que he venido aquí solo por él y que, al comprarme este vestido, me imaginé sus fuertes manos en mis hombros, a punto de deslizar los tirantes hacia abajo.

En mi mente, sus labios se aproximaban a mi oído, su nariz me inhalaba, y podía sentir su áspera respiración en la nuca y los tensos músculos de su pecho pegados a mi espalda.

Era preocupante cómo reaccionaba mi cuerpo ante esa fantasía.

Mierda. ¿Qué estoy haciendo?

Rompo de golpe el contacto visual, me pongo de espaldas a él y me concentro en la conversación que se supone que estoy manteniendo con su hermana, si es que asentir de vez en cuando pudiera ser catalogado como *conversación*.

Lo intento con todas mis fuerzas, intento resistir la tentación de volver a mirarlo, pero la energía estática que ruge a mis espaldas es tan inexorable que, al cabo de unos treinta segundos de luchar conmigo misma, vuelvo la cabeza hacia atrás y registro otra vez la oscuridad en busca de ese rostro cuya expresión imperturbable no consigo quitarme de la cabeza.

Mi corazón pega un salto brutal entre las costillas cuando nuestros ojos vuelven a establecer contacto. Creo que él en ningún momento ha dejado de observarme.

Cabeceo sin dar crédito, pongo una sonrisa incrédula y, apresando el labio inferior entre los dientes, le dirijo una mirada de lo más concentrada, casi obscena.

La débil insinuación de una sonrisa aflora en las comisuras de su boca.

Sus ojos, en cambio, no me sonríen. Están demasiado encendidos, llenos de peligro.

Se me cambia la cara cuando una mujer rubia, explosiva, se acerca él y le apoya la mano en el hombro. Ash se gira, intercambian unas cuantas palabras. Es evidente que se conocen. Tal vez sea su novia.

Experimento una punzada de celos, muy fuera de lugar, y una ligera contracción en el estómago.

Agito la cabeza, sin poder creermelo esta locura. No tiene ningún sentido ponerse así. ¿Nervios a flor de piel y esta ridícula agitación en el estómago? Por favor. Soy demasiado clínica para el amor a primera vista.

Y, además, la posesividad no es lo mío. Soy una gran defensora del libre comercio. Tal vez no haya encontrado aún a un hombre que me haga pensar en exclusividad.

«O, tal vez, sí...» recapacito mientras lo sopeso con la mirada.

Tengo que reprimir el impulso de preguntarle a Mia quién es esa mujer que lleva vaqueros negros ajustados al culo, botines de tacón y una especie de sujetador por debajo de la chupa de cuero desabrochada. No es buena idea andar haciendo preguntas personales. Se supone que mi único interés en su hermano tiene que ver con el trabajo que intento conseguir. Que tenga o no novia no viene a cuento.

Delante de mis narices, la rubia echa la cabeza hacia atrás y lo provoca con un beso en la boca. Mi mano se tensa alrededor de la copa. Creo que acabo de recibir la respuesta a mi pregunta. Sale con ella. O, como mínimo, *folla* con ella.

Admito que le pega. Parece mala, dura; hecha de la misma pasta que él.

Muy distinta a mí.

Tiene tatuajes en el costado y se la ve muy desenvuelta, segura de sí misma. Es la reina de este lugar, no me cabe duda.

Y él la ha besado en la boca. Joder.

«Joder, joder, joder».

Mia me cuenta cosas de su novio y que su hermano no quiere que salga con él. ¡Por supuesto que es tan capullo como para entrometerse en la vida personal de su hermana! ¿Por qué será que eso no me sorprende en absoluto?

Me acabo la copa de un trago, me vuelvo hacia la barra y le hago una señal al barman, que deja lo que está haciendo para prepararme un segundo cóctel.

Viene bien tener enchufe. Con la cola que hay, podría estar esperando turno más de una hora, y menos mal que no ha sido el caso porque necesito el alcohol tanto como necesito el aire que respiro.

Con la nueva copa en la mano, apoyo la espalda contra la barra y de nuevo tropiezo con los fluorescentes iris que me observan desde arriba.

Está solo otra vez, pendiente solo de mí.

Esa forma de sostener mi mirada, como si mientras me mira intentara descifrarme, me pone un poco nerviosa, pero procuro que no se me note.

Mírame. Soy una *femme fatale* y no me importáis en absoluto ni tú ni tu novia súper sexy.

Mantengo los ojos clavados en los suyos hasta que me bebo la copa entera de Martini.

Juraría haber percibido un pequeño atisbo de sonrisa en las comisuras de sus labios, pero no me quedo para analizar sus gestos. Le vuelvo la espalda como si me diera igual, dejo la copa vacía sobre la barra y arrastro a su hermana de vuelta a la pista de baile.

Me aseguro de ponerme justo debajo de él. Para tocar las narices.

El ritmo de la canción es lento y sugerente. Kaleo siempre lo es, entiende de obsesiones mejor que nadie. Dejo que su rasgada voz inunde cada fibra de mí, cierro los ojos y hago del baile una provocación.

Los flashes me hacen sentir desenfrenada y sexy.

Me gusta la sensación.

Uno de los amigos de Mia se acerca y le susurra algo al oído. Ella compone una pequeña sonrisa de disculpa y me dice que tiene que subir un momento al reservado para despedirse de alguien. Me pregunta si quiero acompañarla. Le digo que no. Me insiste, y yo vuelvo a asegurarle que no me importa en absoluto quedarme sola.

De todos modos, no lo estoy. No he vuelto a mirar, pero tampoco me ha hecho falta. He notado sus ojos siguiéndome entre los flashes, arrastrándose por mi cuerpo lentamente. Desnudándome. Follándome.

Estoy en el punto de mira de su escopeta. Me he asegurado de estarlo.

Así que me despido de Mia con la mano, cierro los ojos y me dejo llevar por la sensual cadencia de la música. El DJ es bueno, aunque no sé si pretende que follemos en los reservados o que nos pasemos de la raya con el MDMA.

¿Ambas?

Sonrío cuando noto unas cálidas manos apoyarse en mis caderas. No necesito girarme para saber que son suyas.

—Hola, pequeña —susurra, con los labios muy cerca de mi oreja, como en mi fantasía.

Su voz, baja y gutural, me hace volverme consciente del tacto sedoso que tiene el vestido encima de mis pezones, del roce de la tela, de la sensibilidad que esa insuficiente caricia produce entre mis piernas.

El efecto se debate entre placer y dolor. Dolor porque es un deseo frustrado, lejos de verse satisfecho. Y placer porque no puedo evitar sentirme cautivada. Es algo superior a mí, una fuerza invisible que me arrastra hacia él. Ni siquiera sé cómo reaccionar. Mis libros no me han preparado para algo así. Los libros nunca hablan de hombres como él.

Aunque, ahora que lo pienso, ¿qué posibilidades hay de que existan más hombres como él? Probablemente, ninguna. Quizá sea un caso singular en el mundo.

Como no le hago el menor caso, me gira entre sus brazos hasta que mis ojos acaban a la altura de su impresionante boca.

Pequeña...

Me gusta cómo suena.

Y es acertado. Parezco una canija a su lado.

Los flashes se intensifican. El DJ cambia el ritmo otra vez. Aún más sensual. Perfecto para follar duro.

Ash me roza la mejilla con el pulgar antes de coger mis muñecas y colocarlas alrededor de su nuca. Sus manos me sostienen con firmeza por las caderas. Me estremezco y, con la boca seca, me pego un poco más a su pecho.

—¿Por qué estás aquí sola? —susurra, con su apuesto rostro inclinado sobre el mío.

Levanto la mirada hasta que mis ojos impactan de lleno contra los suyos como una flecha que se clava en la diana.

—¿Por qué no está con su novia?

Se echa a reír. Dios mío. Cuando ríe, es un espectáculo. Me obligo a no mirarlo embobada.

—No es mi novia.

—Entonces... ¿va por ahí besando a gente desconocida?

—¿Tienes celos?

Mis labios se mueven solo un ápice, casi con desprecio.

El club se llena de humo. Los flashes se han vuelto psicodélicos.

—No dignaré eso con una respuesta.

Me agarra el cuello con los dedos y acerca mi boca a la suya.

—Tramposa —susurra contra mis labios, esbozando una pequeña sonrisa.

Mi respiración se acelera tanto que tengo que abrir la boca para inhalar con más facilidad.

Aunque, al hacerlo, comprendo que no es aire lo que respiro, sino a él.

Y eso me excita mucho.

Sus ojos observan mi boca, tan fieros que por un segundo pienso que va a ceder a la tentación de besarme. Me siento casi decepcionada cuando vuelve a centrarse en mirarla.

—¿Te lo estás pasando bien esta noche?

Intento con todas mis fuerzas mantenerme impasible ante su escudriño, pero no lo consigo y al final me rindo y me sumerjo en su mirada, hasta que la curiosidad me absorbe por completo, como le pasó a Pandora.

Quiero averiguarlo todo sobre este hombre.

Es tan insano que ni siquiera me molesto en explicármelo a mí misma.

—¿Y usted?

—Yo he preguntado primero.

—Sí, me lo estaba pasando bien.

—Parecías aburrida antes.

¿Antes? ¿Cuánto tiempo lleva aquí? ¿Y cómo es que no lo he visto? No será por no buscarle...

—¿Me ha estado observando?

—Y tú a mí, así que guárdate la indignación.

Asiento con tanto fastidio que lo hago sonreír. Su cara aparece y desaparece según estallan los delirantes flashes.

—En realidad, miraba al tipo de detrás —contesto indiferente, con la esperanza de bajarlo de su nube de presunción.

Una chispa de diversión ilumina por su segundo la oscuridad que arde tras sus pupilas.

—Qué mentirosa. Los dos sabemos que no podías quitarme los ojos de encima.

—Uy, qué pedante. ¿Tan irresistible se cree?

—Sé que lo soy —responde, con una sonrisa de lado.

Me echo a reír, niego y me aparto de su pecho.

Me atrapa por las muñecas y, sin ningún esfuerzo, vuelve a pegarme a su sólida caja torácica. Noto el áspero calor que desprende incluso a través de la ropa que nos separa.

—¿Vas a alguna parte?

—A mi casa —respondo, con los ojos encajados en los suyos—. ¿Por qué?

—Es pronto.

—Ya. Pues me aburro.

Su mano se tensa en mi cintura. Me estremezco y me tomo un segundo para saborear la intensidad del momento. Su roce es eléctrico y siempre va seguido de un latigazo en el estómago.

—Podría llevarte a un lugar más... privado —me propone, con una mirada tan intensa que me hace contraer el abdomen.

Su mano se mueve desde mi cadera hasta la parte baja de mi espalda. Me atrae un poco más cerca de los duros músculos de su pecho, de la boca sensual que tanto me obsesiona. Un espasmo de placer reptante por todo mi cuerpo.

Echo un poco la cabeza hacia atrás y me enfrento de lleno a sus ojos.

—Es el colmo de la arrogancia si de verdad cree que voy a decir que sí a eso.

Asiente, fastidiado, y evalúa mi rostro con una mirada de lo más concentrada.

—Toma al menos una copa conmigo antes de marcharte.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Porque te lo pido con educación? —me susurra al oído.

El corazón me da un fuerte baquetazo entre las costillas al notar su rápida respiración acariciándome la clavícula.

Los ojos que me inundan cuando me aparto de él son tan tranquilos que me recuerdan a las

aguas de un lago helado. No puedes saber lo que ocultan tras la superficie, ni calcular la magnitud de las profundidades en las que podrías hundirte si bajaras la guardia por un momento.

Me pierdo en ellos y una vez más vuelvo a experimentar la oleada de peligro, tan cercana, tangible, inminente y real que casi puedo notar su sabor en la punta de la lengua. Mi instinto me dice que huya; me grita que salga de aquí lo antes posible.

No puedo estar a salvo si él anda cerca.

—Está bien —cedo, desafiando todo cuanto mi cerebro me pide que haga.

Sus ojos aterrizan sobre la base de mi garganta, justo encima del latido frenético de mi pulso, y se mantienen ahí unos eléctricos segundos.

—Ven —me susurra, con mi mano en la suya.

Sus dedos arden como el fuego.

Tragando saliva, lo sigo a través de la aglomeración. Subimos la escalera y me conduce al reservado donde sospecho que ha estado escondido toda la noche.

No me extraña que haya podido observarme sin que yo le viera. Me tenía justo en frente, al otro lado del círculo, y aquel reservado, a diferencia de este, no es tan privado.

Hay gente cuando llegamos, pero les hace un gesto con la barbilla y se marchan todos.

—¿Qué ha sido eso? —finjo indignarme—. Querido, ¿crees que es demasiado pronto como para que me presentes a tus amigos?

El esbozo de una sonrisa socarrona se insinúa en los bordes de sus labios. Mi sarcasmo le divierte, o puede que sonría porque haya decidido tutearle de repente. Puede que le vaya el rollo de la dominación y que mi empeño por hablarle de usted se la ponga dura.

Vale, no voy a pensar en partes de su cuerpo que podrían ponerse duras porque no me apetece empezar a hiperventilar otra vez.

—Esta noche no quiero compartirte.

—Solo vamos a tomar una copa —le recuerdo con una media sonrisa irónica—. No te hagas ilusiones.

Sus dientes blancos asoman por debajo de su risa.

Con un gesto de la mano, me invita a tomar asiento y, después de desabrocharse los botones de la chaqueta con dos dedos, se arrellana, cuan largo es, en el sofá a mi lado. Sus piernas llegan casi hasta la mitad del reservado. Tiene una estatura impresionante, y unas manos enormes que parecen capaces de infringir mucho daño.

Muestra aplomo y serenidad, y siempre es muy educado, pero me siento como si estuviera cara a cara con un depredador nato y supiera que no me conviene en absoluto convertirme en su próxima presa.

Sin embargo, aquí estoy, sentada a su lado, como si el aura de peligro que lo rodea, en vez de repelerme, me atrajera.

No le quito los ojos de encima y él, con tranquilidad, se saca el paquete de cigarrillos del bolsillo y lo planta sobre la mesa, junto a la caja de cerillas.

—¿Siempre usas cerillas?

La pregunta le hace cierta gracia, como si se tratara de una broma que nadie salvo él podría entender.

—Resultan muy útiles en alguna que otra ocasión.

—No serás pirómano.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta un par de carcajadas.

—No —responde, aún divertido por mi desconfianza.

—¿Sabes?, la primera vez que te vi tuve la sensación de que no sueles reírte mucho, me costaba colocar una sonrisa en tus labios. Me equivoqué.

Su rostro adquiere un repentino aire serio y noto que me evalúa con más atención que antes.

—No. Acertaste. No suelo reírme.

—Ah. Entonces, ¿te divierto?

No esboza ningún gesto, no me concede ninguna respuesta.

Al final sonrío y, sin romper el magnético contacto visual, coge la botella de cristal tallado que hay sobre la mesa, da la vuelta a dos vasos limpios, que alguien ha traído en una bandeja plateada, y los llena de alcohol.

—¿Qué es? —pregunto, cuando me ofrece uno a mí.

—Whisky escocés. —Toma un sorbo y parece degustarlo encima del paladar—. Pruébalo. Es una exquisitez con más años que tú.

—No me va mucho el whisky.

—Confía en mí.

—Me pides lo imposible.

A pesar de mis provocaciones lingüísticas, me acerco el vaso a los labios.

Me observa, divertido. Pruebo el alcohol, tomándome unos momentos para saborearlo.

—¿Qué tal?

—No está mal. Sabe como a... tabaco y... ¿cítricos, tal vez?

—Mira tú por dónde. —Asiente, impresionado—. Tienes un gran paladar.

—Hm. Gracias. Eso nunca me lo habían dicho.

Normalmente los tíos me dicen que tengo buenas tetas o una boca follable...

Tuerzo los labios en una mueca y tomo otro sorbo. Su sonrisa se hace más amplia al ver que le empiezo a coger el gusto. Tengo ganas de sacarle la lengua, porque no aguanto esa expresión de *te lo dije*.

—¿Ya estás del todo instalada en Cleveland?

—He sacado mis cosas de las cajas, si es eso a lo que te refieres.

Toma un trago y me sopesa con la mirada.

—Así que piensas quedarte.

—Como bien sabes, intento empezar de cero.

—Ya me dijo mi hermana que sueles ser testaruda.

—Y a mí que te tengo tan intrigado que no dejas de hacerle preguntas.

Contiene la sonrisa, baja la mirada al suelo y asiente para sí.

—Puede que haya preguntado una o dos cosas sobre ti —admite, atravesándome de nuevo con la mirada, una mirada oscura que me hace apretar los muslos para frenar la humedad que no deja de acumularse entre ellos. Creo que he bebido más de la cuenta.

—¿Por qué? —susurro, con un repentino nudo en la garganta.

—Quiero conocerte.

—¿Te tomas tantas molestias con todos tus empleados? He oído que tienes más de doscientos.

—Me tomo estas molestias solo con los empleados con los que planeo acostarme.

Finjo estar muy conmovida.

—Qué tierno. Pero conmigo no vas a acostarte. Lo sabes, ¿verdad? Además, ¿qué pensaría tu novia?

—Seven no es mi novia.

—¿Seven? Tiene un nombre curioso.

—Es una chica curiosa.

—¿De qué la conoces?

Se produce una pausa, al cabo de la cual él tensa la mandíbula.

—¿Por qué no hablamos mejor de nosotros?

—No se me ocurre nada que decir al respecto.

—A mí, sí. —Con una sonrisa apenas esbozada, pasea la mirada por todo mi rostro—. Me gusta el vestido que llevas.

—Vaya. Gracias.

—Me gustaría quitártelo —prosigue con voz gutural.

Sonrío con incredulidad y mantengo los ojos clavados en los suyos.

—¿Siempre eres tan lanzado?

—Solo si el premio vale la pena.

—No soy un premio.

—¿Por qué no lo discutimos en un ambiente más íntimo? —me propone, inclinándose sobre mí.

Tengo su pecaminosa boca casi encima de la mía y el corazón, que me late con fuerza entre las costillas, asegura que, a pesar de la indiferencia que intento proyectar, me muero por besarle.

—No voy a acostarme contigo.

—¿Te refieres a esta noche o...?

Sonrío para mí, me acabo el whisky de un trago y deposito el vaso sobre la mesa con un golpe seco.

Solo después de este teatro mis ojos vuelven a enfrentarse a los suyos.

—*Nunca* —zanjo con una dureza que le arranca una sonrisa torcida.

—¿Me retas a conquistarte? —me pregunta con una mueca divertida.

¿Encima va de gracioso?

—Te reto a rendirte —rezongo, poniéndome de pie.

El bajo de mi vestido queda justo a la altura de sus ojos, y me estremezco en lo más profundo de mi ser cuando su mirada oscura emprende un lento camino por mi cuerpo, hasta volver a encontrar la mía.

—Rendirse es de cobardes, Alexandra. ¿Qué haces mañana?

—Elegir cortinas nuevas.

Su boca se despliega en una sonrisa socarrona. Es evidente que está haciendo un gran esfuerzo por no reírse.

—¿Qué tal si dejas las tareas domésticas para otro momento y mejor quedamos para hablar de trabajo?

—¿De trabajo o de cómo piensas persuadirme para que me abra de piernas? —le propongo con ironía.

—No necesito persuadirte. Los dos sabemos que va a pasar, tarde o temprano. Es una de esas cosas inevitables.

—Me voy. No puedo con tanta arrogancia.

Se levanta y evalúa mi rostro muy de cerca, tan pegado a mí que su áspero aliento golpea contra mis labios.

—Deja que te lleve a casa.

—Ya soy mayorcita.

—¿Esto va a ser así siempre?

—Así, ¿cómo?

—¿Yo te pediré cosas y tú me las negarás?

—Más o menos —admito, divertida.

La respuesta parece gustarle. Cabecea para sí, antes de volver a sonreír.

—Te llamo mañana.

—Quizá conteste.

Se echa a reír y yo me marchó antes de que las cosas se descontrolen. Esta noche he estado a un paso de abalanzarme sobre su boca y robarle un beso, y necesito poner un poco de orden en mi mente antes de volver a estar tan cerca de él.

Capítulo 4

Enséname un poco más.

Estoy de rodillas

Te vendo mi alma.

(Canción *Lady, Touch Yourself*,

Nikki Idol)

Ash

Llevo dos horas mirándola como un puto perturbado.

Fui yo quien implantó en el cerebro de Mia la idea de que la invitara. En cuanto mi hermana me contó que quería ir al *Fever* esta noche, supe que tenía que conseguir que se trajera a Alexandra.

Por supuesto, no podía parecer demasiado interesado sin despertar a la psicóloga que lleva dentro, así que se lo comenté de pasada, durante el desayuno de esta mañana.

—Imagino que invitarás a tu amiga Alexandra, ya que tan empeñada estás en ayudarla a integrarse en la... *alta* sociedad de Cleveland.

Felicitándome a mí mismo por mi desdén y por mi voz ligeramente burlona, seguí untando mantequilla sobre una tostada como si nada.

Mia dejó su croissant recién horneado sobre el plato y me miró sorprendida.

—Ash, ¡qué buena idea acabas de tener! La llamaré.

Mantuve el rostro imperturbable.

Mordí la tostada.

Le devolví a mi hermana una mirada carente de cualquier emoción.

—¿A quién?

—¿Cómo que a quién? ¡A Alexandra!

—Ah. ¿Por qué?

—¡¿Cómo que por qué?! —me chilló Mia, exasperada. En mi fuero interno, me partía de risa—. Para... Mira, olvídalo. Nunca te enteras.

Me encogí de hombros con indiferencia y seguí devorando mi desayuno. No había cenado la noche anterior y me moría de hambre.

—¿Te vas a comer eso?

Mi hermana negó con aire de mártir.

—Eres un bruto, ¿sabes? —dijo mientras empujaba su plato hacia mí.

Agarré un tenedor y pinché la mitad de la tortilla que ella ni siquiera había tocado. Ahora nos iba el derroche. Hubo una época en la que nos metíamos en la cama con el estómago vacío. Yo la recuerdo muy bien, pero Mia parece haberlo olvidado.

—Entonces, ¿con quién vas a salir?

—¡¿Es que tú nunca me escuchas?! —se volvió a sulfurar.

—Claro que te escucho. Joder, no grites, que me late la cabeza. Llevo dieciséis horas sin dormir.

—Dejémoslo. Mejor me voy a llamar a Alexandra.

Sonreí para mí y, masticando con parsimonia, la seguí con la mirada por todo el comedor.

Me parecía importante que la llamada la hiciera mi hermana.

Si la hubiera invitado yo, Alexandra no habría venido por puro orgullo.

Y tampoco descarto que su pasado esté influenciando algunas de sus decisiones. Quizá por eso crea que soy peligroso. Tal vez haya aprendido a analizar mejor a los hombres después de ese episodio de malos tratos.

Cada fibra de mí me dice que usted es peligroso.

Aún veo sus preciosos labios formular la frase.

Estaba mirándole la boca, ensimismado, y necesité unos momentos para comprender el significado de sus palabras.

Acertó, claro. Soy peligroso. Pero conmigo está a salvo. Nunca haría daño a una mujer. A pesar de todo, tengo un código moral.

La espío desde mi reservado y aprieto la mandíbula hasta que se me vuelve a disparar el tic, el latido que no puedo controlar. Solo de pensar en que alguien sería capaz de ponerle la mano encima se me revuelve el estómago.

Si ella fuera mía...

Freno el pensamiento y frunzo el ceño, desconcertado.

¿Mía?

«No me jodas, Ash».

Sorbo un poco de whisky, gruño de puro disgusto y decido calmarme un poco.

Alexandra no tiene ni la menor idea del interés que ha despertado en mí.

Es una curiosidad casi enfermiza. No recuerdo haberme sentido nunca tan intrigado por una mujer. Hay algo en ella que me impide mantenerme apartado.

Dejo resbalar la mirada por su cuerpo, sus largas piernas, la elegante línea de su clavícula...

Ese vestidito me está volviendo loco.

La tengo justo en frente, sentada de perfil, inmersa en una conversación con el novio de Mia.

Sus preciosos labios se mueven, aunque no puedo pillar ni una palabra de lo que está diciendo. La veo reírse, beber champán, echarse el pelo hacia un lado con la mano, luego hacia el otro.

Parece acalorada.

Me veo a mí mismo sentado a su lado, con la boca muy cerca de su oído. Le diría *hola, pequeña*. La inhalaría, la mordería, la lamería, la absorbería, me la follaría...

Y su sabor sería infinitamente más exquisito que el de mi whisky escocés favorito, con el que, por desgracia, me tengo que conformar por ahora.

Una hora más tarde, sé todo cuanto necesito saber: no disfruta con nada de esto.

Se ha pasado la noche entera registrando el club con la mirada, como si estuviera buscando a alguien.

No he podido evitar preguntarme si me estará esperando a mí. La idea me gusta. Me gusta mucho.

—¡Y va la piba y me dice que quiere por detrás! ¿Te lo puedes creer? Mi puto sueño hecho realidad. ¿Me escuchas, cabrón?

Le dedico una mirada seca a Colin, un muy viejo amigo que trabaja para mí. Me acaba de dar un golpe en el pecho para llamar mi atención. Se ha dado cuenta de que no dejo de mirar el reservado que tenemos enfrente y que me importa bien poco su cháchara.

—Por desgracia, te escucho, Colin. La chica quería que se le metieras por detrás.

—Bah, que te den. No me estás haciendo ni puto caso.

—Pues lárgate, coño. Déjame tranquilo.

Colin se levanta del sofá y yo me enciendo el enésimo cigarrillo de la noche.

No dejo de vaciar copas de whisky, concentrado al cien por cien en ella.

En un club lleno de gente, solo tengo ojos para una persona. Es mi jodida criptonita.

Escupo una maldición cuando Mia la coge de la mano y la arrastra hacia la escalera.

Con una mueca de disgusto, me acerco a la barandilla para no perderlas de vista. No me cabe duda de que la idea de bajar es una ocurrencia de mi irracional hermana. Siempre lleva mi paciencia un ápice más allá del límite. ¿Por qué no pueden bailar en el reservado? ¿Qué necesidad hay de mezclarse con desconocidos?

Me mosquean estas pequeñas provocaciones, y se lo he dicho a Mia decenas de veces. Estamos en mi club y agentes de seguridad de mi máxima confianza controlan a todo el que entra, pero, aun así, alguien podría colar un arma y hacerle daño. Mis enemigos saben cómo llegar hasta mí, y no te conviertes en el rey de los bajos fondos sin granjearte unos cuantos por el camino.

Con la mandíbula en tensión, apoyo las palmas contra la barandilla y sigo a las chicas con la vista.

Todo normal, hasta que, de pronto, alguien se acerca a Mia.

Me enderezo de golpe, me llevo la mano al costado y palpo la pistola a través de la tela de la chaqueta. Noto su tacto firme contra los dedos y eso me tranquiliza. Soy un buen francotirador, aunque no veo cómo podría cargarme a ese tío sin herir a nadie más en el proceso. Un club lleno de personas no es el mejor de los escenarios para lograr un disparo limpio.

Justo debajo de mí, Mia empuja al tipo hacia atrás y este se va a fastidiar a otra. Lanzo un profundo gruñido y suelto, aliviado, la pistola.

Así que solo quería ligar.

Hago una mueca de exasperación con los párpados y niego para mí. Por poco me cargo a ese gilipollas.

—¿Adónde vas, Mia? —bisbiseo crispado cuando mi hermana vuelve a moverse por el club. Joder. No se puede estar quieta ni un segundo.

Alexandra la sigue.

Lleno de tensión, ladeo la cabeza hacia la derecha y luego hacia la izquierda para relajar un poco la tirantez que agarrota mi cuello.

Las chicas se apoyan contra la barra.

Me pregunto de qué estarán hablando. Parece algo íntimo. Alexandra está un poco incómoda.

Mis ojos se arrastran por la firme línea de su mandíbula, por la respingona nariz, por los voluptuosos labios que ella se humedece a cada pocos segundos.

La reclamo con la mirada, hasta que sus ojos de Bambi se alzan de golpe hacia los míos, con tanta precisión que contengo el aliento, sorprendido por el salto brutal que acaba de pegar mi corazón entre las paredes de mi pecho.

Me reconoce al instante. No parece sorprendida de verme. Ni siquiera parpadea. Sus

peculiares ojos ambarinos se clavan en los míos, tan provocadores que me embarga la absoluta certeza de que ella sabe que he estado aquí toda la noche, observándola desde las sombras.

Es perfectamente consciente de que le acaban de tender una trampa.

Sonrío para mí.

«Bambi, no te haces ni una idea. Ahora mismo te estoy follando en mi mente y te está encantando».

—¿Te han dicho alguna vez que puedes llegar a ser muy siniestro?

Escupo un improperio entre dientes y, todo aplomado, me vuelvo hacia Seven, que está de pie a mi lado, con una sonrisa lasciva en la cara.

—Pensaba que no vendrías esta noche.

Me había asegurado de mantenerla ocupada. Seven es como una gata territorial a la que no quiero demasiado cerca de Alexandra porque me da miedo que clave las garras en su cremosa piel.

—No quería que me echaras de menos, pequeño —me responde con un puchero afectado.

—Por eso no deberías haberte preocupado —la exhorto.

Mi rostro desprende la misma dureza que un enorme bloque de hielo y eso le arranca a Seven una sonrisa socarrona, esbozada solo con las comisuras de la boca.

—¿Quién es la mosquita muerta?

Vuelvo a soltar un improperio, esta vez hacia mis adentros.

—¿Quién? —me hago el ingenuo.

Me centro en su cara y finjo que no tengo la perturbadora necesidad de tener localizado en cada momento al imán que me atrae con una fuerza inexplicable.

—Esa que no dejas de mirar.

—Nadie.

—No parece nadie. Mientras que tú la observabas a ella, yo te observaba a ti y, créeme, me he dado cuenta de lo interesado que estás.

«La puta hostia».

—Solo es una amiga de Mia.

—La jodida Mia siempre dando por culo.

—Seven —gruño, con voz tensa, advirtiéndola de la línea que no hay que cruzar.

Los ojos verdes de Seven se llenan de aversión. Siempre le ha tenido celos a mi hermana.

Antes, solo estaban nosotros dos contra el mundo, rollo Bonnie & Clyde, una puta pareja de psicópatas.

Después, llegó Mia, las cosas empezaron a cambiar y no fue un cambio que agradara a Seven.

Piensa que Mia es una debilucha, un lastre que me impide ser el hombre que ella cree que debería ser.

Para mí, mi hermana es la única forma de humanidad que me queda. Sin ella, sería el monstruo que la gente cree que soy. No tendría ni un solo motivo para intentar ser mejor. Mia es sagrada y siempre la pondré por encima de todo lo demás, le parezca bien a Seven o no. Tendrá que joderse.

—¿Sabes qué? Tírate a la mosquita muerta, si es lo que quieres.

Enarco una ceja y una media sonrisa socarrona se abre paso por mi cara.

—No me digas que cuento con tu permiso, cielo —contesto, irónico.

Seven invade mi espacio personal hasta plantarme las tetas en el pecho. Solo lleva un sujetador por debajo de la chupa de cuero desabrochada. Es sexy y muy mala y la quiero a millas

de distancia de Alexandra.

—Cuando te des cuenta de que ella no podrá darte lo que quieres, volverás a mí.

—¿Tan claro lo tienes?

La sonrisa que recibo a modo de respuesta es lenta y provocativa, como la de un felino cuyos ojos contemplan aplomados al pequeño roedor. Solo es cuestión de segundos hasta que le salte encima.

Se relame los labios de manera obscena, pone la rodilla contra mi entrepierna y, presionando un poco más de la cuenta, me acorralla contra la barandilla y se inclina sobre mí.

La observo con socarronería.

En otra época, su brusquedad me habría puesto la polla dura. Ahora la tengo así por otra mujer.

—Yo soy la única en el mundo con la que puedes ser tú mismo. Acabarás cansándote de llevar siempre una máscara.

Mantengo la cara inmersa en la suya, sin moverla ni un ápice. Sé que Seven tiene razón. Si Alexandra supiera quién soy, lo que hago, que incluso yo odio a la persona que veo reflejada todas las mañanas en el espejo, saldría corriendo sin dudarlo siquiera.

—No te acerques a ella, Seven —advierto, con la suficiente dureza como para que lo entienda—. Hablo muy en serio.

Sonríe, pero es una de esas sonrisas que me dan escalofríos.

—No quiero acercarme *a ella*, pequeño. Quiero acercarme *a ti*.

—Y yo quiero que te largues. *A-ho-ra*.

Aunque no pierde la sonrisa, me percató del aire herido que brilla en su mirada. No está bien herirla. Se vuelve peligrosa cuando alguien la ataca. Es como las serpientes. Muerde si se siente en peligro.

—Tranquilo, ya me iba. Pero, antes...

Echa la cabeza hacia atrás y me besa en los labios.

Sé que Alexandra está mirando. Lo noto. Y me mosqueo, joder.

Pero no aparto a Seven. Ella me mete la lengua dentro y yo me dejo besar, aunque tenga cero ganas de morrearla con ella ahora mismo.

—Te esperaré despierta —me susurra al despegarse nuestras bocas—. Chorreando. No creo que esa te lleve más de un cuarto de hora.

Soltando una maldición, me seco la boca con los dedos y la observo mientras se contonea hacia las escaleras.

Ha marcado el territorio, como siempre, y me saca de quicio que haya tenido que hacerlo delante de ella.

Me aseguro de que se haya ido, antes de volverme para buscar otra vez a Alexandra.

Nuestros ojos se encuentran de inmediato a través de la oscuridad, conectan como imanes, pero ya no me sonrío, su rostro se ha convertido en una máscara helada.

Me atraviesa con la mirada y se acaba la copa de golpe.

Verme besar a Seven la ha molestado.

La idea me produce cierta satisfacción. Incluso sonrío un poco hacia mis adentros.

La sigo con la mirada por el club, pero ella, de repente, se comporta como si yo ya no existiera.

Eso me gusta menos. Se me congela la cara.

Escupo una palabrota y mis ojos llenos de deseo la observan mientras baila de forma

sugerente justo debajo de mí.

«Pequeña, eso no se hace. Me estás provocando».

—Joder —farfallo, revolviéndome el pelo con los dedos. Quiero estar ahí abajo y sentir su cuerpo estremecerse contra el mío—. ¡Eh! Ven aquí —llamo a uno de los guardaespaldas que siempre me acompañan. No es que les necesite. No lo hago. Pero me gusta que la gente me subestime. Cuando alguien te subestima, no puede predecir los golpes. Subestimar a un enemigo te vuelve vulnerable, y yo siempre me aprovecho de la vulnerabilidad de los demás—. Entretén a mi hermana durante un rato —le ordeno.

Espero, concentrado en ella, hasta que uno de los amigos gilipollas de Mia se la lleva al reservado. Ya es hora de intervenir.

Desde lo alto de la escalera, mido el club con la mirada, y después bajo los escalones con gesto decidido. Ya está bien de gilipollecés. Quiero tenerla cerca. Cueste lo que cueste y cabree a quien cabree.

La gente se aparta de mi camino, porque en el fondo todos saben que no podrían enfrentarse a esta fuerza de voluntad. Algo en su código genético les alerta del peligro.

Puede que se trate del instinto de supervivencia con el que venimos al mundo. Son capaces de reconocer la amenaza incluso cuando no saben explicar la naturaleza de sus sentimientos. Solo han notado un pequeño escalofrío por la columna vertebral al toparse con mi implacable mirada. No tienen ni idea de cuál es la causa.

Mejor.

Con aplomo, me acerco a Alexandra y hago algo que hace días que me obsesiona: la toco.

Apoyo las manos contra sus caderas y gruño hacia sus adentros al sentir la descarga eléctrica que se produce entre nuestros cuerpos.

—Hola, pequeña —le susurro al oído.

Necesito fuerza de voluntad para no rozar su oreja con los labios. Su olor me vuelve loco; lo delicada que parece a mi lado... Casi da miedo tocarla, por si se rompiera entre mis manos.

Y, al mismo tiempo, me muero por venerar su cuerpo, con las manos, la boca, la lengua; todo, joder. Se lo daría todo. Cualquier cosa.

Ahora solo tengo que conseguir que me haga caso. Es evidente que está mosqueada.

Pese a su fingida indiferencia hacia mi persona, no me aparta, se mueve contra mí y eso me tranquiliza, aún hay una oportunidad de arreglar las cosas.

Noto sus firmes nalgas presionar sobre mi polla y que me estoy empalmando muy deprisa. Esto va a ser muy doloroso.

Ahogo una maldición, antes de girarla entre mis brazos hasta que su cara casi toca la mía.

No puedo resistir la tentación de pasarle el pulgar por la mejilla. Ella se limita a observarme, con esos preciosos ojos que parecen tener el color de mi whisky preferido.

En cierto modo, ella es como el alcohol. En dosis altas podría hacerme perder la cabeza por completo.

Cojo con delicadeza sus muñecas y la hago abrazarse a mi cuello.

Cuando vuelvo a apoyar las manos contra sus caderas, Alexandra se tensa y se acerca un poco más a mí, hasta que sus pezones, tiesos, rozan los músculos de mi pecho. Puedo sentirlos. No lleva sujetador. Le arrancaría el puto vestidito ahora mismo. ¿Por qué seguimos en este lugar y no estamos solos en alguna parte?

Juro hacia mis adentros. Tengo ganas de recolocarme mis partes. La presión es dolorosa.

Inspiro hondo e intento calmarme. Con ella no puedo comportarme como un cualquiera.

Alexandra no es como las chicas de mi barrio. Tiene demasiada clase. Quiere que la seduzcan.

—¿Por qué estás aquí sola? —le susurro con el rostro inclinado sobre el suyo.

Levanta la mirada hacia la mía y mi palpitante polla vuelve a estremecerse dentro de los pantalones. Tengo que apretar fuerte las muelas y apelar a cada gramo de autocontrol para que las aguas vuelvan a calmarse.

—¿Por qué no está con su novia? —me provoca, lo cual me hace reír y distraerme por un momento de lo que se siente al tenerla cerca.

—No es mi novia.

Definir a Seven como mi novia es casi antinatural.

—Entonces... ¿va por ahí besando a gente desconocida?

—¿Tienes celos?

—No dignificaré eso con una respuesta.

No puedo contenerme, la agarro por el cuello y arrastro su boca hacia la mía.

—Tramposa —le susurro con una pequeña sonrisa de satisfacción.

Separa los labios para respirar. Debe de estar ahogándose con todo este magnetismo que desprenden nuestros cuerpos. Cuando follemos, y estoy seguro de que lo haremos, será épico.

Casi cedo al impulso de besarla, pero sé que con ella he de ir despacio. No quiero asustarla.

Así que dejo de mirarle la boca como un perturbado y me concentro en sus ojos.

—¿Te lo estás pasando bien esta noche?

—¿Y usted?

Me pregunto cuándo se dejará de tantos formalismos. Quiero oír esos jodidamente preciosos labios formular mi nombre. Aunque, en mi retorcida fantasía, estoy enterrado hasta los huevos en su cuerpo y ella solo dice mi nombre para pedirme que la folle más duro.

—Yo he preguntado primero.

—Sí, me lo estaba pasando bien.

—Parecías aburrida antes.

Parpadea con evidente sorpresa.

—¿Me ha estado observando?

—Y tú a mí, así que guárdate la indignación.

Pone tal cara de fastidio que no puedo contener la diversión.

—En realidad, miraba al tipo de detrás.

Me entran ganas de reírme.

Y de besarla...

—Qué mentirosa. Los dos sabemos que no podías quitarme los ojos de encima.

—Uy, qué pedante. ¿Tan irresistible se cree?

—Sé que lo soy.

Suelta una risa y se aparta de mí.

«No tan pronto, Bambi».

Atrapándola por las muñecas, la arrastro de nuevo a mis brazos. Es donde debería estar. Cerca. Pegada a mí.

—¿Vas a alguna parte?

—A mi casa —me responde, con sus provocadores ojos encajados en los míos—. ¿Por qué?

—Es pronto.

—Ya. Pues me aburro.

Tenso la mano en su cintura para retenerla a mi lado y noto cómo se estremece. Es buena

señal.

—Podría llevarte a un lugar más... privado.

Paseo la mano por su cuerpo. La pego más a mí. Se me pone más dura. «¿Lo estás saboreando, pequeña? Imagínate si estuviéramos desnudos».

—Es el colmo de la arrogancia si de verdad cree que voy a decir que sí a eso.

La respuesta fastidia un poco, aunque sabía desde el principio que ella no sería tan fácil de conseguir. Las cosas que valen la pena requieren esfuerzo y dedicación.

—Toma al menos una copa conmigo antes de marcharte.

—¿Por qué iba a hacerlo?

—¿Porque te lo pido con educación?

«Porque no quiero que te marches tan pronto, joder».

Me observa largo rato, es como si intentara buscar algo en mí. Al final se rinde.

—Está bien.

Contengo una pequeña sonrisa de triunfo. Está nerviosa. Se le acaba de acelerar el pulso. A mí también. Es una sensación cojonuda.

—Ven.

La cojo de la mano y me la llevo al reservado. Me siento como un cavernícola que acaba de arrastrar a su presa a su guarida. Tengo que contenerme un poco. No quiero meter la pata.

Les hago un gesto a todos mis amigos para que se larguen. Fuera todo el puto mundo.

Me mira divertida.

—¿Qué ha sido eso? Querido, ¿crees que es demasiado pronto como para que me presentes a tus amigos?

Sonrío. Me ha llamado *querido*.

«Vamos, di mi nombre. Di Ash una sola vez y entonces podré besarte. Joder, te daré el puto beso más obsceno que te han dado nunca, señorita Alexandra».

He hecho un pacto consigo mismo. No pienso besarla hasta que diga mi nombre. Está bien ponerse algún límite de vez en cuando.

—Esta noche no quiero compartirte.

—Solo vamos a tomar una copa. No te hagas ilusiones.

Me rio, no puedo evitarlo. Me gusta mucho. No solo que sea guapa. Su forma de ser me pone cachondo. Me vuelven loco las mujeres que son capaces de enfrentarse a mí.

Nos sentamos en el sofá. Me pongo cómodo a su lado, todo lo cómodo que puede estar alguien tan dolorosamente empalmado, y suelto el paquete de tabaco sobre la mesa.

Parece intrigada por las cerillas. Me pregunta por qué las uso. Sonrío hacia mis adentros al recordar todos los almacenes que tuvimos que volar por los aires para destruir pruebas, minutos antes de que llegaran con una orden de registro firmada por nuestro juez. Al menos veinte naves.

Desde entonces, llevo cerillas.

—Resultan muy útiles en alguna que otra ocasión.

—No serás pirómano.

Vuelvo a reírme. Ella me hace reír. Eso es bueno.

—No —respondo, analizándola con expresión guasona. Que haya pegado fuego a mis propios almacenes no me convierte en un pirómano, sino en un hombre previsor que sabe cuándo algo se ha convertido en un lastre y se lo quita de encima antes de que lo arrastre al fondo del mar.

—Sabes, la primera vez que te vi tuve la sensación de que no sueles reírte mucho, me costaba

colocar una sonrisa en tus labios. Me equivoqué.

Me pongo tenso. Ella tiene razón. En mi mundo no hay demasiadas cosas que me hagan sonreír. Mi mundo es oscuro y asqueroso, y ella nunca debería formar parte de algo así. Tendré que encontrar fuerzas para mantenerla alejada, por mucho que algo dentro de mí me exija conservarla.

—No. Acertaste. No suelo reírme —admito, después de un largo silencio.

—Ah. Entonces, ¿te divierto?

Vuelvo a tensar el gesto, a pesar de la sonrisa que me asoma en los labios. Me entretengo con la tarea de echar whisky en dos vasos.

Sus ojos me desconciertan. Ella me recuerda a alguien, a una mujer que fue muy importante para mí. También tenía ojos de Bambi y, además, de un color similar. No quiero pensar en ella ahora. No tendría sentido.

Le ofrezco una copa a Alexandra y me obligo a apartar de mi mente las sombras del pasado. Lo que importa es el aquí y el ahora.

—¿Qué es?

—Whisky escocés. Pruébalo. Es una exquisitez con más años que tú.

—No me va mucho el whisky.

—Confía en mí.

—Me pides lo imposible —murmura antes de beber.

Esbozo una sonrisa astuta, de medio lado.

—¿Qué tal? —pregunto, devorándola con la mirada como el psicópata que soy a veces.

—No está mal. Sabe como a... tabaco y... ¿cítricos, tal vez?

—Mira tú por dónde. Tienes un gran paladar.

Estoy impresionado. Es receptiva para los sabores. Mi mente pervertida se pregunta para qué otra cosa será receptiva. Decido no seguir adentrándome por senderos peligrosos y tomo un trago para despejarme las ideas.

—Hm. Gracias. Eso nunca me lo habían dicho.

Ya. No creo que el maltratador le hiciera demasiados cumplidos.

—¿Ya estás del todo instalada en Cleveland?

—He sacado mis cosas de las cajas, si es eso a lo que te refieres.

¿Quiere decir que no está de paso? Decido averiguarlo.

—Así que piensas quedarte.

—Como bien sabes, intento empezar de cero.

«Huir. Sí, estoy al tanto».

—Ya me dijo mi hermana que sueles ser testaruda.

—Y a mí que te tengo tan intrigado que no dejas de hacerle preguntas.

La puta hostia. No me gusta que Mia me haya delatado.

—Puede que haya preguntado una o dos cosas sobre ti —me veo obligado a admitir.

—¿Por qué?

—Quiero conocerte.

—¿Te tomas tantas molestias con todos tus empleados? He oído que tienes más de doscientos.

—Me tomo estas molestias solo con los empleados con los que planeo acostarme.

Me fijo en el pequeño rubor que cubre sus mejillas. Así que la idea le resulta atractiva, ¿eh?

—Qué tierno. Pero conmigo no vas a acostarte. Lo sabes, ¿verdad? Además, ¿qué pensaría tu

novia?

Sonrío para mí.

—Seven no es mi novia.

—¿Seven? Tiene un nombre curioso.

—Es una chica curiosa —convengo, divertido.

—¿De qué la conoces?

No quiero hablar de Seven con ella. ¿Cómo explicárselo?

—¿Por qué no hablamos mejor de nosotros?

—No se me ocurre nada que decir al respecto.

—A mí, sí. —La miro intensamente—. Me gusta el vestido que llevas.

—Vaya. Gracias.

—Me gustaría quitártelo.

Alexandra me mira con una pequeña sonrisa. No se escandaliza, y eso es la hostia de bueno.

—¿Siempre eres tan lanzado?

—Solo si el premio vale la pena.

—No soy un premio.

—¿Por qué no lo discutimos en un ambiente más íntimo? —le sugiero, inclinándome sobre su boca.

Absorbo el aire que ella expulsa y la evalúo con ojos ardientes.

Algo muy dentro de mí me exige que la toque, que la bese, que la levante en vilo y la coloque en mi regazo, con las piernas envolviéndome por las caderas.

Le rodearía el cuello con los dedos y me perdería en su boca. Joder, no solo en su tentadora boca, me perdería en todo su cuerpo.

—No voy a acostarme contigo.

La fantasía empieza a desintegrarse como la niebla. «No, no, no. Vuelve aquí. Estabas en mi regazo».

—¿Te refieres a esta noche o...?

El corazón me late con fuerza en el pecho.

Tarda en responder. Primero se acaba el whisky, luego deja el vaso sobre la mesa y solo después me atraviesa con la mirada.

—*Nunca*.

Su obstinación me arranca una sonrisa lenta.

—¿Me retas a conquistarte?

—Te reto a rendirte —asegura, antes de levantarse.

Trago saliva mientras paseo la mirada por sus muslos desnudos, que quedan ahora a la altura de mi cara. Su vestido negro solo cubre lo imprescindible. Me pregunto qué clase de ropa interior habrá debajo de eso.

Si es que la hay.

No sé qué me pone más cachondo, la idea de encontrarme unas braguitas negras de encaje o la idea de no encontrar nada.

Mierda. Será mejor que la mire a los ojos.

—Rendirse es de cobardes, Alexandra. ¿Qué haces mañana?

—Elegir cortinas nuevas.

Una fuerte carcajada cosquillea en mi garganta, pero consigo tragármela y le sonrío.

—¿Qué tal si dejas las tareas domésticas para otro momento y mejor quedamos para hablar

de trabajo?

—¿De trabajo, o de cómo piensas persuadirme para que me abra de piernas?

«¿Qué tal ambas?»

La idea de tenerla en este sofá, abierta de piernas, es estremecedora. Lamería cada centímetro de su piel si me lo permitiera.

—No necesito persuadirte. Los dos sabemos que va a pasar, tarde o temprano. Es una de esas cosas inevitables.

—Me voy. No puedo con tanta arrogancia.

Me levanto y me inclino sobre ella, bloqueándole el paso con mi monumental pecho. La energía sexual que ruga entre nosotros es impresionante.

—Deja que te lleve casa —le susurro mientras lucho conmigo mismo para no besarla.

—Ya soy mayorcita.

—¿Esto va a ser así siempre?

—Así, ¿cómo?

—¿Yo te pediré cosas y tú me las negaras?

—Más o menos.

Niego con aire divertido. Joder, me gusta esta chica.

—Te llamo mañana.

—Quizá conteste.

Me echo a reír y la sigo con la mirada por el club.

Joder.

Me invade el impulso de ir tras ella y agarrarla del cuello hasta tenerla lo suficientemente cerca como para profanar su boca con un beso que pondría la vida de los dos patas arriba.

Pero no lo hago. No debo. Aún no.

Las cosas buenas se hacen de esperar.

Apuro el whisky que me queda en la copa y me lleno los bolsillos con todas las cosas que he ido soltando sobre la mesa a lo largo de la noche. Será mejor que vuelva a casa. El *Fever* ya no presenta ningún atractivo para mí.

Capítulo 5

**El destino cometió un error contigo,
tenías que haber nacido muerto,
yo corregiré ese error.**

(Película *El Padrino III*, 1990)

Ash

Es casi mediodía cuando llego a casa. Qué mierda, joder.

Voy directamente a mi despacho, donde me sirvo un whisky doble, antes de desplomarme en el sillón con el vaso apretado contra la frente.

Necesito un respiro. Mi vida es demasiado complicada. No dejan de aflorar problemas por todas partes, contratiempos que todos esperan a que yo solucione.

Me tienen hasta las pelotas.

Sorbo un poco de alcohol, cierro los ojos y me tomo unos momentos para saborearlo.

—Hijos de perra —mascullo entre dientes al recordar lo que pasó anoche, cuando salí del *Fever* y, en vez de irme para casa, tuve que cruzarme la ciudad para ocuparme de un asuntillo que se podía haber evitado si la gente usara la puta cabeza de vez en cuando.

Me laten las sienes del estrés que llevo encima. Debo intentar dormir al menos hasta media tarde. Llevo veintidós horas sin pegar ojo, de la ceca a la meca.

—Hay alguien que quiere hablar contigo —me sobresalta la voz de Mia, a quien no he escuchado acercarse por el pasillo. Habría que ponerle un cascabel.

—Estoy ocupado —ladro, sin abrir los ojos.

—Es la policía.

Gruño hacia mis adentros, levanto los párpados con displicencia y mi mirada se cruza con la de mi hermana, que está de pie en el umbral, vestida con ropa de deporte. A juzgar por su rápida respiración y las mejillas rojas de frío, vuelve de correr.

—¿Han dicho qué es lo que quieren de mí?

No será por lo de anoche...

—No.

Lanzo un suspiro profundo y vuelvo a bajar los párpados.

—Ya voy.

—Te esperan en el salón.

—Cojonudo.

Apuro el whisky, me pongo de pie y tenso la mandíbula con disgusto. Cómo me gustaría tener un día normal de vez en cuando.

Hoy no va a ser.

Ajustándome la corbata al cuello, salgo de mi despacho, tuerzo por el pasillo y me dirijo al salón con paso confiado. Si aún no han echado las puertas abajo es que no se han enterado de lo de anoche.

En el salón me encuentro a dos personas, un hombre y una mujer, los dos de pie con

expresiones insondables. Parecen rondar mi edad, treinta y muchos. No llevan uniforme. Eso siempre es preocupante.

—¿Puedo ayudarles?

—¿Señor Williams? Soy la inspectora Hicks, y este es el detective Payne, de homicidios.

Les doy la mano con cara impasible. A Hicks no la conozco. A Payne, por desgracia, sí, aunque no doy señales de ello cuando lo saludo.

—Encantado. ¿Qué puedo hacer por ustedes?

—¿Conoce a esta mujer?

Examino desapasionadamente la foto que la inspectora Hicks sostiene a la altura de mi mirada.

—No. ¿Debería?

—Su nombre es Paola Vázquez.

—Hum. ¿Qué ha hecho? ¿Por qué la buscan?

—No la estamos buscando —responde Payne con una actitud que oscila entre lo agresivo y lo desafiante—. Está muerta.

Tenso los hombros, la única reacción que me permito a mí mismo.

—Su cuerpo desmembrado apareció esta mañana en un contenedor a unos quinientos metros de su casino —me explica la inspectora Hicks.

No aparto la mirada, a pesar de la dureza con la que me observan los dos agentes. Parece ser que ya me han incluido a la lista de sospechosos.

—Vaya. Mis condolencias a su familia.

—No tiene familia —gruñe Payne con una sonrisa de superioridad que me hace apretar los puños a ambos lados del cuerpo.

No tengo ni idea de por qué la ha tomado conmigo, y no estoy de humor para malos humos. Me encantaría propinarle al detective un puñetazo en toda la nariz, pero sé que ni siquiera yo puedo ir tan lejos, así que me limito a apretar las muelas y al final relajo los puños.

—Tenemos que hacerle un par de preguntas —me informa la inspectora con tono profesional.

—Claro.

Les señalo el sofá. Yo me siento en la butaca. Desde aquí puedo mirar a todo el mundo de frente. Como diría Alexandra, *desafiante*.

—¿Desean tomar algo?

—No, gracias —rehúsa Hicks—. ¿Dónde estaba usted anoche entre las once y las dos?

Esa es fácil.

—En el *Fever*.

—¿Alguien puede corroborar su coartada? —me increpa Payne.

—Sí. Al menos treinta personas.

El detective hace una mueca como si no se lo creyera.

—¿Por qué no habla con los de tráfico, detective? Me pusieron una multa muy cerca del club casi a las tres de la madrugada, cuando me estaba yendo. Por lo visto, no se puede circular por las avenidas de Cleveland a noventa por hora.

—Lo comprobaremos —asegura Hicks.

Sentado en una postura bastante relajada, con el tobillo de la pierna derecha apoyado contra la rodilla de la izquierda, traslado la mirada hacia la suya.

—No me cabe duda.

Me froto la barbilla con el pulgar. La inspectora observa los tatuajes de mis dedos. Me

pregunto a qué conclusiones estará llegando. Los dos me analizan al detalle, como si cada parpadeo mío fuera crucial para su investigación. Alexandra habría sido una buena poli. Sabe interpretar los gestos de la gente.

—¿Se le ocurre algún motivo que justifique por qué llevaba Paola su tarjeta en el bolso?

Se me nubla el gesto, pero intento que no se me note mientras le sostengo la mirada a Hicks.

—¿Mi tarjeta? Ni idea. No la conocía.

—Ya. Seguro que no.

Mis ojos enfocan a Payne.

—¿Me está acusando de algo, detective, o solo está tocándome las pelotas?

Con una expresión de asco en la cara, Payne se pone de pie y me reta con la mirada.

—Pues sí, te estoy acusando, capullo. Qué vas a hacer, ¿eh? ¿Matarme como a Paola? ¿Te la tirabas? Esa zorra estaba muy buena.

—Manda cojones —farfullo para mí. Apoyo las manos en los reposabrazos de la butaca y me yergo con estudiada tranquilidad para encararlo—. No quería partirle la cara, detective, pero me parece que no me está dejando opción.

—Inténtalo, gilipollas. Matón de mierda, a ver qué sabes hacer.

Me echo a reír y asiento para mí. Mi actitud solo es la calma antes de la tormenta. He zurrado a gente por mucho menos.

Y, de todos modos, a Payne hace años que tengo ganas de partirle el careto. Más que nada, porque él tiene la vida que a mí me habría encantado tener.

—El puñetazo que le voy a dar no es por insultarme a mí, sino por faltarle el respeto a esa chica —digo, rozándome la comisura del labio con el pulgar.

—Que follen a esa zorra.

—Que la follen —repito, sin entonación alguna.

Hicks, sin dar crédito a lo que está pasando, pega un brinco del sofá y se interpone entre nosotros.

—Payne, pero ¿qué coño te pasa? ¿Estás colocado otra vez? Vamos, déjalo estar. No querrás que te abran otro expediente.

Sonrío con aire socarrón.

—Sí, detective. Cuidado no le abran otro expediente —me mofo.

Payne me fulmina con la mirada.

Al final se rinde y aparta a la inspectora con ademanes enfurecidos.

—Ya nos veremos —amenaza, antes de salir.

Suelto un silbido.

—Le noto tenso. ¿Tiene problemas en casa? Detecto una ira reprimida hacia el género femenino. ¿Su mujer se la pega con otro?

Hicks me pone mala cara, se saca una tarjeta del bolsillo y me la ofrece.

—Llámeme si recuerda algo más.

—Muy bien.

Me guardo la tarjeta en el bolsillo y la conduzco hasta la salida. Quiero asegurarme de que se largan.

—Gracias por su tiempo —me dice la inspectora antes de salir.

Me limito a asentir.

El Porche amarillo de Seven se detiene en la gravilla con un chirrido de ruedas.

La que faltaba.

La escena no es para nada llamativa...

Primero asoma un zapato rojo de tacón alto, y luego el resto del cuerpo de Seven, que, vestida de negro, con vaqueros rotos y ajustados, chupa de cuero y un sujetador que acentúa su esculpido abdomen, se acerca a la escalera, contoneándose como un felino sobre su metro setenta y cinco de altura.

El pelo rubio le cae en ondas sobre la espalda. Sus labios están pintados de un intenso rojo oscuro. El peligro que desprende es tan excitante que deja a Payne boquiabierto.

Desde la adolescencia, Seven enloquece a los hombres. Más que guapa, es impactante.

—Buenas —le dice el detective, tan eclipsado que no puede quitarle los ojos de encima.

Ella, altiva como la reina que es, le dedica una única mirada, fría y seca, por encima del hombro, y sigue caminando hacia mí.

El mismísimo viento parece doblegarse ante su presencia. Sigue arremolinando hojas secas, pero lejos de su camino. Nadie se atreve a tocarle los ovarios a Seven, ni siquiera la Madre Naturaleza. Payne debería tomar nota. No le conviene encapricharse. Ella le haría pedazos.

Hicks saluda con la cabeza. No hay respuesta.

Sev pasa a su lado con expresión congelada, sube los escalones que nos separan, me coge por la nuca con las dos manos y me besa en la boca, como suele hacer.

Lo último que veo antes de cerrar la puerta es la cara distorsionada de rabia de Payne.

Se aparta al ver que no le devuelvo el beso. Sus ojos analizan los míos en busca de pistas. No hay necesidad de palabras. Estamos acostumbrados a decirlo todo sin abrir la boca.

—¿Cómo lo solucionamos? —dice al fin.

—Dile a Mia que venga. Que se traiga a su novio también. Esto nos concierne a todos. Os espero en mi despacho.

Hace una mueca de exasperación con los párpados, pero no se entretiene con protestas inútiles. Ha comprendido la gravedad del asunto.

Le lanzo una última mirada y tenso la mandíbula con disgusto, antes de alejarme por el pasillo.

De vuelta a la habitación donde más tiempo paso cuando estoy en casa, me siento tras la mesa y me enciendo un cigarrillo. El tabaco me ayuda a rumiar.

Para cuando aparecen Mia y Mark, ya he perfilado el plan.

—Sentaos —les pido con calma—. Tú también, Seven.

Los tres toman asiento delante de mí. Seven tiene que arrastrar la butaca. Solo hay dos sillas al otro lado del escritorio.

—Me temo que traigo malas noticias hoy. P está muerta.

Los labios de Mia se entreabren con horror. Seven permanece inalterable. Hay muy pocas cosas capaces de alterar a Seven. Ahora mismo no se me ocurre ninguna.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Mark, que intenta tranquilizar a su novia. Mia se acaba de acurrucar contra su costado y llora en silencio.

Hago un gesto de impotencia con las manos.

—La han asesinado. No conozco los detalles. Solo sé que alguien tiró su cuerpo en un contenedor cerca del casino.

—¡Dios mío! —Mia levanta la cabeza y me mira, aterrada.

—Es horrible, lo sé —admito con expresión deshecha.

—¿Cómo nos afecta esto?

—Tu pragmatismo me inquieta, Seven. —Vuelvo hacia ella mi cara descompuesta y le clavo una mirada acerada en las retinas—. ¿No vas a lamentar la pérdida de Julian?

—Que le follen a Julian. ¿Cómo afecta a la compañía la muerte de esa zorra colombiana?

Cuando le respondo, mi voz es fría y nada afable.

—La policía estará bastante más pendiente de nosotros que hasta ahora. Es solo cuestión de tiempo hasta que averigüen que Paola era la novia de mi mano derecha y que les he ocultado información.

Pese a estar mosqueado con ella por la falta de sensibilidad que acaba de demostrar y su total indiferencia hacia la muerte de una chica inocente, le dedico una de esas miradas que lo dicen todo.

«Busca un almacén. Asegúrate de que no puedan relacionarlo con ninguno de nosotros. Guarda ahí toda la mierda que tenemos».

Lo entiende como siempre, hace un escueto gesto de afirmación.

—¿Cómo podéis ser tan insensibles? —estalla Mia, ajena al intercambio de miradas elocuentes que se produce delante de sus narices—. ¡P está muerta, joder! ¿Acaso no os importa?

—A mí, no.

—Seven, ya vale —la acallo con dureza, antes de trasladar la mirada hacia mi hermana—. Claro que nos importa, Mia. Pero dejarnos caer en la trampa de la policía no traerá a P de vuelta. Lo que hay que hacer es encontrar al que la mató y reclamar justicia. ¿Alguno de vosotros recuerda cuándo fue la última vez que la vio?

—Anoche estaba en el *Fever*.

Todos los ojos se vuelven hacia Mark. Por primera vez en su triste existencia, hace un comentario interesante.

—¿Ah sí? —Me inclino hacia adelante con evidente curiosidad—. ¿Y qué estaba haciendo?

—No lo sé. Hablaba con un tío. No lo reconocí. Creo que era de los suyos. O sea, colombiano. Moreno, tatuado, treinta y tantos... En su momento no me pareció importante. Pero ahora...

—Hay que examinar las imágenes de las cámaras de vigilancia, y rápido. Puede que a estas alturas ese capullo se encuentre ya al otro lado de la frontera. Cuanto más lejos llegue, más nos costará dar con él. El tiempo es clave.

Seven nos dedica su habitual mueca de desagrado. Sé más que de sobra que puedo contar con ella para toda clase de trabajos delicados, pero aun así arqueo una ceja en busca de confirmación.

—Está bien —cede de mala gana, después de entornar los párpados una vez más solo para dejar clara la protesta—. Llamaré a Ruby para que traiga las grabaciones de anoche.

—Hazlo. Otra cosa, y esto os concierne a los tres. A partir de hoy, nadie puede hacer un solo movimiento sin que yo me entere. Vais a necesitar protección. Estamos al borde de una guerra.

—Puedo protegerme solita, pequeño —presume Seven con una sonrisa de mofa.

Y, para demostrarlo, aparta la cazadora para presumir de la pistola semiautomática que siempre lleva encima.

—Ya lo sé, Seven. —Joder, es una psicópata. Claro que puede protegerse solita. Pena me da el que se interponga en su camino—. Aun así, estarás siguiendo órdenes hasta que yo te diga lo contrario.

—Eres un capullo. Lo sabes, ¿verdad?

—Agradécemelo cuando sigas con vida. Al menos tú no tendrás que quedarte en casa, como Mia.

Mi hermana me fulmina con la mirada. Odia que las cosas se pongan así. Ya nos pasó una vez, cuando ella aún era una niña. Recuerdo perfectamente que no me habló en varias semanas. No comprendía por qué yo no podía ser un chico normal ni por qué tenía que ir al colegio acompañada por dos matones.

—No pienso quedarme en casa, Ash.

—No es negociable. Han tirado a Paula a quinientos metros de mi casino. Alguien intenta enviarme un mensaje. ¿A por quién crees que irán después? ¿A por Seven, que se cobró su primera vida a los dieciséis años y disfrutó un huevo apretando el gatillo, o a por Mia, mi dulce y delicada hermanita, que nunca ha aplastado a una mosca en toda su existencia?

—Yo también puedo defenderme —declara Mia con coraje, a través de los dientes apretados.

—Sí, de los mosquitos —se mofa Seven con una carcajada socarrona.

Le lanzo una mirada de advertencia, antes de volver a evaluar a mi hermana con preocupación. Es vital que Mia colabore. No podré protegerla de otra manera.

—Harás lo que yo te diga, coño. Tu seguridad es lo más importante para mí en este momento.

—¿Mi seguridad?! ¿Y qué pasa con lo demás? *Tengo* una vida, Ash. *Tengo* un trabajo. No puedo abandonarlo todo solo porque a ti te salga de las pelotas. ¡Me dijiste que tendría una vida normal si volvía a Cleveland! ¿Dónde coño está esa vida normal ahora, ¿eh?

Entrecierro los párpados, respiro hondo y, cuando la vuelvo a mirar, mis cejas forman una línea interrumpida por dos arrugas verticales. Sé que Mia lleva razón. Se merece tener una vida normal. Gracias a mí, nunca la tendrá.

—De acuerdo —accedo con voz suave—. Irás a trabajar, pero nunca sola, ¿me has oído? Te llevarás a Joseph.

—¡No puedo ir al trabajo con un gorila siguiéndome!

—Puedes, y lo harás. Mark se asegurará de que así sea. ¿Verdad, Mark?

Este asiente. No me gusta para Mia. Ella se merece algo mejor que un artista fracasado, y espero que mi hermana lo comprenda en breve.

Mientras tanto, tendré que joderme y tolerar su presencia.

—Bien, ya podéis retiraros. Os mantendré informados.

Las patas de las sillas chirrían cuando todo el mundo se levanta para marcharse.

Retrepado en mi sillón, enciendo otro cigarrillo y sigo cavilando. Mark y Seven se marchan de inmediato. Mia, en cambio, se entretiene devolviendo la butaca de Seven a su sitio. Es evidente que quiere hablar conmigo en privado y está esperando a que los demás salgan.

—¿Qué vas a hacer con lo de Paola? —me increpa cuando nos quedamos a solas.

—¿Tienes que preguntármelo? —murmuro, enfrascado en mis pensamientos.

Suelta aire por la nariz. Finjo no darme cuenta y, con semblante sombrío, estiro el brazo hacia la botella de cristal tallado y relleno mi vaso con bastante más whisky de lo que me echaría en un día normal.

—Prométeme que no harás nada estúpido.

Tomo un trago. Luego la atravieso con la mirada.

—No me hagas prometer cosas que los dos sabemos que no voy a cumplir.

Los ojos verdes de Mia adquieren un brillo tembloroso.

—Ash, solo te tengo a ti. Si te pasara algo...

—No me pasará nada, Mia.

Pese a la aspereza de mi tono, en su fuero interno me siento conmovido por el afecto que me procesa.

—Eres todo lo que me queda. Si te pasara algo, ¿qué sería de mí? Me prometiste que dejarías esta vida.

—Y la he dejado. Mírame. Cotizo en la bolsa, coño. Salgo en Forbes. Soy un empresario, se acabó la vida en las calles. El Grupo Williams lidera la lista de empresas más solventes del país. Me llaman el Magnate del Ocio. Soy el puto Magnate del Ocio.

—¿Y por qué os preocupa tanto a Seven y a ti que venga la policía a husmear en vuestros asuntos, si tan legales son?

Mi cara no se altera. Una vez me interrogaron durante ocho horas seguidas y, aunque los métodos no fueron los más ortodoxos, en mi mundo nunca lo son, no pudieron sonsacarme nada.

—Vestigios de nuestro pasado criminal. Pero no hay nada por lo que inquietarse.

—Y yo me chupo el dedo —gruñe, plantando las palmas sobre mi mesa—. ¿Sabes? He oído rumores por ahí. La banda sigue en activo, ¿a que sí?

Esbozo una sonrisa tranquilizadora.

—La lleva Julian y solo hacemos, *hacen*, trabajos de protección. Es como una... empresa de seguridad privada.

Mia niega y suelta un bufido entre dientes. Su rostro está repleto de incredulidad.

—Me mentiste, Ash. Me dijiste que dejarías la vida que llevas, pero no hablabas en serio, ¿verdad? Sigues haciendo trapicheos.

Trapicheos. Ojalá hiciera trapicheos.

Pero no, soy el rey de un reino que todo el mundo ansía.

La organización Williams se ha vuelto la más poderosa de Cleveland. Llevamos las compañías más prosperas, tenemos a los jueces en el bolsillo. El dinero entra y entra y entra, y todo esto sin derramar una gota de sangre.

Me encantaría saber quién codicia mi corona. La puta corona de espinas. Si lo supiera, le pondría fin al conflicto antes del estallido de una guerra. Matar a una persona para salvar a cientos. No me lo pensaría dos veces, apretaría el gatillo.

—Vamos, Mia, no te pongas así —intento apaciguarla.

—¿Que no me ponga así? ¡Vas a ejecutar al asesino de Paola para cobrarte tu estúpida *vendetta*! ¿Cómo coño pretendes que me ponga?

—Esa chica se merece justicia. *La tiró* a un contenedor —subrayo entre dientes, con una rabia tan fría que Mia se estremece al otro lado de la mesa—. Merece morir, pero no sin antes pagar por cada gramo de dolor que le ha causado. ¿Hay algo en toda esta ecuación que no te cuadra?

—¡Sí! ¡No eres tú quien lo decide, Ash! ¡Deja ya de jugar a ser Dios!

—No estoy jugando a ser Dios —le replico con tranquilidad—. Es cuestión de supervivencia. No puedo dar muestras de debilidad o acabaremos todos muertos. Porque, si alguien empieza a pensar que es tan fácil llegar hasta mí...

—¡Y una mierda! —me interrumpe Mia con voz temblorosa y los ojos llenos de chispas—. Sabes perfectamente cuál es la raíz de tu comportamiento psicótico.

—¿Lo sé, doctora? —repongo con una expresión que no deja traslucir nada.

—¡Que no pudieras salvarla a ella no implica que tengas que ir por la vida intentando salvar a todas las demás mujeres que sufren! —me grita.

El golpe es tan bajo que lo encajo cerrando los ojos. Mis manos se crispan en puños tan fuertemente apretados que es un milagro que no me fracture ningún dedo en el proceso.

No me muevo, ni siquiera respiro, hasta que me sobresalta el ruido que hace la puerta al cerrarse.

Entonces, hundo la cabeza entre las manos y respiro hondo.

—Joder —farfullo para mí mientras intento contener el dolor que aprieta cada vez más.

No puedo con esto. No puedo pensar.

Me levanto bruscamente, agarro la chaqueta y salgo pegando un portazo.

Ni siquiera sé adónde voy. Necesito salir de aquí.

Subo al coche, arranco y cruzo la verja envuelto en una nube de polvo y gravilla.

Estoy loco de dolor, como siempre que me permito pensar en ella.

El pasado, el presente, todo se entremezcla en mi cabeza y ya no sé lo que es real y lo que no. Puede que haya bebido demasiado whisky y lleve demasiado tiempo sin dormir.

A lo mejor ni siquiera estoy en condiciones de conducir. Ojalá me importara. Vivir, morir... ¿Dónde está la diferencia? Yo ya estoy muerto. No soy más que un puto cadáver viviente.

Cierro los ojos por un segundo y mi pie derecho aprieta con más fuerza el acelerador. Los recuerdos han vuelto para quedarse.

Da igual lo lejos que haya llegado. Muy en el fondo, sigo siendo el niño mugriento que corría descalzo por unas calles llenas de mierda y vivía en una choza que se les caía encima, un lugar horrible en el que los sueños morían a la misma velocidad a la que se apagaba su compasión.

Ese niño era débil y vulnerable, y sigo siéndolo si esto aún me afecta después de tantos años.

El coche se detiene con un chirrido de ruedas delante de la verja cerrada. Al otro lado de las rejas, al final de una larga avenida bordeada de viejos castaños, asoma mi nueva casa, grandiosa, blanca, respetable.

La observo a través de los párpados entornados, contemplo sin la menor emoción todo lo que he conseguido, y pienso en lo mismo de siempre: ojalá *ella* estuviera aquí para ver todo esto. Le encantaría.

Pero se fue. Me dejó.

Las luces se mantienen apagadas, nadie se asoma tras la ventana para verme llegar. Se marchó sin más y detrás de sí queda un vacío tan grande que el mundo entero no podría llenarlo.

Si fuera lo bastante hombre, me pegaría un puto tiro. Pero sigo adelante sin saber por qué.

Niego para mí, doy media vuelta para regresar a la carretera principal y vuelvo a poner el coche a ciento ochenta por hora, como si de esa forma pudiera dejar los recuerdos atrás.

Siempre viajo deprisa, pero nunca logro desprenderme de mi carga. No puedo huir de algo que forma parte de mí.

En mi cabeza la veo morir todas las noches.

Te quiero, pero no lo aguanto más.

Eso fue lo que me dijo antes de dejarme ir.

Luego solo hubo silencio. Y rabia. Y dolor.

Aprieto un botón sobre el volante y aguardo unos momentos, hasta que la voz, suave y medio ronca, inunda el coche y... mis venas.

—¿Diga?

Una sonrisa débil se abre paso en mis labios. No puedo evitarlo. Ella me sienta bien. Es como una cura a mi extraña enfermedad.

—Hola, Alexandra.

—Hola —responde, un poco sorprendida.

—¿Te pillo en mal momento?

—No, yo... No, dime.

Me fastidia lo que voy a decirle, porque quiero verla y que aletargue mi dolor durante un rato, pero hay asuntos más urgentes que requieren mi inmediata atención. No puedo distraerme ahora.

—Te llamo para decirte que al final no voy a poder quedar contigo hoy.

«Joder».

—De acuerdo. No pasa nada.

—Lo siento. Me ha surgido un imprevisto en el trabajo.

«Puede que esto sea más que un imprevisto, cielo. Puede que estemos ante el inicio de una guerra abierta entre las cuatro organizaciones criminales más mortíferas de la ciudad, pero, oye, no nos enrollemos con detalles tontos ahora».

—De verdad, no hace falta que te disculpes.

Pese a lo animada que parece, la decepción que arrastra su voz es más que evidente.

Callo unos segundos mientras lucho conmigo mismo y me recuerdo las (al menos) dos mil razones por las cuales no debería volver a verla (te quiero, pero no lo aguanto más), ni involucrarla en mi mundo de mierda.

Después de aclararme todo eso a mí mismo, le digo:

—¿Por qué no preparas unos bocetos y hablamos de ello mañana por la noche? ¿Quizá con una copa de vino en la mano?

A la mierda.

—Bueno, esto no va así. No puedo elaborar bocetos sin antes conocer el proyecto.

Estupendo. Ahora va a pensar que soy un paleta. Ni siquiera me he parado a pensar en lo que estaba diciendo. La necesidad de verla era más fuerte que todo lo demás.

—Ya, claro. Perdona mi lapsus. Nunca he trabajado con un diseñador de interiores. No sé cómo va el tema.

—No te preocupes. Es... suele pasar. No tienes por qué saberlo.

—Así que necesitas ir a ver el proyecto.

Me pongo a pensar mientras ella me explica en qué consiste exactamente su labor.

—De acuerdo —digo cuando han terminado las aclaraciones, que he oído solo de pasada—. Entonces, te recojo mañana a las seis y primero pasamos a que veas la casa.

Y más vale que ningún hijo de puta me la lie mañana otra vez.

—¿Primero? ¿Qué vamos a hacer después?

—No seas impaciente, Alexandra —respondo, sonriendo—. Ya lo sabrás mañana. Mándame tu dirección.

Capítulo 6

Podemos abandonarlo todo menos las obsesiones.

(David Foenkinos)

Alexandra

—Esta, en concreto, es muy bonita, aunque habría que encargarla porque no la tenemos en stock ahora mismo. También la fabrican en color tostado. Mire. A mí personalmente me gusta más así, pero, claro, es cuestión de gustos.

Observo pensativa los dos trozos de tela que el dependiente acaba de dejar sobre el mostrador.

Intento averiguar qué clase de cortinas harían juego con mi nueva vida.

—¿Sería posible ver algo en color...? —El sonido de una llamada me interrumpe antes de que pueda terminar la frase—. Disculpe.

Me saco el móvil del bolsillo de los vaqueros y compruebo la pantalla. No conozco el número.

Le pido al vendedor que aguarde unos momentos y salgo al exterior para poder atender la llamada.

Hace un día oscuro, como si fuera a ponerse a nevar en cualquier momento. El cielo tiene el color de un moratón que tarda en curarse.

Llevo puesto mi abrigo camel de lana, pero me estremezco de todos modos ante la ráfaga de aire que me golpea de lleno en la cara.

En la calle principal se acumula todo un remolino de hojas doradas y marrones. Giran en el viento, antes de volver a posarse con recato sobre la acera desierta.

Como siempre, el silencio que envuelve la ciudad es profundo. Hay algo muy depresivo en esta imagen.

—¿Diga?

—Hola, Alexandra.

La voz, baja y gutural, se abre camino a través de mí como una explosión que vuela mi cordura por los aires.

Agarro el teléfono con más fuerza y pienso en lo increíble que es que, en medio de todo este frío que me rodea, su timbre rasgado me produzca un hormigueo de calor en el bajo vientre.

—Hola —musito sorprendida, tragando saliva.

—¿Te pillo en mal momento?

—No, yo... —Me obligo a respirar—. No, dime.

—Te llamo para decirte que al final no voy a poder quedar contigo hoy.

Me preocupa la oleada de decepción que me invade. El aire abandona de golpe mis pulmones.

—De acuerdo. No pasa nada —aseguro, intentando mostrarme relajada al respecto.

—Lo siento. Me ha surgido un imprevisto en el trabajo —me explica, aunque no entiendo

muy bien por qué. ¿Qué pretende?, ¿quedar bien conmigo?

—De verdad, no hace falta que te disculpes.

Se produce una pausa. Me pregunto dónde estará. Tengo la sensación de que no quiere colgarme aún.

—¿Por qué no preparas unos bocetos y hablamos de ello mañana por la noche? ¿Quizá con una copa de vino en la mano?

Parpadeo, confundida por la propuesta (¿es una cita?), y luego frunzo el ceño.

—Bueno, esto no va así. No puedo elaborar bocetos sin antes conocer el proyecto.

—Ya, claro. Perdona mi lapsus. Nunca he trabajado con un diseñador de interiores. No sé cómo va el tema.

Suena incómodo, y lo que menos pretendía era avergonzarlo.

—No te preocupes —me apresuro a decir—. Es... suele pasar. No tienes por qué saberlo.

—Así que necesitas ir a ver el proyecto.

Casi oigo los engranajes de su cerebro moviéndose.

—Sí, tengo que hacerme una idea del tamaño y más o menos de qué es lo que buscas —explico como la profesional que soy. Hablar con él por teléfono resulta más fácil. No tengo que enfrentarme a la aplastante fuerza sexual que desprende, puedo ponerme en modo diseñadora de interiores y tratarlo como a un cliente más—. Una vez aclarado eso, haré un anteproyecto, te lo presentaré y, si le das el visto bueno, elaboro el presupuesto y nos ponemos manos a la obra.

—De acuerdo. Entonces, te recojo mañana a las seis y primero pasamos a que veas la casa.

—¿Primero? ¿Qué vamos a hacer después?

—No seas impaciente, Alexandra —replica con acento divertido—. Ya lo sabrás mañana. Mándame tu dirección.

—Pero...

Me doy cuenta de que no tiene sentido protestar. Me ha colgado.

Suelto una risita de incredulidad y regreso a la tienda. Aún no he encontrado las cortinas de mis sueños y me temo que, gracias a este hombre tan frustrante, ya no voy a poder concentrarme en nada de eso.

Como no se ha dignado a decir qué es lo que vamos a hacer ni adónde me lleva, al final me he puesto un vestido camisero de color verde oscuro, botas militares y medias ahumadas, finas.

Voy más o menos preparada para todo, tanto para caminar por terreno no urbano, como para que me dejen entrar en algún establecimiento no demasiado quisquilloso con la etiqueta.

Ahora que el reloj casi marca la hora de nuestra cita, mi nerviosismo se ha vuelto incontrolable.

Me parece que este piso ya no consigue abarcar mi impaciencia, así que me pongo un abrigo negro de lana encima del vestido, me enrosco una bufanda multicolor alrededor del cuello y decido esperar en la calle los quince minutos que faltan para el encuentro.

Puede que un poco de aire fresco me venga bien. La idea de volver a vernos me intranquiliza bastante. Solo de pensar en su abrumadora presencia, me quedo sin aliento.

El ascensor es pequeño, sucio y está mal iluminado. Hay algo muy sórdido en este edificio.

Mientras el trasto traquetea entre las plantas, me observo en el espejo amarillento que tengo

delante. Esta soy yo, Alexandra Harper, aunque a veces no me reconozca.

Me paso el dedo por debajo del labio inferior para limpiarme el bálsamo de labios que ha empezado a escurrírseme.

Me tranquiliza saber que tengo buen aspecto, al menos bajo esta anémica bombilla. Llevo un maquillaje sencillo, adecuado para una reunión de trabajo. Solo he usado lápiz de ojos, rímel y un discreto toque de colorete. No quiero que piense que me he pasado todo el día delante del espejo por él.

«No, te lo has pasado sexualmente frustrada, y eso no puedes negar que haya sido por él».

Ay, Dios. Necesito que me dé el aire.

Salgo disparada en cuanto se abren las chirriantes puertas, llenas de chicles pegados y frases obscenas, y aprieto el paso hacia el exterior.

Nada más pisar la acera, freno en seco y me quedo paralizada unos segundos.

Él ya está aquí, apoyado contra el capó de un Lexus negro que parece recién sacado de fábrica. Tiene las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, las manos resguardadas en los bolsillos del pantalón y sus ojos conectan de inmediato con los míos a través de las volutas de humo que despide el cigarro que le cuelga de los labios.

Este hombre podría protagonizar sin ningún problema la próxima campaña publicitaria de Lexus.

Es tan atractivo que no puedo evitar quedarme ensimismada unos segundos.

Va muy bien vestido, muy, muy elegante. Lleva gemelos de acero y un traje negro carbón que parece hecho a la medida de su impresionante cuerpo. Lo más probable es que lo sea.

Trago saliva, aferro con fuerza la agenda que sostengo entre las manos y obligo a mi cuerpo a ponerse en marcha, a lidiar con el magnetismo que percibo desde aquí y que, por desgracia, se magnifica conforme me acerco.

Me gustaría que dejara de observarme así, o que por lo menos sonriera un poco, pero no parece dispuesto a concederme ni una cosa ni la otra.

Sus ojos se arrastran con lentitud por mi cuerpo, lo registran de arriba abajo con tanto interés que se me ruborizan las mejillas. Hay algo muy carnal en su forma de mirarme. Es como si ya supiera el aspecto que tengo cuando me corro. Inquietante.

Al devolverle la mirada —soy incapaz de no hacerlo—, advierto que su rostro se mantiene igual de pétreo que antes.

Tan solo atisbo la sombra de una leve sonrisa en las comisuras de sus labios. Muy, *muy* leve.

Me detengo delante de él y lucho por mantener a raya los latidos de mi corazón. Me da miedo que vaya a oírlos.

—Llegas pronto —informo de manera escueta. Como no llevo tacones, tengo que mirarlo desde abajo.

—Tú también —replica, divertido, arqueándome una ceja.

Todo en él resulta desafiante. El aplomo, la postura corporal, la sonrisa que intenta contener...

—Quería tomar el aire.

—¿Y eso? ¿Estás nerviosa?

—Aburrida más bien.

Sus ojos azules recorren la sucia fachada del edificio que se eleva a mis espaldas sobre siete pisos de altura.

Ya sé lo que está viendo, los grafitis, el aspecto descuidado que muestra la zona. Me temo

que no estamos en uno de los barrios por los que alguien como él acostumbra a moverse.

—Esta no es una de las zonas más seguras de Cleveland, Alexandra —me dice con suavidad. Como no respondo, su mirada vuelve a bajar hacia la mía.

Dejo de estudiar idiotizada su elegante rostro esculpido y parpadeo para recomponerme.

—Es lo único que obtienes cuando no puedes aportar una nómina.

Ash tensa la mandíbula y me observa en silencio.

—¿Nos vamos? —propongo con una ceja en alto—. Me muero por descubrir qué tienes en mente.

Se deshace en un suspiro, asiente y me abre la puerta del copiloto.

Le pongo mala cara.

—Esto es completamente innecesario.

—¿El qué? ¿Ser educado? —repite con una media sonrisa socarrona.

—Comportarse de forma paternalista, como si yo fuera una pobre damisela que necesita que alguien la cuide y la proteja.

Los ojos que se arrastran por mi rostro son cálidos y cargados de electricidad. Noto que frunce los labios para retener una sonrisa.

Estamos tan cerca el uno del otro que su embriagador aliento golpea de lleno contra mi boca. Siento las chispas, pequeñas partículas de energía estática que pasan de un cuerpo al otro, y mi respiración se vuelve pesada.

La atracción es inexplicable y, sin embargo, real. Es como si su cuerpo fuera un imán gigantesco que no hace otra cosa que atraerme.

—Créeme, Alexandra, en absoluto te estoy viendo como a una damisela desprotegida. Además, no me gustan las damiselas.

Con las cejas enarcadas y una sonrisa de insufrible autosuficiencia, aguarda a que yo entre en el coche, cosa que hago tras dedicarle una última mirada seca, y entonces deja caer la puerta y rodea el Lexus por la parte delantera.

—Ponte el cinturón —ordena, antes de girar la llave dentro del contacto.

Me muerdo el labio por dentro para no sonreír.

—¿Por qué? ¿Te preocupa que te multen?

Parece divertirme mi pregunta, a juzgar por la mirada que me lanza.

—Me preocupa que te salga algún chichón en la frente. Conduzco deprisa.

—No será para tanto.

Con una media sonrisa mal contenida, hunde el pie en el acelerador.

—Tú lo has querido.

Un fuerte chirrido de ruedas hace jirones el silencio de la tarde.

—¡Joder! —bramo, buscando el cinturón sin apartar los ojos de la carretera—. ¡Ve más despacio! ¡Cuidado con ese! ¡Se va a meter!

Escucho su risa y lo fulmino con la mirada.

—Cálmate, Alexandra. Sé lo que hago. Tú misma dijiste que lo controlo todo a mi alrededor.

Me lanza una mirada maléfica que me pone aún más nerviosa.

—¡Pero no me mires a mí! ¡Mira la carretera! —le grito—. Y yo no hablé de control. Hablé de poder.

Vuelve a reírse, niega y cambia de marcha.

—El poder implica controlarlo todo.

—¿Puedes mirar la carretera?

—Relájate. Estás a salvo, te lo prometo.

—¿A salvo? ¡Vas en quinta dentro del casco urbano!

—Y, mira, ahora voy a meter sexta.

Dejo escapar un jadeo de incredulidad, niego y me obligo a mirar por la ventanilla los edificios que vuelan tan deprisa que apenas alcanzo a distinguir una imagen borrosa.

Ash enciende la música, empleándose de uno de los mandos que hay sobre el volante, y se concentra en la conducción.

Poco a poco empiezo a acostumbrarme a la velocidad. Al rato me parece que ya no vamos tan deprisa. Sin embargo, cuando giro la mirada hacia el salpicadero, constato que viajamos tan rápido como la Muerte.

Y no sé qué es lo que me produce este hueco en el estómago, si la aguja del velocímetro o su presencia a escasos centímetros de mí.

Todo el coche huele a él y yo siento que la cabeza me empieza a dar vueltas.

—¿Por qué tantas prisas? —pregunto, buscando su mirada a través de la templada oscuridad del coche.

Es temprano, pero estamos en noviembre y en un día tan oscuro como el de hoy anochece muy pronto. Cleveland ya ha encendido su alumbrado urbano.

—Tenemos reserva para cenar a las ocho y no pienso perderla.

—¿Las ocho? ¿No es un poco tarde para cenar?

Finge prestarle mucha atención al tráfico.

Me percató de que estamos saliendo de la ciudad. Noto cierta inquietud en el estómago al no saber adónde nos dirigimos.

—Soy un animal nocturno —responde, sin mirarme.

—Hm. ¿Y puedo saber qué es lo que te ha hecho pensar que voy a cenar contigo esta noche?

Cojo aire cuando sus ojos se giran hacia los míos. Lo debe de notar porque su boca se mueve en una media sonrisa cargada de lujuria.

—Es una cena de trabajo, no te emociones.

Cabeceo con fastidio y le pongo mala cara.

—¿Y cómo sabes que no tengo planes?

—¿Los tienes? —repite, arqueando ambas cejas.

—Quizá.

—¿Nadie te ha dicho hasta ahora que mientes de pena, Alexandra?

Mortificada, me muerdo el labio inferior por dentro y aparto la mirada.

La carretera desaparece unos cuantos metros más allá de los faros del coche, como si la oscuridad se la estuviera tragando.

—¿Qué es lo que quieres que diseñe? —vuelvo a preguntar unos treinta segundos más tarde.

—Mi nueva casa.

—¿Cómo es?

—Respetable.

Respetable. Parece ser que eso es algo que le gusta. La ropa que lleva, la dirección postal de su oficina. Es todo muy respetable.

Pero algo en las profundidades de su mirada advierte de que él no lo es.

Pasamos unos momentos en completo silencio. Me sobresalto cuando recibe, a través de la computadora a bordo, una llamada de un tal Bobby Star.

La rechaza de inmediato. Qué intrigante.

—¿Quién es Bobby Star y por qué te niegas a atenderle?

La mitad derecha de su boca se eleva en una sonrisa apenas perceptible.

—La curiosidad mató al gato, pequeña Alexandra —me recuerda, con los ojos clavados en la carretera y las dos manos sobre el volante. Su control y su firmeza son absolutos.

Hago una mueca, aprovechando que no me mira, está buscando una canción en concreto.

Trago saliva cuando la encuentra.

Antes sonaba un gran éxito de los ochenta, pero ahora ha cambiado por completo de registro y esta música intensa y, en cierto modo, devastadora, altera aún más la atmósfera del coche. Me hace volverme muy consciente de su impresionante físico y de la inexplicable atracción que ejerce sobre mí.

—Me gusta —susurro, absorta en su tenso perfil.

Trascurren varios segundos hasta que su rostro se vuelve hacia el mío.

Con esa canción decadente de fondo, la fuerza de sus ojos me perturba tanto que empiezo a sentirme cada vez más vulnerable, como si estuviera bajando la guardia ante ese azul tan puro y penetrante que traspasa las grietas de mi armadura y despierta en mí un deseo tan visceral que tengo que separar los labios para que resulte viable algo tan simple como respirar. Este hombre quita el aliento.

—¿Qué te inspira?

Habla tan bajo que tengo la sensación de que sus labios ni siquiera se han movido.

Nos miramos unos segundos a los ojos. Luego, él desvía la atención hacia la carretera.

—¿Qué me inspira? —Me tomo unos segundos para meditar la respuesta—. Derrota. Obsesión. Oscuridad. Locura...

Me doy cuenta de que intenta no sonreír mientras observa cómo los faros del coche desgarran la noche.

—Solo es una historia de amor —murmura, más bien para sí.

Me río sin que me haga demasiada gracia. Sus ojos vuelan hacia los míos, atraídos por ese sonido.

—Quizá entre una chica y un asesino en serie.

Los labios de Ash se curvan en una sonrisa enigmática. Noto que le gustaría decir algo al respecto. Al final, lo deja estar y empieza a reducir la velocidad del Lexus, hasta que nos detenemos delante de una verja oxidada.

—Hemos llegado.

Miro por la ventanilla con curiosidad. La noche es cerrada, pero, gracias a los faros del coche, alcanzo a ver una casa grande y blanca al final de una avenida delineada por hileras de árboles desnudos. Ash se saca del bolsillo del pantalón un mando a distancia y abre las puertas.

La avenida debe de medir alrededor de cien metros de largo. Al fondo veo una fuente artificial, en desuso, aunque en aparente buen estado.

La música se corta de golpe para dejarle paso a una nueva llamada de Bobby Star.

Ash me lanza una miradita, antes de colgarle por segunda vez.

—Tiene nombre de actor porno —le suelto, sin pensármelo demasiado.

Se echa a reír, me devuelve la mirada y cabecea divertido.

—No creo que a él le haga gracia oírte decir eso.

—A ti, sí.

—A mí, sí. Pero yo no me llamo *Bobby Star*.

Suelto una risita y me agacho para ver mejor la cornisa y la parte superior de las cuatro

columnas que parecen sostener el tejado.

Vaya sitio. Decadente, pero con mucho potencial.

El coche se detiene al lado de la amplia escalinata. Bajo antes de que se le ocurra abrirme la puerta.

Después de apagar el motor y los faros, viene hacia mí sonriendo, supongo que divertido por mi empeño de no parecer una damisela indefensa.

—Esta es la choza.

—Más que una choza, parece una mansión —repongo, recorriendo con la mirada la construcción que se eleva sobre dos pisos de altura.

Resulta un poco inquietante estar aquí con él, en mitad de la nada. A nuestro alrededor lo único que hay es campo llano y oscuridad.

Y, sin embargo, me doy cuenta de que no es él quién me asusta. Más bien tengo miedo de mí misma, de mis propios deseos.

—¿La vemos por dentro?

—Claro. Para eso he venido.

Subimos juntos por la escalera. Arriba, me aparto para que pueda abrir y desconectar la alarma.

Me quedo en el umbral hasta que acciona las luces y aparece delante de mí una enorme sala de estar, con suelos de mármol blanco, una gran escalera interior con pasamanos de bronce y unas ventanas enormes que van del suelo al techo. Hay pocos muebles, ninguno que pueda rescatar, y parece un poco maltratada, pero el potencial que tiene es impresionante. La chimenea es una exquisitez. Me imagino cómo sería pasar aquí las navidades, rodeada de una familia y...

Detengo el pensamiento de inmediato.

—¿Qué opinas?

—Espero que organices bailes benéficos, porque este lugar sería perfecto para un evento así.

Suelta una risita suave y me evalúa con ojos brillantes.

—Quizá lo haga a partir de ahora. ¿Vemos el resto?

—Lo estoy deseando. ¿Tienes los planos de la casa? Me gustaría saber cuánto mide cada habitación para poder ajustar bien el presupuesto. El suelo parece estar en buen estado, pero tendría que revisarlo todo para asegurarme de que no hay que cambiarlo.

—Sí, te los mandaré por e-mail.

—Genial.

Intercambiamos una pequeña sonrisa y lo sigo por un pasillo que, según me explica, conduce a la cocina.

Rozo por error mi pulgar contra el suyo al torcer hacia la derecha, y saltan chispas.

Trago saliva y procuro obviar la molesta descarga eléctrica que acaba de estallar por toda mi columna vertebral.

—La cocina necesita una reforma completa —sentencio, después de examinarlo todo al detalle.

Lo busco con la mirada al no recibir una respuesta. Me lo encuentro apoyado contra la puerta, con las manos hundidas en los bolsillos del pantalón y cara muy seria. Parece absorto, como si verme en modo trabajo le resultara de lo más cautivador.

—No te cortes —susurra por fin, con una voz profunda que tensa algo dentro de mí—. Haz lo que consideres.

Fuerzo una sonrisa.

—Estupendo. Aquí hemos acabado. ¿Qué más hay en esta planta?

—Comedor, biblioteca, dos baños, una despensa, dormitorio con baño privado para el servicio...

—Guau.

Sonríe y se aparta de la puerta para que pase yo primero.

La casa resulta tener también sótano y se me acaba de ocurrir la idea de poner ahí una bodega.

Aunque no pienso decírselo. Será una sorpresa. Estoy segura de que le encantará.

Incluso podría crearle alguna especie de refugio masculino, con mesa de billar, barra de bar y una tele que cubra media pared.

Hay suficiente espacio y creo que algo así podría gustarle, un rincón suyo, en el que nadie lo moleste, con elegantes butacas en las que poder sentarse y degustar un whisky de más de treinta años. Tendré que buscar un buen equipo de sonido. No puede faltar una canción de Etta James.

Y cuerdas suspendidas del techo para que pueda practicar el *shibari*, que seguro que le va ese rollo.

Vale, puede que tenga demasiada imaginación. Aunque tampoco creo que follar en la postura del misionero sea lo suyo...

Subimos en silencio hasta la primera planta. Ash abre una puerta que da a un cuarto enorme, con baño privado y vestidor.

—El dormitorio principal.

Por algún motivo, me ruborizo al mirar la cama. Nos acabo de imaginar en ella. ¿Seré imbécil?

—Vaya. Una chimenea —me asombro al girarme.

No me quita ojo, y lo veo contener una sonrisa al oír mi tono entusiasmado.

—¿Te gusta?

—Me encanta —admito, con la mirada anclada a la suya.

Sus ojos recorren mi rostro con tanta calidez que por un segundo casi me dejo dominar por el impulso de agarrarlo por la corbata, arrastrarlo hasta la cama con dosel y empujarlo hacia atrás en ese viejo y sucio colchón.

No me cuesta ningún esfuerzo imaginarme a mí misma en su regazo, rodeándolo entre las piernas, a punto de provocarlo con la boca.

La atracción entre nosotros es más que evidente y, cuando echa a andar hacia mí, me pongo un poco nerviosa.

El magnetismo sexual que emana de él se vuelve más abrumador conforme disminuye la distancia que nos separa.

Se detiene a escasos centímetros de mi cuerpo, ladea la cabeza hacia la derecha y me atrapa con sus impresionantes iris azules.

Noto el áspero calor que desprende su pecho y eso hace que me sienta femenina, pequeña y muy frágil a su lado.

Es guapo, aunque el riguroso poder que emana de él excita mucho más que cualquier atractivo. Su autoridad es implacable. Está claro que sabe llevar las riendas a la perfección.

No quiero ni pensar en cómo sería tener todo ese poder, ese magnetismo y esa tremenda fuerza de voluntad entre las piernas. Imagino una lucha apoteósica en la que los dos daríamos lo mejor de nosotros.

—¿En qué piensas?

Su susurro, casi encima de mis labios, me estremece.

—¿Por qué lo preguntas?

—Se te han dilatado las pupilas y tu pecho se mueve demasiado deprisa. Es como si estuvieras...

—¿Qué? —murmuro, recorriendo su mirada con aire inseguro.

—Un poco acalorada.

—Ya. Me ponen las chimeneas —le contesto, sin apartar los ojos de los suyos.

Esboza una sonrisa leve y traviesa.

—Las chimeneas, ¿eh?

—Mm-hm.

Asiente para sí.

—Muy bien. Lo tendré en cuenta.

—¿Para qué? —balbuceo, un poco desconcertada.

Me pone mala cara.

—Nuestra primera vez, ¿qué va a ser, Alexandra? Céntrate un poquito.

Suelto una risa incrédula.

—Sigue soñando.

No se da por vencido y me sigue hasta la puerta.

—Imagínatelo: tú, yo, esa chimenea encendida...

—Una imagen odiosa —lo corto con voz seca.

Me dispongo a torcer por el pasillo, pero me atrapa por la muñeca y me arrastra hacia él hasta que nuestros pechos chocan, haciendo estallar las chispas de electricidad que crepitan entre nosotros.

Tengo sus perturbadores labios a la altura de los ojos y me doy cuenta de que, mientras me observa, él también contiene el aliento.

No sé si va a besarme o a decirme algo, y la espera me está matando. Si me soy sincera a mí misma, preferiría que me besara.

—¿A qué estás jugando? —murmura, levantándose el rostro con una mano para poder evaluar mejor mi mirada.

—¿A qué te refieres?

—Hay veces en las que parece que me estás tirando los tejos, y luego me apartas de golpe. Hablemos claro, Alexandra. ¿Qué cojones quieres de mí?

Me quedo helada. No me esperaba este estallido de honestidad.

No tengo ni idea de qué contestar, y respiro con cierto alivio cuando su teléfono vuelve a sonar dentro del bolsillo de sus pantalones.

—Joder —sisea, apartándose de mí con brusquedad. Mira la pantalla y hace una mueca—. Disculpa. Tengo que coger esta llamada. Ahora mismo vuelvo. —Me lanza una última mirada, como diciendo no te muevas, y echa a andar hacia la terraza de la habitación principal—. ¿Qué pasa, Seven?

Me estremezco al oír el nombre de esa mujer.

Debería concentrarme en la habitación, pero no puedo dejar de observarlo mientras habla con ella. Parece tenso, ojalá pudiera oír lo que dice. Ha cerrado la puerta. Solo puedo intentar leerle los labios.

Y no entiendo nada...

Doy un respingo cuando se abren las puertaventanas de par en par. Finjo anotar algo en la

agenda, para que no parezca que haya estado observándolo como una perturbada.

—Perdona.

—Tranquilo. —Compongo una sonrisa profesional, cierro la agenda y le aguanto la mirada como si no hubiera pasado nada—. ¿Todo bien?

—Estupendo. ¿Seguimos con la visita?

Vaya. Así que la llamada de Seven le ha hecho dejar de increparme acerca de nuestra supuesta futura relación. No sé qué sentir al respecto.

Sé lo que *no quiero* sentir, y me enfurezco conmigo misma cuando una pequeña punzada de celos impacta contra mi estómago.

Me digo a mí misma que esto es ridículo, y lo sigo por la casa con expresión resuelta.

Vemos el resto prácticamente sin dirigirnos la palabra. Yo tomo notas y mido cosas, y él aguarda paciente hasta que termino.

Son casi las siete y media cuando doy por concluida la visita. Ash comprueba el reloj —un Rolex plateado, a juego con sus gemelos— y me dice que ya es hora de volver a la ciudad.

Para ser honesta, no esperaba que quisiera seguir adelante con lo de la cena después de la llamada de Seven, pero parece ser que está empeñado en que cenemos juntos esta noche.

Y aunque yo me digo a mí misma que debería negarme, lo cierto es que la idea me atrae bastante.

Por lo que experimento una oleada de decepción muy aplastante cuando recibe otra llamada de Seven y, después de colgar, me dice que hay que posponerlo.

Esta vez atiende la llamada en el coche, advirtiéndome a su interlocutora de que está en manos libres. Tampoco es que yo pudiera entender de qué están hablando.

Seven solo dice: *problemas en el Paraíso. Ven aquí cagando leches.*

Y él se desatiente de mí para ir corriendo con ella.

—Lo siento, en serio —me dice otra vez al detener el coche delante de mi edificio.

Vuelvo la cara hacia la suya con movimientos lentos y calculados. Su simétrico rostro está inmerso en la oscuridad, pero tengo la sensación de que sus ojos crepitan más que nunca.

—Llevas dos días disculpándote.

—Tengo mucho por lo que pedir disculpas —repite, con un deje divertido en la voz.

Aprieto los labios y asiento fastidiada.

—No pasa nada. Eres un tío ocupado. Lo pillo. *En serio.*

Hace una mueca.

—Intentaré dejar de estar tan ocupado un día de estos, te lo prometo.

—Da igual. No es imprescindible que cenemos. —Frunce el ceño con aire desconcertado, por lo que me apresuro a cambiar de tema—. Bueno, gracias por traerme. Te llamaré cuando tenga el anteproyecto.

—Muy bien —susurra, oscilando la mirada entre mis ojos y mis labios. El aire tiembla a nuestro alrededor, alterado por la electricidad de su mirada.

Durante un ínfimo segundo tengo la sensación de que está a punto de besarme, pero se echa hacia atrás en el asiento y suelta un suspiro.

—Buenas noches —me despido de él un poco decepcionada.

Agarro mi bolso y mi agenda y me doy prisa por salir de aquí.

No llego a escuchar su respuesta.

Entro en el portal sin volver a girarme, y solo entonces arranca el coche y se marcha. Ha esperado hasta verme entrar. Vaya.

«Ha esperado hasta verte entrar, pero se ha ido corriendo con su novia. Así que no te emociones».

Me hago una mueca a mí misma y me arrastro hacia la escalera. Hoy no me apetece coger el ascensor.

Capítulo 7

**Te mostraré lo oscura
que puedo ser.**
(Harley Quinn)

Alexandra

Paso tres semanas en zona gris.

No vuelve a llamar, lo cual es bastante raro teniendo en cuenta lo interesado que estaba en cenar conmigo y llevarme a la cama la última vez que nos vimos.

Sospecho que esa tal Seven habrá tenido algo que ver con su súbita desaparición.

Nuestro último contacto se produjo al día siguiente de la visita, cuando me mandó los planos de la casa a través de un e-mail escueto y distante, en el que se despedía con el típico *saludos cordiales*.

Desde entonces, nada. Ni siquiera un triste mensaje para preguntar cómo me va.

Intenté no parecer resentida ni fastidiada cuando, al cabo de ocho días, le devolví un e-mail igual de impersonal que el suyo, en el que le adjuntaba el anteproyecto y más o menos dejaba la pelota en su tejado.

Si necesita cualquier cosa, no dude en contactar conmigo.

Atentamente,

Alexandra Harper.

Hasta ayer no recibí ninguna señal de vida.

Casi estaba a punto de rendirme y buscarme otra ocupación. Como... ¿apuntarme a *Kick Boxing* para mantener a raya mi frustración?

Pero entonces me llamó su secretaria para concertar una cita. Actitud que, he de decirlo, encontré un poco insultante. ¿Su secretaria? ¿En serio? Si su intención era dejarme claro cuál sería nuestra relación a partir de ahora, ya lo he pillado, gracias.

Y aquí estoy otra vez, sentada en el sofá de la sala de visitas, sin tener la menor idea de qué esperar de este encuentro.

Como no ha tenido la decencia de responder a mi e-mail, no sé qué le habrá parecido el anteproyecto, si le habrá gustado o solo me ha hecho venir hasta aquí para decirme que estoy despedida.

No sé nada, y tanta incertidumbre me pone de los nervios. No dejo de golpear el suelo con la punta de la bota.

Compruebo el reloj demasiadas veces.

Cuando ya llevo aquí más de un cuarto de hora y me falta muy poco para querer subirme por las paredes, decido acercarme al mostrador para preguntarle a la secretaria en cuánto tiempo estima que podrá atenderme su insufrible jefe.

Sospecho que me está haciendo esperar a posta, como castigo por haberme retrasado casi diez minutos. Seguro que no tiene nada que hacer, el muy cabrón. Probablemente esté arrellanado en su ridículo sillón, deleitándose con un whisky escoces. Lo veo capaz.

—Perdona. ¿Sabes si el señor Williams podrá atenderme en breve?

La mirada de disculpa que recibo responde más que de sobra a mi pregunta.

—Lo siento. No tengo ni idea. Me ha dicho que te atenderá en cuanto pueda.

—Ya. Gracias.

—¿Seguro que no quieres un café? —insiste con una sonrisa de lo más amable.

Rehúso con un gesto.

—No, no te preocupes. Iré a sentarme otra vez.

—De acuerdo. Si quieres alguna revista...

—Estoy bien, gracias. Eres muy amable.

Me cae bien. Es la única de por aquí que me cae bien de verdad.

Me hundo en el sofá blanco con un suspiro, echo la cabeza hacia atrás hasta apoyarla en el respaldo y cierro los ojos.

Así es como me encuentra Ash unos cinco minutos después, cuando se digna por fin a abrir la puerta.

—Señorita Harper, cuidado no se nos duerma.

La inflexión de mofa en su voz es de lo más irritante. Tengo que apelar a mis sentimientos más cristianos para contener una réplica sarcástica.

Eso sí, no puedo controlar las reacciones de mi cuerpo. No soy una santa. Al levantar los párpados, le dedico una mirada displicente, a la que él corresponde con una sonrisa ridículamente sexy. Va en mangas de camisa, no lleva corbata y la barba de un par de días que le cubre la mandíbula me vuelve loca. Otorga a su rostro un aire áspero y salvaje.

Casi sucumbo a la repentina oleada de calor que me envuelve el cuerpo.

Luego recuerdo que es un capullo sádico que me ha tenido aquí esperando por pura diversión y adopto una indiferencia glacial de la que estoy más que orgullosa.

Evitando adrede su mirada, me incorporo, recojo mis cosas y paso a su despacho.

—¿Te has divertido? —pregunto mientras suelto el bolso sobre el escritorio y tomo asiento en la silla de la otra vez.

Frunce el ceño y se detiene por un segundo de su caminata. Qué bien se le da hacerse el confundido.

—¿A qué te refieres?

—Haciéndome esperar —aclaro con tono dulce, para que no note mi irritación.

Un leve atisbo de sonrisa eleva las comisuras de sus voluptuosos labios.

—Ah. ¿Crees que ha sido a propósito?

—Sí que ha sido a propósito.

Ocupa su trono, se acoda sobre la mesa y despliega los labios en una media sonrisa maliciosa.

—Te equivocas. Soy un hombre ocupado.

—Y un cuerno. Seguro que estabas aquí sentado, mirándote en un espejo como la madrastra de Blancanieves.

—¿Eso es lo que crees que hago cuando estoy solo?

—La verdad, no quiero pensar en lo que haces cuando estás solo.

Se echa a reír y su risa bronca me estremece hasta el tuétano.

—Tiene usted una mente muy sucia, señorita Harper.

Bufo antes de lanzarle una mirada fustigadora.

—Sucia será la suya, señor, que le está dando un enfoque guarro a algo completamente inofensivo.

Junta las manos sobre la mesa y me dedica una sonrisa lenta y lobuna mientras me somete a

todo un escudriño visual.

—Me alegro de verte, Alexandra. Te he echado de menos.

—Lamento no poder decir lo mismo.

Sus ojos se llenan de diversión.

—¿Por qué estás tan malhumorada hoy? Pareces una amante despechada.

Rechino los dientes y aguanto el tiro con la cabeza bien alta. Incluso consigo componer una expresión de dulzura con los labios.

—Sabrás tú mucho de amantes despechadas.

Ladea la cabeza hacia la derecha y me observa largo rato. Su rostro aún desvela señales de diversión, lo cual me hace sentir un repentino destello de odio. Lo que menos pretendía era divertirlo.

—¿Por qué no hablamos mejor de trabajo? —me propone en tono conciliador, dando un resolutivo golpecito con los nudillos en el escritorio.

—Por mí, estupendo. Es a lo que he venido.

Nuestras miradas se enfrentan en una guerra visual hasta que él se deshace en un suspiro, abre la carpeta que hay sobre la mesa y se pone a estudiarla en silencio.

Ha impreso los diseños que le mandé.

—¿Es así cómo va a quedar la casa, o esto solo es para que me haga una idea?

Decido dejar de lado cualquier cosa que no tenga que ver con el trabajo y ser profesional. A fin de cuentas, se supone que nuestra relación es estrictamente laboral.

—Partimos de esta base, pero tú puedes añadir o quitar todos los elementos que desees. Como no sabía muy bien el concepto que estabas buscando, aposté por reordenar el espacio sin perder de vista la identidad y la esencia del proyecto original. Creo conveniente conceder más protagonismo a los puntos fuertes de la casa, las chimeneas, los ventanales...

—Me gusta. Me gusta mucho.

—¿Sí? —Sonríe entusiasmada—. Me alegro. La idea es optimizar todo lo posible lo que ya tenemos. Con otro enfoque, podemos conseguir un espacio más cálido, acogedor y, sobre todo, contemporáneo.

—He visto que pretendes tirar el tabique que hay entre la cocina y el comedor. ¿Vas a incorporar también el porche trasero?

—Sí. Vamos a cerrarlo con cristal, para crear una zona amplia y abierta. Quiero que parezca que estás desayunando en el jardín. Si no te convence, podemos dejarlo como está —me apresuro a aclarar cuando le veo fruncir el ceño.

Sus rasgos se relajan, incluso me dedica una pequeña sonrisa.

—No, está bien. Me parece... estupendo.

—Genial. ¿Qué opinas de la sala de estar? El revestimiento de piedra clara en una de las paredes crearía un ambiente cálido y elegante y, además, combinaría muy bien con el amplio sofá con forma de L que habría que poner aquí —explico, señalando sobre el boceto—. No sé si tienes muchos amigos a los que reunir, pero, por si acaso. No quería quedarme corta.

Esperaba que respondiera algo ingenioso o guasón, pero se limita a asentir.

Cuadro los hombros en el asiento con cierta incomodidad y prosigo, después de aclararme la voz por lo bajo.

—La iluminación es otra de mis prioridades. Aunque la casa cuenta con bastante luz natural, una buena iluminación artificial conseguirá espacios más amplios, diáfanos, y la claridad no se vería afectada durante los meses de invierno. Vamos a poner luces aquí, aquí, aquí y aquí —le

señalo con el dedo—. Hay que dar protagonismo a la escalera. Es magnífica.

Empiezo a ponerme un poco nerviosa. Cuando estamos dentro de la dinámica de lanzarnos pullas, me relajo y hasta me lo paso bien, pero estos momentos silenciosos, en los que me mira tan concentrado, me inquietan, porque su mirada es demasiado directa. Fisgona. Es como si buscara algo y no sé el qué.

Supongo que me preocupa que sus ojos puedan ver algo más de lo que estoy dispuesta a compartir con él.

—Va a ser un espacio para vivirlo y sentirlo —me oigo decir—, pero, a la vez, sostenible y, sobre todo...

—Quiero que abras el techo del dormitorio principal.

Su petición me deja boquiabierto. Hasta ahora se ha limitado a asentir, no me ha dado ninguna indicación y, de repente, va y me suelta esto. Como si dijera *quiero las cortinas en verde*.

—¿Te refieres a...?

—Una gran ventana. ¿Se llama tragaluz? Quiero un cristal ahí arriba, para ver las estrellas y la lluvia caer.

Eso es demasiado romántico para alguien como él. Por un segundo pienso que me está tomando el pelo, aunque parece hablar en serio.

—¿Por qué quieres eso?

Debe de pensar que me estoy tomando más libertades de las que me corresponden, ya que tensa la mandíbula y sus ojos se tornan fríos e intransigentes.

—Es importante para mí. ¿Podrás hacerlo?

—Pues... —Parpadeo confundida y procuro pensar deprisa—. Es una modificación importante del techo y el tejado y eso disparará el presupuesto y, además...

—No me importa el dinero —corta sin piedad mi sarta de explicaciones aturulladas—. Lo quiero. Y también quiero un gimnasio.

—Claro. ¿Por qué no? —respondo en un tono burlón que acarrea una mirada de advertencia por su parte.

—¿Cuándo podrás empezar?

Cojo una profunda bocanada de aire, que suelto despacio antes de responder.

Tengo la impresión de que trabajar para este hombre acabará siendo muy frustrante.

—Mañana mismo.

—Bien. Otra cosa. En tu currículum pone que tienes un máster en Bellas Artes.

—¿Y qué crees?, ¿que he mentado en mi currículum?

Sus facciones se mantienen duras, esculpidas en granito. Los ojos que me aguantan la mirada siguen congelándome la sangre.

—No. Pero no tengo ni puta idea de qué quiere decir *máster en Bellas Artes*. Como te habrás imaginado, no soy ningún erudito. Solo quiero saber cuánto entiendes exactamente de arte. Pinturas, para concretar.

Nos echamos un pulso visual, hasta que yo medio sonrío y él frunce el ceño, un poco confundido por mi reacción.

—Digamos que entiendo lo suficiente como para saber que lo que hay a mis espaldas es un Picasso auténtico, que, por cierto, alguien sustrajo en 2010 del Museo de Arte Moderno de París. Si fuera tú, no lo tendría tan a la vista. El arte robado es mejor guardarlo en domicilios privados, a ser posible dentro de una caja fuerte, porque puede que venga algún... *erudito* y, al igual que

yo, lo reconozca al instante.

Me calibra unos momentos en silencio y, aunque no sonrío, sus ojos azules brillan de satisfacción.

—Interpretaré eso como un *bastante*. Lo cual me viene muy bien, porque tengo intención de hacerme con un par de cuadros de interés lo antes posible.

—No pienso colarme en ningún museo para robarlos.

Solo quiero dejar claras las cosas desde el principio.

—¡No, por Dios! —finge escandalizarse, si bien parece divertirse por mi reacción—. Estaba pensando en usar talonarios.

—Ah. En ese caso, quizá pueda echarle una mano. ¿Qué buscas exactamente?

—Algo bonito y no demasiado ostentoso.

—¿Algo respetable? —propongo, con una ceja en alto.

Su sonrisa apenas esbozada me dice que he acertado.

—Lo vas pillando, Alexandra. Deberíamos celebrar nuestro acuerdo. ¿Te tomas una copa conmigo?

Su voz se ha vuelto gutural y suave como una caricia. Intento no fijarme. Obviaré el pequeño escalofrío que siento cada vez que él me habla en ese tono tan cercano. No puedo dejar que su gran atractivo o su estúpido encanto personal me vayan a influir.

Mucho menos ahora que está claro que voy a trabajar para él.

—No. Tengo cosas que hacer.

—¿Como cuáles?

—No sé qué te hace pensar que estás en tu derecho de pedirme explicaciones, pero puedo asegurar que te equivocas.

—¿Como cuáles?

Soplo aire por la nariz, mosqueada de que me esté ignorando así.

—Es personal —mascullo entre dientes.

—Personal.

Su tono y su mirada socarrona me hacen arquear una ceja.

—A la gente que trabaja para ti se le permite tener vida personal, ¿verdad?

Las comisuras de sus labios se mueven tan solo un milímetro, una sonrisa contenida que me pone de los nervios.

—A algunos, no. Debería saber, señorita Harper, que espero que usted se entregue a este proyecto en... *cuerpo y alma*. —En sus ojos se enciende un apetito salvaje al formular la última parte de la frase.

Le dedico una mirada seca mientras recojo mis cosas y abandono la silla.

—Mi cuerpo no está por la labor de entregarse ahora mismo —respondo, de camino hacia la puerta—. Pero gracias por el ofrecimiento.

Esperaba alguna réplica sarcástica, no que se plantara a mi lado de una zancada, me atrapa por la muñeca y me arrastrara a sus brazos hasta que acabo pegada a la rígida pared que es su pecho, envuelta en chispas y demasiado pendiente del movimiento brusco de su caja torácica como para concentrarme en nada más.

Sus ojos se sumergen en los míos, tan ardientes que no me cabe duda de que derretirían el corazón de la mujer más fría del mundo.

—Déjame que lo persuada entonces —susurra, con los labios casi rozándome la boca. Su voz se ha vuelto ronca, llena de implicaciones sexuales.

Por si me quedara alguna duda, que no es el caso, el miembro erecto que se tensa contra mi estómago no deja lugar a dudas sobre lo mucho que me desea.

Nos miramos absortos mientras la atmósfera se llena de electricidad estática, algo primitivo y salvaje, provocado por el impresionante cuerpo que domina el mío.

Apenas me está tocando y ya me derrito. No quiero ni pensar en qué se sentiría al estar desnuda entre sus manos. No me cabe duda de que tengo delante a un hombre que sabe muy bien cómo satisfacer a una mujer. Esa clase de cosas las notas antes de acabar en la cama con alguien, lo percibes en su mirada, en la forma en la que despierta tu cuerpo cuando estáis juntos.

Los dos aspiramos como si estuviéramos intentando impregnarnos del otro. La fijeza con la que me observan sus ojos encendidos me produce un hormigueo en la piel. Hay algo tan carnal en su mirada que tengo que hacer uso de un gran dominio sobre mí misma para rechazar la invitación.

—Su forma de tocarme roza peligrosamente el acoso laboral, señor Williams.

—Puedo despedirte, si hace que te sientas mejor.

—Muy gracioso.

Su boca registra una sonrisa apenas perceptible.

—Quiero poseerte entera. ¿Puedo?

Intento no tensarme cuando sus palmas se posan en mi culo y me aprietan contra su polla empalmada. Rendirse se está volviendo demasiado tentador. Menos mal que soy una luchadora nata.

—No. No puedes.

Cierra los ojos, se deshace en un gruñido y sus manos caen a ambos lados de mi cuerpo.

—Muy bien. Me estaré quietecito hasta que me lo pidas expresamente.

—Cosa que no haré nunca.

—Eso ya lo veremos.

Sin duda, suena a amenaza.

—¿Algo más o ya puedo marcharme?

—Ya que lo preguntas... Tengo una oficina libre aquí y he pensado que podrías usarla hasta que tengas un sitio decente desde el que poder trabajar.

Frunzo el ceño y arrastro la mirada por la exquisita cara de la que solo me separan unos centímetros.

Su electrizante respiración me roza los labios, estoy tan cerca de su pecho que noto, incluso a través de la ropa, el enérgico calor que desprende, y siento que me ahogo, que caigo y me hundo; que lo deseo como nunca he deseado nada, de una manera salvaje, inexplicable y muy peligrosa.

—Me lo pensaré.

La media sonrisa sexi regresa a su rostro.

—¿Sí? ¿Te lo pensarás? —murmura con una ceja en alto y la voz cargada de lascivia.

Reconozco en sus ojos un brillo tan hambriento que me preocupa que sea capaz de borrar todas mis reservas, echar por los aires, uno a uno, mis muros de defensa.

—Me lo pensaré —repito, manteniendo inalterable mi expresión facial.

—De acuerdo. Esperaré impaciente tu resolución.

Le pongo mala cara, pero él me guiña el ojo y vuelve a sonreír, desarmándome una vez más.

Sé que me ofrece esto solo para tenerme cerca, y también sé que acabaré aceptando por el mismo motivo.

Pero no será hoy. Él disfruta con los adversarios dignos de su grandeza y me temo que yo

disfruto demasiado de este juego.

Incluso tengo intención de ganar, así que me separo de su magnético pecho y hago lo que más me conviene hacer en este momento.

Por mucho que cada fibra de mi cuerpo requiera su contacto, por mucho que me muera de ganas por besarle, es mi mente la que tiene el control aquí.

Y mi mente me dice que frene el carro.

Antes de que sea demasiado tarde.

—Seguiremos en contacto. Gracias por dedicarme tu tiempo.

Evalúa mi rostro durante unos segundos, en completo silencio, y una pequeña sonrisa empieza a materializarse en las comisuras de sus labios.

—Vale. Muy bien —me dice, un poco fastidiado—. Pídele a Lis que te deje las llaves de la casa. Imagino que te harán falta para poder entrar y salir siempre que lo necesites.

Sospecho que Lis es la secretaria.

—Lo haré. Adiós, señor Williams.

—Me llamo Ash.

Le echo una miradita divertida mientras giro el pomo.

—Eso ya lo sé —replico, antes de salir.

Sé que permanece ahí y que no es capaz de quitarme los ojos de encima. Puedo notar el espeluznante interés con el que me observa.

Si no me giro es solo porque no quiero darle la satisfacción.

Quiero que se quede ahí, con las manos hundidas en los bolsillos de sus elegantes pantalones de sastre, su sonrisa apenas esbozada, la polla dura, y se plantee a sí mismo una sencilla pregunta. ¿Quién es el cazador y quién es la presa?

—Gracias, Lis. Hasta otra —me despido cuando ya tengo las llaves de su casa en mi poder.

Me las guardo en el bolso antes de echar a andar hacia el ascensor con perfecta normalidad.

Clavo el pulgar en el botón metálico.

Enderezo la espalda.

El corazón me late con un inusitado frenesí, completamente contradictorio al aplomo que proyecto cuando, después de cruzar las puertas que acaban de abrirse, me vuelvo de cara a él.

Por supuesto que sigue ahí. Su hipnótica mirada atrapa la mía al instante.

Noto que está tenso, que cada nervio de él permanece en alerta, pendiente de mí.

La sombra de una sonrisa eleva despacio la comisura derecha de mi boca.

«¿Lo has adivinado ya, cabronazo?».

Me inclino hacia la izquierda y mantengo presionado durante unos segundos el botón de la planta baja. No libero su mirada ni por un segundo.

Se cierran por fin las puertas, y de pronto mi perfecta fachada se viene abajo como un castillo de arena azotado por el oleaje.

El espejo me devuelve la imagen de una mujer desecha, que apoya las dos manos contra la pared, se dobla sobre sí misma y, jadeando con aspereza, lucha por recuperar el aire que él le ha arrebatado.

Me demoro toda una semana en aceptar su propuesta de usar la oficina libre.

Cuando considero que he jugado con él lo bastante, busco el teléfono de atención al cliente en Google y llamo a Lis.

Los primeros copos de nieve empiezan a caer al otro lado de mi ventana. Estamos en diciembre.

Envuelta en un chal a cuadros, contemplo la nevada con mirada sombría. Por un segundo me pregunto si es una buena idea, si estoy preparada para lidiar a diario con su abrumadora presencia; si soy lo bastante fuerte como para enfrentarme al deseo que me abrasa por dentro cada vez que nuestras miradas traban contacto.

No es más que un destello de duda, un segundo de vacilación. De inmediato se apaga.

Y entonces respiro hondo, recupero mi aire jovial y le notifico a su secretaria que mañana estaré ahí a las nueve en punto.

Capítulo 8

**Casi hubiera preferido
no haber bajado a esta madriguera...
sin embargo...
sin embargo...
¡qué curiosa, esta clase de vida!
(Lewis Carroll)**

Alexandra

Ay, Dios.

Son las nueve y cuarto y todavía no he llegado a la oficina. Hoy todo se me ha hecho un mundo, como si el universo entero estuviera conspirando para amargarme la vida.

La nieve se ha convertido en llovizna, el tráfico es de locos, ¡todo el mundo está histérico!

Sobre todo, yo. Mi plancha de pelo casi me electrocuta a las ocho de la mañana.

Para colmo, se me cayó al váter una de mis lentillas y no he tenido tiempo de ir a la tienda a por otro par, así que unas gafas de pasta negras se encargan de que no me golpee contra los postes de la luz mientras aprieto el paso hacia el edificio más emblemático de la ciudad, The Standard Building.

El termómetro a bordo marcaba nueve grados, pero la sensación térmica en la calle no parece superior a tres. El viento que se abre paso entre los edificios con una especie de silbido espeluznante es más gélido de lo que esperaba. Mi largo abrigo marrón no consigue frenarlo.

Hace poco leí un artículo que aseguraba que Cleveland supera a Detroit en cuanto a pobreza, criminalidad y desigualdad social.

En este barrio no se percibe nada de eso. Parece una buena zona. Segura, sobre todo.

Imagino que gran parte de las torres de cristal que me rodean albergan oficinas, si bien no descarto que haya también algunas viviendas. Apartamentos caros y lujosos, a juzgar por los elegantes portales y el aspecto de las fachadas. No hay ni un solo grafiti.

Eso no sería *respectable*.

Cuando alcanzo el número 99 de St. Clair, me paro junto a la puerta para recuperar el aliento. Vengo a la carrera. Tengo una sensación extraña, un nudo en el estómago.

La calle está desierta. Aun así, me siento observada.

Registro el entorno con cautela, escaneo los edificios cuyos ventanales parecen ojos que vigilan desde la oscuridad, atentos, muy quietos, potencialmente peligrosos, y me obligo a respirar hondo.

No sé si mis movimientos estarán siendo monitorizados, si alguien me sigue, o solo me estoy volviendo paranoica sin motivo.

No hay nadie a la vista, solo coches aparcados a ambos lados de la avenida y el viento que

rasga los carteles de propaganda electoral colgados de los postes de la luz.

Será mejor que lo deje estar. Estoy siendo paranoica. Nadie me sigue. ¿Por qué iban a hacerlo?

Tras un momento de vacilación, me adentro en el edificio. Las puertas se cierran como una trampa a mis espaldas. La poca seguridad que sentía se desvanece por completo, dejando detrás de sí una molesta sensación de quemazón en el pecho que solo puede ser inquietud.

Incluso el sonido de mis tacones, que crea eco entre las paredes desnudas, me tensa los nervios.

Así debió de sentirse la pobre Alicia cuando cayó por la madriguera del conejo. A saber lo que vas a encontrarte en la oscuridad, *pequeña*.

Saludo con un gesto a los dos guardaespaldas trajeados que por primera vez no me frenan el paso y, con el maletín debajo del brazo, me dirijo deprisa al ascensor.

Durante el corto trayecto, mi respiración empieza a sosegar. Me pregunto si él estará aquí. La respuesta me abruma, aunque más vale que me acostumbre, porque a partir de ahora esta será mi rutina. Tendré que adiestrarme para poder estar cerca del objeto de mi obsesión sin hiperventilar y sin fantasear con arrancarle la camisa.

Pan comido.

El ascensor emite un sonido suave antes de accionar el mecanismo de apertura de puertas.

Ya no hay vuelta atrás.

Levanto la cara del suelo y me quedo sin aliento al toparme con sus iris azules, que me atrapan de inmediato.

—Buenos días, señorita Harper.

Con mucha cortesía, se echa hacia un lado para permitirme el paso. Diría que se está marchando.

—Buenos días —respondo, dedicándole una sonrisa trémula.

Capto un brillo extraño en sus pupilas, pero cuando intento sumergirme en ellas para averiguar de qué se trata y qué es lo que lo está provocando, me estrello contra un bloque de hielo.

—Me alegro de ver que has decidido hacer caso a mi sugerencia.

Su voz tampoco desvela nada. Es suave y educada.

Y carente de emoción...

—Usaré esto solo el tiempo que tarde en acabar la casa —aseguro, subiéndome las gafas por la nariz con gesto nervioso.

Me mira divertido, con las cejas arqueadas y una media sonrisa apenas esbozada.

—Tranquila, Alexandra. No pienso cobrarte alquiler.

Mis labios componen una sonrisa de fastidio.

—Aun así.

—Discúlpame, tengo una reunión fuera de la oficina —me dice, tras comprobar el reloj—. Lamento no poder estar aquí mientras te instalas, pero si necesitas cualquier cosa, no dudes en pedírsela a Lis.

Tal vez necesite cosas que Lis no pueda darme, pero me abstengo de decirlo en voz alta porque no quiero que juegue con ventaja.

—¿Volverás hoy?

Una muy sexy sonrisa ladeada empieza a materializarse encima de sus labios.

—¿Me echas de menos tan pronto, pequeña? Si todavía no me he ido.

Hago una mueca.

—No seas presumido. Esperaba que pudieras echar un vistazo a una selección de cuadros que he preparado para ti. No estamos hablando de Monet ni de Goya, pero hay un artista local que creo que tiene mucho potencial. Sus cuadros aún no han alcanzado tanta notoriedad como para que se dispare el precio. Es un buen momento para comprarlos. Sería una inversión inteligente.

Es evidente que a él le gusta invertir, y se le da bien por lo que he leído en las revistas locales. El grupo Williams encabeza la lista de empresas más prósperas de Cleveland. Creo que fue portada de Forbes.

—¿Y sabes todo esto porque...?

—Hago mis deberes. Y puede que me haya dado el soplo Bill Morrison, de la galería *By Morrison*. Soy nueva en la ciudad, pero he hecho algunos contactos valiosos.

Una expresión incrédula asoma en sus cincelados rasgos.

—Conozco a Bill. Es un capullo que no hace nada por amor al arte. Me sorprende que te haya dado una información así, sin pedirte nada a cambio.

—Puedo ser muy persuasiva.

—Hum, eso me gusta. Bien, les echaré un vistazo si es que vuelvo hoy. Lo dicho, si necesitas cualquier cosa, pídesela a Lis.

Presiona el botón para volver a llamar al ascensor, lo cual me da a entender que para él ya ha acabado nuestra conversación. Continuaremos luego. Si es que vuelve, claro...

Giro sobre mí misma y me dispongo a preguntarle a Lis por la oficina libre.

—Alexandra.

Una sensación cálida se me asienta en el pecho, provocada sin duda por la nota rasposa de su voz.

Me detengo, indecisa, y al final, qué remedio, muevo la cabeza hacia atrás.

Intentaré ignorar la extraña corriente eléctrica que me acaba de recorrer el cuerpo de arriba abajo. Sospecho que tiene mucho que ver con el deseo salvaje que capto en sus ardientes pupilas.

—¿Sí?

—Me gustan las gafas. Te dan un aire... intelectual.

Sonrío sin poder contenerme y él entra en el ascensor y me mira fijamente hasta que se cierran las puertas.

Joder.

Esto va a resultar más difícil de lo que creía.

Mi nuevo espacio de trabajo es bastante cómodo y acogedor.

Hay un buen sillón en el que balancearse cuando estás aburrido (con buena sujeción de la espalda, no vaya a ser que me lesione...), una ventana con vistas al hotel Marriott, un portátil blanco de la marca Apple y un enorme seto natural que, conociéndome, acabará muerto en menos de un mes como me toque a mí regarlo.

Sobre la mesa encuentro un móvil de última generación con un *post it* pegado a la pantalla. *Úsame.*

Me echo a reír. ¿Quién hubiera adivinado que el señor Williams resultaría ser tan buen anfitrión?

Se ha tomado muchas molestias para que esté cómoda y bien atendida. Tengo incluso una cafetera propia como la de George Clooney. Qué tío.

Me instalo en el sillón ejecutivo, sorprendida por su excelente calidad (en serio, una fantástica sujeción de la espalda), enciendo el portátil y decido sacarle partido al día.

Hoy me toca trabajo de oficina. Tengo que contactar con varios proveedores y hacer algunos pedidos urgentes para que el contratista que he elegido para la reforma pueda iniciar las obras cuanto antes. Algo me dice que a Ash le impacientan los retrasos.

La tarea me lleva todo el día, porque soy nueva en la ciudad y tengo que investigar antes de contratar a nadie, pero consigo dejarlo todo atado antes de las seis de la tarde. Así mañana podré estar en la obra para supervisar la llegada del material.

Después de colgarle al dueño del último almacén, compruebo el reloj y hago una mueca. Pensaba que Ash volvería en algún momento de la tarde y supongo que me siento un poco decepcionada de ver que no es así.

Me planteo si marcharme a casa o si concederle media hora más, solo por si acaso.

Al final decido quedarme. No tengo otra cosa que hacer.

Para entretenerme con algo mientras espero, abro el navegador y, después de leer noticias de escasa importancia sobre famosos que en el fondo no me importan, tecleo su nombre en el buscador.

Vaya. Es sorprendente la gran cantidad de tinta que han gastado con él. Es una celebridad local. Le han concedido el premio al mejor empresario del año por tres años consecutivos, y sostiene económicamente cuatro organizaciones benéficas de Cleveland.

Todo gira siempre en torno a lo mismo, mujeres sin recursos, víctimas de violencia de género o trata de personas, madres solteras y adolescentes que han sufrido abusos sexuales y/o problemas de drogadicción.

Encuentro un artículo muy detallado, publicado hace dos años en un periódico. 8 de Marzo. Ya. Tiene sentido.

Y ahí está la foto del magnate filántropo que siempre está del lado de las mujeres.

Me pregunto por qué lo hará, por qué tanto interés en la violencia contra la mujer. Todos tenemos una motivación. ¿Cuál es la suya? ¿Qué ocultan esos impenetrables ojazos azules que veo en mi cabeza cada vez que bajo los párpados?

En todas las fiestas benéficas le han fotografiado solo. ¿Por qué? ¿No hay ni una mujer en su vida? ¿Nunca la ha habido? ¿O es que la ha perdido? ¿Por qué no posa con Seven? ¿Quizá porque ella se niegue a vestirse de etiqueta?

La idea me hace sonreír.

Analizo absorta la fotografía del próspero y refinado empresario que me devuelve la mirada desde la pantalla del ordenador y termino soltando un suspiro hastiado.

No quiero obsesionarme. Ash Williams es un enigma que me encantaría descifrar, pero tengo la impresión de que me llevaría años enteros comprender los entresijos de su mente.

Estoy convencida de que no es ni de lejos el hombre que pintan los tabloides. A mí me parece un lobo disfrazado de cordero, a pesar de sus obras benéficas y sus malditos galardones. Hay algo que no me encaja en todo esto. ¿El qué? Ni la menor idea. Tendré que averiguarlo.

Me froto la parte posterior del cuello con gesto cansado y decido que ya he tenido bastante por hoy. Necesito un baño relajante y una copa de vino.

Y, por supuesto, dejar de obsesionarme, al menos por hoy.

Apago el ordenador, recojo mis cosas y echo un último vistazo a mi nuevo espacio de trabajo, antes de apagar las luces y apretar el paso hacia el ascensor.

Al llegar a la altura de su despacho, me encuentro la puerta medio entornada y la luz encendida. ¿Está aquí?

—No muerdo —resuena su voz desde dentro.

Hago una mueca de fastidio, empujo la puerta con los nudillos y me quedo plantada en el umbral.

No se mueve ni levanta la mirada.

Sentado en el sofá, contempla con aire absorto un tablero de ajedrez.

Qué polifacético. Jamás habría imaginado que alguien como él fuera a mostrar interés en algo así.

—¿Juega al ajedrez, señorita Harper? —murmura sin mirarme.

Tengo la impresión de que llevábamos toda una eternidad en silencio, él midiendo el tablero y yo midiéndolo a él. Casi me sobresalta el timbre rasposo de su voz.

—Depende.

—¿De qué?

—De quién sea el contrincante.

Sonríe solo con las comisuras de los labios y su rostro se levanta lentamente hacia el mío.

El aire se me atasca en los pulmones. El azul de sus iris es tan intenso que me paraliza junto a la puerta.

—¿Qué te parece si juegas conmigo?

Delibero unos momentos. ¿Él y yo moviendo piezas en un tablero? ¿Es que no lo estamos haciendo ya?

—Me parece que voy a ganar.

Se echa a reír, una risa ronca que ha intentado contener sin demasiado éxito.

—Eso te parece, ¿eh, pequeña?

Su cautivadora voz posee una ligera aspereza metálica que me hace estremecer por dentro. Me imagino esos labios cerca de mi oído, susurrando promesas de lo que va a hacerme (quiero poseerte entera), y se me incendia el rostro.

Desearía ponerle fin a esto, pero sus ojos me retienen con tanta fuerza que no muevo ni un músculo. Solo me mantengo apoyada en la jamba de la puerta, con el maletín en la mano derecha y la izquierda hundida en el bolsillo.

Ash deja resbalar la mirada por todo mi cuerpo, registra la blusa de color hueso con volantes sobre el pecho que llevo metida por dentro del pantalón negro de talle alto que cae con elegancia sobre mis largas piernas, analiza mis zapatos (probablemente, imaginándome desnuda, solo con ellos puestos), y luego hace lo mismo con mi rostro.

Es evidente que le gusta lo que ve. Puede que bese a Seven, incluso puede que se la folle siempre que le plazca, pero en realidad le gustan las cosas con clase, ser respetable, y no hay nadie más respetable que yo, la señorita Harper, diseñadora de interiores, erudita y chica que no sale con tíos que llevan tatuajes en los dedos.

Sé que lo obsesiono.

Lo único malo de todo esto es que él también me obsesiona a mí.

Y esta curiosidad insana tambalea el tablero y deja la victoria bajo una enorme interrogación. El juego es trepidante. Los dos jugadores tienen potencial para coronarse ganadores. ¿Seré yo? ¿Será él?

Siento la impulsiva necesidad de salir a que me dé el aire. Sus pupilas me inflaman de deseo, un deseo al que no puedo ni debo sucumbir. ¿Por qué siempre me atraen los hombres menos apropiados? Ojalá le hubiese conocido de otra forma, en una de esas fiestas benéficas a las que acude solo. En ese caso habría sido todo muy diferente.

—Buenas noches, Ash.

Escuchar su nombre en mis labios parece gustarle.

Joder, parece gustarle mucho. Es como si uno de los muros que nos separan volara por los aires.

Sus ojos se arrastran despacio por mi figura, oscuros, encendidos de puro deseo animal, algo salvaje e incontrolable que hace que me arda el clítoris y empiece a empapar el encaje negro de las bragas.

Me está lanzando una clara invitación: *quédate conmigo esta noche. Fóllame. O deja que te folle yo a ti.*

Está serio, aunque percibo la sombra de una sonrisa muy débil en las comisuras de sus labios.

Niego a modo de respuesta. Se pasa la lengua por el labio inferior, se lo muerde y asiente fastidiado.

—Pues que descanse, señorita Harper.

Hay algo tremendamente sexual en su voz. Si no salgo por la puerta en los próximos dos segundos, perderé la partida. El deseo es como el miedo. Si no lo controlas tú, te acabará controlando él a ti.

—Tú también —balbuceo con voz ahogada.

—Eso lo dudo —lo escucho farfullar a mis espaldas.

Suena como un hombre agotado, acostumbrado a caminar siempre solo, a no esperar nada de nadie; alguien tremendamente triste y vencido.

Roto. Sí, eso es. Parece roto a veces.

Entrecierro los párpados para contenerme, trago saliva con dificultad y aprieto el paso hacia el ascensor.

«No mires atrás, Alexandra. No abras la caja como Pandora. No seas tan estúpida como ella».

Es difícil alejarse cuando algo más fuerte que tú te arrastra hacia atrás. Mi voluntad se resiente con cada segundo que paso dentro de este lugar.

Ni siquiera sé cómo logro llegar hasta el ascensor. El corazón me va a mil por hora y cada fibra de mí me exige que dé media vuelta y ceda ante este brutal deseo de fundirme con su boca.

Aprieto insistentemente el botón de la planta baja y, falta de aliento, apoyo la frente contra el espejo y cierro los ojos. Necesito contenerme, poner fin a esta locura.

Las puertas se cierran al fin, lo cual me produce un poco de paz. La cabina empieza a bajar. Me estoy alejando del objeto de mi obsesión. Levanto los párpados para observarme a mí misma bajo la lividez de esta luz.

Lo que veo es a una mujer de ojos vidriosos y pupilas dilatadas; alguien que hace mucho tiempo que ya no reconozco ni entiendo.

«¿Quién coño eres, Alexandra?».

Capítulo 9

**Hay siempre en el alma humana una pasión
por ir a la caza de algo.**

(Charles Dickens)

Alexandra

La llamada de Ash me pilló justo a punto de meterme en la bañera.

Son más de las ocho de la noche. No sé qué querrá a estas horas. Más vale que le conteste. Ahora es mi jefe y el hecho de que me haya dado un móvil de empresa implica que tengo que estar disponible para él.

Mierda.

Me preocupa que la idea de *estar disponible para él* me excite tanto. Hay algo muy malo en mí, tengo una vena retorcida que no conocí hasta hace bien poco.

—Hola. —Con el teléfono pegado a la oreja, me inclino sobre la bañera y cierro el grifo para poder oírle mejor.

—Hola, Alexandra. ¿Dónde estás?

La suavidad de su voz y su habitual ronquera me pillan desprevenida. Cierro los ojos y por un segundo imagino que está aquí, en este minúsculo baño lleno de vapor.

—En casa —murmuro tras un ligero carraspeo—. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Nada, es que hoy no has venido a la oficina y quería saber si te encontrabas bien.

Soy incapaz de retener la sonrisa. Conque me ha echado de menos, ¿eh?

—Perfectamente. Gracias por tu preocupación.

Sé que espera que explique el motivo de mi ausencia, pero no pienso darle ese placer, no voy a explicarle que mi trabajo no consiste en encerrarme todos los días en un despacho, que a veces tengo que pisar polvo, atender a los obreros, solucionar los contratiempos, que no son pocos...

—¿Algo más? —vuelvo a decir, al ver que sigue callado, esperando a que le revele el misterio de por qué no he ido.

Al final se da por vencido y lo deja estar. Le oigo resoplar.

—Sí. Ayer querías comentarme algo de unos cuadros.

—Así es. Pero me diste esquinazo.

—No seas tan dura conmigo. Estuve fuera de la oficina todo el día. Cuando volví, ya no me apetecía ponerme a pensar en nada de eso. Estaba cansado.

—Ajá...

Creo que ha notado mi indiferencia, porque le oigo resollar.

Me siento en el borde de la bañera, concentrada en el incesante goteo del grifo que, de alguna forma, me ayuda a ignorar todo lo demás. Agradezco la distracción.

—Si quieres, puedo pasar a recogerte y hablamos de ello ahora mismo. ¿Qué tal una copa de vino en algún lugar cálido y acogedor como... un piano bar?

No voy a engañarme a mí misma, me apetece mucho verle, pero no creo que sea buena idea.

Esta noche tengo las defensas bajas y su voz, la nota desgarrada que vibra en ella, me afecta más de lo habitual.

—No, hoy no.

—¿Tienes cosas que hacer?

—Pues... Resulta que estoy cansada y llena de polvo. Llevo trabajando todo el día. Acabo de llegar a casa.

—¿A estas horas? Dile al capullo de tu jefe que te pague más. En cuanto a lo del polvo... eso se soluciona con un buen baño.

Me echo a reír y noto que él sonríe al otro lado de la línea.

—En realidad, estaba a punto de meterme en la bañera cuando has llamado.

—Joder. ¿Por qué me torturas así? Ahora estaré pensando en eso. ¿Estás desnuda mientras hablas conmigo?

Vuelvo a reírme y niego para mí.

—Mañana hablamos, ¿vale? —le digo, con una pequeña sonrisa en la voz.

—De acuerdo —se rinde con otro suspiro—. Descansa.

—Y tú.

—Buenas noches, Alexandra.

Callo unos segundos, recreándome en la suavidad de su timbre ronco, y después, mientras recorro con los dedos el agua caliente de la bañera, susurro un débil *buenas noches*.

Sí, yo también estaré pensando en cosas en las que no debería pensar. Cogerle la llamada ha sido como abrirle la puerta e invitarle a entrar en este lugar.

Ahora me parece imposible echarle.

¿Cómo te deshaces de algo que está dentro de tus venas, en la sangre que te mantiene viva, en el aire que respiras?

La puerta está abierta. Aun así, golpeo los nudillos contra el marco antes de entrar.

Ash, sentado detrás de su escritorio, con las mangas de la camisa blanca dobladas por debajo de los codos y aspecto un poco desastrado (no se ha afeitado y es evidente que se ha estado revolviendo el pelo con los dedos decenas de veces), levanta los ojos hacia los míos.

Creo que nunca me acostumbraré al impacto. Cruzar una mirada con él siempre se siente como un golpe en el estómago.

—Hola, Alexandra. ¿Qué puedo hacer por ti? Los cuadros —cae de pronto, y entrecierra los ojos, como fastidiado por haberse vuelto a olvidar del tema.

—Los cuadros —confirmo con una sonrisa—. ¿Tienes un momento?

Con un gesto de la mano, me invita a sentarme al otro lado de la mesa.

Tomo asiento e intento no desconectarme de la realidad ni perderme en el hipnótico azul que me encoge el estómago.

—Soy todo tuyo.

Lo dice con doble sentido y los dos lo sabemos.

Me muerdo el labio por dentro y me empapo de él unos segundos más, antes de ofrecerle el portátil que traigo en la mano.

—Aquí tienes algunos trabajos anteriores del pintor del que te hablé, para que te hagas una idea de cuál es más o menos su estilo.

Lo coge y, en silencio, pasea la mirada por las imágenes que he seleccionado para él.

Sin nada mejor que hacer, me deleito con su expresión concentrada, absorbo la pequeña arruga que le asoma entre las cejas y me veo a mí misma alisándosela con los dedos. Una sonrisa amarga juega en mi rostro al darme cuenta de que siempre dejo de lado la razón cuando estoy con él.

—Me gusta —dice, antes de levantar la cara hacia la mía—. Tiene personalidad. Podría encajar con el diseño de la casa.

—Yo también lo creo. Sus cuadros se han estado vendiendo en galerías locales y han gozado de bastante éxito a nivel estatal. Lleva unos cuantos meses sin participar en ninguna exposición, pero, según Bill, en su casa tiene bastante material. ¿Podría interesarnos?

—Sí. ¿Por qué no? Consigue uno o dos cuadros suyos. Como eres la experta, lo dejaré en tus manos. ¿Cuánto dinero necesitas?

—Todavía no he hablado con el artista. No sé si...

Me corta con un gesto, descorre el cajón de su mesa y firma un cheque. Después, lo desprende del talonario y me lo ofrece.

—Ten. Tienes absoluta libertad para gastar lo que consideres necesario.

Me acaba de dar un cheque en blanco. No sé si se está burlando de mí. No lo parece.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil?

—Soy un hombre fácil. Pensaba habértelo dejado claro todas las veces en las que me insinué. —Su forma de guiñarme el ojo me enciende las mejillas—. Anda, cógelo.

La seriedad con la que me habla es tan inesperada que la complicidad que parecíamos tener solo un segundo antes se esfuma de golpe.

—Muy bien. —Se lo quito de entre los dedos y me pongo en pie con un ligero carraspeo—. Bueno, pues... Gracias. Si te parece bien, hoy ya no vuelvo después de comer. Tengo que ir a Mansfield a negociar con el pintor.

Como estoy de pie delante de su mesa, se echa hacia atrás en el sillón para poder estudiarme la cara. Empiezo a respirar pausadamente. Ese maldito azul me enciende la sangre en las venas otra vez.

—Vale. Me parece bien. ¿Irás en coche?

—Lo más probable es que vaya en tren.

Mi respuesta lo sorprende tanto que arquea las cejas.

—En tren —repite sin ninguna entonación—. ¿No tienes coche?

—Ahora mismo, no. Esta mañana me quedé sin la bomba de aceite. Era un trasto viejo, de todos modos.

Suelta un silbido.

—Vaya putada. —Se pone de pie y agarra su chaqueta, de camino a la puerta—. Vamos.

Lo miro confusa.

—¿Adónde?

—A Mansfield. Te llevo. Me pillas de paso.

—Pero...

—No me discutas. No voy a dejar que vayas en tren estando yo aquí.

Intento decir algo que le haga desistir, pero no se me ocurre nada, así que me rindo y lo sigo aturdida por el pasillo. ¿Cómo se ha torcido la situación de esta forma?

—Un segundo —farfulto al llegar a la altura de mi despacho—. Tengo que dejar el portátil y recoger mis cosas.

—Vale. Voy a sacar el coche del garaje. Te espero en la calle. No tardes demasiado. Solo dispongo de un par de horas. Esta tarde tengo una reunión muy importante en la ciudad.

Me quedo plantada en la puerta, observándolo mientras se aleja por el pasillo. ¿Alguna vez dejará de atraerme tanto?

Y, joder, ¿cómo voy a aguantar un viaje de ciento treinta kilómetros, encerrada en un coche con él, cuando lo único que quiero es arrancarle la camisa y hacerle cosas muy malas?

El Lexus está en la acera, con el motor en marcha y las luces de emergencia encendidas.

Ash, sentado detrás del volante, en mangas de camisa, me sigue con la mirada mientras me acerco.

Respiro con alivio cuando el abrasador azul desaparece tras unas lentes oscuras que le protegen de la luminosidad del día. Él es una criatura nocturna.

Abro la puerta y me deslizo en el asiento del copiloto. No dice nada, solo quita las luces de emergencia y da marcha atrás.

Es una de esas personas que apoya el brazo contra el respaldo del asiento del acompañante cuando da marcha atrás.

Un chulito.

Maniobra el volante con una sola mano.

Bajo el parasol e intento colocarme de tal manera para que la luz no se me clave de lleno en las retinas, pero no hay manera y acabo poniéndome las gafas de sol yo también.

Me observa divertido.

—Intenta no conducir como alma que lleva el diablo hoy —le pido después de acoplarme el cinturón.

Esboza una graciosa sonrisa de lado y pega un acelerón solo para fastidiar.

—¿En serio? —Le pongo mala cara—. ¿Tienes doce años o qué?

—Esto es lo que hay. Vivo deprisa, conduzco rápido y follo duro. Si tienes algún problema con cualquiera de esas tres cosas...

Me lanza una mirada intensa por encima de las gafas.

Asiento con fastidio y me muerdo la punta de la lengua para evitar replicarle. Sé que lo hace para provocarme.

—Muy bien. Puedes hacer lo que te dé la gana, siempre y cuando no acabemos muertos. Porque, en ese caso, tendré que matarte y no quiero estropearme el vestido.

Riendo entre dientes, agarra el volante con la izquierda y pone la mano derecha encima de la mía.

Me quedo sin aliento. Siento el fuego, las llamas que devoran mi piel, el estómago poniéndoseme rígido dentro de la ropa. Esto está muy mal. No debería permitirme a mí misma sentir nada de esto.

Aturdida, bajo la mirada hacia el pulgar que recorre suavemente mis nudillos, uno a uno.

Me estoy humedeciendo entre las piernas.

—No tienes nada de lo que temer, Alexandra —susurra con tanta convicción que casi dan ganas de creerle.

Pero sé que no me conviene en absoluto formar parte de su universo. Mi vida ya es bastante complicada de por sí. No necesito añadirle más desgracias. Sé que entablar cualquier clase de relación sentimental con alguien como él supondría una desgracia. No tengo ni idea de hasta dónde llega su lado oscuro, ni si soy lo bastante fuerte como para salir ilesa.

Incómoda por lo mojada que me he puesto sin ningún motivo, busco otra postura en el asiento. Ash libera mi mano y se inclina hacia mí.

Pego la espalda contra el respaldo del asiento y contengo el aliento. Me asusta la forma en la que reacciona mi cuerpo cuando él invade mi espacio personal.

Por un segundo pienso que su mano se dirige hacia mi rodilla, e imagino cómo sería si me tocara, si esa palma enorme se arrastrara por debajo de mi falda, si se deslizara entre mis piernas y sus dedos resbalaran por encima de la humedad que empieza a empaparme las bragas.

Es casi decepcionante constatar que su objetivo era un CD de música disco de los años ochenta, guardado en la guantera.

Sonríe con autosuficiencia antes de enderezarse, y entonces caigo en la cuenta de que, en un acto reflejo, me he aferrado al asiento con las dos manos y he clavado las uñas en él.

Libero poco a poco la presión, hasta que suelto el cuero por completo.

—¿Todo bien, pequeña?

Con aire muy digno, entrelazo las manos sobre el regazo y me aclaro la voz por lo bajo. No sé qué decir. Estoy incómoda y avergonzada por mi reacción.

—No podría ir mejor —miento con una bonita sonrisa en la cara.

No, no es tanto mi reacción lo que me avergüenza, como el hecho de que me hayan pillado. Odio que sepa de qué manera responde mi cuerpo al suyo.

Como si no fuera ya lo bastante arrogante e insufrible. Ahora tiene que saber cuánto lo deseo. «Porque lo desees, te guste o no».

—Deja de mirarme con esa cara —exijo, malhumorada.

Cabecea, divertido, pone por fin el dichoso CD y el Lexus se une al tráfico de una tarde anodina.

La ciudad desfila a nuestro alrededor, deprisa, con sus edificios enmarcados por la luz dorada del atardecer y sus amplias avenidas.

El paisaje no me interesa. No ahora. Soy demasiado consciente de la atracción que siento por el hombre que tengo al lado en este espacio tan reducido.

Aprovechando que llevo las gafas de sol puestas, lanzo una mirada furtiva a su rostro. Como siempre, no encuentro en su fisionomía ni un solo defecto, nada fuera de lugar. Es como una perfecta obra maestra de la naturaleza.

Decido que, para conservar intacta mi salud mental, lo mejor será no mirarlo obsesivamente durante todo el trayecto. Me concentraré en el paisaje, por muy poco que me interese. Y dejaré de dar golpecitos con el dedo índice como una histérica. A ver si voy a acabar con un moratón en las rodillas...

Según dejamos atrás Cleveland, las vistas cambian, el panorama urbano le deja paso a una interminable extensión de campo ceniciento.

Hace un día soleado, pero frío. El viento parece doblar con fuerza la maleza seca que recubre los bordes de la carretera. La imagen no es nada atractiva.

Vuelvo a mirarle de soslayo. Me pregunto en qué estará pensando él. Su rostro ha adoptado

una expresión relajada, medio ausente.

—Tengo que hacer una breve parada —me dice de pronto, como si hubiera notado la insistencia con la que lo estaba observando.

La suave reverberación de su voz se filtra a través de mis venas y, como siempre, me calienta la sangre.

—Claro. No tenemos prisa.

Carraspeo. Mi voz ha sonado demasiado ronca. ¿Qué demonios me pasa?

El coche se sale de la carretera, nos adentramos por un camino de tierra. Estamos, literalmente, en mitad de la nada.

Nos detenemos delante de una verja enorme que impide ver lo que hay más allá.

—¿Qué es este sitio?

Alguien abre las rejas, algún portero que no puedo ver. El Lexus arranca despacio y las cruza.

—Solo serán cinco minutos. Quédate en el coche.

La respuesta no me satisface.

Llena de curiosidad, registro con la mirada el enorme edificio al que nos estamos acercando. Parece una residencia privada, aunque tiene cierto aire oficial, así que es posible que se trate de alguna institución.

Aunque no imagino qué clase de institución podría tener su sede en este lugar tan apartado de la civilización. Aquí solo se puede llegar conduciendo.

Ash aparca delante de una fuente que escupe agua a través de las fauces de un cocodrilo, se apea por la puerta sin decirme nada más y cierra con un golpe seco.

Levanto la mirada hacia la placa morada que cuelga junto a la entrada.

El amor no debería doler.

Qué intrigante. ¿Es un centro de rehabilitación para gente que ha sufrido alguna forma de maltrato? ¿Una escuela para personas con problemas emocionales? ¿Un lugar para los que intentan dejar de amar a alguien? ¿Un manicomio de alto nivel?

La propiedad es impresionante, los muros cubiertos de hiedra, el sendero de guijarros que serpentea entre los árboles, la alfombra de césped verde oscuro que conduce al bosque...

Casi dan ganas de quedarse a vivir aquí.

El amor no debería doler. Cierto.

Y yo debería quedarme en el coche.

Pero solo tardo medio minuto en quitarme el cinturón y salir al exterior.

Joder, qué frío. Hace un viento tremendo aquí, mucho peor que en la ciudad.

Me cierro el abrigo para conservar el calor corporal y me acerco al edificio sin que nadie me frene el paso.

Antes de que cambie de opinión, subo deprisa los ocho escalones, empujo la puerta con los nudillos y me cuelo dentro.

Me parece que Ash dio con la tecla. Soy demasiado curiosa. Siempre lo he sido. Necesito saberlo todo sobre los que me rodean. A veces resulta perturbador mi empeño por descifrarlos, como si las personas que interactúan conmigo no fueran más que un cubo de Rubik que necesito resolver de inmediato para saber a qué atenerme.

No puedo confiar en nadie así, por las buenas. Tengo que estar preparada, saber de antemano qué esperar de los demás.

Y, si hay alguien que rompa por completo mis esquemas, es el hombre al que estoy siguiendo por este imponente salón que hace cien años se debía de usar para fiestas y banquetes.

Todavía se percibe cierto aire refinado, muy a lo *Belle Époque*. La decoración es contemporánea, pero algunos pequeños detalles, las lámparas, el reloj, las altas puertas pintadas de blanco, homenajean al pasado.

No me entretengo demasiado tiempo mirando las musarañas; cruzo la habitación deprisa, dando las gracias al que ha colocado una bonita alfombra que amortigua el sonido de mis tacones, y doblo por otro interminable pasillo que me conduce a un espacio distinto, una sala llena de pupitres y ordenadores.

A través de la puerta entornada veo a varias mujeres de distintas edades trabajar en silencio.

Al acercarme un poco más a la puerta, me doy cuenta de que no trabajan. Están estudiando.

—Cuando salgáis de aquí, señoritas, tenéis que estar listas para integraros en el mundo laboral —les está diciendo una mujer a la que no había visto por culpa del ángulo en el que está ubicada—. Y, sin conocimientos de informática, vais a acabar de friegaplatos en un restaurante que os pagará el sueldo mínimo por doce horas diarias de trabajo. No queréis eso, ¿verdad?

Ellas se ríen, vergonzosas, y niegan.

Este lugar me intriga cada vez más.

También me pone un poco los pelos de punta.

Dejo atrás la sala de estudio y sigo adentrándome por una larga galería.

En una de las habitaciones que encuentro ahí, veo a Ash. Las mujeres que lo acompañan llevan ropa de deporte. A juzgar por la música y la decoración, diría que he encontrado el aula de yoga. ¿Qué cojones hace ahí?

Con el pulso latiéndome en las sienes, me pego a la pared y lo espío a través de la puerta entornada.

Una de las mujeres está llorando. No consigo enterarme de qué ha pasado ni de cuál es el papel de Ash en todo esto.

La mujer es joven, unos veintitantos, y tiene un aspecto tremendamente infeliz, no solo porque esté sollozando. Hay algo en ella, en su mirada, se percibe algo roto e irreparable. En algún momento debió de ser guapa. Me pregunto si sufrirá alguna especie de adicción. Su físico desmejorado podría deberse a problemas con las drogas o la bebida.

La escena me tiene absorta. Sencillamente, no consigo quitarles los ojos de encima.

Ella farfulla algo ininteligible, antes de romperse por completo y abrazarse al pecho de Ash.

Irritada, me pego al muro, cierro los ojos y cuento hasta diez. Necesito que se me calme el corazón y que el pulso deje de golpearme con tanta fuerza en las sienes. No me estoy enterando de nada.

Me tomo unos segundos para recuperar el control y solo entonces me atrevo a volver a abrir ojos.

La escena no ha cambiado mucho desde la última vez que miré, la mujer sigue ahí, abrazada a él.

—No sé cómo darle las gracias —la oigo balbucear—. Sin usted, estaría muerta.

—Chisss —la tranquiliza Ash con suavidad—. No tienes que agradecérmelo.

—Usted... usted... —Se le quebranta la voz, y él la vuelve a sosegar con palabras que no alcanzo a escuchar.

—Siempre he dicho que debería haber más hombres como usted.

Ash, sin dejar de frotar con ademán tranquilizador la espalda de la chica cuyas lágrimas le empapan la camisa, le dedica una sonrisa socarrona a aquella mujer que probablemente sea la profesora. Es algo más mayor que las demás y no tiene ese aire de fatalidad.

—Cuidado con lo que desea, señora Hastings.

Ella se ríe, encantada, y le pone esa cara de *no me sea granuja, señor Williams*, que las mujeres ponemos a veces cuando estamos cerca de él.

Hago una mueca detrás de la puerta. Es increíble el efecto que tiene este tío sobre el género opuesto.

—¿Puedo ayudarla? —escucho una tercera voz. La mujer que ha hablado tiene un pronunciado acento extranjero, aunque no sabría identificar su procedencia.

Necesito un segundo para comprender que me está hablando a mí.

«Mierda. ¿De dónde ha salido?»

Palidezco, niego horripilada y me doy prisa por escabullirme antes de que sea demasiado tarde.

Pero ya lo es. Él se ha girado y nuestros ojos se encuentran por unos segundos, en los que me mira con tanta intensidad que se me congela la sangre en las venas.

Ha encogido los párpados. Eso es malo.

Consigo deshacer el hechizo y salir corriendo, con el corazón atronándome en el pecho y la cara roja de vergüenza. Me siento ridícula por haber estado acechándole tras las puertas.

¿Qué coño me está pasando? ¿Por qué no me habré quedado quieta como me pidió? ¿Qué esperaba encontrar?

Mortificada, vuelvo al coche y me deslizo en mi asiento segundos antes de que él asome por la escalinata. Su rostro está tan rígido que no percibo ninguna clase de emoción en sus rasgos. No sé si está cabreado porque no le he obedecido o si todo esto le da igual.

Ni siquiera cuando se sienta a mi lado consigo interpretar sus pensamientos. Es como si mi radar hubiese dejado de estar operativo.

Puedo interpretar a todo el mundo menos a él. Lo cual es muy frustrante, porque, cuanto menos entiendo, más me obsesiono por entender.

Lo observo de soslayo mientras, con aparente tranquilidad, arranca el coche y da la vuelta a la rotonda. Regresamos a la carretera polvorienta en un silencio que ni oso interrumpir ni consigo calificar.

Al final resuelvo no decir nada, a no ser que lo haga él primero.

Pero Ash tampoco habla. Mantiene la vista fija en el parabrisas y conduce a una velocidad que me aterra. Siento la tentación de aferrar el volante cuando lo suelta para encenderse un cigarro.

—¿Te molesta el humo? —dice, lanzándome una mirada rápida.

Niego con la cabeza.

Aun así, baja la ventanilla y, tras unas cuantas caladas, arroja el cigarrillo al exterior y eleva el volumen de la música.

Me quedo quieta, analizando los tatuajes que tiene en los dedos, en las manos y en los antebrazos. ¿Por qué alguien que viste un traje de diseño se tatuaría algo tan visible como los dedos y las manos? Eso es de macarras. Y a él le gusta lo elegante.

Es como si hubiera en su interior dos hombres completamente opuestos. Puede que uno de ellos sea peligroso.

Joder, puede que los dos lo sean.

Sin intercambiar ninguna palabra, llegamos a Mansfield, donde por fin me habla para preguntarme por la dirección del pintor.

Le digo la calle y él va directo hacia ahí, como si ya conociera la zona.

—¿Habías estado aquí alguna vez? —pregunto cuando el coche se detiene delante de una humilde casa de madera blanca.

—Se me da bien callejear.

—Ya. Supongo que querrás entrar.

—Lo supones bien.

Le pongo mala cara mientras bajamos del coche a la vez y cerramos nuestras respectivas puertas con dos ruidos sordos que parecen, en cierto modo, alterar la armonía del vecindario. Los dos nos quitamos las gafas de sol de camino a la puerta. Yo me las guardo en el bolso. Él se las cuelga del cuello de la camisa.

Subimos las escaleras del porche sin mirarnos. Soy yo la que pulsa el timbre.

Tras unos segundos de espera, escuchamos un ruido, una maldición y unos pasos que se acercan al otro lado. Intercambiamos una mirada. Ash enarca las cejas con aspecto divertido.

La puerta se abre por fin y aparece delante de nosotros el típico pintor aturullado y neurótico que nos mira con saña porque le hemos interrumpido en un momento de inspiración.

—Señor Sullivan, soy Alexandra Harper y este es mi jefe, Ash Williams. Hablé con usted esta mañana para concertar...

—Sí, sí, pasen —me frena malhumorado.

Ash espera a que entre yo primero y después me sigue por un caótico pasillo, que desemboca en un salón todavía más caótico.

Este lugar sería la pesadilla de cualquier amante del orden. Hay cajas de pizza vacías (y no tan vacías) esparcidas por el suelo, revistas y periódicos apilados en un rincón, latas aplastadas de Red Bull y Coca Cola tiradas debajo del sofá, y un gato gordinflón duerme tan tranquilo en una silla de mimbre.

—Para ahuyentar a los ratones —me explica Sullivan cuando se percata de que estoy mirando fijamente al animal.

Me estremezco por dentro, a pesar de la sonrisa que le acabo de dedicar.

—Claro. ¿Podemos ver las pinturas?

—Síganme. Están en el sótano. No pinto aquí porque mi chica dice que mancho mucho.

Ash lanza una mirada ceñuda al salón y frunce los labios como si le hubiesen contado un chiste muy bueno.

Le dedico una mirada elocuente antes de seguir a Sullivan por una endeble escalera de madera que cruje bajo nuestras pisadas.

Al llegar abajo, me alegro de que Ash me haya acompañado, porque este parece el típico sitio en el que una acaba degollada. Me empieza a entrar claustrofobia. Y nauseas. En la oscuridad flota un olor tan penetrante que se me revuelven las tripas.

—Les pido disculpas por la peste. Las cañerías son viejas.

Compongo otra sonrisa tensa y busco a Ash con la mirada. No parece demasiado impresionado. Me dirige una mirada inexpresiva y luego entra en el cuarto que Sullivan ha abierto para nosotros. Esta vez no prima la cortesía, prefiere llevar la delantera.

—Vaya —suelto, sorprendida, cuando él se aparta de mi campo visual y puedo ver la sala—. Esto es...

Sullivan, cruzado de brazos, me observa con una mueca autosuficiente.

—Lo sé.

Vuelvo a contemplar su obra con ojo crítico, buscando las similitudes y las diferencias que la hace tan especial.

Uno de sus fetiches es hacer hincapié en colores intensos, amarillos, naranjas, rojos, todos mezclándose de forma magistral en un único lienzo.

Quizá por eso me resulte tan atrayente el cuadro monocromático. Su oscuridad destaca en medio de esta explosión de colores.

Me acerco a él, fascinada por el potente contenido emocional que expresa, y contemplo el rostro de la mujer que asoma en medio de una neblina negra. Está de perfil, es muy gótica, su vestido se difumina en la niebla hasta convertirse en alas. Casi puedes sentir el viento que azota su pelo y traspasa el fino tejido de su ropa. Le han pintado los pezones duros.

Tíos...

¿Es un ángel caído? Podría serlo. Lleva una cruz extraña colgada al cuello.

Lo de los pezones me parece un sacrilegio. Aunque concede un aire erótico a la obra.

—¿Cómo se llama este?

—*Muerte*.

Le encuentro mucho sentido al título.

—¿Y este? —pregunto, señalando con el mentón uno de los cuadros que aún permanecen en el lienzo, húmedo por la pintura. Las tonalidades de naranja siempre han llamado poderosamente mi atención.

—Lo acabé esta mañana. Aún no le he puesto nombre.

—¿Tiene más trabajos?

—¿Aparte de estos ocho? No. Y no todos están en venta. Solo puede elegir entre estos cuatro. Los que menos me gustan, claro.

—¿Nos permite unos momentos para que el señor Williams y yo lo discutamos en privado? Se encoge de hombros con despreocupación.

—Claro. Les espero arriba. No toquen nada ¿vale?

Los labios de Ash se tuercen en una sonrisa socarrona, aunque no dice nada, se limita a contemplar a Sullivan con aspecto divertido.

—¿Qué opinas? —pregunto después de cerciorarme de que estamos solos.

—¿Sinceramente? Los que quiere endosarnos son los que menos me gustan.

—A mí me pasa lo mismo. ¿Nos retiramos?

La pregunta le divierte.

—¿Retirarnos? No. Le haremos una oferta por dos de los que no están en venta.

Niego con incredulidad.

—Tú realmente no encajas las negativas, ¿a que no?

Sus intensos ojos descienden sobre mi rostro.

Noto que sus labios tratan de frenar una sonrisa.

—No me gustan los límites, Alexandra. Yo no tengo límites.

Dejo escapar un largo suspiro, cabeceo divertida y ladeo la cabeza hacia un lado para mirarlo a los ojos sin necesidad de desnucarme.

—Entonces, ¿cuánto le ofrezco?

Su móvil nos interrumpe. Ash comprueba la pantalla con gesto sombrío, antes de silenciarlo.

—Tienes carta blanca. Ofrécele lo que consideres adecuado. Perdona, tengo que devolver esta llamada. Te espero en el coche.

—Está bien.

—Por cierto —dice en el último momento, justo antes de salir—. El de la muerte también es mi favorito.

Le devuelvo la sonrisa y siento que algo sucede entre nosotros, algo profundo que no estoy muy segura de comprender.

Un velo que cae.

Otro más...

Enfoco por un segundo el suelo, y luego mis ojos vuelven a elevarse hacia los suyos, demasiado atraídos como para ignorar toda esta energía.

Ash me aguanta la mirada unos segundos y después me lanza un guiño y escucho sus pasos alejarse, ligeros y aplomados, por el pasillo. Me muerdo el labio por dentro, echo un último vistazo a los cuadros y lo sigo escaleras arriba.

Cuando regreso al desorganizado salón, encuentro a Sullivan sentado en la silla de mimbre. El gato está debajo de la mesa, chuperrateando un trozo de pizza enmohecido. Ugh. Pobrecillo.

—¿Y bien? —me increpa al verme.

—Estoy autorizada para hacerle una oferta por dos de los cuadros que no están en venta, *Muerte* y... el que aún no tiene nombre, el de los tonos naranja.

La sonrisilla irónica que aflora en las comisuras de sus labios no resulta demasiado alentadora.

—Esos son demasiado personales como para que se los venda. Tienen valor sentimental para mí.

—Aun así, deje que intente convencerle.

Me saco el cheque en blanco del bolso y apunto una cifra que considero más que adecuada.

Sullivan recibe el papel que le ofrezco, le echa un vistazo y sonríe desafiante mientras, con total parsimonia, lo hace pedazos delante de mí.

—Sí, creo que eso transmite un mensaje bastante claro. ¿Entiendo que es su última respuesta?

—Largo.

Me deslizo en el asiento del copiloto y, sin decir nada, me pongo el cinturón.

Ash cuelga la llamada. Estaba hablando con Seven otra vez y, como de costumbre, no sé qué sentir al respecto. Los sentimientos de celos son nuevos para mí.

—¿Ya está hecho?

Como no le contesto, me lanza una mirada concentrada por encima de las gafas de sol. Puedo sentir la rigidez de mi expresión facial y sé que él también es capaz de verlo, porque frunce el ceño y su rostro se llena de incertidumbre.

Intento relajarme un poco. Al final le ofrezco una sonrisa débil. Será mejor que piense que estoy de morros por lo de Sullivan.

—Sí. Le ofrecí cuarenta mil dólares por dos cuadros, *Muerte* y el naranja.

—Los dos mejores. ¿Y?

—Se niega a venderlos. Dice que son demasiado personales. Buscaré otras obras.

—¿Cuarenta mil dólares era una buena oferta?

Aprieto las ruedas, aunque no puedo evitar lanzarle una mirada chispeante.

—¡Claro que era una buena oferta! Pero las cosas personales no tienen precio.

—Todo tiene un precio —masculla antes de girar la llave en el contacto.

Su voz suena baja y apagada, como si le entristeciera su propia afirmación. Le gustaría que

las cosas no fueran así, pero para él lo son.

En su mundo todo, absolutamente todo, tiene un precio.

Y él no tiene límites...

Capítulo 10

**¿Te sientes seguro fuera, en la luz?
¿O es este el lugar dónde se esconden
los monstruos?**

(Canción *Who Are You?*,
Svrcina)

Alexandra

Cierro la puerta del taxi con un golpecito firme y cruzo la calle deprisa, aprovechando que el semáforo de abajo sigue en rojo y que los coches todavía están parados a unos veinte metros de mí.

Hace un día de mierda, son más de las ocho de la tarde y lo más probable es que ya no quede nadie en la oficina a estas horas. Me siento como si estuviera en un sitio en el que no debería estar.

Lo cual es cierto...

Le dije a Ash que pasaría la tarde en la obra, supervisando la llegada de más material, pero ha habido una equivocación con los azulejos de la cocina, han mandado un modelo que yo no pedí, y cuando he querido contactar con el proveedor para que me lo solucionara, me he dado cuenta de que ayer me olvidé la agenda en la oficina.

He vuelto a por ella en cuanto me he percatado de que no la llevaba en el bolso, pero ahora ya no estoy tan segura de que esto sea una buena idea.

No sé si es por la llovizna o porque se ha fundido el alumbrado urbano en toda esta manzana, el caso es que me noto algo nerviosa mientras camino cabizbaja por la acera. Puede que solo sea cansancio.

Lo único que quiero es recuperar la puñetera agenda e irme a casa para terminar el trabajo que me queda por hacer hoy.

Necesito hacer varias llamadas urgentes y no soy tan previsora como para guardarme los contactos en el móvil. Espero poder solucionar esta metedura de pata. No suelo ser tan descuidada.

Me acerco a las puertas principales, con el aliento áspero por culpa del frío y de las prisas, y uso las dos manos a modo de pantalla para mirar a través del cristal.

Los agentes de seguridad no se encuentran en su puesto. Cuando intento abrir, descubro que el edificio está cerrado con llave.

Mierda. No quiero llamar a Ash para que venga a rescatarme (o a follarme...), pero tampoco quiero marcharme con las manos vacías.

Ya estoy aquí. Es tan fácil como entrar y cogerla. Si la recupero hoy, no tendré que cruzarme la ciudad mañana y podré aprovechar mejor el tiempo.

Tengo llave de la oficina, me la dio Lis el primer día, por si venía alguna vez a la hora de comer y ella no estaba para abrirme, pero de la puerta de abajo no me la llegó a dar porque se

suponía que esto estaría abierto. ¡Qué faena!

Decido probar suerte con la otra entrada, pero, según era de esperar, también está cerrada. En los barrios de renta alta se toman en serio la seguridad de sus inquilinos y propietarios.

Congelada bajo la llovizna, que empieza a atravesar la barrera de protección que me concede mi abrigo negro, regreso junto a la entrada principal y golpeo el cristal con los nudillos. Tal vez los de seguridad estén en alguna parte, protegidos por algún muro que me impide verlos, y puedan abrirme la puerta.

Nadie contesta. Estupendo.

Soplo aire caliente en los puños y compruebo el reloj. Son ya las ocho y media, no creo que nadie vuelva a estas horas a la oficina. Mañana voy a tener que madrugar bastante para solucionar el lío de los azulejos.

Y más teniendo en cuenta que sigo sin coche. Resulta que vivo en el culo del mundo y hay que coger el autobús cinco paradas para conseguir un taxi.

Estoy a punto de marcharme a casa, cuando oigo el traqueteo del ascensor.

Me invade un profundo alivio. ¡Sí! ¡No hay que madrugar!

Le sonrío al guapo ejecutivo que me sujeta la puerta y él me desea que pase una feliz noche.

De camino al ascensor, me pregunto si habría que añadir *allanamiento de morada* a mi currículum.

Divertida por la idea, paso por delante del mostrador vacío de Lis y avanzo por el pasillo.

Un fuerte ruido, originado en el despacho de Ash, me hace agazaparme en la oscuridad.

Y luego pegarme a la pared más cercana antes de que quién quiera que ande ahí sepa que no está solo.

Podría verme en cualquier momento. La puerta está entornada, y una luz tenue, la lámpara del escritorio tal vez, ilumina el pasillo. No puedo volver a pasar por delante de la puerta y tentar a la suerte por segunda vez.

Tampoco puedo quedarme pegada al muro para siempre. En algún momento, esa persona saldrá. ¿Habrán entrado a robar?

Tras un largo silencio, en el que lo único que percibo es el ensordecedor latido de la sangre que se descontrola en mis oídos, distingo ruido de golpes y un gruñido de dolor. Calculo que habrá por lo menos dos personas ahí dentro. No parecen amigos. Se están pegando.

Algo se rompe. ¿Un florero? ¿Una de las botellas de whisky de Ash?

Busco con las dos manos la firmeza del muro y aprieto los párpados con fuerza mientras intento calmarme un poco. Esto es demencial. No debería estar aquí a estas horas.

Nadie conoce mi paradero, nadie podrá encontrarme. Si me pasara algo...

«Ya vale de tonterías».

Abro los ojos y recorro la oscuridad con ojos febriles. La única arma que veo es un jarrón de porcelana. Muy adecuado para damiselas en apuros...

Aun así, lo agarro con la mano izquierda. Estúpidamente, no quiero separarme de la pared, prefiero hacer malabares y, como era de esperar, el jarrón se desestabiliza y casi se me escurre de entre los dedos.

Consigo atraparlo justo antes de que se me caiga al suelo. No quiero ni pensar en cómo atronarían los añicos contra las baldosas de mármol.

«Joder, joder, joder».

Vuelvo a cerrar los ojos y jadeo en busca de aire.

Tengo la espalda pegada a la pared y sé que, de momento, a no ser que quienes estén ahí

dentro salgan al pasillo, estoy a salvo. Solo tengo que buscar la forma de pasar por delante de la puerta sin que me vean o me escuchen.

Mi mente intenta repasar la situación, buscar la salida más segura, pero me atraganto con el pánico y necesito un buen rato para calmarme y conseguir que mis congeladas extremidades se pongan en marcha.

Con el jarrón fuertemente apretado contra el pecho, me inclino un poco hacia adelante y lanzo una mirada rápida al interior de la oficina de Ash. Hay un cuerpo desplomado en el suelo. Por un segundo pienso que está muerto.

Pero entonces una figura corpulenta emerge de la oscuridad y lo levanta en vilo.

Y luego otra figura, igual de corpulenta, le propina un puñetazo en el estómago.

El hombre está aún medio desmayado cuando recibe un golpe en la barbilla que lo deja con el labio sangrante y gruñendo de dolor.

Me vuelvo a pegar al muro y, con un latido de horror en el estómago, me pregunto si no debería huir ahora, que están ocupados con la paliza.

Sí, parece lo más sensato. Primero saldré de aquí y después llamaré a la policía.

—Ya os vale —ordena una voz calmada y glacial. Me quedo paralizada al reconocer el timbre metálico de Ash. Abro la boca, porque coger aliento de otra forma me resultaría imposible ahora mismo—. Este espectáculo empieza a aburrirme, joder.

Lívida, vuelvo a inclinarme hacia adelante para echar otro vistazo a través de la puerta entornada.

Su monumental espalda aparece ahora dentro de mi campo visual. Imagino que estaba sentado en el sofá, por eso no lo vi cuando miré la primera vez.

La escena me tiene atrapada. Ash avanza, con perfecto aplomo, hasta el centro de la habitación. Algo metálico brilla en su mano.

Al pasar por delante de la lámpara, me doy cuenta de que se trata de la culata de una pistola. La imagen me confunde por un momento. ¿Qué intenta...?

Cuando aprieta la boca del cañón contra la frente del hombre cuyo rostro se ha vuelto totalmente irreconocible por culpa de la paliza que le acaban de dar, la escena adquiere otro significado para mí.

—Por última vez —gruñe entre dientes con una voz que no reconozco, tensa y letal—. ¿*Dónde* está la mercancía?

—No lo sé. Por favor... Yo no sé nada.

Me sorprende que el tío aún pueda hablar. Es duro de roer. Yo estaría muerta si me hubieran pegado esa paliza.

Ash le propina un puñetazo en la cara. Me cubro la boca con las dos manos y ahogo una exclamación al otro lado de la pared.

—Respuesta errónea, capullo. ¿*Dónde* está?

Su manera de subrayar las palabras delata lo cerca que está de perder la paciencia. No irá a matarle, ¿verdad? ¿*Aquí*?

—No lo sé... —farfulla el tipo entre sollozos. Se para para escupir sangre y sigue sollozando—. Por favor, yo no sé nada.

Ash se guarda la pistola en el costado y se arremanga con tranquilidad la camisa, como si no quisiera manchársela de sangre.

—No creo en la tortura, pero por un gusano traidor como tú estoy dispuesto a hacer una excepción. ¿*Dónde* está?

—Por favor, Ash...

—¿*Por favor*, Ash? —repite, burlón, dejando de enrollarse la camisa por un momento—. Tiene cojones. ¿Qué os parece? Por favor, Ash.

Sus dos acompañantes se echan a reír y entonces reconozco a los guardaespaldas que siempre están plantados en el vestíbulo, controlando a todo aquel que se acerca a los ascensores.

Así que trabajan para él. Supongo que, en cierto modo, siempre he sabido que se dedicaban a proteger exclusivamente al inquilino que ocupa el ático.

Ash pone fin a las risas cuando golpea al hombre en toda la cara. Cierro los ojos y niego horrorizada. Como siga así, lo acabará matando. Debería hacer algo. Pero ¿qué?

—*Por favor* —vuelve a burlarse, entre puñetazo y puñetazo—. *Por favor*.

Le asesta un fuerte golpe en el estómago que lo hace doblarse hacia adelante. Me estremezco ante el grito de dolor que suelta el pobre infeliz.

—¿Sabes qué es lo que les pasa a los que intentan joderme, Bobby? Que acaban jodidos. Por enésima vez, y te aseguro que esta es la última porque has agotado mi puta paciencia. —Retrocede, le quita el seguro a la pistola y apoya el cañón contra el pómulo del hombre, justo por debajo del ojo. Veo su rostro de perfil y parece de hielo. No titubea, no experimenta ningún remordimiento o conflicto interno. No hay nada humano en sus rasgos congelados—. ¿*Qué* has hecho con la mercancía?

—Por favor...

—No supliques, o te juro por mi santa madre muerta que te vuelo primero la polla y luego la cabeza. ¿Tienes idea de lo que me hará la mafia rusa, a mí o a mi puta familia, cuando descubran que su camión lleno de lo que coño fuera ¡HA DESAPARECIDO, JODER!? —ruge con tantas fuerzas que el otro vuelve la cara hacia la derecha y ahoga un sollozo lastimero—. ¿Tienes miedo? Bien. Deberías. Deberías estar acojonado, coño. Porque, si por un solo momento has pensado que esto acaba contigo, te equivocas, mamonazo. Cuando tú estés muerto, iré a por tu mujer. A por tus hijos. A por tu madre. ¡A por tu puto perro de mierda! —escupe contra su cara—. Me enferman las personas como tú, Bobby. No le sois leales a nada, coño. A nadie. Se lo vendéis todo al mejor postor. Por eso sé que has vendido la mercancía de los rusos, cabrón. Solo dime a quién.

—Lo monos —susurra Bobby, coaccionado por las amenazas. Ash se queda tan impactado que baja la pistola.

—¿Qué has dicho? —farfulla con incredulidad.

Bobby asiente con fervor.

—Te lo prometo. Se lo vendí a Chow —confiesa, antes de quebrantarse por completo.

Ash gruñe un sonido inarticulado de furia y se dispone a darle el último golpe de gracia, pero su puño se detiene a escasos milímetros de su nariz.

—¡Me cago en la puta! —grita con todas sus fuerzas, dejando caer el brazo. Se coge la cabeza con las dos manos y mira hacia arriba como si buscara inspiración divina—. ¡Hijos de perra inútiles! —vuelve a rugir.

Se queda así todo un minuto, en el que yo me pego de nuevo a la pared, respirando muy deprisa, casi jadeando, e intento asimilar lo que sé hasta ahora.

Bobby le ha traicionado. Le ha robado y, a juzgar por la reacción de Ash, que haya vendido su mercancía a los *monos* es malo de narices.

Me pregunto si Bobby será el Bobby Star que le llamaba tan insistentemente esa noche cuando me llevó a conocer la casa. Tal vez.

—Entonces, el cargamento llevaba armas —le oigo sentenciar, con un aplomo aún más estremecedor que su cólera—. Los monos están tramando algo. ¿Un golpe de estado, quizá?

Percibo una inhalación rápida y algo que en mis oídos suena a sollozo. Cuando vuelvo a mirar, el rostro de Bobby está contorsionado por el llanto.

—No lo sé. Por favor, no me mates.

—Me tienes hasta las pelotas con los lloriqueos, macho. Ya vale. ¡Eh! —Le suelta una sonora bofetada—. Sé un hombre, joder.

—Por favor, Ash, tío, haré lo que quieras, pero no me mates. Por favor. Tengo familia. Piensa en mi hija y en el niño que está a punto de nacer. Tú sabes lo difícil que es abrirse camino en nuestro mundo sin un padre. No les hagas pasar por eso.

Ash escupe una palabrota entre dientes.

—La hostia, debo de estar ablandándome, joder. Debería cortarte al menos un dedo, o la polla, ya que estamos, para que recuerdes qué es lo que les pasa a los que intentan jugármela. Pero me siento caritativo hoy. Y no me apetece cargar con tu hediondo cadáver. Así que tranquilízate de una vez. Saldrás de este edificio caminando con tus propias piernas, si es que todavía eres capaz de caminar. Pero hay algo que quiero que hagas por mí. Un pequeño favor por las molestias que me has causado.

De pronto, suena un teléfono y solo comprendo que es el mío (el imbécil de los azulejos, seguro) cuando Ash se vuelve hacia la puerta y nuestras miradas se encuentran a través de la oscuridad. El impacto nos deja a los dos sin respiración.

—¿Alexandra? —farfulla confundido, como si yo fuera la última persona del mundo a la que esperaba ver.

—Señor —advierde uno de los guardaespaldas.

Me temo que esa simple palabra implica algo muy malo para mí.

Ash lo detiene con la mano cuando se percata de que está a punto de sacarse la pistola.

—Vete —me dice, con una total ausencia de emociones en la voz—. Te veré mañana.

—¡Señor! —insiste el tipo, contrariado.

—¿He hablado contigo, coño? —le replica Ash con aspereza.

El hombre no puede aguantar la fuerza de sus ojos por mucho más tiempo y acaba enfocando el suelo.

—No, señor —farfulla, humildemente.

Ash me traspasa con una mirada gélida. Huelo su cólera desde la otra punta de la sala. Me da miedo estar cerca de la onda sísmica cuando estalle.

—Alexandra —me dice con voz calmada y apremiante—. Márchate.

No espero a que me lo vuelva a repetir.

Giro sobre los talones y me precipito hacia las escaleras.

Bajo unas diez plantas en tiempo récord, antes de detenerme para vomitar dentro de una papelera.

Joder.

«Joder, joder, joder».

Capítulo 11

**Y, entonces, abrí la puerta
de par en par, y
¿qué es lo que vi?
¡Las tinieblas y nada más!
(Edgar Allan Poe)**

Alexandra

Me estrello contra una pared de músculos al abrir la puerta.

Levanto la mirada, aturrullada, y me quedo sin aire, atrapada por un par de ojos helados que me observan con una tranquilidad de lo más siniestra.

Son las siete y cuarto de la mañana. Iba a correr para despejarme un poco la mente, pero me parece que eso ya no va a pasar.

«Mierda».

Creí que me concedería un poco más de tiempo...

Me quito los cascos, sin poder controlar la expresión deshecha que se apodera de mi rostro, y me dispongo a decir algo. Cualquier cosa.

Pero no brota ni una sola palabra. Tengo la mente espesa. Apenas he pegado ojo en toda la noche.

Por lo que estoy viendo, él tampoco. Su cincelada cara muestra claras señales de cansancio. Diría que lleva la misma ropa que ayer, la camisa blanca, tirante sobre su pecho fuerte, y unos pantalones negros de vestir. Que esté despeinado y sin afeitarse me deja todavía más aturdida.

—¿Te ibas? —susurra, con una voz queda y ronca que me taladra las entrañas.

Repaso en silencio toda su fisionomía.

Intento adivinar sus intenciones, supongo. Pero el hielo es demasiado cortante como para que puedas adentrarte en él.

—Todas las mañanas salgo a correr —respondo, desafiante.

Su sonrisa es un poco rígida y forzada. Aun así, hace que el aire se agite y se espese a mi alrededor. El pulso se me acelera, al igual que la respiración. Me digo a mí misma que solo es miedo.

—Me alegro de ver que sigues con tus rutinas.

—El mundo no se detiene porque tú seas un sicario.

Joder. ¿Eso ha salido de mi boca?

Ash arquea las cejas, impresionado por mi osadía. Me doy cuenta de que intenta no reírse.

—No soy un sicario, Alexandra. Los sicarios matan por dinero.

—¿Y por qué lo haces tú?

Apoya el brazo en la puerta y su elegante rostro se inclina sobre el mío.

—Toma un café conmigo y quizá te lo cuente.

Me echo a reír a pesar de mí misma, pero la risa suena forzada y quebradiza en mi garganta y si no paro ahora mismo me haré añicos como una muñeca de porcelana y acabaré llorando.

—Estás loco si crees que voy a acompañarte a alguna parte.

Nos medimos el uno al otro en silencio.

La tensión entre nosotros crece hasta volverse insoportable. Ahora es cuando sacaré la cerrilla y hará que la gasolina con la que me he estado empapando durante semanas estalle por los aires.

—¿Qué opciones crees que tienes? —pronuncia las palabras con firmeza y aplomo mientras nuestras miradas se enfrentan, chispeantes—. Ayer me viste darle una paliza a un tío y apretar mi pistola contra su cara. Debería explicártelo antes de que saques conclusiones precipitadas.

—¿Conclusiones precipitadas? —repito con voz incrédula—. La única conclusión que puedo sacar es que eres un animal.

Su rostro adopta una expresión compacta que no consigo descifrar. Sin embargo, sus ojos... En sus ojos brilla algo conmovedor. ¿Lo he herido? ¿Y qué esperaba? Las fieras acorraladas atacan siempre.

—¿Y por qué no has salido corriendo todavía, eh? Esta mañana. O ayer mismo. ¿Por qué una mujer que presenta una denuncia por malos tratos y abandona su ciudad natal para ponerse a salvo no sale corriendo de inmediato en cuanto se topa con otro animal?

Parece disfrutar de mi palidez y del gesto de sorpresa que me hace entreabrir los labios y dejar escapar el aire de mi boca.

—¿Y esa cara? ¿Crees que no lo sé todo sobre ti a estas alturas? ¿Crees que te habría dejado acercarte a mí sin saber quién coño eres y de dónde has salido, princesa?

Repaso con la mirada los brillantes iris clavados en los míos. Ni siquiera entiendo qué busco en ellos. Solo sé que no puedo apartarme. Esa oscuridad hipnótica me atrae todo el rato.

—Tomemos un café —propone, un poco más conciliador.

Y, sin concederme la posibilidad de negarme, me coge por la muñeca y cierra la puerta a mis espaldas.

No veo ninguna forma de escapar, así que cedo, le sigo el juego y dejo que me guíe hasta el ascensor, en un mutismo que podría desvelarle lo desbocado que late mi corazón.

Cuando nos detenemos delante de las puertas, trago saliva y agacho la cabeza. Trato de no pensar en lo que vi ayer.

«¿Sabes qué es lo que les pasa a los que intentan joderme, Bobby? Que acaban jodidos».

No puedo. Sus palabras arden en mi cabeza. Parpadeo para disolver la escena que no deja de atormentarme y cierro los puños a ambos lados del cuerpo.

Ash me suelta para apretar a fondo el botón del ascensor y luego retrocede y se queda muy quieto a mi lado.

Libre de su electrizante contacto, me tomo ambos codos con las manos y me concentro en el sucio linóleo de color crema que cubre el pasillo. Sé que tengo un aspecto vulnerable ahora mismo, y sé que él lo está notando. Puede que mi miedo lo excite. ¿Qué clase de monstruo es él? Ojalá lo supiera. Nada me gustaría más que comprenderlo todo. Supondría un descanso.

Un timbre alegre precede la apertura de las puertas.

Se hace a un lado para dejarme pasar. Con la mandíbula rígida de tensión, entro en el ascensor y respiro hondo antes de volverme de cara a él.

Me coloco lo más lejos posible de su cuerpo y centro la atención en las puertas metálicas, que me devuelven una imagen nuestra distorsionada. Tengo el estómago agitado y el pulso y la respiración descontrolados.

¿A quién pretendo engañar? Le tengo miedo y, a la vez, algo más fuerte que yo me empuja hacia él. ¿Por qué siento que hay en su interior una humanidad que no se percibe a simple vista?

En la calle nos recibe un día gris y anodino. No llueve, pero hace tanto frío que no descarto que vuelva a nevar. Puede que esta vez cuaje.

Me doy cuenta de la deriva que toman mis pensamientos para ignorar la situación en la que me he metido gracias a mi curiosidad. Lo encuentro casi divertido. Siempre he sido buena con los mecanismos de defensa. Consigo mantener a raya las cosas que podrían afectarme.

—¿Conoces alguna cafetería por aquí cerca?

Trago saliva, lo miro a la cara y me quedo paralizada por unos segundos. El aire en torno a él chisporrotea tanta electricidad que me marea.

Me siento rara, asustada y, sin embargo, no hago nada para ponerle fin a esto. Es como una pesadilla en la que sabes que no debes abrir la puerta, pero no puedes impedirle a tu mano temblorosa que gire ese maldito pomo.

—A la vuelta de la esquina hay una —musito con voz queda.

—¿Por ahí?

—Sí.

Camina a mi lado con las manos hundidas en los bolsillos. O, más bien, se balancea como si fuera el rey del mundo. Me pregunto cómo es que no tiene frío. Su camisa está doblada por debajo de los codos, lo cual me permite fijarme en los dibujos de sus antebrazos. Parecen algo más que adornos en la piel. Es como si cada uno de ellos tuviera un significado especial para él.

Aparto los ojos casi de un respingo cuando me pilla mirándolos. No dice nada al respecto, no me suelta ninguna pulla, solo me escolta hasta la cafetería y me sostiene la puerta mientras me encauza con un gesto.

Puede que sea un delincuente, pero hay que admitir que tiene clase. Me pregunto si me hará daño antes de que termine este día. Mi instinto me dice que no, pero ¿debo confiar en algo tan intangible?

—¿Has desayunado?

Levanto el rostro hacia el suyo y lo contemplo demudada.

—No.

Mi respuesta lo hace apretar la mandíbula.

—¿Ibas a correr con el estómago vacío?

No es exactamente una pregunta. Suena más bien a reproche.

—Tenía nauseas —consigo responder después de tragar saliva.

—Y lo mejor que se te ocurre es embutirte unas mallas de correr y salir a hacer ejercicio. Ve a sentarte en alguna mesa, anda. ¿Quieres café o té?

Tras un intenso cruce de miradas, transijo y respondo que café.

Se acerca a la barra mientras yo busco algún sitio en el que poder sentarme. Hay mucho donde elegir, la cafetería está casi vacía. Me decanto por un banco de color turquesa, en el que me desplomo antes de que se me debiliten las rodillas todavía más.

Mantengo los ojos clavados en la ventana. Hace un día de mierda. Tengo las manos heladas.

Levanto la mirada cuando la sombra de Ash se cierne sobre mí.

Trae dos tazas de café, y coloca una entre mis manos.

—Gracias.

—No hay de qué.

Espero inquieta a que termine de encajar su monumental cuerpo en el escaso espacio que hay entre el banco y la mesa. No pensé en eso cuando elegí este sitio. Está claro que las sillas le habrían resultado más cómodas.

—Joder. Deben de hacer estas cosas para los niños, coño —protesta, antes de inclinarse hacia adelante y fijar los ojos en los míos.

Le oigo respirar exasperado por la nariz.

Aparte del murmullo del extractor y unas voces apagadas, todo está en silencio. Me recompongo un poco, rodeo la taza con los dedos y tomo unos sorbitos.

Llevamos sentados unos cinco minutos, sin decirnos nada, cuando se nos acerca una camarera. Su uniforme es de color turquesa, a juego con la decoración sesentera del local. Su pelo, rubio, está recogido en un moño desordenado. Tiene la cara helada. Odia su trabajo. No me ayudaría si se lo pidiera.

Con actitud casi hosca, planta delante de mí un plato enorme, lleno de huevos revueltos, bacón y tortitas con sirope de arce.

El estómago se me encoge con un espasmo, no sé si por el hambre o porque aún tengo náuseas.

—Come un poco —me insta Ash con suavidad.

Le clavo una mirada seca en las retinas.

—¿Intentas cebarme? ¿Qué es esto? ¿La última cena?

Sus dientes asoman por debajo de la risa que suelta.

—¿Por qué estás tan melodramática hoy?

—¿A qué viene todo esto, eh? ¿Qué quieres de mí? Hablemos claro.

—Quiero explicarte lo que viste ayer.

—Lo que vi ayer no precisa ninguna explicación —repongo con dureza—. Vi a un gánster pegar, amenazar y casi matar a una persona.

Su rostro no registra ninguna reacción ante las acusaciones que escupo, mantiene la impasibilidad de siempre. Puede que tan solo su mandíbula se tense un poco.

—Solo viste a un jefe castigar a un empleado.

—En mi mundo, a la gente se la despide.

—Ya. Pues yo no vivo en tu puto mundo privilegiado.

—Eso está claro.

Nos echamos un pulso visual el uno al otro. Al final, Ash entorna los párpados en un gesto exasperado y siento que está retrocediendo sobre sus propios pasos.

—Mira, ese gilipollas ha puesto en peligro la vida de mi familia, y con eso nunca arriesgo, Alexandra. En los negocios me la juego a diario, lo apuesto todo a una sola carta y espero que me salga bien la partida, pero con la familia es diferente. Tengo una norma. Cero. Cero por ciento de riesgo. Ni una puta milésima más.

Niego muy despacio y bajo por unos segundos la mirada hacia la taza de café.

—No sé a qué te dedicas, pero...

—No tienes necesidad de saber a qué me dedico —me interrumpe con aspereza—. Solo debes saber que anoche necesité cada gramo de autocontrol que tengo en el cuerpo para no meter la pistola dentro de la asquerosa boca de ese tío y descargar las cuatro balas que me quedaban. Quería matarle, joder. Quería cargármelo con una fuerza que incluso a mí me asusta. Pero no lo hice.

—Aún.

Sonríe para sí y cabecea lentamente.

—No soy un asesino, solo vigilo de cerca a mis enemigos.

—Creía que Bobby Star era tu amigo.

Sus labios se curvan, escondiendo una sonrisa.

—Lo era, antes de traicionarme.

Nos miramos a los ojos. Largo rato.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

Baja la cabeza y se mantiene en silencio unos segundos. Contengo el aliento cuando sus iris vuelven a atravesarme. Algo ha cambiado en él. Su expresión se ha suavizado.

—Porque, de algún modo, me importa la opinión que te estás formando sobre mí.

Me encojo de hombros.

—No lo entiendo. ¿Por qué?

Mueve la cabeza y se revuelve el pelo con aire frustrado.

—No tengo ni puta idea, joder —susurra para sí. Vuelve a recorrerme el rostro con la mirada, y sus pupilas se calientan un poco más—. Come, anda. Estás muy pálida. No quería asustarte. Lo siento.

Lo siente... Los psicópatas nunca sienten nada.

Puede que él no sea uno de ellos.

Agarro el tenedor con dedos temblorosos y me acerco un trozo de bacón a los labios.

Me observa en silencio, inexpresivo.

—¿Contento?

Adopta una expresión divertida.

—¿Es lo que quieres? ¿Tenerme contento?

Apoyo el tenedor contra el plato y desgarro sus pupilas con una mirada heladora. Ya vale de tonterías. Necesito saberlo todo.

—¿Qué quieres tú?

Menea la cabeza en un gesto de frustración.

—Ojalá lo supiera. A estas alturas ya no sé una mierda. Anda, terminate eso. Hablaremos después.

Se apoya contra el respaldo del banco, cruza los brazos sobre el pecho y me contempla tan concentrado que apenas parpadea.

Pese al nudo que cada vez late con más fuerza en mi estómago, agarro de nuevo el tenedor y me obligo a tragar algunos bocados. Tengo que concentrarme en algo y prefiero que sea en la comida. Lo demás es demasiado complicado.

Quince minutos después, abandonamos la cafetería. En el exterior no hay nadie, excepto el viento, que se abre paso a través de mí como un cuchillo.

Ash se encaja un cigarrillo entre los labios, prende una cerilla y usa la mano para hacer de pantalla contra el aire. No ha vuelto a decirme nada, pero siento que la conversación no ha terminado.

Y, en efecto, después de llenarse los pulmones de humo, sus ojos se vuelven hacia los míos y se pasean por mi rostro con lentitud.

—¿Qué hacías anoche en la oficina?

Camino con los brazos cruzados sobre el pecho para intentar protegerme del frío.

—Me había olvidado la agenda.

—¿Y tan importante era que tenías que presentarte a esas horas para recuperarla?

—Tuvimos un contratiempo con los azulejos de la cocina —respondo, sin levantar la cara del suelo helado—, y la necesitaba para llamar al proveedor.

—¿No podía esperar al día siguiente?

—Soy una profesional —espeto con irritación, volviéndome con fiereza hacia él—. Yo trabajo así. Además, tú mismo me dijiste que querías que me entregara a esto en cuerpo y alma.

Sus cejas se arquean con aire socarrón.

Sujetando el cigarro con la esquina de la boca, me sopesa unos momentos a través de las oleadas de humo que ascienden por su rostro.

—Pensaba que tu cuerpo no estaba por la labor de entregarse, pequeña —repone, y una oscura sonrisa acompaña sus palabras.

Se me encienden las mejillas. Rompo de golpe el contacto visual, pero él me agarra de la mano y me arrastra hacia su pecho.

—¿Me equivoco, quizá? —susurra, con el rostro inmerso en el mío. Ha tirado el cigarrillo al suelo, para poder dedicarme a mí toda su atención.

Estoy tan paralizada que no me atrevo a apartarme. La energía que lo envuelve me está dejando sin aliento. ¿Cómo puede nadie atraerte de esta forma? Es como si se hubiese metido en mi ADN para alterarlo. Todo mi organismo, mis huesos, mi piel, mi sangre, *todo* se ha rendido ante él.

Me siento indefensa.

Estoy cara a cara ante mi peor pesadilla. Y lo estoy disfrutando...

Es tan enfermizo que apago mis pensamientos para centrarme por completo en la intensidad de este momento, en sus ojos, en el ansia salvaje que transmiten mientras analizan los míos.

Es electrizante.

Y estoy tan anegada en esto que casi pego un respingo cuando levanta de pronto la mano y hace algo tan inesperado como pasarme el pulgar por la mejilla, muy cerca de la boca.

La repentina suavidad de su gesto me descoloca. Tengo la sensación de que hace mucho que deseaba tocarme así; de que él también está conteniendo aliento porque lo que siente no tiene el menor sentido.

No digo nada, y su dedo se arrastra por mi labio inferior.

Dejo que compruebe su textura, y tampoco lo freno cuando su mano se mueve hacia mi nuca, se enreda en mi pelo y atrae mi boca hacia la suya con la suficiente fuerza como para que empiece a respirar agitada.

Me siento frágil entre sus manos; vulnerable y expuesta. ¿Qué tiene de especial? ¿Por qué estoy dejando que cruce todas mis barreras? De repente, he decidido ir con todo, una sola carta, la apuesta máxima.

Los ojos que se posan sobre mi boca muestran una expresión tan salvaje que el deseo se dispara por mis venas sin ningún control, líquido, caliente, irresistible.

—Estás temblando —dice en un murmullo.

Me humedezco el labio inferior con la lengua e inhalo el aire que él acaba de expulsar.

—Suéltame —le ordeno. Pero mi voz, lejos de mostrar firmeza, suena enclenque.

—¿Seguro? ¿Te suelto?

—Ya me has oído.

Me responde con una sonrisa oblicua.

Sus dedos suben y bajan por mi nuca, dibujando círculos, como imagino que hará cuando

alguien le practica una mamada. Dios, no voy a pensar en eso, porque imaginarle de pie delante de mí, con los ojos cerrados, esperando a que le complazcan, me excita más que cualquier otra cosa que haya imaginado nunca.

—Sí... Te he oído... —murmura, concentrado en la imposible tarea de descifrar mi expresión facial.

A pesar del intercambio de palabras, ni él me suelta ni yo me aparto. Al contrario. Estamos cada vez más cerca el uno del otro. Nuestros labios están casi buscándose.

Inhalo. Exhalo. No hay salida. Está en todas partes, en cada poro de mi cuerpo y sigue sin ser suficiente.

Necesito más, pero no me lo da y, de algún modo, esta tortura me ahoga y llena mi cuerpo de una adrenalina que no sé cómo voy a descargar.

—¿De qué tienes miedo, eh, Alexandra? Dime la verdad. ¿Tienes miedo de mí?

Analizo su rostro como nunca lo había hecho hasta ahora. Con el debido sosiego.

—¿Debería tenerlo?

La mirada que me dedica anula el último resquicio de autocontrol que me queda, porque sus pupilas revelan una pasión desgarradora.

—Deberías —susurra, y luego asiente muy despacio, convencido de lo que está afirmando—. Soy exactamente cómo crees que soy. Un monstruo.

—Sin duda, eres un matón, pero no creo que seas un monstruo. No eres tan malo como quieres hacer creer a los demás. ¿Qué dirían tus amigos los malotes si supieran que *debería haber más hombres como tú*?

La sonrisa ladeada que me dedica está repleta de ironía. Me separa los labios con el pulgar. Ahogo un gemido. Mi reacción repercute en él y altera su expresión facial. Sus pupilas se oscurecen, llenas de un hambre salvaje, un reflejo del deseo animal que lo consume por dentro.

—No te hagas ilusiones conmigo, cielo. No soy un santo.

—No he dicho que lo seas. He dicho que no te tengo miedo.

Al formular las palabras en voz alta, me doy cuenta de que es cierto. No me asusta. No de verdad. No como debería.

Sus ojos liberan mi boca para sopesar los míos.

—¿Y por qué estás siempre tan a la defensiva conmigo?

—¡Dios, Ash! ¿Es que no lo ves? Me asusta la persona en la que me convierto cuando estoy cerca de ti. Sigo aquí después de lo de ayer, ¡y no sé por qué! Y estoy asustada... —añado, con un hilo de voz.

Con la mano que le queda libre, me levanta el mentón para que vuelva a mirarlo.

—¿De qué, si no es de mí?

Analizo en silencio la arruga que se le acaba de formar entre las cejas.

Y me rindo.

Es el fin de todo y el comienzo de *algo*. Porque otro muro más acaba de caer.

—De lo que pasaría si dejo que te acerques. Siento que pierdo la cabeza cuando estoy contigo.

Me observa largo rato. Está serio e imperturbable.

—Pues ya somos dos.

Tensando los dedos en el pelo, lleva mis labios hasta los suyos y por fin me besa; me insta a abrir la boca y se hunde en ella con una mezcla de desesperación, urgencia y pasión que me vuelve loca.

Se está viniendo abajo, se rinde ante mí y me pide que haga lo mismo.

Y lo complazco.

Dejo que su lengua entre en mi boca en un arrebato furioso y se desliza sobre la mía. No está siendo nada amable ni cortes, y eso solo aumenta mi excitación.

Cierro los párpados para aislarme de todo lo que no sea esto.

Dudo de que algo, alguna vez, pueda superar la sensación de plenitud que estoy experimentando al besarle. Me siento como si él fuera la pieza de puzle que me faltaba. Sin esto, no estaba completa, nada encajaba.

¿Tenía que ser precisamente él? Es muy retorcido.

Me aferro con las dos manos al cuello de su camisa y mi lengua lucha contra la suya, ansiosa por explorar todos los rincones de su boca, por echar al suelo las barreras.

Noto lo rígido que se pone su cuerpo y que mi iniciativa le añade un punto de agresividad al beso. Somos dos fieras despedazándose la una a la otra. Es horrible y magnífico al mismo tiempo.

Sus músculos se endurecen, su mano se tensa en mi pelo. Me echa la cabeza hacia atrás para poder poseerme por completo.

Y yo me estoy desintegrando entre sus brazos.

Nuestras lenguas emprenden un tango muy intenso, una competición que, de momento, nadie puede ganar, si bien los dos nos entregamos a ella por completo.

Nunca me habían besado así. Es brutal, primitivo, hambriento y muy carnal. No hay gravedad. No hay consecuencias. No hay culpa ni remordimientos.

Solo existe esta atracción animal, la lenta combustión que se inició aquel primer día en su despacho y que ahora está amenazando con arrasarlo todo a su paso.

Ignoro quién es, o puede que no me importe en absoluto. Mi moral se ha diluido. El pasado, el futuro... ¿Qué importan ahora mismo? Estoy atrapada en este presente, en este momento, con él.

Joder. Nadie me había preparado para algo así.

El beso se calma lametón a lametón, hasta que nuestras bocas se separan despacio la una de la otra. Todavía está muy cerca de mí, aún me respira. Con delicadeza, me pasa el pulgar por encima de los labios, como si se arrepintiera de haberlos lastimado.

—Tengo que marcharme —farfullo sin aliento.

No dice nada, no intenta detenerme, y yo me separo de forma abrupta de la pared de músculos que me envuelve y, jadeando en busca de aliento, aprieto el paso hacia la esquina de la calle.

La ventisca me lanza mechones de pelo delante de los ojos. Los rechazo, furiosa, y me alejo por la acera sin mirar atrás. Sé que no se ha movido de ahí. Puedo sentirlo. En la punta de la lengua. En mi sangre. En cada uno de los átomos de aire que alimentan mis pulmones.

Está en todas partes. Dentro de mí.

Y yo estoy dentro de él. Es tan invencible como la oscuridad.

Puedes ahuyentarla, mantenerte a salvo mientras la luz de la mesilla permanezca encendida. Pero inevitablemente llegará la temida noche, el sueño te acabará venciendo. Tendrás que dormir un poco, y te dirás a ti misma que no pasa nada, estás a salvo siempre y cuando no apagues esa luz.

No comprenderás la gran mentira que has dicho hasta que bajes los párpados y tu mundo entero se torne oscuro. Estúpida niña. ¿Pensaste por un segundo que ibas a poder engañar la

oscuridad? ¿Contenerla? Todavía no lo comprendes, ¿a que no?

Nace muy dentro de ti. Sois uña y carne, joder.

La oscuridad eres tú.

Capítulo 12

**Lo que tiene precio,
poco valor tiene.**
(Nietzsche)

Alexandra

Veinticuatro horas después de nuestro incendiario beso, recibo un paquete enorme, envuelto en cartón.

Está tan protegido que me lleva un buen rato desenvolverlo. Me lo han dejado en la puerta. Han llamado al timbre, pero, quien quiera que fuera el mensajero, se esfumó antes de que yo me pusiera una bata por encima del camisón para poder abrirle.

No lleva remitente, solo trae una nota manuscrita, sin firmar.

Lo que tiene precio, poco valor tiene.

Me echo a reír a pesar de mí misma.

Supongo que, por el tamaño de la caja, el grosor y el mensaje que acompaña el paquete intuyo lo que me voy a encontrar en su interior.

Aun así, dejo escapar una exclamación de asombro cuando rasgo el cartón y empieza a asomar poco a poco el cuadro máspreciado de Sullivan, pinceladas de un furioso negro para retratar la mirada inclemente de la Muerte.

Lo destapo del todo y lo apoyo contra el respaldo del sofá para poder admirarlo como se merece.

No me lo puedo creer. ¿Cómo demonios lo habrá conseguido?

«¿De verdad hace falta que lo preguntes, genio? ¿Cómo crees que lo ha hecho?».

No sé si reírme o si alucinar; si entregarme al pasmo, al miedo o a la fascinación. Porque ahora mismo siento todo eso.

Busco su número entre las llamadas más recientes y lo marco mientras observo embobada el lienzo. No puedo dejar de mirarlo. Es como si una fuerza invisible hubiera hipnotizado mis sentidos.

—¿Lo que tiene precio, poco valor tiene? —le suelto en cuanto descuelga, al tercer toque.

—No es mío. Le pertenece a Nietzsche —me responde, con una voz tan suave como el terciopelo.

Quiero mantenerme intransigente, pero no puedo evitar que su timbre enronquecido ponga mi sangre en marcha lentamente.

—No sabía que leyeras.

—No leo.

—Pero citas a grandes filósofos.

—A veces tengo insomnio.

—Y lees a Nietzsche.

—Es tan coñazo que me duermo de inmediato.

—Eres un hombre de lo más fascinante.

No me hace falta verlo. Sé que sonrío al otro lado de la línea.

—¿Ah, sí? ¿Te fascino, Alexandra?

Su voz es baja e íntima. Supongo que está en su casa, todavía sin vestir. Es muy temprano. Me lo imagino con una sencilla camiseta blanca, el pelo aún alborotado por el sueño, y algo se contrae en mi interior.

—Más bien lo contrario —ataco con dulzura—. Me repeles.

—Tramposa —dice, con una risa suave—. Ayer no parecía repelerte.

Aprieto las ruedas hasta que casi me rechinan los dientes. No me queda otra que encajar su pullita. Tiene razón. Ayer no lo parecía.

—Quiero esta mierda fuera de mi casa en menos de lo que dura un parpadeo.

Puedo sentir cómo aumenta su sonrisa.

—Me preguntaba cuándo irías al grano y te dejarías de amabilidades.

—Pues ya ves. Me gusta andarme con rodeos.

—¿Por qué quieres deshacerte del cuadro? Creía que te gustaba.

—No de esta forma.

—No lo he robado, si es lo que te preocupa.

—¿Y cómo lo has conseguido?

—Pagando un precio justo.

—Deja que lo adivine. ¿Con precio justo te refieres a poner una pistola contra la cabeza de Sullivan y agotar sus alternativas?

—¿Crees que es mi *modus operandi*?

—Lo que creo es que eres capaz de hacer cualquier cosa con tal de conseguir algo que quieres.

Lo cual debería acojonarme. Porque yo soy algo que quiere.

—Pues te equivocas. No voy por la vida poniendo pistolas contra las cabezas de la gente. Lo mío es identificar sus debilidades y aprovecharlas a mi favor. Si fueran intachables, no podría apretarles las clavijas.

Esbozo una sonrisa irónica.

Está claro que mi debilidad ya la ha identificado. Es él.

—¿Y tú qué? —susurro con los ojos clavados en el cuadro. Joder, hasta el título es perfecto. Se llama *Muerte*. Perfecto para que un psicópata de manual le declare sus sentimientos a la chica que le tiene obsesionado.

—¿Qué pasa conmigo?

—¿Eres intachable, Ash?

—En absoluto. Pero, si quieres conocer mis debilidades, tendrás que acercarte a mí, pequeña. A ser posible, desnuda.

—Ya. Va a ser que no.

Se ríe. Su risa es suave y cálida. Me abrazo a mí misma y me descubro sonriendo como una imbécil.

—Entonces, si no estás dispuesta a subir la apuesta, ¿cómo pretendes ganarme, Alexandra?

—No quiero ganarte.

—¿Y puedo saber qué es lo que quieres?

—Ignorarte.

—No me digas. ¿Qué tal te está yendo?

—Ahora que lo preguntas, voy de mal en peor.

—Bueno. No te desanimes. Espera un segundo... —Tapa el micrófono y se produce una

pausa considerable—. Alexandra, tengo que dejarte. Te veré más tarde en el trabajo.

—Ya. Respecto a eso...

Está a punto de colgarme, pero se acerca de nuevo el teléfono al oído y lo oigo resoplar.

—¿Qué pasa ahora?

Suena exasperado. Me alegro.

—Voy a cogerme unos días libres. Tranquilo, esto no va a afectar de ninguna forma los plazos de entrega. La obra seguirá adelante, estaré disponible telemáticamente las veinticuatro horas del día para solucionar cualquier imprevisto que pueda surgir.

—¿Días libres? ¿Para qué?

—Asuntos propios. Se me permite tener asuntos propios, ¿no?

—Depende. ¿Tus asuntos propios tienen algo que ver con lo que pasó ayer?, ¿con el hecho de que yo te besara y tú me correspondieras?

Rechino los dientes y hago una mueca de exasperación con los párpados.

—No es eso lo que yo recuerdo de ayer.

—Tardo media hora en llegar hasta tu casa si necesitas que te refresque la memoria.

—Lo único que necesito es no verte durante un tiempo.

—Ya. Me temo que eso es imposible. Trabajamos juntos. Sé profesional.

—Te recuerdo que lo que pasó ayer no fue muy profesional.

—¿Que yo te besara o que tú me correspondieras?

—*Ambas* —gruño entre dientes.

—Ya. Pues quéjate a Recursos Humanos.

—Muy gracioso.

—Escucha. Realmente tengo que colgar ahora. ¿Por qué no cenas conmigo esta noche y lo hablamos con más calma?

Me apoyo contra el marco de la puerta del salón, cierro los ojos y niego con aire cansado.

—¿Qué hay que hablar?

—A mí se me ocurren un par de cosas.

—No, gracias.

—¿Qué te va más, la carne o el pescado? Para saber dónde reservo mesa.

—¿Es que no me escuchas? ¡Te he dicho que no!

—Vale. En tu casa a las ocho.

—¿Qué parte de...? ¿Ash? ¿Hola? ¡Jo-der!

Me ha colgado.

Pues me da igual. No pienso abrirle la puerta. Esto es alucinante. ¿Por qué da por hecho que voy a cenar con él?

El cuadro y yo bajamos del taxi a las once y cuarto de la mañana. He llamado primero a Lis, para asegurarme de que su irritante jefe no merodea por la zona.

Quiero deshacerme de su regalo y huir antes de que regrese. Por cómo sonaba esta mañana, estará ocupado durante un rato. Haciendo alguna cosa ilícita, lo más probable.

—¿Le echo una mano? —se ofrece uno de los guardaespaldas, que acelera el paso para sujetarme la puerta.

—Gracias —le sonrío, aliviada—. Es voluminoso y no me gustaría dañar alguna esquina.

—Déjeme a mí. Ya lo tengo. Puede soltarlo.

Levanta el cuadro del suelo con facilidad y lo traslada hasta las puertas del ascensor. Lo traigo envuelto en sábanas. No quiero hacerle ningún arañazo. Estoy segura de que a Ash le habrá costado mucho *trabajo de persuasión* conseguirlo. Ojalá no hubiera destrozado el cartón. Envuelto habría sido más fácil de transportar.

—¿Puedo pedirle un favor?

Noto que lo estoy poniendo en un aprieto. Por la cara que pone, le gustaría mandarme a la mierda, pero no debe de saber muy bien qué es lo que me traigo entre manos con el jefe y se pregunta si es buena idea negarme favores.

Entiendo el dilema. *Nadie* sabe muy bien qué es lo que me traigo entre manos con el jefe. Ojalá lo supiera yo.

—Hmmm, sí. Muy bien. Dígame lo que necesita.

—¿Puede llevar esto al despacho del señor Williams?

Se relaja al escuchar mi petición. Sin duda, esperaba algo más peliagudo. A saber a qué clase de extraños requerimientos lo tendrán acostumbrado aquí.

—No hay problema.

—Se lo agradezco mucho. Espere. Le ayudo a colocarlo.

Dejamos el cuadro apoyado contra el espejo y salgo antes de que se cierren las puertas. Qué alivio. Menos mal que me he quitado ese trasto de encima.

—Buenos días. Soy la inspectora Hicks y este es el detective Payne. Buscamos al señor Williams.

Me vuelvo ceñuda hacia los dos policías que acaban de entrar y los observo intrigada. Deben de pensar que soy la conserje o algo así.

—Eh... Buenos días —reacciono por fin—. El señor Williams no se encuentra en estos momentos en la oficina.

—¿Y usted es...?

—Oh, lo siento. Soy Alexandra Harper.

Hicks me da la mano.

—Encantada, señorita Harper. ¿Trabaja usted aquí?

—Más o menos. Soy diseñadora de interiores, así que no siempre trabajo aquí. Quiero decir que no soy parte de la plantilla, sino una... colaboradora externa.

—Comprendo.

—¿Sabe usted dónde está su jefe?

Traslado la mirada hacia Payne y hago un gesto de negación.

—Ni idea. Me han dicho que no está en la oficina hoy. ¿Puedo preguntar por qué lo buscan?

—Estamos trabajando en un caso y creemos que podría sernos de ayuda —me responde la inspectora Hicks con una de esas sonrisas que te instan a la calma. Por experiencia sé que, si la gente te sonríe así, deberías sentirte muy intranquilo—. ¿Tiene usted acceso a su agenda? Nos ayudaría mucho saber dónde encontrarle.

Podría decirles que a las ocho, sin duda, estará apoyado contra el guardabarros de su coche, delante de mi edificio. Colaboraría con una investigación criminal y, de paso, me quitaría de encima la cita. Llevo dos horas asegurándome a mí misma que no voy a cenar con él.

—Lo siento, no. No tengo la menor idea de qué planes tiene el señor Williams para hoy.

La inspectora chasque la lengua, disgustada, y me ofrece su tarjeta.

—Tenga. Si por casualidad se pusiera en contacto con usted...

—Les llamaré —aseguro, con una sonrisa encantadora.

Hicks me devuelve el gesto.

—Se lo agradecemos. Buenos días.

—Adiós.

Mi sonrisa permanece intacta. Al menos, hasta que los veo subir al coche. Después, no queda ni rastro de ella, es como si de pronto cayera al suelo.

Mierda. Acabo de mentir a la policía.

O, como mínimo, les he ocultado información.

Eso solo puede significar una cosa: necesito un vestido nuevo muy sexy.

De inmediato.

He recuperado mi coche y estoy conduciendo de camino a un almacén de colchones cuando recibo una llamada de Ash. Como tengo el manos libres estropeado, tengo que pararme en la cuneta para poder atenderle.

—Hola. ¿Qué pasa?

—Hola —me estremece su voz enronquecida—. ¿Qué haces?

—Buscarte un buen colchón.

—Estas cosas es mejor que las hagamos juntos, ¿no crees? Por si hay que probarlo.

—Te va a caer una buena de Recursos Humanos como sigas insinuándote.

Se echa a reír y yo me muerdo el labio para contener la sonrisa.

—Creía que ibas a tomarte unos días libres, pero veo que encuentras tiempo para probar colchones y devolver cuadros.

—Soy así de eficiente.

—Eso nunca lo he dudado. Escucha, Alexandra. Respecto a lo de esta noche...

Bajo los párpados y una sonrisa incrédula se dibuja en mi cara.

—Déjame adivinarlo. Vas a cancelarlo.

—Eso me temo.

Es increíble que vuelva a dejarme plantada.

En serio.

—Vale. De todos modos, no iba a cenar contigo —aseguro, con los ojos clavados en la bolsa de cartón que hay sobre el asiento del copiloto. Mierda. Seguro que puedo devolver el vestido. O ponérmelo en otra ocasión—. Así que no importa. Por cierto. Te estaban buscando antes. Una tal inspectora...

—Hicks —me interrumpe con voz seca.

—Sip. Veo que te han encontrado.

—See. Siempre me encuentran.

Espero unos segundos, por si me explica de qué va el asunto.

Pero no, no lo hace. Críptico como de costumbre.

Lanzo un suspiro, me pellizco el puente de la nariz con dos dedos y niego para mí.

—Muy bien. Si eso era todo lo que querías decirme...

—Alexandra.

—¿Sí?

—Algún día cenaré contigo. Te lo prometo.

Trago saliva antes de componer una sonrisa apagada.

—Tengo que dejarte. Estoy conduciendo.

—Ya. Yo también.

Cuelgo sin despedirme y me echo hacia atrás hasta apoyar la nuca en el reposacabezas del coche.

Dios. ¿Qué me está haciendo este hombre? Realmente necesito unos cuantos días de desconexión.

Capítulo 13

Se hace tarde para renunciar a ti.

(Canción *Toxic*, Britney Spears)

Alexandra

Vuelvo.

Los adictos siempre vuelven a por su dosis. Aunque yo me digo a mí misma que no soy una de ellos y que puedo dejarlo cuando quiera. No me he enganchado al jugador. Solo al juego.

Estoy saliendo del ascensor con un descomunal vaso de café para llevar en una mano y un maletín en la otra, cuando por poco me estampo contra el imponente pecho de Ash.

Es casi un milagro que no haya tirado mi *latte* encima de su elegante traje gris.

Consigo frenar a escasos centímetros de su cuerpo y apartarme de su trayectoria justo antes de que choquemos.

Me mira divertido. Lo acompaña su... lo que sea Seven, y, los dos guapísimos y malos, parecen tener mucha prisa por largarse de aquí. A saber lo que estarán tramando. Mi instinto me dice que nada bueno.

—Señorita Harper, me alegro de que haya vuelto.

Creo que la sonrisa cáustica que le dedico transmite exactamente lo que pretendo expresar: lamento no poder decir lo mismo.

—Gracias, señor.

—Me voy. —No se detiene para charlar, tan solo recibo una mirada rápida que me sienta como un puñetazo en el estómago—. ¿Puedes hacerme un favor y cancelar mis reuniones de hoy? No sé cuándo voy a volver.

—No soy tu secretaria.

—Joder con la niña —farfulla Seven para sí.

A Ash, en cambio, mi contestación parece divertirle aún más que mi intento de joderle el traje. Provoca una lenta sonrisa en su cara.

—Soy consciente de eso. —Me dedica una segunda mirada, tan carnal que me deja sin respiración. A veces me mira como si me imaginara desnuda, a punto de correrme entre sus dedos—. Pero necesito que me eches una mano, un favor entre amigos. Lis está de baja con un virus estomacal. Encontrarás mi agenda encima del escritorio.

Estupendo. Lo que me faltaba hoy.

Lo fulmino con la mirada para dejarle clara mi postura, pero se marcha igualmente, dando por hecho que obedeceré.

Lo único bueno de todo esto es que puedo husmear en su agenda. No puedo imaginarme con quién tenía pensado reunirse hoy. ¿Algún traficante de armas buscado por la Interpol?

La verdad es que me muero por descubrirlo.

Este hombre es como un puzle. Tengo que interpretar todos los pedacitos si quiero que se me desvele el mensaje.

No sé nada sobre él, solo que es un matón, que le gustan los tatuajes macarras y las cerillas, y que me atrae como nadie podría hacerlo nunca. Ya va siendo hora de que nos conozcamos un poco más a fondo, ¿no?

Con una pequeña sonrisa en las comisuras de la boca, tomo un sorbo de café y echo a andar hacia su despacho. Sin él aquí, puedo inspeccionarlo con más tranquilidad. Todavía no se me ha presentado la ocasión.

Me echo a reír cuando descubro que ha desaparecido el Picasso. Debe de estar guardado bajo llave desde nuestra conversación. Me gustan los hombres que se dejan aconsejar.

Me acabo el *latte*, cabeceo divertida y repaso el sitio con la mirada, me fijo en las elegantes botellas de cristal tallado llenas de whisky caro, en el sofá desde el que presenció la otra noche cómo atizaban a Bobby Star...

Me pregunto por qué llevará guardaespaldas. Parece perfectamente capaz de apañárselas solo. De hecho, siento lástima por cualquiera que intente acercarse a él.

Incluida yo misma.

Tiro el vaso de café a la papelera. Tiene pintalabios rojo en los bordes. Siempre lo pringo todo.

Avanzo hasta el escritorio, abro la agenda, paso un par de páginas y compruebo sus apuntes de hoy.

Me llama mucho la atención su letra, también pensé en ello cuando recibí la nota manuscrita. Es armoniosa, la clase de caligrafía que uno esperaría encontrar en una carta antigua, cuando la gente aún tenía por costumbre escribir bien. No parece la letra de un matón.

Mis pensamientos me hacen bufar una sonrisa. ¿Cómo debería ser la letra de un matón?, ¿tendría que llevar calaveras encima de las íes?

Su primera cita de hoy es con alguien del Ayuntamiento.

Solicitar licencia.

¿Licencia para qué?

Los siguientes nombres no me suenan de nada.

Aquí no hay mucho que pueda sacar en claro. Su agenda es igual de críptica que todo lo demás.

Con un suspiro de decepción, me instalo en su silla y me pongo a realizar llamadas telefónicas a las personas cuyos números encuentro anotados en una pequeña libreta negra, guardada en el cajón superior de su escritorio.

Mientras hablo por teléfono y cancelo sus reuniones de hoy, me percató de que el cuero que me envuelve conserva su olor.

Me odio por haberme fijado en algo tan estúpido, y también por la forma en la que me he estremecido por dentro.

No sé qué es lo que me hace levantar la mirada, si he escuchado un pequeño ruido o si he percibido algún movimiento de reojo.

El caso es que mis ojos se desprenden de la pantalla del ordenador como si la presencia del hombre que me observa desde el umbral me hubiese atraído de alguna forma.

Dejo de respirar de golpe al encontrarlo ahí plantado, con rostro inquebrantable y mirada

abstraída.

No dice nada al ver que ha captado toda mi atención. Se limita a contemplarme en silencio. Sus rasgos parecen empapados de anhelo y tristeza.

—¿De dónde vienes a estas horas? —rompo el silencio después de un largo intercambio de miradas.

Se le tensa la mandíbula con tanta fuerza que incluso desde esta distancia percibo el latido de aquel músculo que algunas veces delata que no es tan impasible como aparenta.

—Del Infierno.

Algo en expresión facial asegura que lo dice muy en serio.

Mis ojos consiguen liberarse de los suyos y recorren lentamente su monumental figura de luchador callejero. Está desastrado, nada que ver con el empresario elegante y refinado que abandonaba esta mañana la oficina.

¿Por qué tengo la sensación de que, lo que fuera que pasara esta tarde, ha apagado algo dentro de él?

¿Y de dónde salen todas estas ganas de abrazarme a su pecho?

—Gracias por cancelar mis reuniones —susurra, con una voz tan rasposa que me sacude por dentro—. Sé que no era competencia tuya. Te debo una.

Ladeo la cabeza hacia la derecha e intento no sonreír.

—Me lo apuntaré. ¿Lo que hay en tu camisa es sangre?

—Tranquila. No es mía —responde, sin aflojar la presión que sus pupilas ejercen sobre las mías.

—¿Vienes de torturar a algún empleado desleal o lo has machacado solo porque te lanzó una mirada cruzada?

Mi pregunta le arranca una media sonrisa lenta.

Esa es toda la respuesta que recibo.

—¿Cómo duermes por la noche, Ash?

La sonrisa contenida vuelve a asomar en su rostro.

Tiene la chaqueta desabrochada, las piernas separadas y las manos hundidas en los bolsillos del pantalón en actitud informal. Es tremendamente atractivo. Incluso hoy.

«Sobre todo, hoy».

—Desnudo, entre sábanas de algodón egipcio. Deberías verme algún día, Alexandra.

Le pongo mala cara y niego incrédula. Él deja de sonreír y entra en mi despacho con paso lento y decidido. Siempre camina como si el mundo fuera suyo, un feudo que le pertenece.

Lo observo mientras se arrellana en el sillón, al otro lado de la mesa.

—¿Has acabado el trabajo?

—Casi.

Se inclina hacia adelante y me cierra la pantalla del portátil de golpe. Me quedo mirando la rosa que tiene tatuada en la mano con una sonrisilla de fastidio.

—La respuesta es sí —me corrige. Hay humor en su voz, pero no en sus ojos cuando vuelvo a estudiarlos.

—Reza para que se me hayan guardado los planos que estaba modificando.

—Tranquila. La divinidad está de mi parte hoy. Vamos. Coge el abrigo.

Trago saliva con dificultad, aunque intento que no perciba mi nerviosismo.

—¿Por qué?

—Vamos a salir.

—¿A estas horas?

—¿Tienes alguna otra cosa que hacer? ¿Algún novio que te espere en casa? ¿Un gato que alimentar?

Ahora su voz ha sonado fría.

Aprieto los labios para frenar la punzada de aprensión que siento en el pecho.

—No.

—Entonces, coge el abrigo.

Abandono la silla con total aplomo, como si no tuviera la menor prisa por irme, cojo el abrigo y el bolso y me reúno con él junto a la puerta.

—Ya está. ¿Contento? ¿Adónde vamos?

—A tomar algo.

—Tienes whisky en tu despacho.

—¿Has estado metiendo las narices en mis cosas, pequeña?

Un inoportuno arrebol se extiende por mi rostro.

Aparto la mirada de la suya casi de un respingo.

—Tranquila. Es lo que habría hecho yo. Vamos.

Su voz suena divertida.

Observo la mano que me cede el paso. Siempre tan cortés. Menos cuando da palizas...

Le obedezco, salgo sin levantar la vista del suelo. Me tiemblan un poco las piernas. La idea de saber que está a mis espaldas, a tan solo un par de centímetros de mí, me resulta perturbadora. Su cuerpo es como una especie de campo magnético cuya fuerza intento eludir, aunque siempre en vano, porque es imposible apartarse de su trayectoria. Irradia una energía demasiado fuerte.

Delante del ascensor, esperamos unos segundos a que se abran las puertas. Entramos a la vez. Me coloco a su derecha y él aprieta el botón de la planta baja. Desprende tanta electricidad estática que estoy sin aliento. Su olor me resulta irresistible dentro de este espacio reducido.

Noto su mirada clavada en mi rostro. Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no devolvérsela. Quedarme embobada o perderme en él resultaría demasiado fácil.

Solo me concedo una rápida inspección, de reojo. No puedo evitarlo. Mis ojos lo buscan sin permiso.

La idea de follar con él de manera salvaje se me viene a la cabeza como un flash. No me cuesta esfuerzo imaginar nuestros cuerpos chocar el uno contra el otro, sus labios beber de los míos, sus enormes manos tirándome del pelo o asiéndome la cintura con fuerza, una fuerza que podría arreglarme o destruirme por completo, aún no lo tengo claro.

Todas las moléculas de mi cuerpo se descontrolan ante la crudeza de esas imágenes y su elevado erotismo.

Agito la cabeza con horror.

¿Qué demonios me está pasando? ¿Por qué no consigo mantener a raya este ridículo deseo?

Quizá porque él es justo la clase de hombre que me atrae, que siempre me atrajo. Por mucho que haya intentado remediarlo, solo me gustan los tíos misteriosos, solitarios, dueños de sí mismos y completamente inapropiados para mí. Sigo un patrón, como los asesinos en serie, y me temo que Ash Williams encaja a la perfección en él.

—¿Te encuentras bien?

—Muy bien —respondo, sin mirarle.

—Te veo pálida.

—Será la luz.

Más que ver su sonrisa, la siento, y algo se contrae dentro de mí.

Enfurecida por mi estúpida actitud, enderezo la espalda y me pongo a contar mentalmente los pisos que vamos bajando.

«Solo es un hombre atractivo, Alexandra, por Dios. Atractivo y muy malo. No quieres formar parte de su universo».

Sé que, si me acuesto con él, no habrá vuelta atrás.

El pitido del ascensor me pilla tan concentrada en mi tarea de contar pisos que doy un respingo cuando nos detenemos.

Ash, con una pequeña sonrisa apenas esbozada, aproxima la palma a la parte baja de mi espalda para instarme a cruzar las puertas. No me toca. Lo único que noto es la calidez que irradia su piel y la electricidad de la expectativa.

Es más que suficiente. De hecho, es demasiado.

Cierro los ojos para protegerme de la febril excitación que me invade y ahogo una especie de jadeo.

—¿Seguro que te encuentras bien?

Levanto los párpados para enfrentarme a él. Tengo su exquisito rostro muy cerca del mío y esos ojos azules me contemplan con el espeluznante interés de un depredador.

—Sí. Genial.

Podría mentir y decirle que me encuentro mal, que estoy incubando alguna cosa, quizá el virus estomacal de Lis. Estoy segura de que podría librarme de él si dijera eso.

Pero, ¿de verdad quiero librarme de él? Porque la inexplicable necesidad de seguirle allá donde sea que vaya confirma justo lo contrario.

—Buenas noches, Tom —le oigo despedirse de uno de los guardaespaldas de la puerta, dándole a entender que no será necesario que lo acompañe hoy.

El hombre hace un gesto con la cabeza.

—Buenas noches, señor Williams. Señorita Harper.

No digo nada. Me limito a componer una sonrisa temblorosa mientras sigo a Ash de camino a la puerta.

El Lexus está en la acera. Su dueño no se molesta en abrirme la puerta. Divertida, me deslizo en el asiento del copiloto y lo observo mientras da marcha atrás y nos unimos al tráfico urbano de una noche de viernes.

—¿Tienes que apagar algún incendio? —me irrito cuando se pone a adelantar a diestro y siniestro, y no frena delante de un semáforo en ámbar. Conduce un coche muy potente y, por lo visto, disfruta llevándolo más allá de los límites.

—Realmente, necesito esa copa —responde, absorto en sus pensamientos.

—Y, después de tomártela, ¿piensas volver a casa conduciendo así?

Se produce una pausa considerable, en la que yo arrastro la mirada por su esculpido perfil y él mantiene la vista sobre la carretera.

—¿Te preocupas por mí? Pensaba que me odiabas.

—No te odio, Ash.

A ambos nos pilla desprevenidos la repentina calidez de mi voz.

Deja de estudiar la carretera y me analiza con una arruga entre las cejas. Se me está quebrantando el aliento otra vez.

—Entonces, ¿qué es lo que sientes por mí? —inquieta con voz baja y ronca.

Me lo quedo mirando, y tengo la sensación de que el tiempo discurre con gran lentitud y que

voy camino de ahogarme en sus ojos.

—¿Por qué das por hecho que siento algo por ti? —susurro por fin.

Cabecea, como si mi respuesta lo hubiese decepcionado de alguna forma, aparta la mirada y se concentra de nuevo en el tráfico. Su rostro tiene un aire apagado, y noto que no le apetece demasiado charlar esta noche.

El silencio se extiende entre nosotros, cada vez más pesado. Ash vuelve a cambiar de marcha.

No me atrevo a decir nada y, al cabo de unos segundos, él enciende la música. Supongo que se ha cansado de esperar.

Muevo un poco el mentón, lo suficiente como para poder mirarlo de reojo y que parezca que no lo estoy haciendo. Se le ve muy pensativo, perdido en sus ideas, la cara congelada, expresión remota.

Me pregunto dónde habrá estado hoy, por qué tiene sangre en los puños de la camisa y qué significa Seven para él.

Le echo un vistazo a la pantalla del salpicadero, leyendo el nombre de la canción que suena, y luego vuelvo a centrar la mirada en su rostro. Moloko. *Sing It Back*. Me encantaba cuando era pequeña.

El coche se detiene delante de un club que no conozco. Pensé que me llevaría al *Fever*.

Hay cola para entrar. Solo son las ocho y media. ¿Cómo se pondrá este sitio a las once?

Dos imponentes guardaespaldas cortan el paso hacia el interior, pero, en cuanto ven llegar a Ash, quitan el cordón para dejarnos pasar. Está claro que los conoce. Les hace un gesto de saludo con el mentón.

—¿En todas partes te abren la puerta así?

Vuelve la cara hacia la mía con una ausencia total de emociones.

—No. A veces tengo que echar las puertas abajo.

Niego, con expresión de fastidio, y él me guiña el ojo. Creo que disfruta demasiado con estas pequeñas provocaciones. Es como si le encantara insuflar miedo a los demás.

En el interior del club, las luces azules y los reflejos metálicos me ciegan durante unos segundos. La música aturde. Supongo que ha escogido este lugar porque no le apetece que lo acribille a preguntas. En un sitio como este solo puedes... darte el lote, y me preocupa lo mucho que me atrae la perspectiva.

Tenso el abdomen cuando acerca la mano a la parte baja de mi espalda y me encamina hacia la planta superior. De nuevo, evita tocarme. No sé qué es peor, que me toque y que yo descubra, una vez más, que mi cuerpo responde a él de manera automática, o que no lo haga y la expectativa acabe enloqueciéndome.

Tengo que dejar de desvariar tanto. Los seres humanos no deberíamos tener tantas inquietudes.

Llegamos a un reservado y ahí me quito el abrigo antes de sentarme en el sofá con las piernas cruzadas.

Él no trae abrigo, a pesar de las temperaturas de fuera.

—¿No tienes frío?

Incluso con esta oscuridad puedo distinguir sus fluorescentes iris clavados en los míos, los ángulos agudos de su rostro, los sensuales labios inmóviles...

—No siento nada —murmura, después de lo cual aparta la mirada para llamar al camarero con un gesto.

Sus palabras y la derrota que las impregna remueven algo dentro de mí. Me doy cuenta de

que se me ha contraído el vientre, como si su tristeza me estuviera excitando sexualmente. Es tan retorcido que lo aparto de inmediato de mi mente. A veces creo que estoy perdiendo la cabeza.

—¿*Dry martini*? —me pregunta, cuando ya han venido a tomarnos nota.

Es escalofriante lo mucho que parece saber sobre mí.

—No. Hoy necesito algo más fuerte.

Su rostro se mantiene inexpresivo, aunque juraría que está a punto de sonreír.

—¿Más fuerte? ¿Como, por ejemplo...?

—Sorpréndeme.

—Una botella de absenta —le pide al camarero, sin pensárselo siquiera.

Se me dilatan las pupilas y un estupor anonadado me hace separar los labios en un gesto de perplejidad.

—¿Estás de coña?

—Me has pedido que te sorprenda —me recuerda con una sonrisa descarada.

—Sí, pero pensé que pedirías... ¡bourbon!

—No me gusta hacer lo que los demás esperan que haga. No me parezco a los hombres que tú conoces, Alexandra.

—Eso sin duda —rezongo disgustada.

Vuelvo la cara hacia la izquierda solo porque no soporto ver cómo se mofa de mí.

A falta de otra cosa con la que entretenerme, registro el club con la mirada. Hay mujeres medio desnudas bailando en jaulas suspendidas del techo. Esto no es más que otro nivel de decadencia en su vida. Poco a poco empiezo a juntar las piezas del puzle, y empiezo a sospechar que la imagen al completo no va a gustarme.

El camarero no tarda nada en traernos lo que hemos pedido. Ash se inclina sobre la mesa y se pone a preparar las copas.

Niego, sin dar crédito, cuando me ofrece la primera a mí.

—¿Esto es legal siquiera?

Hace un gesto divertido con las cejas.

—Desde 2007, sí. Aunque solo en algunos estados.

—Pero es alucinógeno, ¿no?

—Depende.

Me quedo con la copa en la mano y los ojos encajados en los suyos.

—¿De qué?

—De ti —zanja, antes de vaciar la suya de un solo trago.

Vuelvo a negar, incrédula, la huelo y le doy un sorbo para probar.

Tuerzo el gesto al percibir un sabor amargo y anisado descender por mi garganta.

Mis remilgos parecen divertirle.

—Venga, no pongas esa cara. No está tan mal.

—No puedo creer que esté a punto de colocarme contigo.

—No te estás colocando. Te estás quitando las inhibiciones.

—Habló el rey de los eufemismos —farfullo. Me acerco la copa a los labios y la vacío de golpe—. ¡Jo-der!

Me pongo a toser y él ríe entre dientes.

—¿Preparo otra?

—¿Estás de broma?

—Anda, sé valiente.

Frunzo el ceño y vuelvo la cara hacia la suya con expresión de suspicacia.

—¿Te has propuesto emborracharme?

—Pues claro.

—¿Por qué?

Sus ojos azules me calibran unos segundos en silencio.

—Los borrachos y los locos dicen siempre la verdad —responde por fin.

Reflexiono unos segundos.

—¿La verdad sobre qué?

—Te lo diré más tarde —responde, demasiado enfrascado en la preparación de las copas como para prestarme atención.

Hago una mueca, pero, aun así, cojo el vaso que me ofrece, entrelazando por un segundo los dedos con los suyos. La puta corriente.

—Por la sinceridad.

Me mira a los ojos mientras choca el borde de su copa contra la mía.

Me muevo inquieta en el asiento, aunque no soy capaz de apartarme de la chispeante trayectoria de su mirada.

—Se me hace extraño brindar por algo así.

Sus ojos me evalúan como si estuvieran acariciándome la cara.

—¿Por qué lo dices?

—No pareces muy fan de la transparencia.

Sus dientes blancos asoman por debajo de una risa incrédula.

—Déjame decirte, Alexandra, que nunca he conocido a una mujer como tú. No dejas de provocarme. Pareces la horma de mi zapato.

Pese a sus palabras, en su voz no detecto irritación alguna. Al contrario. Es como si se deleitara con nuestros constantes enfrentamientos.

Le dedico una sonrisa irónica.

—A lo mejor deberías mantenerte alejado de mí.

—A lo mejor —coincide, sin que ninguna emoción se refleje en su voz o en su rostro.

Se acaba la absenta de un trago y deja el vaso sobre la mesa.

Nos seguimos mirando a los ojos, los dos desafiantes. Sus pupilas brillan en la oscuridad como las de un felino que acecha a su presa. Aunque yo siento que más bien nos estamos acechando el uno al otro.

Sigo su ejemplo, apuro la bebida y dejo el vaso al lado del suyo con un ruido sordo que queda amortiguado por la fuerza de la música.

Enarco una ceja, animándolo a que haga algún comentario al respecto.

La mitad derecha de su boca se eleva en una sonrisilla apenas perceptible.

—¿Bailas? —me pregunta, con los ojos bebiendo de los míos.

Me muerdo el labio por dentro para no sonreír.

—¿Contigo?

—¿Te lo ha pedido alguien más?

Contener la sonrisa se vuelve imposible. Mis labios acaban desvelando un pequeño indicio de diversión.

Bajo la cabeza por unos segundos, y después vuelvo a analizar el conjunto de rasgos sublimes que tengo delante.

Intento memorizarlos.

Se ha puesto de pie y me alarga la mano, esperando a que me aferre a ella. La forma en la que me contempla es... increíble, supongo.

Mi boca pierde cualquier rastro de diversión. Siento que me estoy ahogando. No me conviene en absoluto enamorarme de él. No necesito ayuda para destruirme. Se me da de maravilla joderme yo solita.

Así las cosas, creo que queda claro lo que debo hacer. La decisión está tomada.

—¿Por qué no? —le contesto, antes de coger su mano.

La electricidad de su roce me produce una deliciosa sacudida en el estómago.

Esta relación se le parece cada vez más a una partida de ajedrez. Él sabe que ha tumbado algunas de mis defensas y que está avanzando por el tablero.

Lo que no advierte en su empeño por ganarme la jugada es que, mientras nos miramos absortos, los dos embelesados por las pequeñas partículas de energía que estallan a nuestro alrededor, el rey se está quedando sin protección. Llegar hasta él sería terriblemente fácil. Podría derrumbar a todos sus peones y marcarme un jaque, pero nunca me han gustado las victorias fáciles. Supongo que disfruto demasiado del juego.

Aguantándome la sonrisa, entrelazo los dedos con los suyos.

Me pregunto si sabrá en qué estoy pensando. Algo me dice que ni siquiera lo intuye.

Cogidos de la mano, bajamos a la primera planta, donde me rodea con el brazo y me acerca a él.

Los flashes iluminan su anguloso rostro, concediendo a sus rasgos un aire afilado y frío.

Solo libera una de mis manos. La otra la sujeta con firmeza, quizá porque siente las mismas descargas eléctricas que siento yo cada vez que se rozan nuestras palmas y no quiere prescindir tan pronto de esta sensación.

La tensión sexual que pasa de un cuerpo al otro es tan aguda que noto que se me incendia la cara y, con ella, el resto del cuerpo.

Los pechos se me vuelven blandos y pesados, y la cálida humedad que emana entre mis piernas me hace apretar los músculos internos con fuerza.

Su mano, apoyada en la parte baja de mi espalda, arde contra la tela de mi blusa.

Me pierdo en sus ojos. Él se pierde en los míos.

Me pregunto cómo acabará la partida. ¿Quién ejecutará el último movimiento?

No quiero pensar en nada de eso ahora, así que apoyo la barbilla en su hombro y dejo la mente en blanco. Me gusta esto. Abrazarle es como un dulce colocón.

—¿Tú y yo vamos a follar alguna vez?

Dejo de respirar de golpe y muevo el rostro hacia el suyo. Está impasible, como si me hubiese preguntado qué hora es.

—¿Disculpa?

Noto la lengua pesada y creo que me está mareando la velocidad de la sangre que ruge en mis oídos.

—Necesito saberlo.

—¿Necesitas saber si vamos a follar? —repito con absoluta incredulidad.

—Sí.

Trago saliva con dificultad y observo perpleja las pupilas que ejercen un enorme control sobre las mías.

Tengo la impresión de que, si me soltara, las piernas no podrían sostenerme ahora mismo.

—¿Por qué me preguntas algo así?

—Quiero saber qué esperar de ti.

—¿Y qué puedo yo esperar de ti, Ash?

Me dedica esa sonrisa suya contenida que últimamente veo incluso en sueños.

—Sexo arrasador, señorita Harper. Puede esperar eso de mí.

Levanto una ceja y finjo que el concepto ni me impresiona ni me atrae en absoluto.

Voy a ignorar el hecho de que mi mente esté reproduciendo en este preciso momento imágenes de nosotros dos follando como salvajes. Su boca me obsesiona, joder. Desde que me besó, no puedo pensar en otra cosa.

Pero finjo muy bien, mis habilidades para mentir siempre me salvan de situaciones incómodas.

—¿Solo eso? —pregunto con aspecto divertido y voz irónica.

La sonrisa contenida empieza a ensancharse poco a poco en sus labios.

—Así que quieres más.

—No me atribuyas palabras que no he formulado.

La mano en mi espalda me atrae hacia él con tanta brusquedad que mi boca acaba casi encima de la suya. Noto su cálido aliento en la cara y la firmeza del cuerpo que domina el mío.

Y todo se paraliza, salvo la música, sensual y enloquecedora, que ahora no es más que un débil e insignificante murmullo.

—¿Pues qué quieres entonces? —me susurran los carnosos labios que no puedo dejar de mirar.

Intensas corrientes eléctricas descargan contra mi cuerpo, y sé que él es consciente del deseo que despierta en mí.

—Nada.

Se mantiene callado durante un momento. Ni siquiera se mueve. Tan solo baja la mirada por mi rostro y enfoca mis labios con mucha intensidad.

Casi pego un respingo cuando apoya la frente en la mía. Le oigo gruñir, y sé que lo hace para contenerse. No quiero que se contenga. Cada átomo de mí desea ese beso. Lo necesito con tanta fuerza que incluso duele.

Sin embargo, el beso no llega y, poco a poco, él retrocede y su cuerpo se separa un poco del mío. El frío que se cuela entre nosotros me estremece por dentro. Me siento vacía, como si de repente la vida se hubiese apagado dentro de mí.

—Nada —murmura para sí, saboreando la palabra—. Bien. Eso me gusta.

—Ah, ¿sí?

—Mm-hm. Me gusta que no quieras nada de mí, porque resulta que no hay nada que yo pueda ofrecerte, Alexandra. Quiero que esto te quede bien claro desde el principio. Si quieres follar conmigo, los dos tendremos el mejor sexo de nuestras vidas, te lo prometo. No puedes ni imaginar cuánto me obsesiona.

Coge mi mano, la aprieta contra su pecho y yo me vuelvo a tensar. Tengo que hacer un gran esfuerzo por no arrastrarla hacia abajo, por su terso abdomen y, quizá, un poco más debajo de la cintura de sus pantalones. Para comprobar si sus palabras son ciertas o no.

—¿Notas cómo late mi corazón cuando te tengo cerca? —susurra, con la boca a punto de tomar la mía—. Esto es deseo, un deseo tan desenfrenado que me consume, te lo aseguro. Quiero estar dentro de ti, poseerte por completo. Lo necesito con todas mis fuerzas. Quiero hacerte sentir un placer tan inmenso que trastoque tu mundo de niña buena. Quiero correrme contigo y que tú te corras conmigo. Quiero follarte la boca. Quiero que *tú* me folles la boca. Pero eso es todo. En

cuanto el deseo quede aplacado, este latido de aquí se ralentizará. No siento nada, no hay amor ni compasión en mí, y nunca lo habrá. No soy la clase de tío que se traga esas chorradas sobre el amor que arregla a las personas horribles y las hace ser mejores. Yo soy un bruto, ¿lo entiendes? Vengo de un mundo con el que tú ni siquiera sueñas, y he hecho cosas que te llenarían de espanto. No pierdas tu tiempo pensando que vas a cambiarme. Soy malo por naturaleza y, tú misma lo has dicho, soy peligroso. ¿Te ha quedado claro eso? ¿Entiendes quién soy, *qué* soy y qué es lo que les hago a las personas que me tocan las pelotas?

Analizo en silencio los iris azules que se ciernen sobre los míos, profundos, el mismo abismo abriéndose paso a través de ti.

—Perfectamente —consigo farfullar, con una voz tan débil que por un momento me pregunto si me habrá escuchado.

—Bien. Vamos. Te llevaré a casa y te concederé algo de tiempo para que reflexiones y me digas qué es lo que de verdad deseas.

Es increíble lo imperturbable que puede llegar a ser.

Me dedica una última mirada, desapasionada, y luego se aparta de mí y se pierde entre los flashes. Es como si cerrara un trato, una fusión, algo que no guarda ninguna relación con los sentimientos.

Estas son mis condiciones. Lo coges o lo dejas. Eres un alfil que yo muevo por el tablero. No me importas.

Pues ya lo veremos.

Permanezco unos segundos atónita, siguiendo con la mirada la erguida figura que sube por la escalera. Un viaje en coche se me haría inaguantable ahora mismo.

Además, creo que es él quien tiene que reflexionar para decidir qué es lo que desea. Una retirada a tiempo siempre se considera una gran victoria.

Espero hasta que su espalda desaparece por completo de mi campo visual y entonces giro sobre mí misma y me abro paso hacia la salida.

Voy sin abrigo y sin bolso, pero eso no me impide refugiarme en uno de los taxis que esperan delante del club a que la gente esté lo suficientemente borracha como para no ser capaz de conducir.

—Siga de frente —le pido a la mujer que me observa interrogante a través del espejo—. Le iré indicando.

El taxi se pone en marcha despacio, aunque no llegamos demasiado lejos. A unos cuantos metros de nosotras hay un BMW negro bloqueando la salida.

—Menudo gilipollas —farfulla la conductora, que deja la palanca de cambios en punto muerto a la espera de que nos abran paso y expulsa aire por la nariz con un ruido de protesta.

A nuestro alrededor todo el mundo pita impaciente.

Pasan casi cinco minutos hasta que el tipo aparece de donde sea que estuviera y quita el coche del medio.

Ni siquiera se ha disculpado. Esta gente es así.

Estamos a punto de incorporarnos a la carretera cuando algo me hace girarme en el asiento y mirar hasta atrás por última vez.

Se me dispara el aliento al ver a Ash de pie en mitad del aparcamiento, con mi bolso y mi abrigo en la mano.

Cabecea lentamente al encontrarse nuestras miradas. No sé si está divertido o cabreado.

¿Ambas?

Me obligo a volverme de cara a la carretera y a ignorarlo por completo.

Capítulo 14

**Es mi deseo lo que alimentas.
Sabes exactamente lo que necesito.
Tienes poder, tienes poder,
tienes poder sobre mí.**
(Canción *Power*, Isak Danielson)

Ash

—Hola, tío duro.

Encontrarme a Seven en mi reservado, sentada con un cigarro en la boca y bebiéndose *mi* copa de absenta, no me hace la menor gracia, y esa crispación se refleja de inmediato en mi expresión facial.

—Seven —gruño, apretando las mandíbulas—. ¿Qué haces tú aquí?

Mi voz, teñida de furia helada, no parece alterarla.

—Pasaba por el barrio.

—Y una mierda. Hablaremos de esto más tarde. Ahora te quiero fuera de aquí en dos segundos.

—¿Por qué? La mosquita muerta se está yendo, así que no vas a poder meterle mano esta noche.

Se me cambia la cara.

—¿Qué?

Su boca se curva en una sonrisa felina. Toma otro trago, con parsimonia, llevando al límite la poca paciencia que me queda.

—No sé lo que le habrás dicho, pero no parecía muy contenta.

Alarmado, me acerco a la barandilla y la busco con la mirada por toda la planta baja. Al final la encuentro. Está a punto de salir del club.

La palabrota que escupo le arranca una sonrisa lenta y pausada a Seven.

—Me gusta cuando te pones bruto. ¿Nos vamos?

Sin prestarle ninguna atención, agarro el abrigo y el bolso de Alexandra y voy tras ella, abriéndome paso a empujones.

Esto está lleno de gilipollas y yo estoy de muy mal humor.

Fuera, la busco por toda la avenida, hasta que la localizo dentro de un taxi. Gruño otra maldición, después de lo cual suelto una risa incrédula.

Esta mujer...

Joder, me vuelve loco. Nadie juega con mi mente como ella.

Debe de sentir algo, mi presencia quizá, porque vuelve la cabeza hacia atrás. Nuestras miradas conectan de inmediato a través de la luna trasera del coche. Parecen imanes.

Niego para mí, abro el maletero y guardo ahí sus cosas. Imagino que querrá recuperarlas en algún momento.

Vuelvo a buscarla con la mirada, pero el taxi ha doblado la esquina.

«Coño, es como Cenicienta. Y tú eres el príncipe, imbécil».

Vuelvo a reírme. Qué puta situación.

La cara se me crispa cuando noto las manos de Seven abrazándome desde atrás.

Bajo la mirada hacia los dedos largos que recorren mi pecho con lascivia y entorno los párpados. No estoy de humor para más chorradas.

—¿Te vienes conmigo a casa? —me susurran al oído sus voluptuosos labios rojos.

Exasperado, la aparto de mí y me giro para poder ensartarla con la mirada.

—¿Qué quieres de mí, Seven? —repongo, rebosante de rabia—. ¿Por qué no te vas a darle el coñazo a algún infeliz de por ahí?

Con una sonrisa a medio esbozar, hunde los dedos en mi pelo y arrastra mi boca hacia la suya.

—Esta noche quiero al rey —responde, con una indudable lujuria prendida en la voz—. ¿Qué tal si me follas como solo tú sabes hacer? Con los demás nunca me corro tan duro.

Gruño y, con ojos fieros, clavo los dedos en su culo para atraerla hacia mi polla. Nunca digo que no a un polvo. Es una cuestión de principios.

Seven me lanza una mirada obscena a través de las pestañas, se frota contra mí y me abre la boca con la suya. No nos besamos, solo nos respiramos el uno al otro.

—Te he echado de menos, pequeño —murmura, moviendo las caderas para provocarme.

Cierro los ojos para saborear mejor la fricción y hundo los dedos en sus nalgas con más fuerza. Por algún motivo imagino que el cuerpo cálido que tan pequeño parece al lado del mío es el de Alexandra.

Me empalmo con una rapidez que me asusta incluso a mí.

Agarro a Seven por el cuello, la miro detenidamente y luego la empujo hacia atrás con brusquedad, como si de repente la quisiera lo más lejos posible de mí.

—¿Qué pasa? —susurra, desconcertada.

El ansia crece en mis ojos.

«No sé lo que pasa. Esto es nuevo. Preocupante...»

—Tienes que irte. No puedo hacer esto.

—¿Disculpa? No puedes ¿qué? ¿Besarme?

—No te preocupes, Seven. No eres tú. Definitivamente, soy yo.

—¿Qué coño...? ¿Te has vuelto macarra de pronto o de qué vas, tío?

Cojo aire en los pulmones y lo suelto despacio para calmarme. No tengo ni idea de cómo explicarle esto, lo que me pasa. No soy capaz ni de explicármelo a mí mismo.

—Lo siento. Será mejor que te marches.

La cara de Seven parece un cuadro de Munch.

—¿Qué cojones te pasa ahora?

—No lo sé. Pero pienso averiguarlo. ¿Sabes qué? Mejor quédate. El que se va soy yo.

—Ash, ¡vuelve aquí ahora mismo y acaba el puto trabajo! —ordena Seven, estremeciéndose de ira al comprender que esto va en serio—. ¡Sé un hombre, joder!

Suelto un suspiro interminable.

—Pues va a ser que no, cielo. Mejor te buscas a otro.

Subo al coche y doy marcha atrás con un chirrido de ruedas. Me da igual la expresión herida de Seven.

La ira salvaje que arde en mi pecho me hace apretar el acelerador a fondo.

¿Qué coño es esto, eh? ¿Qué me está haciendo esa mujer? ¿Por qué no puedo arrancármela de la cabeza? ¿Es que ahora también tiene poder sobre mi polla? ¿Por qué cojones me siento como si estuviera engañándola si me acostara con otra?

Tenso el cuello hacia ambos lados, pero eso no me tranquiliza como otras veces y acabo soltando un gruñido animal que no hace más que aumentar mi frustración.

—No me jodas, tronco —farfullo entre dientes.

Mis ojos analizan angustiados el destartado polígono industrial al que he ido a parar.

Pese a la oscuridad que me rodea, las cosas en mi cabeza están más claras que nunca.

—¡Jo-der!

Freno en seco y, enfurecido, hago un cambio de sentido brusco en mitad de la calzada.

Odio cuando tengo que retroceder sobre mis propios pasos. Supone admitir que estaba equivocado. No me gusta equivocarme.

La aguja del velocímetro sube cada vez más deprisa.

Cien.

No me interesa ninguna mujer, solo ella.

Ciento treinta.

No consigo quitármela de cabeza. Nunca.

Ciento setenta.

Pienso en ella a todas horas.

Doscientos diez.

La busco todo el rato y solo quiero estar en los sitios en los que está ella. El trabajo ha pasado a un segundo plano. *Todo* ha pasado a un segundo plano.

El coche se detiene en mitad de la calzada con un fuerte ruido de neumáticos.

Con aire vencido, dejo caer la cabeza hasta apoyar la frente sobre el volante y cierro los ojos.

Hay que joderse.

Para mí, solo existe Alexandra...

Capítulo 15

**No pienso en el futuro,
sólo en vivir el presente.**
(Sid Vicious)

Alexandra

No me sorprende demasiado cuando, media hora más tarde, alguien llama al timbre.

Dejo sobre la encimera la botella de vino que intentaba abrir, me aprieto el cinturón de la bata a la cintura y me dirijo al pasillo.

Abro, pero no quito la cadena. No son horas para recibir visitas. Solo entorno la puerta lo suficiente como para asomar media cara a través de la apertura.

—¿Querías algo?

No parece cabreado. Hay una pequeña sonrisa en las comisuras de sus labios.

Su aspecto me aturde, como siempre. Se me seca la garganta.

Tiene el pelo más alborotado que antes, como si se lo hubiera estado revolviendo con los dedos montones de veces desde la última vez que lo vi. Será la frustración que le provoca no poder follarme.

—Me preocupaba que no pudieras entrar en casa. —Con semblante divertido, me señala el bolso y el abrigo que trae en la mano—. Veo que mis temores eran infundados.

—Guardo una llave debajo del felpudo.

—El peor sitio para dejar las llaves. Los malos siempre miran debajo del felpudo y dentro de las macetas.

Tengo que hacer un gran esfuerzo para contener la sonrisa.

—¿Lo dices por experiencia?

Se echa a reír, baja el rostro y cabecea con cierto fastidio, antes de volver a clavar sus ojos azules en los míos.

—¿Siempre juegas tan sucio, Alexandra?

—Casi siempre.

Su mirada resbala por mi silueta. Voy descalza, aunque, bajo la tórrida fuerza de sus ojos, tengo la sensación de estar también desnuda.

—Bonita bata —me dice, observándome de pronto como si yo fuera la cosa más perfecta, deseable e inalcanzable que ha visto en toda su vida.

Una fuerte sacudida de deseo me agita el estómago cuando me doy cuenta de que me mira como si deseara mucho arrancármela y *poseerme entera*.

Su voz ha cambiado de registro, se ha vuelto ronca y estremecedora, tan sensual que las moléculas de aire a mi alrededor parecen haberse paralizado en algún lugar de la atmósfera, lejos de mis vías respiratorias.

Me tiene tan atrapada que me pierdo en la intensidad del momento. Ni siquiera hay gravedad. Solo están sus hipnóticas pupilas, su esculpido rostro bañado por la penumbra del pasillo y mi fuerte sensación de que todo se derrite a nuestro alrededor, de que solo queda el contacto de

nuestras miradas.

Empiezo a notar la atmósfera cargada, chispeante. Una sensación de puro placer recorre mi cuerpo tan rápido como un relámpago.

Es un perfecto verano y los rayos del sol me abrasan la piel.

—Gracias —me obligo a decir, con una voz que no parece la mía; una voz rota y anhelante.

—¿Qué estabas haciendo?

Su voz posee una sedosidad estremecedora y su mirada... Su mirada me folla sin prisas.

—Iba a... —Sonrío y niego para mí—. Echan *Regreso al futuro* por la tele y... bueno, iba a verla.

—*Regreso al futuro* —repito, divertido.

—Era mi película favorita cuando era niña —explico, por algún motivo.

Me estudia en silencio. Ya no sonrío.

—No sé de qué va.

Arqueo las cejas y lo miro como si fuera un bicho raro.

—¿Estás de coña? ¿Nunca has visto *Regreso al futuro*? —La negación me deja boquiabierta—. ¡No me lo creo! —Le echo otra mirada llena de desconfianza y suelto una risita incrédula—. ¿Pero qué hacías tú a los doce?

—Vender drogas en las esquinas de los institutos.

La respuesta me deja petrificada. Sus rasgos no registran ni la más mínima alteración. Solo su voz ha cambiado, ha adquirido un letal tono helado.

Mi expresión facial se endurece de golpe. La sangre me palpita en los oídos. Me he quedado sin habla.

—Mi vida no siempre ha sido un cuento de hadas, Alexandra —me susurra con suavidad.

Trago saliva y contemplo con un nudo en la garganta la rígida perfección del rostro que parece dominar al mío. Su mandíbula está fuertemente apretada y sé que lo que acaba de decir es muy importante para él. No tanto las palabras como el significado que tienen. No va por ahí confesándole esto a la gente. Me acaba de demostrar que confía en mí; que me deja entrar.

Evalúo en silencio sus pupilas, paseo la mirada por la impenetrable elegancia de sus facciones y hago un amago de sonrisa.

Sus ojos me desarmen. Siempre lo hacen. No puedo mantenerlo apartado de mí. Lo intento, lo intento con todas mis fuerzas, pero me perturba demasiado, está en todas partes, incluso en el aire que respiro.

Y, cuando no está, me gustaría que estuviera.

Sencillamente, no consigo mantenerme al margen.

Soy incapaz de arrancármelo de la cabeza, es como un mal que late muy dentro de mí, un veneno que me abrasa la sangre.

Huelo el peligro que emana de cada poro de su cuerpo y me gusta su sabor. No voy a negarlo. No puedo.

La caja de Pandora ejerce una extraña fascinación sobre mí, pero si hago caso a la leyenda, diría que pertenece a esos males que deben permanecer ocultos por siempre jamás.

Menos mal que yo nunca hago caso a las leyendas. Ni a las advertencias...

Suelto la cadena con dedos trémulos. No hay vuelta atrás, los dos lo sabemos.

Ash, con la cabeza ladeada hacia la derecha, empuja la puerta con los nudillos, suavemente, hasta que ya no hay nada interponiéndose entre nosotros.

Ahora estamos cara a cara. Me gustaría decir que su confesión no cambia nada entre

nosotros, pero mentiría. Sé que ha dado un paso enorme, colosal, al desvelarme una información tan delicada.

—¿Ash? —susurro con voz ahogada.

—¿Pequeña? —murmura, oscilando la mirada entre mis ojos y mis labios.

Su timbre es tan cálido, suena tan íntimo en mis oídos...

Vuelve a concentrarse en mi rostro. Sus iris, brillantes y encendidos como ascuas, me hacen experimentar una fuerte oleada de deseo sexual, ante la cual puedo protegerme solo apretando los muslos.

Y no sé si eso me protege o me enciende aún más.

Tengo su boca a escasos centímetros de la mía. Creo que es consciente de que respiro muy deprisa.

—¿Quieres pasar y... ver la película conmigo?

Su rostro se mantiene inalterable, salvo por la pequeña sombra de sonrisa que asoma en la comisura derecha de su boca.

—Me encantaría —responde con esa voz ronca que parece filtrarse a través de mis venas.

Me hago a un lado para dejarlo entrar. No solo en mi casa. En mi vida. En todas partes. Yo también estoy dando un paso importante, el más crucial de todos.

Más adelante, aunque lo desee, no podré cambiar los hechos.

Todo esto es como una bala que, una vez disparada, ya no podrá regresar al cañón de la pistola.

Mi instinto me advierte de que no es un buen hombre. Sé que es peligroso. Mi vida nunca volverá a ser igual.

Lo sé. Pero... no importa.

Cuando comienza una historia, desconocemos por completo el final. Si lo supiéramos, haríamos las cosas de otra forma, tomaríamos decisiones distintas, cambiaríamos el desenlace.

Yo sé cómo acaba la nuestra, conozco el guion de memoria, cada giro argumental, cada conflicto de los personajes.

Y, sin embargo, no muevo ni un solo músculo, no altero ni un mísero detalle.

¿Porque no puedo?

Te equivocas.

Es porque no me da la gana.

Capítulo 16

Llegué, vi y vencí.

(Julio César)

Alexandra

Sus ojos azules registran el salón de esquina a esquina.

Sonríe al ver que solo tengo lo imprescindible, un sofá, una mesita auxiliar y un mueble para la tele. Nada personal, no hay fotos, ni libros; ni un solo objeto de decoración. Tampoco hay una mesa en la que poder sentarse y comer como una persona normal.

—Decoración minimalista, ¿eh?

Hago una mueca cuando se gira de cara a mí con una ceja arqueada.

—Me estoy instalando. Y tú me ocupas demasiado tiempo.

Me ofrece mi bolso y mi abrigo y luego hunde las manos en los bolsillos del pantalón y frunce el ceño como si tuviera delante un enigma irresoluble.

—¿Por qué has salido corriendo?

La repentina dureza de su voz me pilla tan desprevenida que no puedo evitar tensarme a su lado.

Me tomo unos segundos antes de responder.

—No estaba de acuerdo con tu punto de vista.

—¿Y *por qué* no me lo dijiste?

—Levantarse y abandonar la mesa de negociación transmite un mensaje, ¿no crees?

La provocación parece complacerle.

—Cierto. Y lo he pillado.

—Bien. No me gustaría tener que repetírtelo.

Se produce una pausa considerable, en la que nos observamos el uno al otro absortos. Él intenta ver hasta dónde puede llegar conmigo esta noche y yo... Bueno, yo estoy un poco abrumada por su presencia aquí. Con conseguir que no me tiemblen las rodillas, ya tengo suficiente.

—Dime qué es lo que quieres que haga. Cualquier cosa, me da igual. Pídemela y la tendrás.

Acorta la poca distancia que nos separa y me evalúa con detenimiento, como si pretendiera grabarse mi imagen en su memoria. Su cara queda a escasos centímetros, cerniéndose sobre la mía.

—¿Por qué? —susurro, con voz desgarrada.

—Porque me vuelves loco, joder.

No soy capaz de moverme o de apartarme de la oscuridad que consume sus pupilas. El susurro de esas palabras contra mis labios me produce una descarga tan potente en el estómago que todo mi interior se contrae de forma involuntaria.

Ash se da cuenta de que comienzo a respirar con dificultad, a jadear casi, y los ojos que descienden hacia mi boca se cargan de deseo. Fiero, inmenso, oscuro y primitivo, un deseo animal de poseer que nunca desperté en nadie.

Sus labios están cada vez más cerca de los míos. Nos impregnamos con el aliento del otro.

Estoy completamente atrapada, sin salida. Mi cuerpo entero está vibrando.

Deslizo la mano sin pensármelo hasta su nuca. Incluso a mí me sorprende mi audacia.

Sus labios se curvan en una sonrisa satisfecha.

—Me gusta que me toques —susurra con una voz grave y vibrante que me acaricia la piel como si fuera una caricia—. Y me muero por tocarte.

La atmosfera se carga de una electricidad distinta a la de antes.

Cada segundo que pasamos cerca nos arrastra un paso más allá de cualquier límite que nos hayamos impuesto.

Su pulgar me acaricia con suavidad el arco del labio superior. Me prueba y, al ver que me muestro complaciente, me enreda una mano en el pelo y se apodera de mi boca con un gruñido ansioso.

Me mete la lengua de inmediato, provocándome un latigazo de placer entre los muslos.

Gimo sin poder contenerme cuando me clava los dedos en el trasero, pega nuestros cuerpos de cintura para abajo y me enseña lo duro que se ha puesto.

Quiero más. Más atención. Lo quiero todo...

Sus labios se detienen encima de los míos.

Me pone una mano en el cuello y aprieta un poco mientras recorre mi cara con su nariz, aspirando el aroma de mi piel.

Me obliga a echar la cabeza hacia atrás, su lengua golpea para volver a entrar y yo se lo permito.

En cuanto abro la boca, nos fundimos en un beso húmedo y apasionado que lo hace gemir en el interior de mi boca.

Mi mente no consigue ponerle ningún límite a esto. Me está doblegando en el salón de mi casa, con unas cuantas caricias. No me reconozco. Yo nunca actúo así.

Y ojalá pudiera evitarlo, pero la excitación es tan grande que mi sexo se contrae otra vez con fuerza, recordándome que se muere por un poco de atención.

Ash me clava su polla endurecida en el estómago y sus labios se lanzan contra los míos con rabia al escucharme gemir. Nuestras lenguas follan con cada vez más ganas. Despiadadas. Salvajes.

La aspereza de su barba me raspa la piel, pero no me importa. No es más que otro estímulo que me vuelve loca.

La forma en la que posee mi boca, como si nunca fuera suficiente, me arrastra hacia un abismo de oscuridad que asusta y fascina al mismo tiempo.

Estoy a punto de perderme en medio de esta pasión delirante. Empiezan a flaquearme las piernas. Debe de notarlo, porque su mano baja por mi costado, presiona contra mi cadera y me mantiene pegada a la firme dureza de su cuerpo.

Su gruesa erección golpea contra mi estómago. Quiero rodearle entre los muslos y sentir sus firmes embestidas a través de mi cuerpo palpitante. Quiero que calme esto, la tormenta que ha desatado en mi interior. Solo él puede ponerle fin.

Pero su boca libera la mía y, aunque intento que no se detenga, me agarra del pelo con los dedos, me echa la cabeza hacia atrás y sus ojos se hunden en los míos con toda su fuerza.

—¿Qué tengo que hacer para que estés conmigo?

Evalúa mi mirada con ojos tan febriles que estoy convencida de que me dará cualquier cosa que le pida. Lo dice en serio. Esto lo vuelve loco, quizá más que a mí. Yo todavía conservo un gramo de control.

Necesito un momento para recuperar el aliento. Entrecierro los párpados mientras lo hago, para huir, aunque sea por unos segundos, de las pupilas cargadas de erotismo que se arrastran por todo mi rostro y dejan mi mente tan devastada.

—No me trates como a las demás —respondo, separando las pestañas para volver a mirarlo.

Un gesto de confusión arruga la piel entre sus cejas.

—Eso no supone un problema. Tú no te pareces en nada a las demás.

—Me alegro de ver que estamos de acuerdo en algo.

Esboza una sonrisa tierna, baja el rostro sobre el mío y planta un beso casto en mis labios. Me siento decepcionada cuando se aparta, y creo que lo nota, porque su rostro desvela cierto aire satisfecho.

—No te hagas ilusiones, Alexandra. Solo he venido para ver una película. No voy a dejar que te aproveches de mí en nuestra primera cita.

Me recorro los dientes con la lengua y asiento con fastidio. Él me lanza un guiño socarrón desde el sofá en el que acaba de sentarse.

—Bueno —dice, dando dos golpecitos en el sitio a su lado—. ¿Vienes o qué? No quiero perderme el comienzo. No me gustan las historias a medias. Conmigo es un todo o nada.

Esto es increíble. Voy a ver *Regreso al futuro* con el rey de los matones, estoy sexualmente frustrada y sé que él sabe cómo me siento, porque es un tipo muy observador y, además, no me quita los ojos de encima.

Genial. Bien hecho, Alexandra.

Aprieto los labios con disgusto y me acerco a él intentando aparentar normalidad, como si no fuera más que una visita de cortesía y yo no estuviera ahora mismo fantaseando con hacer saltar por los aires los botones de su ridículamente cara camisa y montármelo con él delante de la mirada indignada de Marty McFly.

—¿Te apetece algo de beber? —me obligo a ejercer de anfitriona.

Los ojos que traban mirada con los míos encierran un brillo tan carnal que mi cuerpo reacciona como siempre, estremeciéndose. Mis mulsos se contraen casi con un espasmo.

Joder. Esto no puede estar pasándome.

—Puede —responde, paseando la mirada por mis labios, todavía hinchados por culpa de la bestialidad de nuestro beso.

—¿Puede?

—Puede que lo que me apetezca no esté en el menú esta noche —aclara con esa voz grave que me recorre por dentro.

Trago saliva y analizo con expresión descompuesta sus fluorescentes iris azules. Él se limita a devolverme la mirada. ¿Cómo puede estar tan tranquilo? ¿De dónde saca tanto aplomo?

—Mira, ¡ya empieza la peli! —exclamo de pronto, con alivio.

Ríe por lo bajo y cabecea, divertido.

—Anda, ven a sentarte. No muerdo.

No estaría tan segura...

Me vuelve a guiñar el ojo, apoya el brazo en el respaldo del sofá y espera, con una sonrisa un tanto socarrona, a que me ponga cómoda a su lado. Como si ponerse cómoda con él aquí fuera una opción.

Cojo aire para envalentonarme y luego me dejo caer en el sofá con un suspiro. Mi incomodidad es más que visible. Estoy sentada como una estatua, rígida, tengo la espalda muy tensa y sé que no voy a poder relajarme.

Nunca.

—Estás demasiado lejos.

¿Perdón?

Antes de que me haya dado tiempo de protestar, me agarra por la muñeca, tira de mí hacia él y acabo entre sus brazos, acurrucada contra su costado, con la mano apoyada en su terso abdomen.

Joder. Esto es demasiado perturbador.

El olor que desprende el cuello de su camisa es completamente narcótico.

Lo observo a hurtadillas y me doy cuenta de que él tampoco está demasiado relajado a mi lado. El brazo que me rodea está tenso.

No sé en qué estará pensando.

Yo solo puedo pensar en que estoy en bata a su lado y... necesito que me la arranque. Quiero sentir sus manos en mi cuerpo.

Está bien, lo admito. Me apetece algo más que ver una película con él.

Mañana tendré que enfrentarme a todos estos deseos con la cabeza lúcida.

De momento, solo puedo concentrarme en las sensaciones, el corazón disparado, el pulso en los oídos, la entrepierna palpitante... Ese beso que hemos compartido ha sido tan erótico que me muero por descubrir qué se siente al tenerlo dentro.

El monumental cuerpo al que estoy pegada desprende tanto calor y tanto poder que me obsesiona la idea de dominarlo.

Y luego que me domine. Y luego arrebatarme el control. Una lucha apoteósica.

Bajo los párpados y me obligo a respirar algo que no sea su maldito olor.

Vaya, parece que eso es imposible. Está en todas partes, y a mí me cuesta cada vez más esfuerzo estar me quieta.

Yo ni menciono lo incapaz que me siento de prestarle atención a la película. No hago más que apretar los muslos todo el rato mientras intento acompasar la respiración. Me esperan las dos horas más largas de toda mi vida.

—Alexandra —susurra de repente, bajando el rostro hacia el mío.

Juraría que ha plantado un pequeño beso en mi cabeza. La actitud cariñosa me conmueve, viniendo de alguien como él.

—¿Sí? —respondo, felicitándome por lo calmada que he conseguido sonar.

—Esta película es un rollo.

—No te atrevas.

Noto que sus labios se curvan contra mi pelo.

—Oye...

—¿Hm?

Recorre mis nudillos con el pulgar, uno a uno.

—¿De qué color es tu sujetador?

Dejo caer los párpados y los mantengo así unos segundos. Esto va a acabar muy mal.

«Muy bien, cabronazo. Tú te lo has buscado».

—No llevo.

Maldice entre dientes y, unos segundos después, su mano derecha empieza a subir por mi costado. Trago saliva e intento que no note lo mucho que se me ha tensado el abdomen.

La yema de su pulgar me roza la curva del pecho antes de avanzar, milímetro a milímetro, hasta mi erguido pezón.

Mi cuerpo entero reacciona, vibrando, cuando empieza a trazar círculos alrededor.

—No me estarás metiendo mano en nuestra primera cita, ¿no?

Cruzo una mirada con sus chispeantes ojos azules y me estremezco ante la pasión descontrolada que desprenden sus pupilas.

—Es lo que hace la gente en el cine —responde con cara de pillo—. ¿No lo sabías?

Lo amonesto con la mirada y su sonrisa se ensancha un poco más.

Sin flaquear nuestro inquebrantable contacto visual, separa los dedos y su palma abarca todo mi seno. Está muy concentrado, como si llevara a cabo una operación de lo más importante.

Mi respiración se dispara tanto que se escucha por todo el salón.

Él me estudia, atento a cada una de mis reacciones.

Debe de notar la forma en la que lo reclaman mis pupilas, porque su boca baja, cubre la mía y la provoca hasta que me rindo, y nuestras lenguas se encuentran en un beso delirante.

Con un movimiento enérgico, me levanta en vilo sin ningún esfuerzo y acabo en su regazo, con las piernas rodeándole por las caderas.

Estamos nariz contra nariz, respirándonos, y Ash se detiene por unos segundos, hunde los dedos en mi pelo y me echa la cabeza hacia atrás para analizar la expresión de mi cara con la debida atención. Su pecho se mueve pesada y rápidamente.

—Vuelve a besarme —le susurro, un poco inquieta por la intensidad de su escudriño.

Se humedece los labios y la sombra de una pequeña sonrisa empieza a formarse en las comisuras de sus labios.

Noto en la entrepierna el latido de su sexo duro y caliente, y tengo ganas de moverme contra él, de apartar las telas que nos separan, de dinamitar todas las malditas barreras.

—¿Besarte? —Me lame el cuello y me muerde la barbilla antes de poner su cara a la altura de la mía—. ¿Cómo quieres que te bese, pequeña?

Separo los labios para decirle que ya sabe cómo lo quiero, pero los sella con los suyos; su lengua llena por completo mi boca, mojada, caliente, exigente, y ya no puedo pensar con claridad.

Me retuerzo un poco y él traslada sus enormes manos a mis caderas, por debajo de la bata, se agarra a ellas y me clava su erección entre los muslos.

Las palpitaciones de mi sexo se vuelven dolorosas. Gimo en su boca cuando balancea la cadera otra vez.

Nuestras lenguas luchan frenéticas, sus manos me aprietan con más fuerza contra su polla. Necesito poseerle y que él me posea a mí.

Me aferro con los dedos a su rostro mientras nos devoramos el uno al otro. Por un segundo creo que voy a morir, literalmente, si no consigo aliviar la presión que me agarra desde dentro.

Su lengua acaricia el interior de mi boca, a veces como una intrusión violenta y depredadora, remolinos que arrasan con todo a su paso, y otras como un acto sexual lento y profundo, una unión inquebrantable tanto a nivel físico como mental.

A tientas, empiezo a desabrochar los botones de su camisa y casi suelto un grito cuando, en vez de ver la pared que hay a sus espaldas, tengo una clara visión del techo. Pasa todo demasiado deprisa.

En un segundo estamos besándonos como si nunca fuésemos a saciarnos, y al otro me tiene tumbada en el sofá, está encajado entre mis piernas y tengo las muñecas inmovilidades por encima de la cabeza.

Me siento del todo expuesta. Y vulnerable, muy vulnerable. Estoy a su merced. En este

momento me domina por completo con su cuerpo.

Intento al menos liberar mis manos, pero aplica un poco más de presión y me advierte a través de la mirada de que es muy mala idea intentarlo siquiera.

Los dos nos quedamos quietos por unos segundos. Solo el irregular sonido de nuestras respiraciones se atreve a interrumpir el silencio.

Nunca pensé que una postura así fuera a excitarme tanto. Siempre me ha gustado el control, pero... Puede que esté dispuesta a prescindir de él por una noche.

—¿Qué quieres de mí, Alexandra?, ¿eh? Antes has salido corriendo y ahora intentas quitarme la camisa. No te sigo el ritmo. Dime qué quieres que haga, cómo quieres que me comporte.

Clavo la mirada en el hielo azul que me enfría de golpe y tenso la mandíbula.

—No quiero nada de ti —aseguro con fría altivez, muy fuera de lugar teniendo en cuenta que estoy medio desnuda por debajo de él y le he dejado más que claro que algo sí quiero.

Me evalúa absorto, hasta que al final se rinde y, con un sonido de hambre y necesidad, se cierne sobre mí y su boca se arrastra por mi escote.

Con la mano que le queda libre, va apartando poco a poco la tela de la bata que se interpone en su camino y sus dedos se deslizan por mi cuerpo enfebrecido. Los labios que se cierran alrededor de mi pezón me arrancan un gemido necesitado y me hacen arquearme hasta rozar la sólida pared de su pecho.

—Pídemelo —rezonga, deteniéndose por unos segundos con la boca encima de mi piel, enrojecida por el roce de su barba y húmeda por la intensidad de sus besos—. Dime qué quieres de mí, por qué alguien como tú se interesa por alguien como yo. Dímelo, porque yo no le encuentro el sentido y creo que me estoy volviendo loco, joder.

Niego muy despacio.

Gruñe exasperado, entierra la cabeza entre mis pechos y vuelve a ensañarse con mi piel. Su lengua investiga mis pezones, su barba los raspa, sus dientes arañan y su boca succiona con fuerza.

Esto es el Paraíso. Al menos, el único que voy a catar.

Mirándome a la cara con ojos salvajes, me desata el cordón de la bata. El satén beige se desliza a ambos lados de mis costados.

Espera unos segundos, antes de recorrer con la mirada todo mi cuerpo desnudo. Solo llevo unas bragas negras, minúsculas, que hacen endurecer su expresión facial.

—¿Esto es lo que llevabas antes en el club? —Introduce la mano por debajo del elástico y le da un tironcito, antes de levantar de nuevo la cara hacia la mía.

No confío en mi voz y necesito unos momentos para asegurarme de que no se me va a quebrar.

—Sí.

Libera mi rostro y estudia, con una expresión de lo más concentrada, el triángulo de encaje negro.

—¿Te pones esto para ir al trabajo?

Me paso la lengua por los labios antes de responder.

—Me gusta sentirme sexy.

Mi respuesta provoca su sonrisa, pequeña, apenas esbozada.

Roza el encaje con el pulgar y dibuja una línea vertical por todo mi sexo. Me revuelvo por debajo de su ardiente caricia, y sus ojos se elevan despacio hacia los míos para no perderse mis reacciones.

Debe de hacer una buena interpretación, puesto que vuelve a bajar la cara y su palma se arrastra por la parte interna de mi muslo, deteniéndose justo antes de que las puntas de sus largos dedos rocen mi palpitante entrepierna.

El deseo es devastador. *Necesito* que me toque.

—Quítamelas.

—No.

Me estiro hacia arriba hasta acercar la boca a la suya.

—Señor Williams, era una orden, no una sugerencia.

—No acato ordenes de...

—¿Mujeres?

—Personas que no están en condiciones de negociar conmigo.

—Buen eufemismo.

Sonríe de lado y luego me da el beso más alucinante de toda mi vida. Súper agresivo y carnal. Se me come enterita.

Flexiono las caderas contra las suyas para no dejar lugar a dudas sobre lo que quiero que haga a continuación y noto que sonríe, antes de apartarse otra vez.

—Pídemelo, Alexandra, y te las arrancaré. Dime que quieres que esté solo contigo, que no quieres que haya nadie más. Dilo y te follaré tan duro que no querrás a ningún otro amante después de mí.

«¿Serás capullo?»

Así que de eso se trataba. Lo que quiere es ganar y que yo pierda. Admitir cuánto le deseo y lo mucho que me ha fastidiado verle besar a esa tía en el club y que luego me dijera que lo nuestro no significa nada para él. No pienso darle la satisfacción.

—Lo que hagas o dejes de hacer con tu polla no me concierne. Con quién te lo montes es asunto tuyo. Me traen sin cuidado los agujeros en los que la metas. Era lo que querías, ¿no? Que esto significara para mí lo mismo que para ti. Fíjate, estás de suerte porque, para mí, tú y *esto* significáis menos que nada.

La respuesta le fastidia. Bien. Me alegro mucho.

—¿Ah, sí? Menos que nada.

Asiento con la cabeza.

—Pues ya lo ves.

—¿Menos que nada? —Hay algo muy oscuro en su mirada ahora mismo—. ¿Estás segura?

Manteniendo el intenso contacto visual, se inclina sobre mí y me lame la parte interna del muslo.

Me contraigo de golpe ante el inesperado calor de su boca.

—Siempre me he preguntado qué sonidos harías al correrte —me dice con voz ronca cuando uno de sus dedos traspasa la barrera de mis bragas y traza un círculo lento sobre la punta erguida de mi clítoris. Me sacudo como si me hubiese dado una descarga eléctrica y él sonríe antes de hundirse en la superficie resbaladiza—. ¿Qué tal si lo averiguo hoy? —vuelve a susurrarme, sin dejar de esparcir humedad sobre mi sexo necesitado.

—Adelante. Haz que me corra y luego lárgate y no vuelvas.

Suelta una risita suave y luego me baja las bragas como si no tuviera la menor prisa.

Sus manos se arrastran por mis piernas arriba y abajo, por el interior y el exterior de mis muslos; desliza las palmas como si estuviera moldeándome y tengo la sensación de que tocarme le resulta de lo más fascinante.

Sus ojos han perdido todo aire burlón. Ahora arden con un deseo salvaje que me afecta más de lo que quiero.

—He estado imaginando esto desde la primera vez que te vi ahí sentada, mirándome, paralizándome con la mirada más bien.

—¿Y la realidad es mejor o peor?

Me regala una pequeña sonrisa de lado.

—La realidad es perfecta.

Mordiéndose el labio, se inclina sobre mí para darme un beso corto, sin lengua, que me deja aún más frustrada. Protesto cuando se aparta. Me sonríe con su habitual sonrisa sesgada.

—Querías que te besara, ¿no? Tranquila. Yo cumplo las ordenes, señorita Harper, pero lo hago a mi manera.

Me hace flexionar las rodillas, se arrodilla entre ellas y sus palmas me agarran las caderas y me levantan la pelvis hasta que mi entrepierna acaba a la altura de su boca. Joder. Va a besarme ahí.

—¿Vas a pedírmelo?

Niego muy despacio. Estoy vibrando.

—Nunca.

—Tú misma.

Sonriendo, se acerca despacio a los palpitantes pliegues. Su mirada ardiente derrite todas mis reservas, si es que aún me quedaba alguna.

Me tenso de la cabeza a los pies y echo la nuca hacia atrás al notar la lenta pasada de su lengua alrededor de mi sexo abierto. Los músculos de mi abdomen se contraen con tanta fuerza que me aferro a la tela del sofá y cierro los puños.

Me acaricia los muslos sin prisas y después su palma se desliza por la parte interna y sube muy despacio.

—¿Estás segura de que no prefieres que veamos la peli? —susurra, apartándose un poco para poder mirarme.

Le pongo tal mala cara que la esquina derecha de su boca se alza en una pequeña sonrisa.

Baja de nuevo la mirada hacia mi sexo expuesto y lo contempla como si fuera una de sus obras de arte favoritas.

—Está bien. Al menos ahora me has pedido algo. Tendré que conformarme con eso.

Bajo los párpados cuando su lengua experta empieza a dibujar círculos lentos alrededor de mi clítoris. Estoy muy excitada, febril, y resulta difícil luchar contra las olas de placer que cada uno de los movimientos de su boca envían a lo largo de mi cuerpo.

Casi me corro cuando sus dedos me llenan por completo.

No tengo ni idea de cómo hemos acabado así, y por un segundo me pregunto si no debería poner fin a esta locura ahora que todavía conservo un gramo de lucidez como para cuestionarme a mí misma, pero Ash me sostiene con las dos manos por las caderas, me mece contra él y su boca hambrienta me recuerda que esto es demasiado tentador como para querer ponerle fin.

Mi cuerpo ha tomado todo el control. Voy a perder la cabeza como paremos ahora.

No. Hemos llegado demasiado lejos. Lo quiero todo.

Cada vez más desenfrenada, entierro los dedos en su pelo, me aferro a él con fuerza y le ofrezco mi cuerpo para que haga con él lo que le plazca.

Le gusta mi rendición. Y a mí me excita la idea de rendirme.

Debo de estar completamente ida. Voy a bordo de un tren que está fuera de control, y estoy

cada vez más cerca del desastre. La velocidad es increíble, apasionante. ¿Cómo será el choque?

Ash me lame, me succiona y me penetra con los dedos hasta que me arrastra a un mundo privado, en el que no hay gravedad ni aire y los contornos de mi cuerpo se desvanecen con una rapidez aterradora.

No hay límites, y no quiero que los haya.

Es muy consciente de lo poco que me falta para correrme y, cuando sus dedos salen solo para volver a entrar, una lenta agonía que me hace deshacerme de placer, y sus ojos oscuros se elevan para atraparme con su hechizo, noto una fuerte presión aumentar en mi interior y tenso todos los músculos internos que puedo para retrasar el orgasmo.

Esto es demasiado bueno para querer que acabe tan pronto. Cuanto más lo demore, más intenso será.

—Conque esas tenemos, ¿eh? —me dice, divertido—. A ver el aguante que tienes.

Tenso la mandíbula y mis chispeantes ojos aseguran que tengo mucho aguante.

Pero no estoy tan segura como aparento.

Sus manos me agarran posesivas el trasero, me levantan la pelvis y me balancean contra él, imitando un acto sexual sucio, intenso, contra el que no puedo resistirme.

Bajo los párpados por unos segundos, en cierto modo aterrada por lo que estoy sintiendo, por la forma en la que me deshago de deseo. Esto es más poderoso que yo.

Mi cuerpo se abre a él de formas que nunca habría creído posible. Entre sus manos me siento descarada, deseada, diferente.

Vuelvo a tensarme y gimo con fuerza, pero no afloja ni se detiene. Sigue lamiendo, hambriento, con la mirada encajada en la mía, y sus dedos se arrastran por mi vagina resbaladiza y sensible, arriba y abajo, entrando y saliendo, abriéndome para que su lengua pueda conseguir un mejor acceso.

No puedo más y lo sabe, y cuando usa los dientes para darme un suave mordisquito en el clítoris, mis músculos internos se contraen alrededor de sus dedos y eso me lanza a un clímax tan tempestuoso que levanto las caderas y me aprieto contra sus labios sin ninguna vergüenza. Me estoy desintegrando entre sus manos, y él contempla mi cuerpo desnudo tan intensamente que parece querer grabárselo en la memoria.

¿Qué soy, una obra de arte o una prostituta?

Me desplomo en el sofá y cierro los ojos para intentar estabilizarme a través de los intensos espasmos de placer que aún reptan por mi cuerpo.

Ash tiene el sexo caliente y duro. Lo noto tensarse encima de mi muslo. Separo los párpados para mirarlo y me vuelvo a estremecer ante esos ojos tan oscuros y carnales que me estudian con espeluznante fijeza.

—Sí que sabes acatar una orden —le digo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Me he dejado llevar. Pretendía parar antes de que te corrieras.

—¿Por qué?

—¿Sadismo? —me propone, meditabundo.

Rio entre dientes.

—¿Y por qué has seguido entonces?

—Porque te he probado y no he podido detenerme. Tu sabor es mejor que cualquier droga que haya probado nunca. Quería que te corrieras en mi boca. Quería... comerte entera. Y, aun así, no es suficiente.

Sus labios están húmedos y exuberantes, entreabiertos todavía. Quiero besarle, pero no solo

eso. Quiero atravesar todas sus defensas, fundirme en él, llegar más lejos de lo que nadie ha llegado jamás.

Con la mirada encajada en la suya, deslizo los dedos por la abultada bragueta de sus pantalones, aplicando un poco de presión a lo largo de su erección.

—Pues no nos detengamos ahora, que me toca a mí.

Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás en un lánguido éxtasis. Miro su poderoso cuello tensarse, sus voluptuosos labios abrirse para mí, y me estremezco ante el deseo primitivo e intenso que desvelan sus pupilas cuando vuelven a beber de las mías.

—¿Quieres chupármela?

—No solo eso.

—¿Qué más?

Descorro su cremallera despacio y luego separo las piernas a modo de invitación.

Aprieta la mandíbula y le dedica una mirada absolutamente obscena a mi cuerpo.

—Te quiero dentro.

Suelta un gruñido que parece más de disgusto que de placer, aparta mi mano de su polla y se baja del sofá.

—Vístete —ordena con voz controlada.

Me quedo perpleja.

—¿Qué?

—Que te vistas.

Bufo con incredulidad y mis ojos vuelven a comprobar su rostro. Hasta ahora no ha dejado de perseguirme y ahora que por fin admito, de una manera más que evidente, que lo deseo, ¿me pide que me vista?

—¿Es una broma?

Expulsa un gruñido de exasperación y tensa el cuello hacia ambos lados, como si quisiera desprenderse de la tensión acumulada en sus cervicales.

Cuando sus ojos descienden sobre los míos, muestran un irritante aire resolutivo que resulta de lo más inoportuno ahora mismo.

—No, Alexandra. No tengo ánimo para bromitas. Me voy.

—Pero... ¿por qué?

—¿No es evidente? No quiero estropear esto —señala, torciendo los labios con desdén—. Lo que coño sea que haya entre tú y yo se merece algo más que un polvo rápido en el sofá. Démosle veinticuatro horas para que madure. Además, ¿cómo se lo vamos a explicar después a los niños? ¿Mamá y papá en la primera cita? Muy mal. Daríamos un ejemplo pésimo.

—¿Estás chalado?

—Te recojo mañana. A las nueve. Iremos a cenar. Tú y yo como personas normales. Y, si todavía quieres que te folle para entonces, lo haré. Puedes ser mi postre si quieres.

Me saca de quicio que intente imponerme sus normas. Con los ojos relampagueando una furia aniquiladora, me incorporo en el sofá y me cubro con la bata.

—No pienso cenar contigo —gruño entre dientes—. A ver si te enteras.

—Lo harás. —Se detiene de camino a la puerta para mirarme y la expresión de su rostro cambia al instante, se vuelve suave, casi cariñosa—. Sé que lo harás.

—¿Cómo es que estás tan seguro?

Sonríe, pero es un gesto tan apagado que desaparece casi al instante.

—Porque esto te ha sabido a poco. Lo quieres todo, y yo quiero dártelo.

—¿Y por qué no me lo das ahora, aprovechando que te lo estoy pidiendo? Algo que no volverá a repetirse, por cierto.

—Básicamente porque... ¿Cómo era? Ah, sí, ya lo recuerdo. Levantarse y abandonar la mesa de negociaciones transmite un mensaje.

Hijo de puta. Me acaba de vencer en mi propio juego.

Capítulo 17

Algunas cosas están destinadas a suceder.

(Canción *Can't help falling in love*,
Elvis Presley)

Alexandra

Es imposible que un restaurante italiano tan elegante y tan bien situado, en pleno centro de la ciudad, esté vacío un sábado por la noche.

Sin embargo, no hay nadie aparte de nosotros, el *maître* y dos camareros que no dejan de revolotear a nuestro alrededor, diría que nerviosos por la presión.

Nos sirven vino tinto.

Nos traen un plato con parmesano, panecillos de toda clase y una jarrita con aceite de oliva aderezado con hierbas aromáticas.

Se desviven por complacer, no sé si por obligación o más bien porque tienen miedo. Nadie se atreve a mirar a Ash a la cara. Solo yo.

Y él parece ignorarme a propósito...

Se echa unas gotas de aceite de un verde intenso encima de un trozo de pan y se lo come con total tranquilidad, como si no se diera cuenta de que estoy al otro lado de la mesa con cara de perturbada.

—¿Qué? —dice al fin, arqueando las cejas—. No me irás a decir que eres una de esas mujeres que no comen de nada, porque te prometo que aquí preparan una comida para chuparse los dedos. Aunque tú pareces un poco estirada. No creo que te chupes los dedos nunca.

Mis labios se despliegan en una sonrisa caustica.

—¿Dónde está todo el mundo?

—¿Qué mundo? —repone, masticando al mismo tiempo que sonrío con aire canalla.

—Los clientes, Ash. ¿Dónde están?

Se encoge de hombros y tuerce la cara en un gesto de desdén.

Incluso estando tan irritada con él, no puedo evitar fijarme en lo guapo que se ha puesto para nuestra cita. Lleva un traje gris de corte italiano, con chaleco a juego y corbata azul marino, camisa blanca con rayas grises verticales y su pelo rubio oscuro está peinado a la perfección, no hay ni un solo mechón rebelde.

Parece un ciudadano de lo más respetable, un prominente hombre de negocios que acaba de salir de una reunión de altísimo nivel, con su carísimo reloj que destila éxito y sus modales, siempre corteses.

Consigue engañarte, hasta que te fijas en su mirada. Ese azul fluorescente que parece absorber el aire a tu alrededor te dice que no confíes en él ni por un segundo.

Y que no se te ocurra relajarte.

—¿Y yo qué sé? —me dice, cuando se harta de ignorarme—. En sus casas, imagino.

—¿Quieres explicarme por qué estamos solos en este restaurante?

Entorna los párpados con gesto exasperado, coge la jarrita de aceite y, soltando un suspiro de hastío, se vuelve a echar un par de gotas en otro panecillo que ha partido por la mitad.

—¿Quieres?

—Lo que quiero es una explicación —replico, con suficiente dureza como para que comprenda que no voy a permitir que siga dándome largas.

Si vamos a plantearnos en serio lo de mantener algo parecido a una relación, voy a necesitar más que evasivas. Quiero saber *a quién* me estoy enfrentando. Quiero saber *cuán* peligroso es. Y quiero averiguar de lo que es capaz de hacer cuando pierde los papeles.

Necesito resolver el cubo de Rubik, abrir la caja de Pandora, soltar el mal ancestral que encierra dentro y calcular sus magnitudes.

Y no pienso rendirme hasta que lo consiga.

A pesar de sus trajes de alta costura y sus gestos atentos y aplomados, él no es uno de esos hombres con lo que puedas o debas bajar la guardia. Tengo la impresión de que puede llegar a ser inclemente si se le tocan las pelotas.

Ahí es donde reside el problema: no quiero *tener la impresión*. Quiero saberlo TODO, joder.

Debe de pillar la esencia, porque su rostro se eleva hacia el mío con irritante parsimonia y me responde, sin inmutarse:

—He reservado todo el restaurante.

Respiro largo y tendido.

—Muy bien —intento afrontarlo con calma, en serio—. ¿Por qué?

—¿Que por qué? —repite, confuso tras comprobar que yo no entiendo algo que, para él, es evidente—. Porque quiero que esta noche sea perfecta, Alexandra. Es nuestra segunda cita. No quiero a ningún capullo merodeando por aquí.

Pongo cara de fastidio, pero solo lo hago para disimular la emoción. No está bien sentirse así por montones de razones.

Una: he venido a Cleveland por motivos de trabajo.

Y personales...

Dos: él es peligroso.

Tres: acertó conmigo. Yo calculo minuciosamente cada paso que doy y solo después actúo. Y, si hubiese calculado la magnitud de todo esto, no estaría aquí. Y no me plantearía ni por un segundo mezclar los negocios con el placer.

Pero, joder, lo hago, y es una completa locura.

Me he repetido durante todo el día que no iba a cenar con él. No me ha servido de nada porque a las nueve menos cuarto ya estaba sentada en el sofá, vestida y maquillada, esperando a que llamara al timbre.

Ese es el efecto que ejerce sobre mí.

Mi parte sensata me dice que huya. Me advierte de que él no es un buen hombre.

No, no es que no sea un buen hombre, es más que eso. Es un hombre malo, malo de narices; un hombre que se mueve en un mundo peligroso del que no quiero formar parte, mafia rusa, amenazas de muerte, tráfico de armas, y seguro que eso es solo una milésima parte de su ajetreado día a día.

Probablemente, el conjunto al completo sea mucho más aterrador.

Entonces, ¿por qué sigo aquí? Soy como un masoquista que vuelve una y otra vez en busca de un castigo un poco mayor. ¿Es porque es guapo? No creo que sea solo por eso. Porque hay

montones de hombres guapos ahí fuera y ninguno despierta este interés enfermizo en mí.

Cuando estoy cerca de él pierdo mi preciado control. Es como si mi cuerpo, en vez de obedecerme a mí, estuviera bajo sus órdenes, respondiendo solo ante él.

Se me dispara la adrenalina, la dopamina alcanza niveles peligrosos, y no puedo concentrarme en nada más, solo en la maldita corriente eléctrica que me tiene enganchada.

—¿Qué te apetece cenar? —pregunta al mismo tiempo que yo me subo el tirante del vestido por el hombro. Tiende a deslizarse hacia abajo muy a menudo y acaba de caerse.

Levanto la cara hacia la suya para contestarle, pero me quedo sin habla. Toda luz ha abandonado de golpe sus pupilas. Me está mirando como un perturbado, como si quisiera arrancarme la ropa y follarme aquí mismo, encima de la mesa.

La idea hace que el corazón me martillee con fuerza en el pecho.

Y la oleada de calor húmedo que se dispara por mi vientre no parece guardar relación con el vino que apenas he probado...

Rompo de golpe el contacto visual, cojo con fingido aplomo la carta que el maître ha dejado sobre mi plato vacío e intento dominar el nerviosismo y el inoportuno temblor de las manos.

—¿Qué me recomendarías? —consigo preguntar sin que me flaquee la voz.

Le lanzo una mirada rápida a través de las pestañas.

Algo disperso, frunce el ceño, abre su carta y, con los antebrazos apoyados sobre la mesa y los hombros tan rígidos que podría reventar el traje, intenta concentrarse. Creo que estar conmigo lo deja igual de aturdido como me deja a mí su presencia.

—El solomillo con salsa de setas —responde al cabo de unos segundos, frotándose la ceja con el dedo—. A no ser que seas de pescado, en cuyo caso te recomiendo el salmón.

—El solomillo está bien.

Cierro la carta con gesto resolutivo y la apoyo sobre el plato.

Ash deja la suya en la esquina de la mesa y vuelve a atravesarme con la abrasadora fuerza de sus iris azules. Empiezo a revolverme inquieta en la silla.

—¿Por qué me miras así? —le suelto cuando ya no aguanto más la presión.

Me contempla como si se muriera por besarme, por estar dentro de mí, por dominarme con la impresionante fuerza de su cuerpo; veo su deseo, casi puedo tocarlo, y se me corta la respiración.

—Somos muy parecidos.

—Eso lo dudo.

Mueve la cabeza, divertido por mi contestación.

—Pues te equivocas. En lo esencial, somos iguales. Puede que hayamos seguido otra trayectoria en la vida, puede que yo, empujado por algunas circunstancias, haya hecho cosas horribles mientras que tú... mojabas galletas dentro de un vaso de leche. —En este punto, yo esbozo una pequeña sonrisa y él me lanza un guiño seductor—. El caso es que, en lo esencial, Alexandra, y eso es lo que importa, joder, tú y yo somos iguales. Lo noto. Lo he notado desde el principio. Eres el viento que aviva la tormenta.

—Eso no suena a algo bueno.

—Porque no lo es.

—Supongo que tienes razón. En cierto modo, nos parecemos un poco. —Me cuelgo un mechón de pelo suelto detrás de la oreja y tomo un sorbo de vino, antes de proseguir—. Los dos somos... testarudos.

Sus labios se mueven en una pequeña sonrisa, tan lánguida como la mirada que me escruta desde el otro lado de la mesa.

—Perseverantes, querrás decir.

—Arrogantes, a lo mejor.

—Habla por ti. Yo soy muy modesto.

Me echo a reír.

—Sí, claro. El rey de la modestia.

Tomo otro sorbo de vino y niego para mí.

Ash se inclina hacia adelante, con el rostro inmerso en el mío. Ni siquiera parpadea. Hay algo perturbador en su forma de mirarme. Es como si quisiera absorberme el alma.

—¿Qué haces? —murmuro al darme cuenta de que soy incapaz de frenarle el paso.

—Mirarte.

—¿Por qué?

Se produce un breve silencio, antes de que su voz, ronca y suave, vuelva a filtrarse a través de mis venas.

—Porque me fascinas.

Me ruborizo. Intento romper el contacto visual, pero solo consigo mirar mi plato vacío durante unos segundos.

—Ah, ¿sí? —susurro, con una voz oxidada que no parece la mía.

Asiente muy despacio y mueve la boca en un atisbo de sonrisa.

Me pregunto cuánto hace que no respiro como es debido. Siento que la cabeza me da vueltas. Todo cuanto nos rodea se ha empapado de sensualidad.

Voy camino de perderme otra vez en nuestra dimensión privada, y casi doy un respingo cuando se nos acerca el *maître* para preguntarnos si sabemos ya lo que vamos a pedir.

Vaya, hay todo un mundo ahí fuera. Por un segundo se me había olvidado.

Ash se comporta como si nada hubiera pasado. Pide por los dos, una parrillada de verduras para compartir y los solomillos al punto.

—Que no tengan prisa en traernos el plato principal. Quiero disfrutar de la compañía, usted ya me entiende. ¿Quieres algo más, Alexandra?

Niego lentamente y compongo una breve sonrisa con las comisuras de los labios.

—No soy de comer mucho.

El *maître* asiente, me devuelve el gesto y se retira.

—¿Sabes que esta es mi primera cita en el verdadero sentido de la palabra? —me suelta Ash de sopetón.

Arqueo las cejas, mitad asombrada mitad confundida.

—¿Tu primera cita desde... ?

—Desde siempre.

Analizo su expresión facial en busca de más información.

—No lo entiendo. ¿Nunca has...? ¿Qué intentas decir exactamente?

¿Que es virgen?

No, eso no puede ser. Ayer me demostró más que de sobra su amplia experiencia en el terreno de lo carnal.

Vale, no voy a pensar en nada de eso porque me mosquea la idea.

Imaginármelo con otra mujer, *con Seven*, me saca de mis casillas. Seguro que el sexo que tiene con ella es arrasador. Se les nota.

—Yo no tengo citas convencionales. Yo... —Su pecho se ensancha cuando coge una profunda bocanada de aire. Por un segundo me preocupa que haga trizas el elegante chaleco que

apenas parece capaz de contener su musculoso torso—. Digamos que siempre me salto unos cuantos pasos y... soy más de ir al grano.

—O sea, que solo follas. No vas al cine ni a cenar.

Aprieta los labios, algo incómodo, y asiente.

—Algo similar.

—¿Y por qué estamos aquí esta noche? Te recuerdo que todo esto fue idea tuya. Así que dime, ¿por qué me he tenido que poner un vestido elegante y unos zapatos que me aprietan por todos lados?

Guarda silencio, pensativo.

—Porque tú me gustas. Me gustas de verdad y... quiero esforzarme. Quiero... aprender a complacerte. —Se echa a reír al oírse a sí mismo y mueve la cabeza—. Joder. Quién me ha visto y quién me ve. —Se pasa la palma por la cara, como si de esa forma pudiera despojarse de esa expresión facial de la que parece avergonzarse, y vuelve a negar—. Creo que me estoy haciendo mayor, Alexandra, porque nunca creí que le diría algo así a una mujer.

«Chúpate esa, Seven».

A duras penas consigo reprimir una sonrisa de superioridad.

—Puede que yo no sea como las mujeres que tú has conocido hasta ahora.

Ríe entre dientes. Parece realmente divertido.

—Pequeña, no te pareces *en nada* a las mujeres que yo he conocido hasta ahora.

Apoyo la espalda contra el respaldo de mi silla y relajo los hombros.

—Háblame de ellas.

—Joder, ¡no!

La idea lo llena de tanto rechazo que vacía con ansia la copa de vino y después se sirve otra. También rellena la mía, aunque solo un poco porque yo apenas lo he probado.

—¿Por qué no? Sé que eres nuevo en esto, pero te aseguro que es lo que hace la gente en las primeras citas.

—Sobre todo, los gilipollas que pretenden dinamitar la posibilidad de un futuro encuentro.

Arqueo una ceja.

—¿No es nuestro caso?

—No es *para nada* nuestro caso —asegura, dedicándome una mirada de lo más seca.

—Me atas las manos, Ash.

Sus ojos brillan traviosos, y la sonrisa sesgada que me dedica está llena de insinuación sexual.

—Eso suena muy tentador.

Miro la invitación que se esconde entre sus cejas enarcadas y hago una mueca.

—En sentido figurado —recalco, irritada—. No podemos hablar de tu trabajo, no podemos hablar de tus ex novias. ¿De qué pretendes que hablemos entonces?

—Podemos hablar de ti —propone, sin dejar de analizarme con esa intensidad que suele ponerme nerviosa.

—¿En serio? ¿Es que hay algo que no sepas sobre mí a estas alturas?

Se lo piensa unos segundos.

—¿Sales con alguien? —me suelta en un impulso.

—¿Tú qué crees? —le contesto, perpleja.

—No lo sé. Por eso lo pregunto.

—¡No!

Suspira aliviado.

—Bien. Eso está... Está muy bien —asegura con un discreto carraspeo.

Niego para mí.

—Ay, Dios mío.

—¿Qué? —repone, alarmado.

—Al final va a ser cierto que nunca has tenido una cita.

Suelta una risita suave y levanta la mirada hacia el camarero que acaba de dejar la parrillada de verduras en el centro de la mesa.

—Gracias —le dice, antes de volver a dedicarme a mí toda la atención—. Que aproveche.

Sé que no me quita los ojos de encima mientras me echo una rodaja de berenjena en el plato, corto un trocito y me lo llevo a los labios, disfrutando de la experiencia.

—Mmm, está muy buena.

—Me alegro de que te guste. Podemos volver cuando quieras.

—¿Intentas decir que quieres otra cita? —repongo, sin mirarlo, concentrada en la comida.

Como no contesta, levanto la vista hacia la suya. Me estremezco al encontrarme sus abrasadoras pupilas clavadas en mí.

—Eso me gustaría.

Su voz es cálida y ronca, y a mí se me forma un nudo en el estómago.

—Quizá lo hagamos —contesto, indiferente.

Frunce los labios para disimular una sonrisa y, durante un momento, los dos nos volcamos con la comida. Está todo exquisito. Me pregunto cuánto habrá pagado para reservar el restaurante entero.

Si es que ha pagado algo. Tal vez le haya hecho al dueño una *oferta que no ha podido rechazar*.

La idea me incomoda. Cuadro los hombros en la silla y me centro en el espárrago que me estoy comiendo.

De vez en cuando levanto la mirada de la mesa, y siempre que lo hago, él me atrapa con la suya.

—¿Tienes más familia, aparte de Mia? —pregunto, después de terminar todo lo que me había servido en mi plato. Él también ha terminado de comer.

—Sí. Otra hermana más. Violet. Vive en Nueva York. Es editora.

—Vaya. Qué glamuroso.

Una hermana psicóloga y la otra editora. Y él es un matón. Una familia con clase.

—¿Y tú?

Muevo la cabeza.

—No. Soy hija única. Perdí a mis padres cuando era muy pequeña, así que no, no tengo a nadie. Mi abuela me cuidó desde entonces, pero falleció recientemente. El invierno pasado le dio un infarto mientras veía su telenovela favorita. Aún no he superado del todo el luto. La idea de saberme sola en el mundo abruma un poco.

—Lo siento. —Cae en una silenciosa abstracción—. Eso... no lo sabía.

—¿Cómo ibas a saberlo?

Sus ojos se extravían hacia la chimenea, atraídos por el fuego que crepita en silencio.

Me hace gracia que haya elegido un restaurante con chimenea. Sé que no es casual. Me lo prometió, y él es un hombre que respeta su palabra.

—Sé cómo te sientes —dice, absorto en las llamas—. Cuando perdí a mi madre, tuve la misma sensación. Estaba completamente solo.

Verlo vulnerable me sobrecoge. Pongo la mano encima de la suya, y él gira la cara y me observa, sorprendido por la caricia.

—¿Cómo era tu madre?

Sus labios esbozan una sonrisa triste.

—Guapa. Era una mujer muy guapa. La gente del barrio solía decir que me parecía a ella. No lo sé. En las fotos no se distingue nada. Tenía el pelo rubio y lo llevaba... lo llevaba cortado en...

—¿Media melena? —propongo al ver el gesto de hace.

—Eso. Media melena. Le favorecía. Era... Joder, era una personita pequeña, no como yo. No la recuerdo muy bien, pero no creo que midiera más de metro sesenta y cinco. Ahora que lo pienso, creo que no nos parecemos en absoluto. No heredé gran cosa de mi madre. Tal vez el color de los ojos. Se llamaba Josie.

Se me forma un nudo de emoción en el pecho. Siempre parece tan duro, tan al mando de la situación, que resulta sobrecogedor conocer su lado humano.

Creo que, hasta ahora, no pensé que tuviera uno. No de verdad. Pero, cuando habla de su madre, algo cambia en él.

Y eso es bueno. Es muy bueno. Puede que su corazón no sea tan negro como creía.

—¿La echas de menos? —susurro con voz queda.

Pasea el dedo por el borde de su copa, distraído, perdido en sus pensamientos.

—¿Que si la echo de menos?

Sonríe para sí, levanta el rostro hacia el mío con deliberada lentitud y sus ojos se clavan en mis retinas de un modo tan profundo que me quedo sin aliento.

Distingo un brillo muy extraño en sus pupilas, algo que va más allá del dolor; algo colérico y oscuro que aniquila por completo todo lo bueno que hay en él.

No creo que esa marea oscura desaparezca nunca. Tan solo se retira, oculta, a la espera del momento idóneo.

—A veces pienso en ella. Los días duros. Cuando todo se vuelve muy difícil, me da por pensar en el pasado. Mi infancia, mi madre, lo duro que trabajó para no verme así... Nada ha salido como debía, Alexandra.

Lo dice como si, ser quien es ahora, tener a la ciudad entera a sus pies, fuera más bien un castigo en vez de un logro.

—¿Cómo...? ¿Qué pasó?

Su rostro es una máscara impasible y, si no fuera porque sus ojos revelan una pizca de sufrimiento, pensaría que no siente nada al recordar los hechos.

Pero ese pequeño brillo lo delata.

—Éramos... basura blanca. Vivíamos en Scoville Avenue, aunque hubo un tiempo en el que no éramos tan pobres. No lo recuerdo, solo sé que mi madre hablaba de una época en la que comprar el pan aún no era un lujo. Por lo visto, yo tenía un padre y ella no necesitaba dos empleos para poder pagar el alquiler de esa choza que se nos caía encima. Durante mucho tiempo no supe por qué se largó el hombre al que en algún momento llamé *papá*. Cada vez que se lo preguntaba a Josie, se echaba a llorar y no había forma de sonsacarle nada. Un día dejé de hacer preguntas. Ya no me importaba una mierda.

—¿Lo averiguaste alguna vez?

Se pasa los dedos por el pelo y luego asiente.

—Sí, hace años. Ella ya no estaba para entonces. No pude decirle que había encontrado a ese

puto traidor y que, si me lo pedía, podía hacerle pagar por todo el daño que nos había hecho.

La vulnerabilidad ha desaparecido por completo. En su lugar solo queda furia. El amor que siente por su madre no puede competir con la ira que su padre despierta en él.

El amor es poderoso, pero la ira es el sentimiento más puro que alberga el corazón humano.

El amor se corrompe. Incluso muere. Es débil y predecible.

La ira, en cambio, es un fuego que arde sin piedad. No puedes controlarla, y no se detendrá hasta arrasarlo todo a su paso.

—¿Crees que es lo que habría querido tu madre?, ¿venganza?

Mi pregunta consigue algo inesperado: que las sombras se aparten lo suficiente como para que vuelva a asomar un poco de humanidad en su mirada.

—No —admite al cabo de unos segundos, moviendo la cabeza—. Ella habría odiado eso. *La violencia nunca es la solución*, Ash. Me lo repetía a diario. Alexandra, ¿me creerías si te dijera que no he tenido elección?, ¿que todo lo que he hecho a lo largo de mi vida ha sido porque tenía que hacerlo?

En sus ojos brilla tanto arrepentimiento que no puedo evitar tragar saliva.

Entiendo lo que es no tener elección; hacer cosas horribles empujado por las circunstancias.

—Sí. Te creo —respondo, con la voz enronquecida de emoción.

Su cálida mirada me envuelve y, aunque intento resistirme, me pierdo en ella durante los crepitantes segundos en los que sus ojos me retienen. Nuestra conexión es muy profunda en este momento. Nada podría romperla. Estoy a punto de echar abajo sus muros, abrir la caja y contemplar el abismo que hay en su interior.

—Te parecerá mentira, pero no siempre fui quien soy ahora. Conozco la vulnerabilidad, es una sensación asquerosa que no quiero volver a probar nunca. Prefiero ser yo el que establezca las normas. En mi primer año en el colegio, recibía palizas a diario. Era un barrio peligroso, y a mí mi madre me había enseñado a poner la otra mejilla.

No quiero interrumpirle ahora, parece dispuesto a dejarme entrar, a mostrarme una faceta suya que tal vez nadie más conozca, así que me limito a acariciar la mano que aún sostengo por encima de la mesa y a asentir para animarlo a continuar.

Sus ojos se elevan por un segundo hacia los míos y noto que sucede algo entre nosotros, algo profundo que ni siquiera alcanzo a comprender. Es como si ya no hubiera barreras, como si la caja se hubiera abierto de repente y yo me hallara en el borde, contemplando los horrores que encierra dentro.

Es abrumador y, sin embargo, necesito hundirme en la oscuridad más y más. No puedo parar. *Tengo que saberlo todo.*

—En el segundo año, comprendí que o devuelves el golpe o estás muerto. Y golpeé. Joder, golpeé tan fuerte que me expulsaron durante tres días del colegio. Tenía mucha rabia acumulada. Lo peor de todo fue que ella no me castigó. Estaba preparado para un sermón. Incluso para un escarmiento físico. Pero lo único que recibí fue su silencio y esa mirada de decepción en sus ojos. Me dolió más que cualquier paliza.

—¿A quién pegaste?

Mueve la cabeza, desconcertado por mi pregunta, y me observa con ojos vidriosos.

—¿Qué?

—Devolviste el golpe. ¿A quién y por qué?

Se produce una pequeña pausa, en la que él me observa pensativo y yo intento no ceder ante el impulso de levantar la mano para alisar la arruga que se acaba de formar entre sus cejas.

—A uno de quinto.

—¿Por qué?

—¿Qué importa?

—Me importa a mí.

Hace una mueca.

—Acosaba a una niña de mi clase —contesta, varios segundos después, con un suspiro de hastío.

Una sonrisa apenas perceptible empieza a asomar en las esquinas de mi boca.

Es un villano noble. Vaya, vaya. Menuda caja de sorpresas. Está bien encontrar un poco de luz en toda esta oscuridad.

—Así que no lo hiciste por ti. Cuando te pegaban a ti, volvías la otra mejilla.

Una sonrisa irónica se expande lentamente por su rostro. Ha entendido por dónde voy y, a juzgar por el repentino brillo de su mirada, no está de acuerdo conmigo.

—No soy un héroe, Alexandra. No intentes buscar una justificación romántica en mis acciones. Yo no hago el bien.

—Ese día lo hiciste.

Mi afirmación le provoca una risa burlona.

—No, qué va. —Mueve la cabeza, muy divertido por la idea—. Ese día me tomé la justicia por mi mano. Eso no es muy heroico. Los héroes respetan las normas. Yo las vuelo por los aires. Le di una paliza porque... —tuerce los labios con desdén— bueno, porque me salió de los cojones. Y me dije a mí mismo que lo hacía por ella, pero en mi interior sabía que era mentira. La ira que me abrasaba las venas no tenía nada que ver con esa chica. Es complicado de explicar.

—La vida es complicada, Ash. Y la tuya lo parece aún más. Dime una cosa.

Había caído en una profunda abstracción, pero al oírme hablar, vuelve la levantar la mirada hacia la mía.

—¿El qué?

—He notado que las mujeres son tu talón de Aquiles.

Una sonrisa lenta que se inicia en la comisura derecha de su boca avanza milímetro a milímetro hasta convertirse en un gesto de lo más seductor.

—¿Es tu forma elegante de llamarme mujeriego?

Niego mientras analizo concentrada el azul que me agita el estómago.

—No me refería a eso. Intento comprenderte, atar cabos. La primera vez que pegas a alguien, es por una niña.

—Ese era el pretexto.

—O el detonante.

Sus labios se fruncen para ocultar la gracia que le hago. Siempre disfruta con estas pequeñas guerras dialécticas, aunque finja irritación.

—¿Vas a llevarme la contraria siempre?

—Solo cuando estés equivocado.

Suspira con la resignación de un mártir y se echa un poco hacia atrás para que el *maître* pueda colocarle delante el solomillo.

—Por lo que he oído por ahí, apoyas económicamente varias organizaciones benéficas —prosigue, cuando volvemos a estar solos—, y todas con un mismo objetivo, ayudar a mujeres que han sido víctimas de la brutalidad de los hombres. ¿Por qué lo haces?

La expresión de su rostro cambia, se vuelve dura e impenetrable.

—Porque me aburro.

Agito la cabeza con fastidio.

—Será mejor que lo dejemos aquí. Esto no va a funcionar si no me dejas entrar. Y ya estoy cansada.

—Por ella —gruñe exasperado cuando se da cuenta de que hablo en serio y que estoy levantándome de la silla.

Me desplomo en mi asiento.

Se frota los tatuajes de la mano derecha con las puntas de los dedos y me aguanta la mirada.

—La despidieron, y durante un par de meses apenas malvivimos, hasta que le salió trabajo en turno de noche. Yo no sabía a qué se dedicaba exactamente. Era muy pequeño como para... comprenderlo. Solo veía que, de repente, la gente ya no se sentaba cerca de nosotros en la iglesia. La comunidad empezó a excluirnos, como si hubiésemos dejado de existir para ellos. Cuando se lo pregunté a mi madre, se quedó con la mirada perdida en el vacío y ¿sabes lo que me dijo? Me dijo ¿qué sabrán ellos? No volví a hacerle preguntas. Pasaron años hasta que comprendí que ella era... que se había convertido en... —Cierra los ojos por un segundo y luego susurra— en una prostituta.

Me quedo helada.

—Ash. Lo siento mucho. A lo mejor no era el momento de sacar el tema. Yo no tenía ni idea de que...

Niega y, cuando me mira, me doy cuenta de que sus ojos se han vuelto relucientes. Casi me pillas desprevenida la desconcertante tristeza que nace en mi pecho, avivada por la inmensa desesperanza que parece consumirle a él.

—Tranquila. Eso está superado. Fue hace mucho tiempo y sé que lo hizo porque no había otra salida. Por eso intento ayudar a todas esas mujeres, para que al menos ellas tengan la opción de salir adelante.

—Eso es noble.

Mis palabras provocan un brillo colérico en lo más profundos de sus pupilas, un destello que concede a sus ojos el aspecto de unas ascuas ardientes.

—Deja de decir eso —me gruñe entre dientes—. Deja de pensar que soy una buena persona. No lo soy. Métetelo en la cabeza. No quiero que te hagas falsas expectativas respecto a mí. Siempre decepciono a la gente que me importa.

—¿Cómo murió tu madre?

Clava los ojos en los míos con expresión feroz.

Al ver que no me intimida, se dispone a decir algo, y puede que no sea algo que me guste, pero la repentina aparición de los camareros lo hace detenerse.

—¿Está todo a su gusto, señor? No... No están comiendo.

Pobre hombre. Parece angustiado. A lo mejor teme que el don vaya a pegarle un tiro si el solomillo está demasiado hecho para su gusto.

—Eh... Sí, lo siento. Todo bien. Solo estamos... conversando. Pero tiene razón, deberíamos comer, cielo. Esto estará ya frío.

Miro los solomillos intactos y la enorme fuente de patatas fritas que hay sobre la mesa. Son muy generosos con las porciones aquí, y yo no tengo apenas hambre. El estómago se me ha hecho un nudo.

—Podemos traerles otros solomillos, si lo desean.

Ash me mira con una ceja en alto.

—¿Alexandra?

—No, por mí está bien así.

—Pues nada, nos quedamos con estos. Gracias por preocuparse. Todo va bien.

Aprovecho el silencio para digerir lo que sé. Es tremendo. No digo que lo que haya vivido justifique algo de lo que hace, pero... Al menos lo comprendo.

Por fin comprendo la oscuridad que hay en él.

Mi obsesión es comprender a la gente, entender su motivación. Cuando veo un documental, cuando leo un libro, no descanso hasta comprender por qué.

Necesito saber por qué un padre de familia asesina a sus hijos y a su mujer antes de suicidarse, o por qué un personaje de ficción toma la decisión que toma.

Nunca los juzgo. No tengo el sentido de justicia de Ash. Yo solo aspiro a entenderlos, entrar en su mente y desentrañar el mecanismo que los hace actuar como actúan.

Con él lo he conseguido. Ahora sé por qué es como es. Sé que la violencia acarrea más violencia, hasta que se llega a un punto sin retorno, en el que todo a tu alrededor se convierte en un tú contra ellos.

Lo observo con disimulo mientras se come su filete.

No sé si siempre tiene tanto apetito o es que no le apetece seguir hablando de sí mismo.

Mi pregunta sobre la muerte de su madre aún flota entre nosotros, pero no pienso insistir. Esperaré hasta que esté listo para contármelo. Hay puertas que se tienen que volar por los aires y puertas delante de las cuales has de esperar paciente hasta que se abran.

Voy por la mitad de mi solomillo cuando Ash suelta los cubiertos encima de su plato y sus ojos se clavan en los míos, afilados como un puñal.

—¿Quieres que te lo cuente? Vale. Te lo contaré. Pero después de esta noche se acabaron las preguntas personales.

—Bien.

—Cojonudo. Esto es lo que pasó: era Halloween y yo estaba solo en casa. Mi madre había salido a trabajar, en fin, a hacer las calles y, como yo ya había robado suficientes caramelos en la tienda de la esquina, me quedé viendo la tele, en vez de disfrazarme e ir a pedir más chuches por el barrio. En Halloween echaban películas de miedo y me encantaba verlas, sobre todo porque Josie nunca me dejaba poner *esas porquerías que ofenden a Dios*. Estaba ahí de puta madre, hasta las cejas de azúcar y acojonado por la película, cuando llamaron al timbre. Me extrañó, porque a ningún crío de por ahí se le habría ocurrido venir a pedirnos caramelos a nosotros. Fui a abrir y... resultó ser la policía, venían a comunicarme que mi madre había sufrido un accidente. Me llevaron ellos al hospital. Era la primera vez que subía a un coche patrulla. Estaba cegado por las luces. Aborto. En esa época quería ser policía.

Calla y sus ojos recorren mi rostro con languidez. No digo nada, no hay nada que decir, solo puedo emplearme del silencio para animarlo a seguir.

A veces, el silencio transmite más que mil palabras. Ese *estoy a tu lado, puedes contármelo*, es algo que se siente, no algo que se dice.

Y, al cabo de unos segundos, Ash retoma el relato.

—No la reconocí, Alexandra —murmura, con la voz enronquecida por la emoción—. Estaba destrozada, conectada a toda clase de aparatos que yo no tenía ni idea de para qué servían. Su rostro estaba desfigurado, joder.

Se me pone un nudo en la garganta y enseguida empieza a escocerme.

—¿Qué clase de accidente sufrió? —consigo preguntar sin que me tiemble demasiado la voz.

—Una paliza. Había recibido tantos golpes y tan brutales que nunca se recuperó. No volvió a levantarse de la cama. Jamás. Fue un cliente, alguien que pensó que, por ser una puta, su vida valía una mierda. Dio por hecho que no tenía un hijo esperándola en casa, ni planes, ni sueños. Solo estaba ahí para complacerlo, para satisfacer sus deseos más enfermizos e inconfesables y, si era necesario, también para morir por él.

Me cubro la boca con las dos manos. Él me aguanta la mirada con gesto pétreo.

—¿Contenta? Hala, esta es oficialmente la puta cita más deprimente de la historia.

—¿Cuántos años tenías?

Ríe con incredulidad y cabecea al ver que no tengo pensado parar, que sigo queriendo saber más, comprenderlo todo.

La risa se apaga pronto, y su mirada me atraviesa con tanta hostilidad que doy un pequeño respingo cuando vuelve a hablar.

No esperaba que fuera a hacerlo.

—Once años y cinco meses. Todo lo que podía haber sido acabó esa noche. Quizá en otras circunstancias habría tenido una vida normal, me habría convertido en policía o... médico, vete tú a saber. Pero, esa noche, alguien tomó la decisión por mí. Todo cambió muy deprisa, y fue irreversible. Dejé de seguir las enseñanzas de mi madre y las de Dios. Mi madre no podía moverse. En cuanto a Dios... Si es que existía, estaba muerto para mí. Solo me tenía a mí mismo. Y había que actuar en consecuencia.

—¿Qué hay del resto de tu familia?, ¿no había ningún adulto que se hiciera cargo de ti?

—Mi tía, la hermana de mi madre, era mi pariente más cercano, pero era una drogadicta fichada por la policía y los Servicios Sociales rechazaron su solicitud de custodia. Como nadie más estaba interesado, fallaron a favor del estado. Oficialmente, yo era huérfano. Me encerraron unas cuantas veces en un centro de acogida de menores, pero siempre me escapaba para volver a casa. No podía dejarla, ¿entiendes? Josie no tenía a nadie más. Su hermana no estaba en sus cabales. Mi tía era, es, una colgada. Yo era el único que podía hacer algo por ella.

¿Me está diciendo que se quedó al cargo de su madre paralítica?

—¿No vinieron a buscarte? —pregunto, sin dar crédito.

—Sí, varias veces, pero no me encontraron —responde, apretando los labios—. No quería volver ahí y me las apañé para esconderme siempre que venían a por mí. En el barrio nadie se fiaba de las autoridades. Los vecinos declararon no haberme visto nunca por la zona y al cabo de unos cuantos meses cesó la búsqueda. Me dieron por desaparecido. Era habitual que los chicos de mi edad desaparecieran sin más en nuestro barrio. A veces los vendían sus propios padres. Los chicos acababan en el mundo del narcotráfico. Las chicas, en el de la prostitución. Tiempos difíciles.

Estoy atónita. Me doy cuenta de que me tiembla la mano alrededor de la copa de vino que acabo de coger.

Me bebo más de la mitad mientras la información se asienta en mi cabeza. Sé que esa realidad existe, que miles o puede que millones de niños alrededor del mundo están siendo explotados por personas crueles y sin escrúpulos, pero estar al tanto no lo vuelve menos nauseabundo.

—¿Cómo os las apañasteis tu madre y tú? —pregunto después de un buen rato, cruzando una mirada con él.

Ash se encoge de hombros.

—Nuestra casera se convirtió en su tutora legal. A mi madre le asignaron una paga después

del *accidente*. Esa vieja avariciosa se llevaba más de la mitad del dinero, solo por firmar alguna cosa de vez en cuando, realizar algún trámite. Lo que quedaba para nosotros era insuficiente. Había que comer, comprar medicinas, pagar el alquiler y cuidados que la ayuda no cubría... No me quedó otra que pedirle trabajo a Jude.

—¿*Trabajo*? —repongo, perpleja—. ¿Qué podría hacer un niño de once años?

—Llevar drogas y armas de un sitio al otro —responde, con la voz carente de cualquier emoción humana—. Un crío con una mochila es menos sospechoso que un adulto.

Estoy tan estupefacta que necesito un momento para asimilar todo esto.

Me acabo el vino que me queda en la copa y completo mentalmente algunos espacios libres del puzle. Me apetece fumarme un cigarrillo. Qué lástima haberlo dejado. Los parches de nicotina son un débil sustituto.

—¿Nadie os ayudó? —vuelvo a interrogarlo cuando me siento lista para continuar.

—En realidad, sí. Un grupo de gente de color del barrio se involucraron bastante con nosotros. Se sentían igual de marginalizados y nos hicimos amigos. Siempre que podían, nos traían ropa, comida... Una o dos veces nos pagaron incluso la calefacción.

—¿Estás hablando de uno de esos grupos religiosos que hacen labores sociales?

—Estoy hablando de los putos Panteras Negras. Lo que quedaba de su organización por aquel entonces. Ya se estaban desintegrando.

Me retiene con su mirada azul durante unos segundos, en los que el pulso me late en los oídos a una velocidad preocupante. Me hundo en cada vez más confusión; en la incertidumbre de unas emociones desconocidas hasta la fecha.

Me esfuerzo por frenar la conexión que de un modo completamente retorcido estoy creando con este hombre, peligroso para mí en todos los aspectos de la palabra, pero no puedo evitarlo. Esto es más fuerte que yo.

—¿Por qué retiraste la denuncia? —me suelta de sopetón.

—¿Qué? —repongo, sorprendida por el repentino cambio de tema y la rigidez de su rostro.

—Joder, te acabo de contar toda mi vida, cosas que nunca he compartido con nadie. Necesito que me des algo a cambio.

Adopto una expresión inmutable y finjo que su voz oxidada no me ha barrido como una ola otra vez.

Tengo que respirar hondo antes de responder, porque siento que no voy a ser capaz de hablar sin que me fallen las palabras.

—Nadie me creyó.

—¿Te amenazaron?

—No dijeron nada que yo no supiera a esas alturas. ¿Que los jueces eran suyos? Lo sabía. ¿Que el informe médico que certificaba mis lesiones había desaparecido como por arte de magia? Era de esperar. Sin pruebas, solo tenía mi palabra, que pesaba mucho menos que la suya.

—Comprendo —murmura, recorriéndose el labio inferior con la lengua antes de morderse—. ¿Qué quieres que pidamos de postre?

Me echo hacia atrás en la silla e inspecciono, un poco confundida, el impenetrable azul que no hay forma de descifrar.

—¿No necesitas que te desvele nada más?

Niega con la cabeza. Lo he hecho sonreír. ¿Por qué encuentra tan divertida mi pregunta?

—Cómo has dicho, Alexandra, lo sé todo sobre ti.

Ah. *Por eso*.

—Ya que has abierto el tema, ¿puedo saber cómo has averiguado esto?

Sus labios esbozan una media sonrisa maliciosa.

—Un mago nunca desvela sus trucos, cielo. ¿Qué tal el tiramisú?

—El tiramisú es uno de mis postres favoritos.

—¿De verdad?

—¿No lo ponía en tu informe?

Asiente fastidiado.

—Me lo he ganado a pulso.

Capítulo 18

**En la tierra de los dioses y los monstruos,
yo era un ángel viviendo en el
jardín del mal.**

(Canción *Gods & Monsters*,
Lana del Rey)

Alexandra

Siendo honesta, sé lo que estoy haciendo, veo las magnitudes del desastre hacia el cual me estoy encaminando y... no hago nada por detenerlo.

No sé si esto tiene algo que ver con el masoquismo o es que tuve una figura paterna demasiado dominante hasta que un accidente la hiciera desaparecer de mi vida y ahora ando un poco perdida respecto a los hombres.

Sea cual sea el motivo de mi descabellado comportamiento que no voy a molestarme en intentar comprender, Ash me acaba de invitar a tomar la última copa en su casa y... he dicho que sí.

No quiero que la noche termine aún.

No quiero que *nada* de esto termine aún.

Estoy realmente enganchada.

Al verlo por primera vez, fue como si me hubiese partido un rayo por la mitad. El mundo giraba a cámara lenta.

Esperaba que, con el paso del tiempo, la sensación disminuyera. Se suponía que el corazón tenía que dejar de martillearme con tanta fuerza en el pecho.

Estaba segura de que me acostumbraría a estar cerca de él sin que su presencia me alterara tanto.

Pero mi descontrol parece ir a más con cada segundo que paso a su lado.

Que sea tan prohibitivo y desaconsejable acercarse a él no hace más que añadirle emoción al asunto. Odio la maldita sensación de vértigo que me domina cada vez que estamos juntos.

La odio y, a pesar de todo, la necesito; la necesito con absoluta desesperación.

Aunque esta noche me ha desvelado detalles importantes de su vida privada, todavía estoy muy lejos de completar el puzzle. No sé cómo un crío de once años que trasportaba drogas y armas de un lado al otro y se ocultaba de los asistentes sociales para no volver a terminar encerrado en un centro de acogida de menores, acabó convirtiéndose en el hombre que es ahora, poderoso, rico, dueño de sí mismo y de todo lo que hay a su alrededor.

Tengo preguntas que algún día querré que me responda.

Al principio, me dije a mí misma que no debía obsesionarme.

Pero ¿a quién pretendo engañar? Ya estoy obsesionada.

Durante el postre y media botella de *limoncello*, hemos hablado de mil cosas sin importancia, de manías que tenemos cada uno, de sitios que hemos visitado o que nos gustaría visitar; hemos contado anécdotas de nuestra niñez.

Me ha confesado que no ha podido cogerse vacaciones en los últimos doce años y que, si su ajetreada vida laboral se lo permitiera, le gustaría irse a la playa, sentarse en una silla de cara al océano y sentir la arena caliente bajo los pies.

Solo eso. Solo la puta arena.

Me ha escuchado con un interés casi estremecedor cuando le he desvelado cosas sobre mí, pequeñeces, nada importante. Mi vida ha sido muy convencional comparada con la suya.

Aun así, él ha estado absorbiendo cada palabra, y me ha mirado siempre a los ojos, con esa sonrisa leve, apenas esbozada, que te hace querer sonreírle de vuelta.

He descubierto que tiene un sentido del humor bastante inteligente y que le gusta leer. No lo hace solo para combatir el insomnio. Lo disfruta.

Se le da bien el ajedrez, y cree que la música que han sacado después de los noventa bien se la podrían haber ahorrado. Con pequeñas excepciones.

Practica boxeo, aunque supongo que eso lo sospeché desde el primer día. Solo hay que ver la perfecta forma física en la que está.

Yo no he sido tan generosa como él con la información proporcionada. Le he dicho que me gustan los asesinos. Se ha quedado a cuadros.

—A ver, no es que sea una de esas locas que se enamoran de un asesino y se casan con él —me he visto obligada a aclarar con una risita nerviosa en la garganta—. Quiero decir que sigo todos los documentales sobre crímenes que echan en la tele. No lo sé, los encuentro fascinantes.

—¿Que una persona mate a otra te parece fascinante? —repuso, perplejo.

—No. Eso no. Eso es horrible. Pero no es el acto, el crimen en sí, lo que percibo cuando me sumerjo en la historia. Es difícil de explicar. Digamos que, de algún modo, me las apaño para desprenderme de la brutalidad de los hechos. Nunca veo a las víctimas como seres humanos que pueden sentir dolor o angustia o sufrimiento. Para mí son fórmulas matemáticas con un resultado que aún no conozco y necesito conocer.

—¿Y cómo se resuelve una fórmula así?

Estaba confuso. Tenía el ceño fruncido.

Aunque también estaba muy interesado.

Me mojé los labios con un sorbo de *limoncello* para ganar algo de tiempo. Era difícil de explicar, necesitaba encontrar las palabras.

—Pues... muchas veces solo hace falta meterse en la mente del que lo hizo. No se trata de juzgar, sino de entender. Saber quién es, *cómo* es, ayuda a la hora de adivinar sus motivaciones. Digamos que a mí me gusta... descifrar mentes más perturbadas que la mía. Es un interés bastante científico. Podría haberme dado por hacer macramé, pero esto me pareció más entretenido.

Sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa.

—¿Eres aficionada a las novelas de misterio?

—Más bien, a la psicología del crimen.

—Así que coges a alguien retorcido y le destripas el cerebro.

—Sí, supongo que es una buena forma de definirlo.

—¿Y por qué te has aficionado a algo así? —me preguntó, perplejo todavía.

Me encogí de hombros.

—¿Por qué te has aficionado tú al boxeo?

Se lo pensó un momento.

—Porque me quita el estrés, me mantiene en forma, tranquilito...

—Pues, a mí, analizar mentes malignas me quita el estrés y me mantiene en forma y tranquila.

Se echó a reír y me sirvió más *limoncello*.

—Eres una mujer fascinante, Alexandra. Tus inquietudes son... curiosas.

—¿Me sirves otro chupito? No habrás planeado jugar con ventaja, espero.

El guiño que me lanzó me hizo contener el aliento.

—¿Tú qué crees?

Me mordisqueé el labio y él me miró la boca con tal intensidad que no me costó nada descifrar su mente. Me había entrenado con montones de seres humanos peores que él.

Y ahora estamos aquí, en su coche, cruzando la verja de su casa.

No me explico por qué necesita una nueva mansión si ya tiene esta. Parece bastante impresionante. Un poco más discreta que la otra, tal vez.

Quizá sea por eso. Ha decidido pegar el salto al mejor barrio y el más caro de la ciudad, codearse con los peces más gordos, jueces de distrito, congresistas, lo mejorcito de Cleveland para lavar su reputación y volverse *respetable*.

—¿Llevas mucho tiempo viviendo aquí?

—Unos años.

El coche se detiene cerca de la entrada. Bajamos a la vez. Me abrazo a mí misma para conservar algo de calor corporal. Hace un frío de narices en la calle, un viento seco que te barre de arriba abajo. Falta una semana para Navidad.

La idea entristece cuando no tienes a nadie con quién celebrarla.

Me la quito de la cabeza para no deprimirme y observo la propiedad desde un punto de vista profesional.

—Una casa muy bonita.

—Espera a verla por dentro. A lo mejor cambias de opinión.

Me echo a reír.

Las luces, tanto las de dentro como las de fuera, están apagadas. Ash me coge de la mano para guiarme en la oscuridad. Los latidos de mi corazón se aceleran violentamente. Me pregunto si alguna vez me acostumbraré, si algún día dejaré de sentir este cosquilleo en las venas o esta sensación de anticipación en el estómago. Siempre están ahí. Incluso cuando alguien menciona su nombre. Es preocupante.

En el vestíbulo me libera la mano para encender la luz. Me mordisqueo el labio mientras espero a que desactive la alarma. Estoy bastante nerviosa, la verdad.

Para distraerme con algo, analizo cada rincón, cada detalle. La sala de estar es bonita, amplia, bien decorada, aunque es la evidente obra de un aficionado. No parece un piso piloto. Es un hogar.

—Sigue pareciéndome bonita.

—Bien. —Riéndose, se vuelve de cara a mí y con un gesto me invita a tomar asiento en el sofá—. ¿Qué tomas, martini?

—Si no tienes, no pasa nada.

—Claro que tengo. Sabía que vendrías.

No puedo contener la sonrisa mientras me quito el abrigo, lo doblo sobre el respaldo del sofá y me siento, cruzando las piernas a la altura de los tobillos.

—¿Cómo es que estabas tan seguro de que acabaría cambiando de opinión?

Levanta la vista para lanzarme una mirada tan penetrante que mis hormonas se revuelven inquietas.

Incluso desde la otra punta de la habitación puedo sentir la poderosa fuerza sexual que transmite.

—Me aseguré de eso ayer.

No me cabe duda de que se refiere al bochornoso episodio del sofá.

Me recorre una intensa oleada de placer sexual y otra aún más irritante de vergüenza cuando recuerdo de qué forma me dejé llevar.

Como me mira fijamente, debe de notar que me estoy sonrojando, porque sonrío, niega para sí y se pone a preparar las copas.

¿Es malo que me guste?

O, dicho de otra manera, ¿cuántas de mis reglas infrinjo solo por estar aquí, en su sofá, y permitirme a mí misma sentir las intensas vibraciones eróticas que contraen mi sexo con tanta fuerza que no dejo de apretar los muslos?

—¿Hielo?

—No. Así está bien. No me gusta aguado.

Se me acerca con las dos copas en la mano y una sonrisa de lado en el rostro.

—A mí tampoco.

Apenas me atrevo a respirar, mucho menos a romper el sensual hechizo en el que están inmersas nuestras miradas.

Observo con la garganta seca la forma decidida en la que se mueve, me demoro un poco sobre el contorno atlético de su monumental silueta, antes de precipitarme de nuevo hacia su rostro, que no desvela mucho.

Parece la clase de hombre que tiene el mundo a sus pies; de los que caminan por encima de los cadáveres de los demás.

En su caso, puede que sea literal. La dureza de sus facciones, su falta de humanidad mientras apretaba la boca de la pistola contra la sien de Bobby Star todavía me estremecen.

Cojo el vaso que me ofrece sin arrancar los ojos de los suyos.

—Gracias.

—No hay de qué.

Sorbe un poco de whisky, se suelta los botones de la chaqueta con dos dedos y se sienta a mi lado.

—Alexa, pon algo de música.

—*Aquí tienes, un mix para ti en Amazon Music* —responde Alexa.

Sonrío para mí antes de probar el martini.

—¿Qué es? —pregunto al no reconocer la canción.

—Kovacs. *My Love*.

—No la conozco.

—Es buena.

—Suenan bien. —«Suenan muy bien». ¿A qué estamos jugando, Ash? —le suelto de sopetón, volviéndome de cara a él—. Martini, música... Cualquiera diría que intentas seducirme a la antigua usanza, lo cual me desconcierta porque dijiste que no eres esa clase de tío y que no

debo esperar nada de ti.

Una emoción que no me da tiempo a identificar cruza como un relámpago sus hipnóticos iris azules. Tarda solo unas milésimas de segundo en apagarse.

—Ayer, cuando saliste corriendo, temí no volver a verte.

—No salí corriendo —lo corrijo con desdén—. Caminé tranquilamente hasta la parada de taxi.

Su risa me produce un escalofrío agradable que me recorre la espalda.

Deja rodar los ojos con languidez por todo mi rostro y poco a poco su semblante recupera el aire serio.

—Que me dejaras plantado en el club me ha hecho replantearme mis sentimientos.

Sorbo un poco de martini con las dos cejas arqueadas.

—Ah. ¿Es que tú tienes sentimientos?

Mi tono de burla le arranca una sonrisa socarrona.

—No soy un robot, Alexandra.

—A veces creo que sí.

Me coge de la mano y respira hondo, ligeramente exasperado.

—Pues te equivocas —susurra con suavidad. Me quita con delicadeza la copa de martini de entre los dedos, se deshace de ella dejándola encima de la mesa y sus ojos vuelven a sondear mi rostro, con tanta intensidad que siento un latigazo de anhelo en el vientre—. Todo esto es nuevo para mí. Tú... me haces sentir cosas que desconozco por completo. Cuando estoy contigo, me cuesta... mantener el control —su voz se convierte en un susurro ronco y cálido hacia el final de la frase y me doy cuenta de que mis posibilidades de salir incólume de esto son prácticamente nulas.

No me atrevo a moverme, y Ash coge mi rostro entre las manos y me obliga a mirarlo.

Al estar tan cerca el uno del otro, inhalo su aroma y la retengo unos segundos en los pulmones. Un deseo caliente y líquido me enciende la sangre.

—Alexandra, ¿qué te parece si te beso ahora? Llevo toda la noche conteniéndome.

Esto me aturde. Nunca me he sentido tan deseada. Ni tan asustada. No de él. Pero sí de mí misma. Cuando estoy a su lado, parezco diferente.

Digo que sí con un gesto rápido. El alivio que lo inunda es casi palpable.

Cierro los ojos cuando me pone una mano en la nuca y acerca mi cara a la suya.

Al no recibir ningún estímulo visual, mis sentidos se agudizan tanto que percibo incluso la electricidad del aire que tiembla, cargado de expectativa, a nuestro alrededor.

Cuanto más retrasa el momento, más loca me está volviendo.

—Eh, mírame.

Su cálida voz me inunda por completo.

Y me rindo. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

Separo los párpados, y entonces él entierra los dedos en mi pelo y sella nuestros labios con un beso que está a punto de hacerme perder el poco control que aún poseo sobre la situación.

Me devora con los labios, antes de buscarme la lengua. No me resisto, se la ofrezco y, nada más rozar la suya, ya siento mi cuerpo humedecerse y palpar.

Intento no dejarme barrer por la ola de deseo que amenaza con arrastrarme hacia la nada, pero es imposible resistirse. Nuestras lenguas parecen eléctricas. Cada vez que se rozan, siento una brutal descarga entre las piernas.

Esto me supera por completo.

El placer de verse poseída es demasiado intenso. Y él toma mi boca con tanta ferocidad que, durante el tiempo que dura el beso, solo existen los labios que se mueven sobre los míos, a veces con ternura, otras con exigencia y, la mayor parte del tiempo, con una violencia controlada que me estremece hasta la médula.

Mientras nuestras bocas follan ansiosas, clavo los dedos en la manga de su chaqueta, lo cual lo hace relajarse, bajar un poco el ritmo, entender que no pienso salir corriendo de nuevo.

Y el mundo vuelve a girar a cámara lenta.

La cabeza me da mil vueltas. No he bebido tanto como para estar tan mareada. Me gusta cómo me siento, por muy malo que me parezca sentirse así.

Nuestras lenguas cabalgan ahora en un baile sensual, lánguido, aún más enloquecedor.

En cuestión de segundos, estoy total y completamente perdida en él.

Ahora entiendo a qué se refería con lo del control. A mí también me cuesta contenerme. Quiero tocarlo, acariciarlo, sentir el calor de su piel bajo las yemas de los dedos, cada musculo tenso y definido; lamer el abdomen que se contrae por debajo de su camisa, rodearlo entre las piernas y conducirlo hasta lo más profundo de mí.

Mi lado racional me dice que no deberíamos estar haciendo esto, que debería ponerle fin antes de que su fuego me convierta en cenizas, pero el contraste entre la dulzura de su boca y la intensidad de sus caricias me vuelve lo bastante irracional como para ignorar las advertencias.

En vez de apartarlo, mi lenguaje corporal lo anima a seguir. Me arqueo hacia él, froto mi cuerpo contra el suyo, introduzco la lengua en su boca con un hambre cada vez mayor. Me siento desatada, sexy y muy deseada. No puedo parar.

—Si sigues moviéndote así, vas a volverme loco —murmura, deteniéndose por unos segundos encima de mis labios—. Tengo la polla dura desde ayer. No quiero correr riesgos innecesarios. Llevo demasiado tiempo esperando este momento como para querer convertir nuestro primer polvo en una chapuza.

Me separo unos centímetros, lo suficiente como para quedar anclada a sus ardientes ojos azules.

Su rostro muestra una expresión salvaje, llena de ansia.

—No vamos a echar un polvo, Ash. Solo te estoy besando. Si no me falla la memoria, me invitaste a tu casa a tomar la última copa, no a follar.

Su sonrisa se va intensificando hacia el final de mi frase.

—Era un eufemismo, cielo —murmura mientras hunde la mano en mi recogido, cubre mi boca con la suya y abre los labios lentamente.

Me acaba de desarmar así de fácil, porque yo también separo los míos y entonces él me mete la lengua dentro y me arrastra a un beso posesivo que incrementa todavía más el explosivo deseo que se está acumulando entre mis piernas.

Con una lentitud deliberada, mientras su lengua se desliza sobre la mía, me acaricia la parte baja de la espalda, empleando solo las puntas de los dedos. Su otra mano me sostiene la cabeza, para que no me aleje otra vez.

Lo que despierto en él es más que evidente; la tiene como una piedra y yo intento contenerme y no acariciarla. Si empiezo, no podré parar, y una parte de mí quiere detenerse. Salir corriendo. No volver a verle nunca.

Nos besamos con creciente urgencia, cada vez más cerca del límite.

Cuando nuestros labios se separan solo unos milímetros en busca de oxígeno, estoy a cien. Nunca me he sentido así. Nunca. Y no quiero que se acabe.

No obstante...

—Ash...

Niega lentamente, me rodea la cara entre los dedos y me besa en los labios con una dulzura que me hace guardar silencio.

Debe de intuir lo que estoy a punto de decir.

—No me pidas que pare. Sabes que lo deseas tanto como yo.

—Pero no debo desearlo.

La mirada que intenta descifrar la mía se enturbia.

—¿Por qué no?

—Trabajo para ti.

«Entre otras mil cosas más».

—No voy a dejar que eso se interponga en el camino de lo que tú y yo tenemos.

—¿Y qué tenemos? —repongo, apartando furiosa las manos que sostienen mi cara casi pegada a la suya—. ¡Nada! Esto solo es físico.

—Ayer habría estado completamente de acuerdo contigo, créeme. Pero hoy... Hoy todo es diferente, pequeña—. Me acaricia la mejilla con los nudillos, y yo no puedo evitar estremecerme por culpa de las chispas que estallan entre nosotros, como cada vez que nos tocamos—. No sé qué etiqueta poner a esto, pero... —Sujetándome por la cintura, me atrae de nuevo hacia él, hacia la enérgica tibieza que desprende su pecho—. Lo que siento por ti es real. No creo que pueda explicarte algo que ni yo mismo comprendo. Solo sé que, cuando te toco, cuando te beso, me siento vivo otra vez. Y eso me gusta mucho. Es excitante, porque he estado muerto durante demasiado tiempo y de alguna forma tú me has traído de vuelta. Eres mucho más que una obsesión. Me estoy enamorando de ti, Alexandra. Va en serio.

Sus palabras me dejan sin aliento. No sé qué responder. No quiero romper el hechizo que flota en el aire, así que no digo nada, solo me rindo, acerco la boca a la suya y se la ofrezco de nuevo.

Con un gruñido de aprobación brotándole desde lo más profundo de la garganta, Ash me coge la cara con una mano y se funde conmigo en un beso arrasador.

El sabor a martini de mi lengua se mezcla con su propio aroma masculino y un enloquecedor toque a whisky, y la intensidad de su beso me aturde tanto que ni siquiera me doy cuenta de que me ha desatado el nudo que sostenía mi vestido hasta que siento la frialdad del aire en mi espalda desnuda.

No llevo sujetador, el vestido no lo permitía, y Ash aparta la boca de la mía y me devora con sus ardientes ojos azules, llenos de un deseo salvaje.

No hace falta que me lo pregunte. No es suficiente con un beso. Y él lo sabe tan bien como yo.

—Nunca me cansaría de mirarte.

La oscuridad de su expresión facial me hace comprimir los músculos internos de pura necesidad.

Con la mandíbula en tensión, levanta el brazo y me toca un pecho, lo cubre con la mano y aprieta un poco, sin dejar de estudiar mi expresión, absorto en ella. La sensación de su áspera piel contra la mía es tan intensa que noto cómo mi cuerpo se abre a él de inmediato, al igual que lo hacen los labios que lo reclaman otra vez.

Cuando me atrae hacia sí, ya no pienso en nada, solo me aferro a él y me dejo arrastrar por la oleada de placer que me arrolla.

Nuestras bocas se funden en un beso aún más desesperado que el anterior, que me hace comprender que no hay vuelta atrás. Se está abriendo un abismo entre la persona que era antes de Ash y la que soy ahora, y no estoy segura de ser capaz de salir de él con el corazón intacto.

Supongo que tendré que correr algunos riesgos por el camino.

Deliberadamente despacio, traza un círculo sobre la punta de mi pezón con el pulgar, enviando vibrantes ondas de placer a todo mi cuerpo. Todavía tengo su boca encima de la mía, aunque ya no me está besando, solo me retiene a su lado unos segundos más, mientras los dos intentamos acompasar la respiración y saboreamos la espera.

Le paso los dedos por el pelo y lo miro fascinada, y él me sonrío un poco.

—Ven aquí, pequeña —susurra, con la voz suave y ondulante.

Sus manos me instan a abandonar el sofá. Termino de pie, colocada entre sus rodillas, con las manos apoyadas en sus hombros. Él permanece sentado.

Observa los pequeños pechos que quedan justo a la altura de su rostro y, después de intercambiar una mirada conmigo, me pasa la lengua por uno de los pezones.

Extasiada, hundo los dedos en su cabello para sujetarme a algo firme que mantenga mis pies clavados en el suelo y me rindo ante la fricción de su barba contra mi piel.

Separo los labios para poder seguir respirando y arqueo la espalda para indicarle lo mucho que lo estoy disfrutando. La sensación de su lengua moviendo el sensible pezón de un lado al otro es casi dolorosa.

Suspiro con frustración cuando se detiene y echa la cabeza hacia atrás hasta atrapar mi mirada.

La languidez con la que se arrastran sus ojos por mi cuerpo casi desnudo me sacude con fuerza.

Me siento un poco abrumada por la intensidad de mis emociones, aunque también aliviada al comprobar que no estoy sola en el abismo. Algo en sus ojos me dice que lo que sea que se esté iniciando entre nosotros esta noche nos afecta por igual.

Nuestras miradas se funden y se sostienen mientras sus manos arrastran hacia abajo el vestido que cuelga de mis caderas y, con él, las finas tiras de encaje negro que en cierto modo me protegían de él.

Ignoro los gritos de mi conciencia, todos los avisos sensatos que me envía mi cerebro; aniquilo hasta el último resquicio de resistencia y, en vez de luchar, me rindo y dejo que me mire, que se empape en mí.

Después de recorrerme el cuerpo de arriba abajo con esa mirada lenta y cargada de deseo, me rodea con los brazos y me lleva consigo, hasta que acabo sentada en su regazo, con las piernas enroscadas alrededor de su cintura.

Pone la mano en mi nuca, aproxima mi cara a la suya y me vuelve a besar. Me tenso contra su pecho cuando su lengua caliente y húmeda se desliza entre mis labios y empieza a dar vueltas lentas y embriagadoras por toda mi boca.

Esta vez no hay prisa, nos tomamos todo el tiempo del mundo para explorar cada rincón de nuestras bocas. Tengo la sensación de que intenta contenerse, como si pretendiera que esto durara para siempre.

Sus dedos dibujan el contorno de mis pezones. Me agarro a sus hombros y dejo que me meza despacio encima de su feroz erección.

Es un poco injusto que siga vestido. Decido que ya va siendo hora de que yo también me deleite con su cuerpo, y empiezo a desabrocharle impaciente los botones de la camisa.

Sonríe en mi boca y sigue besándome larga e intensamente. Consigo soltar los botones hasta la altura de sus pectorales, pero a partir de ahí me cuesta, estamos demasiado cerca el uno del otro y no tengo libertad de movimiento.

Se da cuenta de que me he estancado y su mano se encuentra con la mía y juntas liberan el resto de botones.

Cuelo la palma a través de su camisa abierta, la deslizo por el muro de músculos que arden bajo mi piel, delinear los firmes escalones de su abdomen uno a uno y luego le clavo las uñas en el costado. Le gusta que lo toque; reclama mi boca con más necesidad y su erección palpita por debajo de mi cuerpo.

Me vuelvo más osada, mis dedos descienden hasta llegar al botón de sus pantalones. Se estremece un poco cuando cuelo la punta del dedo por debajo, pero no me aparta. Me está dando libertad para que haga lo que me plazca, y me encanta.

Libero el botón y busco indecisa sus ojos azules.

—Hazlo. Tócame —me pide con la voz quebrada.

Trago saliva y dejo que mis dedos crucen la barrera de su ropa hasta que me topo con algo caliente y enorme que late contra mi palma. Lo rodeo entre los dedos. Ash se queda quieto y noto que su respiración cambia, se vuelve rápida y brusca mientras me observa con ojos ardientes de pasión.

Sus labios se abren para hablar, pero no lo hace. Se limita a mirarme durante unos segundos eternos, como si tratara de descifrar mi mente. Me siento como si estuviéramos suspendidos en el tiempo.

Finalmente, me pregunta en voz baja, muy ronca:

—¿Me lo quito?

Asiento despacio y él me levanta sin ningún esfuerzo con una mano y con la otra se baja los pantalones y los bóxers a la vez.

Cuando me deja caer otra vez en su regazo y enrosco las piernas alrededor de su cintura, mi piel húmeda late encima de la suya y un deseo muy caliente abrasa cada una de las fibras de mi cuerpo.

Una mirada. Otro beso. Nuestras lenguas cabalgan juntas, sus dedos recorren mi piel, chispas eléctricas que me acarician los muslos, la espalda...

Me agarra con fuerza por las caderas y presiona mi excitado clítoris contra su polla. Esto es demasiado bueno.

—¿Qué tal si nos vamos a la cama? El sofá se nos va a quedar pequeño.

Asiento, con su rostro a milímetros del mío y nuestros sexos frotándose en busca de más placer.

Me dispongo a levantarme, pero pone una mano en mi nuca y me retiene a su lado un momento más. La fascinación con la que me observa me hace sentirme especial, como si yo fuera una exquisita obra de arte que se muere por poseer.

—Vas a acabar conmigo, Alexandra.

Le clavo los dedos en el mentón y, después de besarlo en la boca, dejo un suave rastro de besos por su cuello. Siento su erección tensarse sobre mi sexo. Creía que eso era imposible a estas alturas. Parece una barra de acero.

—Y tú, conmigo.

Se levanta del sofá sin soltarme y me lleva hasta el dormitorio como si pesara menos que una pluma.

La habitación está a oscuras, si obviamos la chimenea encendida. Es eléctrica, pero la intención es lo que cuenta.

No puedo evitar sonreír. Para ser el malote del barrio, se le da bastante bien seducir a las mujeres.

Me tumba encima de la cama y noto su cuerpo descender sobre el mío, desprendiendo fuego a su paso.

Los dedos de su mano derecha recorren mi piel como si buscasen un camino. No tarda en encontrarlo, y la forma en la que me toca, las chispas que estallan ante el primer roce de sus dedos, me hace gemir de placer y revolverme inquieta por debajo de su pecho. La caricia me deja húmeda y preparada, con el cuerpo vibrando de deseo.

Separo los muslos un poco más para indicarle que estoy lista, que necesito sentir cada palmo de su cuerpo dentro de mí.

Pero no parece tener la misma prisa que yo.

Su apuesto rostro se inclina sobre el mío hasta que solo unos centímetros de aire se interponen entre nosotros.

Pone la boca encima de la mía y me hace separar los labios como si fuera a besarme.

Durante un buen rato, permanecemos así, saboreándolo.

Después, se aparta y esparce un húmedo rastro de besos por el tallo de mi cuello y mi clavícula.

Su boca y sus manos cubren con ansia mis pechos. Esto no es deseo, es devoción.

Arrastra la mano por mi abdomen y, sin ninguna prisa, juega con la lengua encima de mis abultados pezones mientras abarca mi sexo con la palma y lo estruja entre los dedos, enviando a mis terminaciones nerviosas un hormigueo eléctrico que casi me arrastra al borde del orgasmo. Mi cuerpo da una lenta sacudida y el anhelo por tenerlo dentro me hace emitir un sonido entrecortado.

Abro las piernas un poco más, lo cual me provoca una necesidad de soltarme todavía más violenta. Cuando consiga liberar todo este deseo acumulado, será explosivo.

Quiero que me bese, y tiro de él hasta que finalmente avanza hacia mi rostro y su cálida lengua invade mi boca.

Mis manos encuentran su pelo casi al mismo tiempo que dos dedos suyos se deslizan en mi interior y me llenan. Suelto un quejido contra sus labios, le doy un tironcito en el pelo y separo un poco más las rodillas.

Deja de besarme por unos segundos y se aparta un poco para poder mirarme a la cara. Su mirada es intensa y penetrante.

Tengo la impresión de que se esfuerza mucho para no perder el control. Lo noto muy excitado, salvaje, cargado de testosterona.

Sé que quiere poseerme entera.

A pesar de todo, cuando vuelve a tocarme, sus movimientos son lentos y controlados. Sus dedos entran y salen de mí siguiendo el ritmo que yo necesito, y la boca que vuelve a cubrir a la mía ha renunciado a su anterior ferocidad.

Ahora es dulce y tentadora, demasiado como para no rendirse.

Todo se ralentiza y me resulta tan demoledor que casi me derrumbo de placer. Mi sexo palpita y empieza a vibrar cuando las puntas de sus dedos rozan la pared superior de mi vagina. Mis músculos internos se aprietan con un espasmo tan poderoso que no puedo evitar empujar las caderas hacia su mano.

Estoy a punto de correrme y gimo frustrada cuando se retira y el doloroso vacío que siento de repente hace retroceder mi orgasmo.

Sonríe tan satisfecho que me dan ganas de darle una patada en alguna parte.

—Todavía no.

Le pongo mala cara.

—Dijiste que follabas duro.

Su sonrisa adquiere un matiz sensual.

—Lo hago. Pero primero quiero saborearte.

Muy buena respuesta. Se le da de miedo jugar a esto.

—¿Cómo follas con *Seven*?, ¿duro o lento? ¿La besas como me besas a mí?

Ríe entre dientes y, moviendo la cabeza, divertido, se tumba boca abajo entre mis piernas y me hace doblar las rodillas.

Está tan cerca del centro de mi cuerpo que su irregular respiración golpea contra la humedad que ha provocado entre mis muslos. No puedo evitar estremecerme ante el exquisito contraste frío-calor.

—Solo por preguntar eso no dejaré que te corras en las próximas dos horas —amenaza, si bien la nota rasposa que mana de su voz asegura que me dará lo que quiero en muy poco tiempo.

Estoy a punto de replicar algo sarcástico cuando siento la vibración de su lengua contra mi sensible clítoris y cualquier cosa que fuera a decirle ya no importa.

Entierro los dedos en su pelo y, gimiendo, empujo las caderas contra su boca y separo los labios para intentar coger algo de aire en los pulmones.

—Como sigas haciendo lo que haces ahora, no podré aguantar ni dos minutos —le digo jadeando.

Levanta la mirada hacia la mía y deja de probarme, aunque su aliento cálido contra mi piel mojada sigue pareciéndome una tortura dulce y lenta que me aproxima cada vez más a un punto sin retorno.

—Puedo dejar de hacerlo.

—Ni se te ocurra —siseo entre dientes.

Algo en sus pupilas, un brillo muy oscuro, asegura que disfruta muchísimo con esto. Le encanta verme tan febril, tan necesitada.

—Me gusta que me pidas cosas.

—¿Para poder negármelas? —le propongo, abriendo de nuevo la boca para intentar controlar la respiración.

Sus ojos reflejan diversión, aparte del tórrido deseo que incendia mi sangre.

—¿Qué clase de persona crees que soy?

—Una muy mala.

Su rostro se vuelve de pronto compacto. Se produce una pausa, en la que me pregunto si no habré fastidiado las cosas.

—Eso es cierto —admite finalmente—. Pero no contigo.

Su dedo corazón me roza por un segundo el vibrante tallo del clítoris y luego se arrastra por mi abdomen, agitando en mi interior un deseo tan puro que me estremezco de placer y aprieto los músculos para protegerme de alguna forma de la oleada que acaba de impactarme.

—¿Por qué conmigo no?

Parece frustrado y confundido, y puede que un poco triste también.

—No dejo de preguntármelo, coño.

Su timbre roto se adentra por mis venas con la misma intensidad que una caricia.

Conteniendo el aliento, lo cojo por la nuca y acerco su cara a la mía. Nos miramos unos segundos a los ojos y luego toma mi boca con una pasión que es el claro indicio de lo que vendrá a continuación.

Solo deja de besarme el tiempo suficiente como para deslizar un condón por la longitud de su miembro, y luego sigue besándome mientras se encaja entre mis piernas y me roza, todavía sin querer entrar.

De las profundidades de mi garganta sale una especie de gemido de protesta. Le muerdo el labio con una fuerza que le hace maldecir.

Arrepentida, le paso la lengua por encima para calmar el daño que le he hecho, y solo entonces, con un firme empujón, me llena por completo, arrancándome un grito desgarrado.

Los dos nos quedamos quietos unos segundos para permitir que nuestros cuerpos se acostumbren a la fusión.

—Llevo mucho tiempo esperando este momento —me susurra mientras baja las manos hasta mi culo y lo levanta un poco, para que la penetración sea todavía más profunda. Ahogo un gemido, me retuerzo y sus brazos me rodean y me aprietan contra él para que me esté quieta y lo saboree. La verdad es que no debería perdérmelo. Es perfecto. Cada centímetro de su cuerpo encaja con el mío—. Me moría por estar dentro de ti.

—Y, ahora que lo has conseguido, ¿qué sientes?

Sus ojos arden de deseo y excitación. Se retira unos milímetros, por el mero placer de volver a penetrarme, y sonrío de lado.

—Es indescriptible. Pero no suficiente. Dime que puedo tenerte entera.

Nos miramos, quizá impregnándonos el uno del otro.

Sucede algo. No puedo definirlo. Pero, sea lo que sea, es algo bueno, algo en lo que quiero sumergirme.

Asiento con la cabeza y sus labios se mueven en una sonrisa satisfecha. Parece como si hubiera estado esperando mi respuesta todo este tiempo.

Ya la tiene.

—Bien. Ahora voy a poseerte, y lo vas a disfrutar como lo estoy haciendo yo.

Sus caderas empiezan a moverse. Al principio, despacio, entra y sale pausadamente, porque la fricción es exquisita y hay que saborearla.

Luego profundo, para demostrar que es un hombre que nunca pierde el control.

Pero lo hace. Su lengua se acelera en mi boca según aumenta su excitación. Su cuerpo sigue el ritmo, sus músculos se ponen rígidos. Tensa los dedos en mis caderas y al final me folla con ferocidad, lanzando tremendas ondas de placer por todo mi cuerpo cada vez que sus testículos golpean la humedad que se escurre por mis muslos.

Esta es la parte que más disfruto.

Porque, ahora, la que lo controla todo soy yo.

Tenerle dentro es tal y como esperaba: salvaje y desenfrenado, eléctrico y arrasador; épico, joder.

Que yo siga su ritmo lo excita hasta el delirio.

Me agarra el cuello con la mano y esos ojos azules invasores me observan mientras nos poseemos el uno al otro como animales.

Su poder es implacable, y yo le he dado mi consentimiento, la llave para abrir las compuertas y desatar la locura.

Se necesitaba mi entrega total y absoluta para explorar los límites de esta extraña relación, y ya es suya.

Tiene mi rendición.

Aunque la rendición tiene un precio alto. Él está dentro de mí. Debería saber que yo también estoy dentro de él.

Eso no podrá cambiarlo nunca. «Te estoy poseyendo entero...»

Me inyecta la lengua en la boca otra vez, me agarra el culo con fuerza y me mece contra él, disfrutando de ver cómo arquea la espalda y cojo todo el placer que me ofrece.

El ritmo que imponen sus caderas es vertiginoso y apasionado.

Una arruga de esfuerzo aparece entre sus cejas.

Estoy en trance, y él también. Nunca he tenido el cuerpo tan sensible. El estallido será monumental.

Sus ojos se mantienen encajados en los míos. Sabe que falta muy poco y no quiere perderse nada, ni una gota de esta pasión.

No, el hielo nunca ha ardido tanto. Está en llamas, y eso lo he provocado yo. La idea me hace correrme tan duro que me aferro a él con todo mi cuerpo, con los dientes, las uñas, el sexo...

Se lo doy todo, joder. Mis gritos y mis gemidos y todo mi placer son suyos.

Y no puede aguantarlo. Mis músculos internos lo aprietan tan fuerte que solo tarda segundos en estallar en lo más profundo de mí. Se corre larga e intensamente, y gruñe, y aprieta mis muñecas con fuerza mientras entra y sale, se desliza fuera y dentro, reavivando el fuego que me consume por dentro.

Esto está ocurriendo de verdad.

«Eres una adicción...».

Capítulo 19

El mundo estaba en llamas y nadie podía salvarme, excepto tú.

(Canción *Wicked game*, Chris Isaak)

Alexandra

La frente de Ash se aprieta contra la mía.

Aún le tengo dentro, y mi cuerpo todavía vibra con los espasmos de un brutal orgasmo que nos ha dejado a los dos empapados en sudor. No soy capaz de recuperar el aliento. Me parece que él tampoco.

«Vaya tela, joder».

Estoy aferrada a su espalda con tanta fuerza que me empiezan a doler los dedos. Al tenerme atrapada entre su pecho y el colchón, percibo cada una de las pulsaciones frenéticas de su corazón. No soy capaz de oír nada más, ni de sentir nada que no sean las incansables sacudidas. Pum. Pum. Pum. ¿Cómo vas a huir si está en todas partes?

Sus brazos llenos de tatuajes permanecen tensos a ambos lados de mi cabeza.

Es difícil de catalogar lo que acaba de pasarnos.

Ha sido más que sexo, más que la liberación explosiva del deseo acumulado desde que nos conocemos.

Algo ha sucedido entre nosotros mientras nos perdíamos el uno en el otro.

Pero ¿qué?

Hago un rápido repaso de la situación, y me estremezco otra vez, solo con recordar lo que hemos hecho.

La espiral de placer era tan exquisita que me abandoné a ella sin pensármelo siquiera. No hubo límites ni miedos, solo besos hambrientos, emociones desatadas y dos cuerpos febriles chocando el uno contra el otro, como si nuestra vida entera dependiera de ello.

Y, por supuesto, ese *algo* que todavía no sé definir. ¿Era un vínculo? ¿Una conexión que traspasaba lo físico?

La respuesta por el momento se me escapa. Quizá nunca la averigüe.

—Nos teníamos muchas ganas, ¿eh?

Sonrío antes de levantar el rostro hacia el suyo. No me sorprende descubrir que el incendio de su mirada no se ha extinguido todavía. Sus ojos todavía abrasan allá donde se posan.

—Ha pasado algo de tiempo desde mi última vez —respondo, divertida.

Finge escandalizarse.

—¿Quieres decir que esto no era por mí?

—No pretendo alimentar tu descomunal ego.

Suelta una risa que, de alguna forma repercute en las profundidades de mi cuerpo, y toma mi cara con una mano, lo cual deja mi mirada encajada en la suya.

Durante unos chispeantes segundos, me observa con ternura.

Me estremezco cuando roza mis labios con un beso suave.

—Pues, en mi caso, sí que ha sido por ti.

—Claro, porque habrán pasado unas tres horas desde la última vez que follaste con alguien... Su expresión se carga de dureza. Ay. He metido la pata.

—¿Es eso lo que piensas? ¿Que eché un polvo rapidito antes de mi cita contigo?

—No lo sé. ¿Lo hiciste?

Contrae los labios en una sonrisa de fastidio. Quiere parecer relajado, pero está claro que mi desconfianza le molesta.

—¿Te sorprendería si te dijera que solo me interesas tú?

—Bastante, sí. Nunca habría adivinado que la monogamia fuera lo tuyo.

—No me va demasiado —admite con una expresión que demuestra un desdén completo y absoluto hacia todo lo que implica el concepto—. Pero contigo parece divertida.

Viniendo de él, es toda una declaración, y es así como me la voy a tomar.

Levanto el brazo para tocarle la cara y parece ser que disfruta de mi caricia, porque se queda muy quieto y me deja recorrer su barba incipiente con los dedos. Paso el pulgar por su boca, recordando su sabor y cómo arde encima de la mía, y luego lo arrastro por su mejilla rasposa. Cuando termino, me besa los nudillos. Es curioso que alguien como él pueda llegar a ser tan tierno.

Son los contrastes los que me vuelven loca, los matices. Crees que lo has encasillado, pero te equivocas. Es mucho más complejo de lo que parece. Me encantan los acertijos.

—¿Y ahora qué? —pregunto, perdida en las profundidades de su mirada.

Ash pone la mano en mi cintura y la arrastra despacio por mi estómago, enviando nuevas ondas de placer por mi cuerpo, al que creía exhausto a estas alturas.

—Ahora follaremos en serio.

¿Es una broma?

No lo parece.

—¿Qué? —Analizo su rostro, pasmada al ver la resolución que desprende su mirada—. ¿Y esto qué ha sido?

—Esto... —Me besa despacio y a consciencia, y luego me cubre un pecho con la mano y rasga el pezón con la uña, sin que su mirada deje de sondear la mía. Noto que poco a poco empieza a endurecerse dentro de mí, y un deseo caliente y húmedo vuelve a impactarme como una ola cuya furia no podré resistir mucho más—. Esto solo ha sido un aperitivo que me ha dejado con ganas de más. Ya te he dicho que quiero saborearte. Y también quiero que tú me saborees...

Consigo dormirme pese a estar en una cama desconocida, con un hombre al que no conozco, pero me despierto de repente y sin motivo aparente en mitad de la noche.

No sé si es porque tengo sed o por la mala conciencia, que me recuerda que dinamité todas mis normas hace apenas unas horas.

¿Ambas, quizá?

Necesito un momento para recuperar el aliento. Siempre me despierto sobresaltada, como si escapara de una pesadilla que nunca recuerdo.

Ash duerme profundamente a mi lado. No estoy segura de si es el calor de su cuerpo o cualquier otra cosa lo que me hace sentirme tan protegida entre sus brazos.

Es de locos. De alguna forma retorcida me las he apañado para concederle un aire romántico del que carece por completo. ¿Qué me pasa? ¿Me he olvidado de lo peligroso que puede llegar a ser?

Joder, todavía hay una parte de mí que quiere dar media vuelta y huir lo más lejos posible de él; mi instinto de supervivencia, que siempre me ha advertido de que no es un buen hombre.

Pero sigo aquí.

En la cama.

Junto a él.

¿Por qué?

No necesito devanarme los sesos para conocer la respuesta. Sé que, mientras una parte de mí quiere huir y que la vida vuelva a ser la que era antes de conocerle, la otra se muere por seguir adelante con esta locura.

Me incorporo en la cama con cuidado de no despertarle y me quedo sentada unos segundos, absorbo en él. Está desnudo, y esta vez puedo deleitarme.

Recorro con la mirada los desniveles de su abdomen, sus delineados brazos, los tatuajes...

Me fijo bien en los tatuajes. Los tiene en las manos y los dedos, en los brazos, en el costado, en el pecho, en la pelvis...

La mayoría son cosas que no comprendo. Uno en concreto llama mi atención. Parece un logo, un homenaje quizá. *Heaven*. Me pregunto qué significado tendrá tatuarse la palabra *cielo* en la piel.

En el costado izquierdo encuentro otro grabado que destaca por encima de los demás. *Harsh as life*. Duro como la vida.

Quizá algún día me cuente lo que significan para él.

Sonrío con amargura al darme cuenta de que estamos a mil años luz de que algo así suceda. Está más preocupado por arrancarme la ropa que por compartir conmigo su pasado delictivo. Estoy segura de que piensa que ya me ha contado más de lo que debía. Para él, la época de las confidencias ha terminado.

Duro como la vida.

Bueno, eso debería darme alguna pista de cómo es.

Me levanto de la cama sin hacer el menor ruido y salgo de la habitación casi de puntillas. Tengo que recuperar mi ropa primero, y después conseguir un vaso de agua y un coche que me lleve a casa. No pienso quedarme aquí toda la noche. Necesito asimilar lo que he hecho. Creo que aún estoy en fase de negación.

Encuentro nuestra ropa tal y como la dejamos, esparcida por el suelo del salón. Me visto deprisa y sin encender ninguna luz por el camino. No tengo ni idea de si habrá alguien en la casa. Mejor no tentar a la suerte.

Pido un coche a través de la aplicación que me descargué la semana pasada en el móvil y voy a la cocina a por un vaso de agua.

—¿Te ibas?

Me quedo helada al chocar con la mirada acerada de Seven.

Jo-der.

Está sentada en un taburete alto, acodada sobre la encimera de granito negro. No se ha molestado en encender la luz. Tiene una copa y una botella de *bourbon* delante y un cigarro casi gastado, aunque todavía encendido, apoyado contra el cenicero. El humo le sube por la cara. Debe de molestarla, porque lo apaga.

No sé si esto de parecer una vampiresa sexy es su estilo habitual o es que vuelve de alguna fiesta de disfraces.

Me pregunto cuánto tiempo llevará aquí.

Por el cenicero lleno de colillas, diría que bastante rato. Nos ha debido de oír. Seguro que sabe los sonidos que hace él al correrse.

—Perdona. Solo quería beber un poco de agua.

—Te ha dejado exhausta, ¿eh? Folla bien. ¿Te ha dicho quién se lo enseñó?

«No, pero ya me lo figuro».

No caigo en su provocación y, con todo el aplomo del que soy capaz, abro el grifo, me inclino un poco hacia adelante y bebo con la mano. No me apetece ponerme a trastear en busca de un vaso.

No con esos ojos de reptil siguiéndome con espeluznante interés.

La oigo encenderse otro cigarrillo a mis espaldas. Cierro el grifo y me seco con el reverso de la mano el hilito de agua que se me escurre por el mentón.

—No te pilles por él. Hace mucho que ya no le van los romances. Te acabará dejando, ¿sabes?, como a las demás.

Estoy sin aliento, pero consigo disimularlo muy bien y, cuando me vuelvo para encararla, mi rostro no desvela absolutamente nada, excepto desdén.

El suyo es algo más expresivo. El odio que arde en sus pupilas es casi tangible.

—Y tú te alegrarás mucho cuando eso pase, ¿verdad, Seven?

Sonriendo para sí, le quita el tapón a la botella de *bourbon* y rellena con mucha parsimonia su vaso vacío.

—No, qué va. Yo estaré demasiado ocupada follándomelo. Tú no sabes cómo es, ni de lo que es capaz. ¿Crees que lo comprendes?, ¿que lo conoces? No tienes ni puta idea de nada. Será mejor que te marches ahora, cara bonita. Aún estás a tiempo.

Levanto la barbilla y aguanto su mirada llena de odio sin inmutarme.

—¿Y si no quiero?

Su sonrisa se vuelve más cruel, aunque noto que mi tono firme y sereno le ha causado cierta inquietud.

—Ni siquiera tú puedes ser tan estúpida como para creer que esto va a salir bien.

Le sonrío con dulzura, sin ceder ni un milímetro ante la presión de su mirada.

—Buenas noches, Seven. Que descanses.

Le da una profunda calada al cigarrillo y bufa con incredulidad. ¿Esperaba amedrentarme, asustarme con sus advertencias? Pues acaba de obtener el efecto contrario. Me encanta la gente que se empeña en decirme lo que no puedo conseguir. Llevarles la contraria me produce un placer insano.

—¿Le doy algún recado a Ash de tu parte? —pregunta, desafiante, a mis espaldas.

No me vuelvo para mirarla. No lo considero necesario.

—Descuida. Se lo daré yo misma.

Salgo de la cocina sin añadir nada más y cancelo el coche de camino a la habitación. Será mejor que me quede a dormir. Seven acaba de darme un buen motivo para hacerlo.

Regreso al dormitorio de inmediato, me quito la ropa sin hacer ruido y me deslizo entre las sábanas. Mi lado de la cama se ha enfriado en mi ausencia.

Al sentir movimiento a su lado, Ash abre los ojos y me observa con un brillo muy candente en las pupilas. A veces creo que le fascino, o que le obsesione, quizá.

—Hey. ¿Dónde estabas?

Siempre parece alegrarse de verme. Como si mi presencia le aportara paz.

Intento que su voz profunda y rasposa no me agite el estómago, pero es imposible. Se abre camino por mis venas como una flecha empapada en veneno.

—He bajado a la cocina a por un vaso de agua.

—¿Por qué no me has despertado? Te lo habría traído yo.

—Tranquilo. Encontré el camino.

—Tienes las manos heladas. ¿Te encuentras bien?

—Sí. No es nada. Solo un poco de frío al salir de la cama.

—Ven aquí.

Me agarra de la cintura con delicadeza, como si fuera una figurita de cristal que teme romper entre sus manos, me coloca de espaldas a él y me envuelve en un abrazo. Su piel arde como si tuviera fiebre.

Tengo la certeza de que nunca me dejará marchar.

—Me encanta tu olor —susurra, acercando la boca a mi oído.

La forma en la que me absorbe, cómo recorre mi cuello con la nariz mientras llena de aire sus pulmones activa todas mis terminaciones nerviosas.

Me invade el pánico. ¿Qué estoy haciendo aquí? Es una trampa, una cárcel en la que me he encerrado yo sola.

¿Un mundo privado en el que solo existe él? No puede ser bueno.

Joder, claro que no lo es.

El silencio que flota en la habitación es denso. Juraría que puedo escuchar el latido lento de su corazón. Puede que sean los clavos que sellan la caja de Pandora conmigo dentro.

Qué melodramática me estoy poniendo.

Durante unos segundos me concentro solo en la agitada respiración que arde encima de mi piel, en el abrazo que me sostiene con firmeza, en la mano que recorre lánguidamente mi muslo arriba y abajo.

No hay salida.

Nunca la ha habido.

Se está empalmando, su polla dura se presiona contra mi trasero, y yo me muero por volver a tenerle dentro.

—Bésame, Ash.

Su nariz se detiene en mi nuca y al instante su lengua emprende un lento camino por mi hombro, un descenso que contrasta con las manos que suben hasta abarcar mis pechos.

Cierro los ojos y me deleito con las sensaciones.

Poco a poco, me gira entre sus brazos, hasta que acabo clavada entre él y el colchón.

Agarra mis dos muñecas con una mano y las presiona contra la almohada por encima de mi cabeza.

—Dobla las rodillas, cielo —ordena, con un brillo muy oscuro en las pupilas.

Y yo que me quería perder todo esto.

Gracias, Seven. Me aseguraré de gemir muy alto cuando me haga correrme otra vez.

Capítulo 20

Nadie está a salvo aquí.
(Canción *Darkside*, Oshins)

Alexandra

—Buenos días.

No sabría decir el tiempo que lleva observándome.

Cuando abro los ojos por la mañana, los suyos ya están planeando sobre mi rostro y tengo la sensación de que hace un buen rato que está analizándome.

Lo cual es bastante siniestro y preocupante porque él, a ver, no es exactamente un tipo normal. No es un mandamás de las finanzas ni un respetado abogado. Es...

Lo más gracioso de todo es que no tengo ni idea de lo que es.

Mejor no pensarlo.

«Sí. Hazlo. No lo pienses».

—Buenos días —respondo tras un suave carraspeo.

Sonriéndome con ternura, se inclina sobre mí y me besa en los labios.

Después se aparta y vuelve a observarme de esa forma suya tan siniestra. Me gustaría que parpadeara un poco.

—Tengo un día muy ajetreado hoy. ¿Te llevo a alguna parte?

¿Es su forma educada de decirme *lárgate, joder*?

Intento no parecer ofendida. Al fin y al cabo, yo iba a largarme en mitad de la noche si no me hubiese cruzado con su novia en la cocina.

—No hace falta. Cogeré un taxi.

—¿Para ir adónde, exactamente?

—No sé por qué crees que te debo alguna explicación, pero...

—Alexandra —me corta con dureza—. Responde a la pregunta, por favor.

—A tu casa. *Tu otra* casa —me corrijo, entornando los párpados.

Me parece que está conteniendo la sonrisa.

—Bien. ¿Necesitas pasar por la tuya para cambiarte de ropa?

—Sí.

—Estupendo. Te llevaré primero a tu casa y luego... a la mía otra vez.

—No quiero molestarte.

—Tú no molestas. Supongo que querrás darte una ducha mientras yo... no sé, ¿preparo café?

¿Café y todo? Qué hospitalario.

—No estaría mal.

Se levanta y me da la mano para ayudarme a incorporarme. Está completamente desnudo. Y, bajo la luz de una soleada mañana de invierno, puedo asegurar que es...

Jo-der.

Un poco cohibida por toda la perfección masculina que tengo delante, aparto con cierta incomodidad la sábana que me cubre y me aferro a sus dedos.

En un visto y no visto acabo entre sus brazos. Casi puedo ver las chispas que estallan cuando

mi pecho choca contra el suyo. Me concentraría en ellas, pero me besa con suavidad y no puedo pensar en nada más.

Suspiro de puro placer, y Ash me acaricia el labio inferior con la lengua y me aprieta más fuerte contra su pecho. Es evidente que está buscando una forma de entrar. Intenta tentarme para que separe los labios y lo acoja dentro.

No tardo demasiado en ceder, y entonces el beso suave se convierte en un roce de lenguas húmedas y voluntades de hierro.

A juzgar por la erección que se aprieta contra mi estómago, besarme no es lo único que quiere hacerme.

Tampoco es lo único que quiero yo... Mi cuerpo me traiciona. Este deseo acabará conmigo.

Me siento como si estuviera colocada todo el rato. Quizá sea la adrenalina o la oxitocina lo que hace que la cabeza me dé tantas vueltas y las normas se dilaten como si no tuvieran contorno.

He leído en alguna parte que, cuanto más se prolongan los besos con lengua, más testosterona le pasa el hombre a la mujer, lo cual actúa como una especie de afrodisíaco que aumenta su receptividad para el acto sexual.

Será eso. Yo me noto muy receptiva. Demasiado, diría.

Ash desliza la lengua sobre la mía, despacio, provocándome, y siento que mi cuerpo se humedece, que las rodillas se me debilitan.

Me estremezco de placer y separo un poquito las piernas cuando noto que su mano baja lentamente por mi espalda y se cuela entre mis nalgas. Sus dedos palpan. Trazan círculos. Me enloquecen. Siente mi deseo y sé que le gusta, disfruta de la forma en la que me remuevo y reacciono ante sus caricias.

Introduce la punta de su dedo corazón en mí y luego me busca el clítoris con el pulgar. Me sacudo como si me hubiese dado una descarga eléctrica.

Su erección crece. El beso se vuelve salvaje.

Entonces, llaman a la puerta.

—¿Ash?

Mierda. Tenía que ser ella.

—¡Espérame en la cocina, Seven! —le grita, exasperado.

Se queda quieto unos segundos, hasta asegurarse de que se ha largado. Sus tacones resuenan por el pasillo.

Tengo que clavarme los dientes en el labio inferior para contener un gemido. Sus dedos aún vibran sobre el lugar donde se concentra todo mi placer. Esto es demencial. ¿Qué demonios hago aquí con este hombre mientras su... lo que sea, está ahí fuera, esperándole? ¿Qué clase de juego perverso es este?

Cuando dejamos de oír el repiqueo de sus tacones, Ash baja la cara hacia la mía. Está sonriendo. Qué guapo es. ¿Por qué no puede dedicarse a la contabilidad y no tener una ex psicópata?

En ese caso, lo nuestro tendría algún futuro.

—Lo siento. —Frunciendo el ceño en un gesto bastante arrepentido, desliza los dedos hacia mi boca y me acaricia los labios—. A veces es un poco territorial.

Hago una mueca y me separo de él.

—Mejor me voy a la ducha.

—Mm-hm. El baño está ahí.

Menos mal que su habitación tiene baño privado. Necesito estar de inmediato bajo un chorro de agua muy caliente que lave mis pecados.

Me dirijo a la puerta que me acaba de indicar y la abro con suavidad.

—Alexandra.

La voz, firme y grave, se abre paso a través de mis venas como si fuera un chute de MDMA.

Vuelvo la cara hacia la suya y, mientras mantengo su mirada, siento una sacudida en el pecho. ¿Qué coño...?

—No sigas sin mí.

Me recorre un escalofrío de anticipación y me noto aún más húmeda que antes. Me arden las mejillas. La adrenalina se desborda por completo en mi torrente sanguíneo. Ya no puedo controlar la respiración. Mi pecho sube y baja deprisa.

Los ojos de Ash se arrastran por mi cuerpo desnudo. Cada vez más lentos. Oscuros. Venerando. Cuando vuelven a clavarse en los míos, ya sé lo que me espera.

—Joder con Seven —gruñe entre dientes—. Ni que fuera de la puta brigada anti polvos. Espérame en la ducha. Volveré lo más deprisa que pueda.

La promesa me excita, o puede que sea la expresión carnal que endurece su rostro. Me cojo el labio inferior entre los dientes y asiento, y él se marcha maldiciendo otra vez la interrupción.

—A ver qué coño quiere ahora —rezonga, antes de pegar un portazo.

El baño es espectacular. Debería ver el cuchitril en el que me ducho yo. De hecho, juraría que mi salón tiene el mismo tamaño que este baño.

Hay una bañera ovalada, con jacuzzi, en medio, lavabo con grifos de bronce envejecido y una cabina de ducha que parece sacada de una película de ciencia ficción.

Elijo la ducha, aunque tardo un buen rato en adivinar cómo funcionan los mandos. Nada más abrir el grifo, le empiezan a salir chorros por todas partes. Uno de ellos me da justo en el ojo. Otros dos, en los pezones. Otro, entre las piernas.

Sí, precisamente lo que me hacía falta. Más estímulos sexuales.

Gruño disgustada y me lavo el pelo con su champú. Compruebo la etiqueta. No, no es anti caída. Menos mal. Le habría quitado todo el *sex appeal*.

Después de aclararme y tras constatar que no usa acondicionador, cojo su exótico gel de ducha, me echo una buena cantidad en la palma y empiezo a frotarme el cuerpo.

Mmm... Hoy voy a pasarme todo el día oliendo a él. ¿Es retorcido que algo así me excite?

Noto una repentina oleada de frío en la espalda y luego su mano, que baja por mi abdomen y se desliza entre mis piernas.

—Ya sigo yo —me gruñe en el oído.

Siento sus dedos entrar en mí y un latigazo de placer muy intenso me atraviesa el cuerpo. Cierro los ojos, demasiado excitada, y muevo las caderas despacio.

Ash me raspa el cuello con la barba mientras me succiona el lóbulo de la oreja. Su polla palpita en la parte baja de mi espalda. Empuja contra mis nalgas y me separa un poco más las piernas con la rodilla. Intento tocarlo, pero me coge las muñecas con delicadeza y me hace apoyar las palmas en la pared de cristal que tengo delante.

Me dejo hacer y me estremezco cuando sus dedos me llenan de nuevo. Fuera y dentro, con el pulgar rodeándome el clítoris, acelerando el ritmo, ejerciendo la presión exacta. El áspero toque

de su barba en mi hombro me hace flexionar las rodillas. Pedir más.

—¿Vas a correrte? —me susurra al oído. Esa voz... Ese timbre tan bajo y masculino me vuelve loca.

Apoyo la nuca contra su pecho y me abandono a sus caricias.

Muevo las caderas, gimo, demando más. Mi cuerpo y mi mente se han desinhibido por completo.

Los dedos que entran y salen de mí me llenan de sensaciones y me arrastran cada vez más cerca de ese lugar oscuro al que pretendo llegar.

Su lengua cálida juega despacio con el lóbulo de mi oreja. Su polla vibra contra mi espalda. No puedo aguantarlo. Esto es demasiado. El placer se derrama de golpe por todo mi cuerpo. Grito y me rompo, y el agua sigue cayendo por encima de nosotros, caliente y purificadora, y mi clítoris sigue rígido y todavía deseo desesperadamente tenerlo dentro...

Nunca estaré a salvo con él cerca de mí.

Capítulo 21

Intentaron hacerme ir a rehabilitación

Pero dije: No, no, no.

(Canción *Rehab*,

Amy Winehouse)

Alexandra

Las obras de la casa progresan con rapidez. Si no hay más contratiempos, para mediados de enero habré acabado. Y la perspectiva me produce cierto desasosiego.

Soy consciente de todo lo que supone terminar la obra. Lo que me une a él dejará de existir. Se habrán acabado las visitas a su oficina, las llamadas para preguntar cualquier cosa que en realidad podría decidir yo misma...

Y entonces ¿qué? ¿Se deshará de mí, como ya me advirtió Seven?

De repente la perspectiva ha dejado de parecerme tan improbable.

No he tenido ninguna noticia suya en los últimos dos días. Me dejó esa mañana en la obra, con un beso pasional, y desde entonces nada, solo silencio. Ni un triste *hola, ¿qué tal te va?*

Así que no dejo de preguntármelo. ¿Soy una más? ¿Es Seven la única importante en su vida y yo formo parte del colectivo de mujeres que entran y salen sin dejar ninguna huella?

Por mucho que me estruje el cerebro, no se me ocurre ninguna respuesta satisfactoria.

Frustrada por todas estas dudas que no consigo despejar, me levanto del sofá y me acerco a la ventana del salón, apartando las cortinas para echar un vistazo al exterior.

Una luna llena de un blanco azulado esparce sombras y contornos sobre la acera helada. La nieve se ha derretido por completo, aunque han dicho que para navidades volverá a nevar, una auténtica tormenta invernal. Faltan cinco días. Las autoridades han aconsejado que hagamos acopio de alimentos y agua y, si tenemos previsto algún viaje, que salgamos ya.

Observo pensativa la calle vacía y los edificios destartados y llenos de grafitis.

No hay nada en este mundo que se pueda controlar por completo, ¿verdad? No hay certezas absolutas, solo probabilidades.

Odio las probabilidades. Me gustan las certezas.

Me separo de la ventana sin ninguna gana, cojo el mando a distancia y apago la película en blanco y negro a la que no le he prestado ninguna atención. Será mejor que me vaya a la cama. De todos modos, es muy tarde.

Compruebo el móvil que lleva dos días muy callado y suspiro aburrida. No hay notificaciones nuevas.

Me pregunto si habrá pensado en mí alguna vez. ¿Esto es una cosa pasajera para él o el principio de algo más?

Apago todas las luces de la casa de camino a mi dormitorio y me preparo para una nueva noche de incertidumbre.

¿Estará con Seven?

¿Con cualquier otra?

Vete tú a saber.

Me deslizo entre las sabanas revueltas (llevo varios días sin tomarme la molestia de hacer la cama), me abrazo a la almohada y trato de hacerme a la idea de que debo aprender a ser paciente. Las cosas llevan su tiempo. Él está acostumbrado a otra especie de relación sentimental. Quizá necesite algo de tiempo para asimilar la monogamia.

Si es que somos monógamos...

¿Y si no lo fuéramos?, me pregunto de repente. La verdad es que no lo hemos discutido en serio. Puede que no lo seamos. ¿Me molestaría que se acostara con otras? ¿Que le hiciera a otro cuerpo lo que le ha hecho al mío? ¿Que lo poseyera, que lo marcara, que le provocara a otra ese placer tan intenso que te arrastra hacia la nada, al limbo, al abismo de tu propia consciencia?

¿Y si la mirara como me miró a mí?

Sus ojos azules se materializan de repente en mi memoria. Me penetraban con el mismo frenesí que el cuerpo que se hundía en el mío.

¿Y si en mi lugar estuviera Seven, o cualquier otra mujer?

¿Me molestaría?

El timbre de la puerta no me permite hallar la respuesta.

Enciendo la pantalla del móvil para comprobar la hora y suelto aire por la nariz. ¿Casi tres días sin saber nada de él y se presenta aquí a las dos de la madrugada? No debería abrirle.

Pero mi cuerpo me traiciona como siempre. Late con tanta anticipación que me levanto de la cama de un salto y, sin encender ninguna luz por el camino, me dirijo a la puerta.

Abro. Nadie dice nada. No hay palabras, ni explicaciones, ni disculpas.

Me mira a los ojos, todo serio, y luego me agarra del pelo, acerca su boca a la mía y me da un beso hambriento, salvaje, que me pone a cien.

Su lengua empuja contra mis dientes y por supuesto que le permito el paso.

¿A quién pretendo engañar? Claro que me molestaría. Me molestaría mucho. Él me pertenece tanto como yo le pertenezco a él.

Cierra la puerta a sus espaldas, me levanta por las caderas y me hace rodear su cintura entre las piernas.

Me apoya contra la pared del pasillo y toma mi boca con la misma pasión que sin duda empleará dentro de un rato con mi cuerpo.

Me noto cada vez más húmeda, siento el cálido fluido que emana de mí, cómo se me empapan las bragas, y me froto contra su erección, provocándolo hasta que el beso se vuelve por completo sexual. Nuestras lenguas se lanzan la una contra la otra como si pretendieran consumirse mutuamente.

—¿Dónde hay una cama? —murmura, con los labios arrastrándose ahora por la línea de mi mandíbula.

Se lo indico con un gesto.

Me separa de la pared y, sin bajarme al suelo, me lleva a la habitación.

Me sienta encima de la cama.

Me mira como si fuera su obra de arte favorita.

Luego me sube el camisón hasta la cintura.

Sus ojos se oscurecen cuando doblo las rodillas y abro las piernas para él. Me toca con el dedo corazón por encima del encaje húmedo.

Un roce. Una descarga eléctrica. El chute de éxtasis líquido en mis venas, y ya estoy loca de deseo por él.

Se quita la corbata. La tira al suelo.

Separo un poquito más las piernas. Se quita la camisa.

Nuestras miradas no dejan de aferrarse la una a la otra.

Pantalones fuera, y su miembro erecto salta hacia arriba, ansioso por ser acariciado.

—Quítatelas —me pide con la voz tan ronca que casi ni la reconozco.

Lo hago, me quito las bragas de encaje negro que en realidad solo me pongo para él y las dejo caer al suelo. Me excita su forma de mirarme, lo salvaje y ansiosa que se ha vuelto su expresión facial.

—Quiero que te toques.

Arqueo una ceja.

—Y yo quiero que tú también lo hagas.

Sonríe, aunque solo un poco.

—De acuerdo. ¿Así?

Cierra la mano en torno a su miembro y la mueve arriba y abajo. Me excito tanto que no tengo ningún problema en presionar mi clítoris con los dedos.

—Mm-hm.

Se acerca a mí para tocarme un pecho. Después, el otro. Sin dejar de masturbarse. Sin que yo deje de hacerlo. Sus dedos rodean sin prisa mis pezones, círculos lentos que los hace erguirse de inmediato.

—¿Qué sientes, Alexandra? —pregunta, sin liberar mi mirada.

—Placer.

—¿Y quién te lo está dando, tú o yo?

—Tú —respondo sin dudar.

—¿Y qué sientes cuando te lo provocas solo tú?

—Frustración.

Levanta la mirada hacia la mía, sorprendido de ver que no estoy dudando.

—¿Lo has intentado?

—Ayer.

Intenta mantenerse serio, pero no lo consigue.

—¿Qué pasó?

—Que no llegué.

Vuelve a apretar los labios para esconder la sonrisa. Sé que le satisface mi respuesta.

—¿Fue en la bañera?

—En esta cama.

—Hum. Abre las piernas un poco más, pequeña. Eso es. Ahora métete un dedo dentro, el corazón, y dóblalo hacia arriba. No dejes de girar el pulgar. Quiero que llegues esta vez.

—¿Sin ti?

—Habrá tiempo para todo.

Hago lo que me pide y su mano se mueve más rápido encima de su polla. Esto le gusta, le pone cachondo.

—¿Dónde has estado? —pregunto, sin poder contenerme.

Me sonríe, enseñando los dientes.

—Por ahí.

—¿Por ahí?

—¿Estás molesta?

—¿Por qué iba a estarlo?

—No lo sé. Dímelo tú.

—No tengo nada que decirte.

—Cojonudo entonces. Yo tampoco tengo nada que decir al respecto. Acaríciate un pecho. Rasga el pezón con la uña. ¿Qué sientes?

—Una descarga de placer.

—¿Quieres correrte?

—Aún no.

—Estás enfadada conmigo.

—¿Tú crees?

Vuelve a sonreír.

—A ver ese dedo. Sácalo. Mmm —ronronea con deleite—. Me gusta que estés así de mojada. Que lo desees tanto. Ahora quiero que uses también el otro, el índice. Imagínate que soy yo quien lo hace, que te estoy follando con estos dos dedos.

Es curioso el poder que concedemos a otros sobre nuestro placer.

Separo los labios para coger algo de aliento y sigo sus instrucciones. Mi cuerpo se arquea. Se retuerce por él.

Acerca su boca a mis pezones y se entretiene en ellos unos segundos. Después, la aprieta contra la mía, me pide entrar.

No se lo niego, y nuestras lenguas se encuentran y cabalgan lentamente la una encima de la otra, hasta que me aparto de él y clavo mis ojos cargados de fuego en los suyos.

Observa cómo me toco y empieza a frotarse con más velocidad. Todos los músculos de su rostro se endurecen. Se le hincha una vena en la frente. Noto que le falta poco para correrse. Y también que no quiere hacerlo.

—Pídemelo —suplica desesperado, acercando de nuevo la boca a la mía—. Dime que me necesitas dentro de ti.

Veo el deseo en sus ojos.

Otro beso violento.

Nuestras lenguas buscándose.

Se lo pido.

—Húndete en mí, Ash. —Hago una pausa y, respirando fuerte cerca de su boca, susurro—: Por favor.

Gruñendo ansioso, me busca la boca de nuevo, la lengua... Recorre mi cuerpo con las manos, los dedos, los labios. Se pone un condón deprisa. Es un experto.

Cierro los ojos cuando se empuja dentro de mí con una firme embestida. Su respiración arde en mi cuello, me acaricia la cara. Su cuerpo palpita por liberarse en lo más profundo de mi interior. Pero no lo hace. Sale, vuelve a entrar, dibuja círculos con las caderas.

Y me toca; me toca justo donde necesito que me toque y yo me disuelvo, me pierdo en él de una forma que empieza a asustarme. Porque por unos segundos no hay nada, solo placer y el hielo en llamas que absorbe mi alma.

Se corre con un gruñido y, cuando termina de vaciarse, se queda quieto, abrazado a mí.

—Siento no haberte llamado —me dice con la frente apoyada en la mía—. He tenido unos días complicados. Pero, créeme, he estado pensando en ti todo el rato.

—¿Quedas con otras mujeres?

Se aparta un poco y me evalúa con el ceño fruncido.

—¿Y tú? ¿Quedas con otros hombres?
—Lo he preguntado yo primero.
—Ya te lo he dicho, solo me interesas tú. ¿Qué hay de ti?
—Yo solo me acuesto contigo.
Sonríe y me toca el centro del mentón, justo por debajo del labio.
—Como debe ser, pequeña.
—¿Por qué me llamas así?
—No lo sé, te pega. ¿Puedo quedarme a dormir?
—¿Quieres quedarte a dormir? —repongo, divertida.
—Y también quiero sitio para mi cepillo de dientes.
Le pongo mala cara y él se echa a reír mientras, despacio, sale de mí y se quita el condón.
—Mañana iremos al médico.
El cambio de tema me sorprende. Me incorporo en la cama y lo miro, confundida.
—¿Para qué?
—Quiero renunciar a esto. ¿Tú no? ¿Dónde hay una papelera?
—En el baño.
Espero a que vuelva y entonces le digo:
—¿No te preocupa un embarazo no deseado?
—El otro día te dejaste las píldoras encima de la mesa.
—Entonces, ya sabes lo descuidada que soy.
Su risa me hace sonreír.
—A lo mejor llevabas mucho tiempo sin hacerlo y no te preocupaba quedarte embarazada.
Ven.
Se tumba en la cama y me rodea en un abrazo. Esto me confunde. Su forma de hacerme el amor, esta conversación, que se quede ahora...
—Ash... —Levanto la mirada hacia la suya y durante unos segundos nos evaluamos el uno al otro en silencio—. ¿Estamos manteniendo una relación?
Me abraza con fuerza, como si quisiera asegurarse de que no vamos a separarnos nunca.
En realidad, no necesito que me conteste. Veo en sus ojos el brillo de posesividad. No se requieren palabras para que entienda que nos pertenecemos el uno al otro desde el primer día.
—Sí, Alexandra. Estamos manteniendo una relación.
Y así, sin más, me deja entrar en su mundo.

Capítulo 22

**¿Cómo he llegado hasta aquí?
Me pregunto cuándo comenzó mi declive;
en qué momento podría haberlo interrumpido.
¿Dónde tomé el camino equivocado?
(Paula Hawkins)**

Alexandra

Faltan tres días para Navidad.

Ash ha vuelto a pasar la noche en mi casa. No parece molestarle el barrio, los edificios destartados de aspecto tercermundista, ni el cuchitril en el que vivo.

Debe de sentirse cómodo aquí, porque es la tercera noche que llama a la puerta y, en cuanto le abro, sin necesidad de intercambiar palabras tontas, me desanuda el cordón de la bata, me lleva a mi habitación entre besos y caricias eléctricas, y me hace el amor en mi propia cama, con una pasión y una ternura que me descolocan.

Nuestros cuerpos se funden en la oscuridad, nuestros dedos se entrelazan, somos uno y un todo, y yo me dejo llevar por la intensidad del momento, sin comerme la cabeza con algo tan vulgar como los arrepentimientos.

Cuando el fuego se aplaca por fin, nos tumbamos encima de las sábanas húmedas y arrugadas que huelen a sexo y conservan su aroma horas después de que se marche, y él me abraza.

No hay palabras innecesarias, solo el silencio cargado de paz que, durante unos minutos, me hace ignorar la realidad.

Solo al insinuarse el amanecer al otro lado de la ventana la sensación de paz se tiñe de tristeza. El tiempo se acaba.

Durante la noche me pertenece por completo, pero de día nunca está aquí y, cada vez que sale por la puerta, me pregunto si volveré a verle.

No me preocupa que quiera apartarse de mí. Que quiera ponerle fin a lo nuestro ya no me parece probable. Está tan enganchado como yo. Lo que me preocupa es que le pase algo.

Las noticias que sacuden la ciudad son cada vez más alarmantes. Hace dos noches dispararon a un hombre a quemarropa en plena calle. Lo tildaron de ejecución, un ajuste de cuentas entre dos bandas criminales.

No puedo dejar de preguntarme si lo hizo él. Si fue su mano la que apretó ese gatillo. La misma mano que tanto placer puede darme. ¿Es ella la causante de todo ese dolor y esa muerte y esa destrucción?

Me vuelvo a enfundar en mi bata y me aferro a su cuerpo desnudo por última vez, susurrándole al oído un breve adiós.

Su piel es cálida, suave y conocida. Mis manos recorren su espalda y noto cada uno de sus músculos tensarse conforme se le quebranta la respiración.

Me besa el cuello, me lame la piel, me quita otra vez la bata, y yo cierro los ojos y me abrazo

a él con más fuerza.

Fuera, la nevada es cada vez más intensa. En breve tendrá que quedarse en su casa. Ya no se podrán sacar los coches a las calles. Dicen en la tele que es la peor borrasca en cien años.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le susurro mientras él penetra con un dedo mi cuerpo, húmedo y listo para entregarse otra vez.

Siempre lo hace antes de irse, como si regalarme unas últimas gotas de placer lo excitara; como si pretendiera que yo me pasara lo que queda de día pensando en él, deseándolo.

—Trabajar.

Cierro los ojos y gimo con suavidad, y él sigue jugando con ese trocito de placer que ahora le pertenece por completo. Su boca se arrastra por mi garganta y mi mentón, levantando fuego a su paso.

Noto su aliento caliente en mis mejillas y su polla tiesa dándome un empujoncito. Me sostiene, me protege, me besa y me abraza, y sus dedos entran y salen despacio. Siempre igual. Círculos, besos, su lengua empujándome cada vez más cerca del límite. Me desintegro de placer y él me calma despacio, no hay prisa por acabar. Supongo que, en este momento, comprendo quién es él y qué significa para mí.

—¿Qué tal se te dan los juegos? —me pregunta cuando ya se ha apartado de mí y, de pie delante de la cama, se está poniendo la camisa.

Me doy cuenta de que lo observo como una perturbada, de que me excitan incluso las cosas más sencillas, ver cómo se viste, cómo se cierra los botones de la camisa, cómo se anuda la corbata al cuello, cómo se coloca los gemelos...

Parpadeo para tranquilizarme y levanto la mirada hacia la suya.

—¿De qué clase de juegos estamos hablando?

Me sonrío con una expresión traviesa que me recuerda por qué me gusta tanto estar con él, y se sienta en la cama a mi lado. Con ternura, acaricia mi cabello y me roza la mejilla con los dedos. Es una sensación de lo más reconfortante. Me acerco a él, aunque sé que no vamos a volver a lo que estábamos haciendo.

—Los de azar.

—¿La ruleta?

—Algo así.

—No lo sé. Nunca he ido a un casino.

—¿Que nunca has ido a un casino? —repone, perplejo—. Coño, eso hay que remediarlo de inmediato. Te recojo esta noche a las ocho. Cenaremos antes.

—¿Antes de qué?

Se levanta de la cama y me sonrío desde arriba con una complicidad que me hace añorar la pasión de anoche.

—Antes.

Se pone los gemelos y el reloj. Lo miro, lo absorbo, me pierdo en él. Se cuelga un cigarro de los labios, pero no lo enciende. Nunca fuma aquí dentro.

—¿Ash?

Se vuelve desde la puerta, con las cejas enarcadas, y espera a que diga lo que sea que quiera decirle. Es un hombre muy paciente. Me daría miedo verle perder los estribos.

—¿Qué vas a hacer hoy? —le repito con tranquilidad.

Sus ojos se arrugan hacia las esquinas, como si estuviera conteniendo la sonrisa.

—Trabajar, cielo.

Siempre igual.

—Trabajar, ¿en qué?

La única respuesta que me concede es un guiño.

Espero hasta oír la puerta de la entrada cerrarse detrás de él y entonces me desplomo en la cama que huele a él, a nosotros, abrazo su almohada y sueño.

Sueño siempre con tantas cosas imposibles...

Es la primera vez en toda mi vida que piso un casino.

El edificio es tan majestuoso que me siento como si hubiese cruzado un túnel del tiempo. De pronto, he sido catapultada a los años treinta, la época dorada del juego.

Hay glamour en todo lo que me rodea, en la opulencia de los techos altos, en los mármoles y en las alfombras que cubren los suelos, en las descomunales salas revestidas de rojo y bronce, y hasta en las lámparas que arrojan una luz tenue y misteriosa sobre los febriles jugadores.

El tintineo de las tragaperras me resulta reconfortante. Un jazz muy suave suena en alguna parte, apenas un susurro que se escucha en la antesala.

Camino con los ojos clavados en las impresionantes columnas iónicas que parecen sostener todo el edificio para que no se venga abajo.

Es un lugar magnífico que huele a euforia y a vidas truncadas. Me gusta que no haya relojes. El tiempo no tiene ningún significado.

Ash apoya la palma contra mi espalda y me conduce hasta el bar. Todo el mundo lo saluda de camino. Todos lo conocen. *Buenas noches, señor Williams. ¿Cómo está, señor Williams? ¿Todo bien, señor Williams? Me alegro de verle, señor.*

Es el rey de este lugar, y ante mí se inclinan como si fuera su reina.

—¿Cómo es que los conoces a todos?

Vuelve la cara hacia la mía y me sonrío.

Y esa sonrisa, tan atractiva, tan *real*, me paraliza el corazón y hace que contraiga los muslos.

—Soy el dueño.

—¿Tienes un casino?

—Y muchos clubs —me responde mientras, con una mano, me invita a sentarme en una mesa para dos. El casino tiene restaurante—. Querías saber a qué me dedico, ¿no? Pues ya lo ves: apuestas y ocio nocturno. También invierto en petróleo, energías renovables para cuando se vaya a tomar por culo el petróleo, que lo hará, transporte, empresas de seguridad... Un sinfín de sectores. El *Grupo Williams* tiene intereses variados.

No confío en él ni por un segundo.

—¿Y qué hay de la pistola que llevas siempre encima? La que sueltas todas las noches encima de mi mesilla, junto al contenido de tus bolsillos.

Una pequeña sonrisa intenta abrirse camino en las comisuras de mi boca.

—Esto es América, cielo. Hasta los niños llevan pistolas.

—Te oí esa noche y lo sabes. Pongamos las cartas sobre la mesa, *cielo*. Esto ha dejado de divertirme. ¿Te dedicas al tráfico de armas?

—No.

Es tan categórico que me lo creo.

Así que será otra cosa.

—¿Narcotráfico?

—No.

—¿Prostitución?

—Ni de puta coña —me gruñe con una fiereza que me estremece.

—Entonces ¿qué cojones haces?

—Te lo acabo de decir —contesta con cierto hastío—. Apuestas y ocio nocturno.

—Pero te han robado un camión lleno de armamento.

Su rostro pasa de la beligerancia a la exasperación.

—El camión no era mío. Hay una filial de la sociedad W que ofrece servicios de protección. No hacemos preguntas, y tú tampoco deberías.

Es muy frustrante golpear una y otra vez contra el mismo muro de acero.

El camarero deja sobre la mesa dos copas que no hemos pedido. Whisky para él, *dry martini* para mí.

Lo ignoro por completo y mantengo la vista clavada en las pupilas del hombre que tengo delante.

—¿A quién ofrecéis servicios de protección?

Se encoge de hombros con desdén.

—A todo el que lo demande. Inversores extranjeros, en este caso.

—¿Y no os reserváis el derecho de admisión? ¿Si quien lo demanda es un grupo terrorista...?

Su cara no desvela nada. ¿Por qué tengo la impresión de que siempre lleva puesta una máscara?

—¿De dónde viene todo este interés por mi trabajo, Alexandra?

—Quiero conocerte.

—Me conoces. Anoche estuve dentro de tu cuerpo.

La ceja que arquea insinúa que lo que pretende decir es: estuve dentro de tu cuerpo *sin condón*. Me arrastró al médico y, después de hacernos las pruebas que certificaron que ninguno de los dos padecía enfermedades de ningún tipo, tiró a la basura los condones. Disfrutó mucho haciéndolo. Odia cualquier cosa que se interponga entre nosotros.

—No es lo mismo y lo sabes.

Toma un trago de whisky y tensa el gesto.

—¿Por qué no te limitas a follar conmigo? —me propone, atravesándome con toda la oscuridad de su mirada.

—Tengo la sensación de que lo nuestro no va a funcionar, Ash.

—No seas tan pesimista, joder.

Desprendo los ojos de los suyos y observo el restaurante. Hay varias caras conocidas. Famosos, políticos; él es importante si toda esta gente está aquí. ¿Harán negocios juntos?

—¿Te gusta? —pregunto al volver de nuevo la cara hacia la suya.

Tan cautivado parece por mi presencia que, por un momento, al mirarnos, todo cuanto nos rodea se desvanece. A la mierda las compuertas y los contornos. No hay nada más allá del azul fluorescente que me absorbe.

—¿El qué? —inquiere con esa voz rasgada que me hace estremecerme de placer.

—Ser un mafioso. ¿Tienes un *consigliere* como Vito Corleone? ¿Qué eres?, ¿un capo, un don? Desconozco las castas. Háblame de ello.

Me sonrío, una sonrisa lenta que deja claro que no está dispuesto a ofrecerme ninguna información.

—No soy un mafioso, cielo.
—¿Y qué eres?
—Ahora mismo, un hombre muy hambriento. ¿Podemos pedir ya o hay algo más que quieras preguntarme?
Aprieto los labios con fastidio y niego para mí.
—No sé qué estoy haciendo aquí. Tú y yo no mantenemos una relación, Ash. Tú y yo follamos. Vienes a mi casa, te vacías dentro de mi cuerpo y luego te largas. Eso es todo.
Como no soporto mirarlo ahora mismo, desvío la vista hacia la estantería de los vinos. Los hay de toda clase, de todos los países.
—Pasa la Navidad conmigo y con mi familia.
Vuelvo el rostro hacia el suyo, sorprendida por la petición.
—¿Qué?
—Quiero que estés conmigo —me dice, con la mirada clavada en la mía y una voz baja y cálida que, como siempre, me desarma—. Esto es serio para mí, Alexandra. Te prometo que lo es. Estoy al cien por cien comprometido con esta relación. *Quiero* que funcione.
¿Qué puedo decir?
—Está bien. ¿Irás Seven?
No he podido evitarlo y, por la cara que me pone, no le gusta la pregunta. Si me pusiera a hacer una lista de todas las cosas que no me gustan a mí, no acabaríamos hasta el amanecer.
—Ella es parte de mi familia.
Las buenas noticias no dejan de acumularse.
—Genial. Estoy impaciente por saludarla.
Me mira mal, y la verdad es que me da lo mismo.

No hablamos demasiado durante el resto de la cena. Imagino que ya no tenemos nada que decirnos. A él no le gusta que le presionen y a mí no me gusta que me den largas. Somos tal para cual, a ninguno nos gusta ceder.

Después de compartir postre, uno con chocolate, que es lo que me apetecía a mí, me lleva a uno de los salones de juego y pasamos por varias mesas.

Juega al *blackjack* y gana.

Juega a la ruleta y gana otra vez.

—¿Cómo es que no dejas de ganar? —le susurro cuando por fin consigo acercarme a él. Como ahora juega al póker, he podido sentarme a su lado y estoy mirando sus cartas sin entender demasiado. Los juegos de azar me aburren. No creo en el azar. Lo mío es la planificación de una estrategia bien ejecutada. El azar es voluble. Me gustan las certezas.

—La diosa Fortuna está de mi parte últimamente.

La diosa Fortuna.

Si algo sé sobre la suerte, es que a veces cambia, se vuelve en tu contra.

La diosa Fortuna es una zorra desagradecida. Te deja plantado cuando menos te lo esperas. Aunque por su sonrisita diría que no va a ser esta noche...

Deposita las cartas sobre la mesa y desafía con la mirada a los demás jugadores.

—¡No me jodas! —protesta un tipo mayor, elegante y refinado, con un gusto exquisito, a juzgar por la rubia con aspecto de modelo que lo acompaña—. ¿Una escalera de color?

A juzgar por la cara que ponen todos, la escalera de color de Ash es una jugada maestra.

—Ha sido divertido, caballeros —les dice, poniéndose de pie y arrastrándose tras él—, pero ya es hora de retirarme. Que lo paséis bien.

Coge sus ganancias y nos largamos de ahí. Si no he perdido la cuenta, creo que ha ganado unos cincuenta mil dólares esta noche.

—¿Qué vas a hacer con tanto dinero? —pregunto de camino al aparcamiento.

—Comprar regalos para los niños. Es Navidad.

Lo miro sin comprender. ¿Es que tiene hijos? A ver si va a estar casado con Seven y yo aquí sin saberlo. Las relaciones abiertas están muy de moda hoy en día.

—¿Qué niños? ¿Tuyos?

—No, Alexandra. Yo siempre he usado condón antes de ti.

Se está burlando. Puedo ver un rastro de sonrisa en la comisura de sus labios, amenazando con hacer añicos la serenidad de su expresión.

—¿Entonces?

Se detiene por un segundo, antes de entrar en el coche, y me mira por encima de la carrocería del Audi negro que se ha traído esta noche.

—Los niños de mi barrio.

—Los niños de tu barrio viven en casas de dos millones de dólares.

Hace una mueca.

—No *ese* barrio. *El otro*.

—No hablas mucho del otro.

—No tengo nada que contar.

—¿Puedo ir contigo?

—Mejor en otra ocasión. Sube. Volvamos a tu casa.

Me recorre una intensa oleada de placer sexual. Veo la amenaza que esconden sus palabras.

Y no me equivoco. La combustión crece hasta volverse peligrosa.

Cuando llegamos a mi apartamento, me abraza tan fuerte que siento que podría matarme si quisiera.

Y, mientras nos besamos, arropados por la oscuridad del salón, febriles, impacientes, empujándonos el uno al otro más allá de los límites, me pregunto quién es este hombre al que estoy dejando entrar en mi mente, en mi corazón, en mi cuerpo...

Se está incrustando en mí con la misma fuerza que los dedos que me acaban de arrancar el vestido y ahora me agarran el culo con tanta firmeza que no consigo despegar mi cuerpo del suyo.

Abro los ojos para estudiar su exquisito rostro bañado por la penumbra, y me pregunto si de verdad llegamos a conocer a una persona.

Hay muchas formas de matar a alguien. Puedes asesinarlo, puedes ignorarlo y puedes olvidarlo.

Que te olviden es la peor forma de morir, la más cruel de todas. No quiero que él me olvide nunca. Quiero que recuerde; que lo recuerde *todo*.

Supongo que eso es lo que implica estar tan obsesionado con alguien, sientes una constante necesidad de poseer y de ser poseído, tu único deseo en el mundo es dominar a la persona que se ha convertido en objeto de tu obsesión. Quieres incrustarte en ella hasta estar seguro de que nunca te superará.

Hay límites que no se deben cruzar nunca porque, una vez traspasados, no habrá vuelta atrás.

Lo nuestro no entiende de límites.

Lo que Ash y yo tenemos es una obsesión de primero de psicología.

Acabo de comprenderlo.

Capítulo 23

Todo lo que quiero para Navidad...

eres tú

(Canción *All I Want for Christmas Is You*,

Mariah Carey)

Alexandra

El veinticuatro de diciembre amanece con el alcalde de la ciudad decretando el estado de emergencia por culpa de la nieve.

Si lo que vi anoche por la ventana era un reino encantado, una auténtica postal navideña, lo que tengo delante al abrir las cortinas esta mañana es el escenario de una novela de Stephen King.

Estamos aislados y, aunque ha dejado por fin de nevar después de treinta horas seguidas, fuertes rachas de viento levantan una nevisca helada que dificulta por completo una tarea tan simple como la de caminar por la calle sin tener que cerrar los párpados.

Dadas las rentas casi inexistentes de los vecinos de la zona, seremos los últimos en ver una máquina quitanieves en nuestras calles. No es ningún secreto que las autoridades se preocupan primero por solucionar los problemas de los barrios más pudientes.

Y, después, si es que aún cuentan con recursos, atienden a los demás.

Me parece que voy a pasar las navidades sola, lejos de la mansión encantada de Ash.

No sé si siento alivio o aflicción.

Será mejor que le llame para darle las buenas noticias.

Me anudo la bata en la cintura, enciendo la cafetera y marco su número mientras espero a que se termine de calentar el café.

Contesta de inmediato y, como siempre, mi estúpido corazón late frenético.

Anoche no nos vimos, él tenía *cosas que hacer*, y creo que estoy con el mono.

—¿Me echas de menos tan pronto?

Algún día haré añicos esa arrogancia. Lo juro.

—No mucho, la verdad. ¿Qué tal estáis por tu zona?

—Aislados. —Se le filtra la sonrisa en la voz—. ¿Qué tal tú?

—Igual. Me parece que vamos a tener que cancelar lo de esta noche.

—¿Por qué?

¿En serio? ¿Es que no ve por la ventana el mismo escenario apocalíptico que yo?

—¿Porque vives en la otra punta de la ciudad y no se puede conducir con metro y medio de nieve en la calzada?

—Bueno, si es por eso... ¿Y qué vas a hacer sola en casa? Aparte de pensar en mí y echarme de menos.

Me río mientras, con el móvil entre el hombro y la oreja, me sirvo una buena taza de café.

—Pues no lo sé. Me prepararé una pizza congelada y pondré alguna película en blanco y negro.

Noto que sonrío.

—¿Te gustan las películas en blanco y negro?

—Son mis favoritas.

—¿Por qué?

—Llámame nostálgica.

Se produce una pequeña pausa.

Tomo un sorbo de café. Él suelta un suspiro.

—Te recojo a las siete, Alexandra.

—¿Cómo que me recoges a las siete?

—Ya te lo he dicho, cielo. Quiero que pases las navidades conmigo.

—¡Estamos aislados bajo una nevada histórica!

—Buscaré una solución.

—*No hay* solución.

—*Siempre* hay una solución —me corrige, antes de colgarme.

Creo que se le ha ido la pinza. La presión de ser el mandamás del reino de los matones ha podido con él. A ver si vamos a tener que llevarlo a terapia como a Paul Vitti o a Tony Soprano.

Es una bendición que tenga una hermana psicóloga.

Me he dicho a mí misma que era imposible salir hoy de casa y, para colmo, cruzar la ciudad; que Ash ha perdido la cabeza y que hay que llevarlo a psicoterapia lo antes posible.

Me he puesto excusas y más excusas.

Pero son las siete menos cinco y aquí estoy, delante de la ventana, vestida para salir.

Me gustaría saber cómo tiene pensado llegar hasta aquí. ¿En helicóptero?

Surco el cielo con la mirada, pero no me parece probable que nadie pueda volar esta noche. No solo porque esté nevando, sino por el viento de las narices. Cleveland se ha convertido en el Polo Norte. Muy oportuno para las navidades.

No, es imposible que pueda llegar hasta mi casa. Será mejor que me cambie, me desmaquille y...

No llego a acabar el pensamiento. Algo grande y ruidoso asoma en mitad de la oscuridad. ¿Qué demonios es esa bestia estrepitosa?

Primero veo las luces.

Luego, la nieve volar por los aires.

Espera. ¿Es una...?

Nooo. ¡Se ha traído una quitanieves! ¡¿Qué?! Suelto una fuerte carcajada detrás de la ventana.

Algunos vecinos, alertados por el ruido, han salido a los balcones y están aplaudiendo al héroe que va a liberarlos esta Nochebuena. Esto es demencial.

Sin dar crédito a lo que estoy viendo, agarro mi bolsito de noche, me pongo un abrigo negro, elegante, que reservo solo para las ocasiones especiales, y salgo a la calle.

Ash me espera delante del edificio, apoyado en el guardabarros de un Range Rover blanco que tiene las lunas tintadas. Al verme llegar, le da una última calada al cigarro y lo lanza en la nieve.

No puedo creer que haya armado todo este follón solo para venir a recogerme.

Al final vamos a ser el primer barrio de Cleveland en recuperar la movilidad, y todo porque yo salgo con *Don Williams*.

—¿De dónde has sacado una quitanieves?

Esboza una arrebatadora sonrisa de lado, que pinta arruguitas muy sexys en las comisuras de sus penetrantes ojos. Está guapísimo. Lleva esmoquin y abrigo negro. Un mechón de pelo rubio oscuro le cae sobre la frente con el viento y se lo peina de nuevo hacia atrás con los dedos.

—Tengo contactos.

Se hunde en el manto de nieve que la máquina ha tirado a las aceras, coge mi cara entre las manos y sus labios se encuentran con los míos en un beso devastador. Los vecinos que siguen asomados a los balcones aplauden y vitorean.

—Vamos —me susurra con suavidad—. Hace frío. No quiero que te enfermes.

Me coge de la mano para ayudarme a mantener el equilibrio subida a unos tacones de aguja y me abre la puerta del Rover.

Agradezco el calor que me recibe en el interior y los asientos calefactables. La verdad es que, pese a su beso pasional, empezaba a congelarme. Tengo la ropa mojada de abrirme paso entre la nieve.

Ash enciende los faros y, despacio, sigue a la quitanieves.

Todavía estoy perpleja. Nadie ha hecho nunca nada parecido para estar conmigo.

—Dime la verdad. ¿Has armado este follón porque te parecía deprimente que cenara una pizza congelada en Nochebuena?

Ríe, me coge la mano y planta un beso en mis nudillos.

—No, pequeña —responde, clavándome su abrasadora mirada en las retinas por unos segundos—. He hecho esto porque te necesito a mi lado a todas horas. Esta noche es especial y quiero que la celebremos juntos. Porque *tú* eres especial para mí.

Está claro: es mi príncipe azul vestido de etiqueta, a lomos de una máquina quitanieves.

Lástima que sea un príncipe oscuro.

Esperaba alguna decoración navideña, no que el jardín de su casa se hubiese convertido en el sitio más alucinante de la ciudad.

—Guau. A esto le llamo yo entusiasmo navideño.

Se echa a reír y aparca el coche lo más cerca posible de la escalera. Hay varios todoterrenos en el patio, así que, o tiene una familia grande, o ha montado un fiestón a pesar del estado de alarma. No parece él muy fan de las normas...

—Es cosa de Mia. Le encanta la Navidad.

—Ya lo veo.

—Ven. Entremos.

Admito que estoy un poco nerviosa, no sé lo que me espera ahí dentro. Sus dedos encima de mis nudillos me infunden valor, pero no sé si será suficiente.

Se abre la puerta y nos recibe la música y las risas.

Sin embrago, todo parece congelarse cuando la gente advierte mi presencia. La música sigue sonando sin que nadie le preste atención.

Mia se ha quedado pálida, lo cual me hace pensar que Ash no le ha contado nada de lo

nuestro.

Mierda.

Recorro el salón con la mirada, un rápido examen de los rostros que me rodean. La que más miedo da es Seven. Sus ojos de azul plomizo parecen desgarrarme la piel de la cara.

—¿Qué hace *esta* aquí? —gruñe, entre dientes.

Ash la ignora.

—Atención todos. Dejad lo que sea que estéis haciendo porque tengo algo importante que anunciaros. Tú también, Julian. Deja el puto porro. Ya sabes que no puedes fumar aquí dentro, joder, que luego me apestan las cortinas.

Fascinante. Le preocupa el olor de las cortinas. Nunca se me habría ocurrido.

El tipo calvo, con aspecto de ex presidiario, apaga el porro en un cenicero y casi se traga el humo. Es divertido ver a alguien tan grandote en un aprieto.

—Lo siento. ¿Decías?

—Quiero presentaros a Alexandra, mi novia. Alexandra, estos son mi familia, el Rubio, Serpiente, Colin, Santi, Rafa, este gilipollas que huele a hierba barata es Julian. —Todo el mundo se ríe; yo me limito a tensar los labios en un gesto bastante incómodo—. Ellas son sus chicas. Harper, Dakota, Bethany, Laney... eh...

—Mel —le echa un cable alguien de por ahí.

—Eso, Mel. Y... perdona, cielo. No me sé tu nombre.

—Andrea —contesta una rubia bajita con aspecto de duendecillo alegre.

—Andrea. Por supuesto, conoces a mi hermana Mia y a su encantador novio, este de aquí es mi colega Ax y su mujer, Daisy, Seven... Ah, y ese que vuelve de la bodega es Mickey. El puto Mickey Mouse.

Tengo decenas de ojos curiosos clavados en mí. Adiós a mis esperanzas de pasar medio desapercibida. Todo el mundo me inspecciona de la cabeza a los pies. Espero estar vestida a la altura de la ocasión. Aunque no sé qué vestido iría a juego con mi novio el mafioso...

Seven empuja la silla hacia atrás con gesto cabreado y se marcha de la fiesta.

—Se ve que le he caído bien —digo, para diversión de Ax y de su mujer que, al estar cerca de mí, me escuchan perfectamente.

—No te lo tomes a mal —intenta consolarme Axel—. Es así de arisca con todo el mundo.

Me quedo mirando su rostro apuesto en un evidente intento por ubicarlo en mi memoria.

—Tú me sueñas de algo.

—Axel Grove —se presenta, alargándome la mano—. Gané la Indy del año pasado. Tal vez te suene por eso.

—¡Claro! Eres súper famoso.

—Tampoco es para tanto —interviene Ash, que me rodea los hombros con el brazo y me acerca a él—. ¿Qué quieres beber, cielo? ¿Un martini?

—Si no es mucha molestia...

—Nunca lo es.

Me deja con un beso en el cuello y va a por mi copa. Se supone que ahora debería integrarme en el grupo, interactuar con sus amigos y familiares, pero no me siento nada cómoda. La gente o bien me ignora o bien me observa, como Mia, en cuya expresión percibo una dureza que no invita nada a acercarse.

—¿Y cómo os conocisteis Ash y tú? —me pregunta Axel, a quien agradezco hacia mis adentros que siga de pie a mi lado e intente llevar una conversación. Parece buen tío.

—Estoy reformando su nueva casa.

—¿El palacio oriental?

Me río.

—Sí. ¿Has estado ahí?

—Daisy y yo vivimos cerca.

—Ah. Genial. ¿Y de qué conoces tú a Ash?

Es decir, sus amigos con pintas de presidiarios encajan más en el ambiente que un famoso piloto con tantos títulos a sus espaldas. Ahora que me ha dicho su nombre completo, ya sé con quién estoy hablando.

—Hace mucho que lo conozco. Fui a la cárcel por ese gilipollas.

—¿Qué? ¿Te detuvieron?

—Mm-hm.

—¿Por qué?

—Porque se dejó trincar —me responde Ash. Pone la copa en mi mano y me vuelve a rodear los hombros con el brazo.

—No seas capullo. Encima de que no te delaté...

Ash se echa a reír y me guiña el ojo. Este hombre ha tenido una vida fascinante.

—Creí que vendría —dice Ax de pronto, y me doy cuenta de que algo ha cambiado en su cara. De repente parece mayor, cansado y vencido. No hay luz en sus ojos, solo tristeza y oscuridad.

—Tío, han cancelado todos los vuelos. Mira por la ventana, coño.

—Ya. Mala suerte, ¿no?

—¿Por qué no te vas a buscar a Daisy? —le propone Ash en tono apaciguador—. No le estás haciendo ni puto caso a tu mujer.

—No me necesita. Con un par de rayas, Daisy está servida.

—Joder, Axel. No me toques las pelotas.

Me parece que no debería presenciar esta conversación tan íntima, pero estoy en medio de los dos, con el brazo de Ash manteniéndome pegada a su costado, y no puedo marcharme sin llamar la atención.

Así que tomo un sorbo de martini y los miro incómoda a través de mis maquilladísimas pestañas. Me pregunto quién será ella. Es evidente que Axel está enamorado de alguien a quien esperaba ver en la fiesta de esta noche. Así que... ¿quién falta?

—¡A cenar! —escucho la alegre voz de Mia—. Venga. ¿A qué estáis esperando?

No queda otra que ponerse en marcha.

Ash se sienta en el cabecero de la mesa. Yo, a su derecha. Mia, justo en frente de mí.

Me dispongo a decirle algo, pero aparta la mirada a propósito antes de que lo haga y se pone a hablar con la mujer de Axel.

Vale. Esto va a ser difícil.

La hermana de Ash y yo no nos dirigimos la palabra en toda la cena, así que siento alivio al cruzarme con ella en la puerta del baño. Será mejor atajar esto lo antes posible.

—Oye, Mia. ¿Podemos hablar un momento? Me gustaría aclarar algunas cosas.

Durante unos breves segundos noto su resistencia, su determinación de no ceder.

Sin embargo, después de expulsar un profundo suspiro, asiente levemente.

—Está bien. Vayamos a la biblioteca. Nadie nos molestará ahí.

La sigo en silencio por el pasillo y entro tras ella en una enorme sala repleta de libros, con butacas de cuero marrón y un sofá a juego, en el que me invita a ponerme cómoda.

—Tú dirás —apremia tras instalarse en una butaca.

—Lo siento, creía que tu hermano te había contado lo nuestro.

—Pues no. No tenía ni idea.

—Mia —empiezo, intentando reprimir el desasosiego creciente que inunda mis venas—, si hubiese sabido que...

—Da igual, ¿vale? —me interrumpe con tono seco—. No es asunto mío. ¿Algo más que quieras contarme?

Me quedo callada, resoplando.

—¿Por qué no lo apruebas?

Me mira a los ojos con una intensidad que me deja sin palabras. Es la primera vez que me mira de verdad en toda la noche. Antes me ha mirado a la cara, pero no a los ojos. No como ahora.

—No es que no lo apruebe. Más bien, no lo aconsejo. Ash y tú sois esa clase de personas que podríais haceros mucho daño el uno al otro. Los dos sois frágiles y...

—¿Frágiles? —repito, con las cejas arqueadas en una mueca de incredulidad—. No describiría a tu hermano como frágil.

—Porque no lo conoces, Alexandra. No sabes nada sobre él.

—La gente no deja de repetirme eso.

—Porque es cierto. ¿Sabías que no somos hermanos en realidad?

Me yergo un poco en mi asiento.

—¿Qué?

—No lo somos. Mi verdadero hermano se llamaba Jinx. Le pegaron un tiro en la calle cuando yo tenía diez años. Ash me llevó a su casa y desde esa noche me cuidó como si fuera su hermana. Pero no llevamos la misma sangre, y que no te contara algo tan importante como eso solo deja claro lo poco que sabéis el uno del otro. ¿Sabes quién es, Alexandra? ¿Te ha explicado qué es lo que hace para ganarse la vida, a qué se dedica? No, solo ves lo que él quiere que veas. Con Ash, las apariencias son importantes.

—Yo veo más allá de ellas. Sé que siempre lleva una pistola encima, pegada al costado —respondo, dejándola helada—, que se rodea de matones, que es perfectamente capaz de ejecutar a una persona de un tiro en la nuca y que lo haría sin parpadear siquiera. Y también sé que no quiere hacerlo. Nunca quiere apretar el gatillo, Mia. Para él, siempre es la última opción. Su mayor deseo en el mundo es ser respetable, alguien legal. Pero no se lo permiten, siempre hay alguien que lo arrastra hacia atrás. Tu hermano tiene el instinto protector más desarrollado que he visto nunca en nadie. Todos somos capaces de cargarnos a alguien llegado el momento. Lo haríamos por un motivo u otro. Él lo haría para proteger a su familia. Porque sois lo más importante que tiene. Eso es lo único que sé, y no necesito más.

Me doy cuenta de que mis palabras la han afectado.

Se seca discretamente la humedad que se empieza a acumular en las esquinas de sus ojos y tensa la boca en un gesto que pretende ser una sonrisa.

—Entonces, si sabes todo eso y no has salido corriendo todavía, debería darte la bienvenida a

la familia.

Estupendo. Ahora formo parte de *la familia*.

Después de mi conversación con Mia, decido buscar a Ash. Lo encuentro fuera, fumando en las escaleras.

—Hey. ¿Qué haces aquí solo?

—Pensar.

—¿En qué? —pregunto, acercándome a él a pesar del frío que tengo. He salido sin abrigo, solo con un vestido de tirantes.

Ash me abraza contra su costado y se cambia el cigarro a la otra comisura de la boca para no echarme el humo en la cara. Su cuerpo arde incluso a través de la ropa.

—En ti —murmura mientras se quita la chaqueta y me la pone por los hombros.

Levanto el rostro para mirarlo, y él tira el cigarro a la nieve y baja el suyo hasta que nuestras narices casi se rozan. Durante unos eléctricos segundos, analiza mis ojos con una intensidad bastante perturbadora.

—Me quitas el aliento, Alexandra —vuelve a susurrarme.

—Eso es bueno, ¿no?

—No lo sé. ¿Lo es?

Me acerco un poco más. Estoy tan pegada a él que paladeo el sabor del whisky y el tabaco en su respiración.

Apoyo mi mano en su pecho. Él la agarra con fuerza. Nos observamos en silencio, mientras las luces navideñas del jardín se reflejan en nuestras caras.

—Estoy enamorada de ti, Ash.

Sin soltarme los dedos, pone su boca en la mía y me besa. No hace falta que lo diga. Sé que él también está completa y absolutamente enamorado de mí.

Era inevitable.

—Antes de que se me olvide —murmura al separarse nuestros labios—. Tengo un regalo para ti.

Aqueo una ceja.

—No será otro cuadro...

Se ríe de la cara de horror que pongo, y después se seca algo del bolsillo, algo brillante.

—No.

Miro el collar que le cuelga del dedo. Es precioso y parece muy caro. No entiendo de joyas, pero por cómo brillan esas piedras diría que son diamantes.

—Ash, es demasiado. No puedo aceptarlo.

—Claro que puedes. Déjame que te lo ponga. Te quedará muy bien con este vestido.

No me queda otra que ceder, sé que no se dará por vencido nunca, así que recojo mi pelo en una coleta alta y me coloco de espaldas a él.

—Listo —murmura, plantando un beso rápido en mi cuello.

Mi cabello oscuro vuelve a caer en bucles sobre mis hombros. Me hice un recogido antes de salir de casa, pero después de la cena me lo he tenido que soltar porque me apretaba demasiado.

—Es precioso. Gracias. Yo también tengo algo para ti.

—Espero que sea sexo porque todo lo que quiero para Navidad eres tú.

—Lamento decepcionarte, Mariah Carey, pero no es sexo. Es una primera edición de *El Padrino*.

Echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada gutural.

—Esa sí que es buena. ¿Y dónde está?

—Me temo que me lo he dejado en casa —me veo obligada a admitir con una mueca que lo hace reírse a sacudidas y rodearme en un abrazo.

—Eres perfecta. No sé qué coño haces conmigo, pero me da igual. No pienso dejarte escapar. Yo también estoy enamorado de ti.

Eso me temía.

Capítulo 24

**Un corazón se deshará
por un simple deseo.**
(Canción *Simple Desire*, All Mankind)

Alexandra

Dado que estamos en pleno estado de emergencia, los invitados se quedan a dormir y a la mañana siguiente me los encuentro a todos en el salón, sobrios y alguno más malhumorado que otro.

Esto podría ser el escenario de una novela de Agatha Christie. Como el encierro dure más de unas cuantas horas, alguien, lo más probable yo, no vivirá para contarlo.

Seven me lanza tal mirada torva desde el sillón en el que se ha arrellanado que no me cabe duda de que fantasea con el homicidio ahora mismo.

Todo lo contrario que Ash, cuyo semblante parece iluminarse solo de verme entrar por la puerta.

Viene hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja, me planta un beso en la boca delante de todos y le pide a su empleada doméstica (por supuesto que tiene una) que me traiga un café y lo que sea que me apetezca para desayunar.

—Pide lo que quieras, cielo —me dice, dándome otro beso, esta vez en la sien. Le cuesta mantener las manos y los labios alejados de mí. No le molesta que la gente no deje de observarnos. Ni siquiera se da cuenta. En esta habitación estamos él y yo, nadie más que le importe.

—Solo café, gracias. No me apetece desayunar.

Frunce el ceño, en claro desacuerdo con mi petición. Lleva un jersey gris de Tommy Hilfiger que le sienta de miedo, vaqueros y los pies descalzos. Hoy parece cómodo y despreocupado, y... está tan guapo que duele mirarlo.

—¿No quieres nada de comer?

—No me apetece, gracias.

—¿Te encuentras bien?

No. Estoy incómoda. Fuera de lugar. Esto es raro. Tenemos demasiado público. Todo el mundo está pendiente de nosotros.

—Sí. Genial.

Parece tragárselo, porque se vuelve a sentar en el sofá y tira de mí para acurrucarme contra su costado.

Huele a suavizante y a gel de ducha, y es muy reconfortante hundir la nariz en su hombro y aspirarlo. Es lo único familiar aquí.

Mia y su novio deben de seguir en la cama. No creo que hayan salido a dar una vuelta por la nieve. Esto parece Siberia.

—¿Qué coño miráis? —gruñe Ash de pronto, cuando se da cuenta de que no estamos solos aquí.

Todo el mundo se da prisa por retomar la conversación anterior o inventarse una nueva sobre la marcha.

La única que no se esfuerza en disimular es Seven. Prefiere clavarme la mirada como una psicópata.

—¿Qué tal has dormido? —me susurra Ash, con los labios pegados a mi oído.

Él también me aspira. Noto su nariz encima de mi piel y cómo llena de aire sus pulmones. Anoche me dijo que con solo olerme se le ponía dura. Me pregunto si estará empalmado ahora mismo. No me atrevo a comprobarlo con su *novia* mirándonos tan fijamente.

—*Poco* —le recuerdo con énfasis.

Ríe entre dientes y me lanza un guiño antes de levantarme la cara con un dedo y tomar mis labios con una ternura que me derrite. Su lengua empuja contra mis dientes para que le deje entrar.

—Voy a potar.

Ash interrumpe el beso para dedicarle a su ex un gesto adusto. La tenemos de pie delante de nosotros, con un odio tremendo impreso en su rostro.

—Seven, sé amable.

Su voz grave reverbera ira, pero a ella no parece afectarle. Nos vuelve la espalda con desdén y se marcha dando un portazo.

—Lo siento. —Planta un beso en mi pelo y me aprieta contra él con el brazo—. Acabará aceptándolo.

Lo observo divertida.

—Para ser alguien tan perspicaz, a veces pareces muy ingenuo.

Me frunce las cejas.

—¿Qué quieres decir?

Cojo el café que me acaban de traer y le doy un sorbo antes de contestar. Mmm. Le han echado una pizca de canela.

—Tu novia nunca aceptará lo nuestro. Por cierto, ¿vive aquí o es que siempre está en vuestra casa?

Ash se limita a mirarme de forma inexpresiva.

—Me aseguraré de que deje de incordiar.

—¿Vive aquí? —insisto, mosqueada al ver que me está dando largas.

—A veces.

Me concede la respuesta de mala gana, con los ojos clavados en la ventana.

—¿Aún te la follas?

Su rostro se vuelve muy despacio hacia el mío. El brillo de fiera en sus ojos me hace tensarme a su lado.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que tú eres la única?

Afortunadamente, la llegada de Mia es lo suficientemente efusiva como para ponerle fin a la tensión. Poco a poco, Ash se relaja y nuestra conversación cae en el olvido. Al menos para él.

Por la tarde, le pido que me lleve a casa.

—No aguantaré otra noche aquí.

—No me extraña —murmura desde la cama. Está tumbado, cuan largo es, en el colchón y

tiene las manos apoyadas por debajo de la nuca, de tal manera que el jersey se le ha subido un poco y puedo ver el tatuaje que tiene en la pelvis y que me distrae un poco, porque me hace recordar que anoche mi lengua estaba justo ahí—. Llevas con esa cara larga desde por la mañana. ¿Qué te pasa? No me has dejado tocarte hoy en todo el puto día. Y me duele la polla de tenerte cerca, olerte y no poder tocarte, Alexandra. Me estoy volviendo loco.

—Lo sé. De eso se trataba.

—¿Por qué juegas conmigo?

De espaldas a él, me visto tan tranquila delante del espejo, consciente de que sus ojos de depredador se arrastran, muy oscuros, por mi piel desnuda y que su mente de psicópata se deleita con ideas muy sucias de todas las cosas que me haría si se lo permitiera.

Que no es el caso.

Me acabo de duchar. *Sola*, como le he recalcado cuando ha intentado unirse. Le dije que necesitaba un poco de intimidad, y me complació, pero muy a disgusto.

Y, por supuesto, se quedó en la habitación, esperando a que terminara, y ahora me observa como un perturbado.

—A ver, ¿cómo te sentirías tú si yo te dijera que mi ex novio se queda a veces en mi casa?

La idea le resulta tan molesta que le oigo expulsar aire con fuerza por la nariz.

Se levanta de la cama y se acerca a mí para subirme la cremallera del vestido. El roce de sus dedos en mi espalda me hace contraerme de deseo.

Espero a que se aparte, pero no lo hace, se queda ahí mirándome a través del espejo mientras arroja su cálido y suave aliento contra mi oído.

Tenerle tan cerca es devastador. Desprende un magnetismo sexual tan fuerte que me arrastra hacia él incluso cuando yo me empeño en caminar en dirección contraria.

Estoy mojada, preparada, y él lo sabe, porque me respira con ansia y sé que lo sabe, es consciente de que palpito por él.

—Me cargaría a ese cabrón sin dudarlo —masculla, con la boca enterrada en mi pelo. Me abraza por detrás y su gruesa y larga erección se presiona contra la parte baja de mi espalda—. Pero esto es diferente. Seven no es mi ex novia. Solo era sexo y acabó en cuanto te conocí.

Me empieza a acariciar el cuello con los labios y sé que la conversación ha acabado para él.

—Ash... —protesto, pero a media voz porque en realidad no quiero que se detenga.

—Te llevaré a casa, pero... primero quiero comerte entera y luego que te encarames sobre mi polla y luego...

—Creo que lo he pillado. No hace falta que seas tan gráfico.

Suelta una risita, me vuelve entre sus brazos y acerca la cara a la mía hasta que solo nos separan unos centímetros de aire. Está en todas partes.

—No te preocupes por nada, ¿vale? Estoy absolutamente obsesionado contigo. Quiero follarte en todas y cada una de las posturas que se me ocurran, quiero tener mi polla dentro de tu boca a todas horas, quiero meter mis dedos y mi lengua dentro de ti, y tú quieres que lo haga. Este subidón no se nos va a pasar nunca. Cuando tú y yo estamos juntos, no hay nada más, joder. Solo nosotros dos. Así que no te sientas amenazada ni por Seven ni por nadie. Tú eres la única que me importa.

Algo muy dentro de mí se agita de anticipación y me insta a apretarme contra su pecho, presa de este deseo que nos consume a los dos.

Tengo su mano en mi cintura y su pierna se desliza entre las mías para separarlas un poco.

Registro su rostro con ojos delirantes, el estilizado perfil de sus facciones, la boca que a veces

refleja una expresión seductora y, otras, de lo más cruel, y me clavo los dientes en el labio inferior cuando su mano se traslada a mi espalda y me baja despacio la cremallera que acaba de subirme.

—Deja que te posea, cielo. Es Navidad. Luego, si quieres, puedes poseerme tú a mí.

—Un trato justo —replico, divertida. Sí que está obsesionado conmigo.

—¿Puedo? —murmura, señalando el tirante del vestido que se muere por deslizarse hacia abajo.

Asiento, consciente solo del brutal latido de mi corazón y del extraño hormigueo que recorre mi piel.

Con su rostro serio inmerso en el mío, desliza mi vestido hacia abajo y me contempla. Vuelvo a ser una obra de arte. O una prostituta, no lo sé.

Los pensamientos cesan de golpe cuando él empieza a arrastrar el dedo por el borde de mi boca y se relame los labios, a punto de besarme.

Sus fluorescentes iris se sumergen tan profundamente en los míos que me quedo anclada a sus oscuras pupilas.

Este hombre despierta en mí un lado salvaje que no sabía que tuviera, algo febril, un fuego que acabará consumiéndome por dentro.

Sé que no hay manera de sobrevivir a algo así.

—Voy a estar fuera de Cleveland unos días —informa al poner el coche en punto muerto delante de mi edificio. La máquina quitanieves se ha parado unos metros por delante de nosotros, donde espera, con el motor en marcha, a que el todoterreno de Ash la siga—. No vas a poder localizarme, pero volveré antes de Nochevieja. Iremos a una fiesta.

Me miro las manos entrelazadas en el regazo y niego, confundida.

—¿Vas a salir de la ciudad con esta nevada?

—Sí.

Como siempre, es una tumba, no me da ningún detalle.

—¿Adónde vas?

—Al puto medio oeste.

—¿Por qué?

Guarda silencio un momento y, cuando vuelve a hablar, percibo en su voz un deje frío y controlado que me congela la sangre.

—Negocios.

—Negocios —repito, moviendo la cabeza con incredulidad.

—Negocios, sí —me responde con un soplo.

La rabia me abrasa por dentro, tan poderosa que necesito respirar hondo para poder hablar.

—¿Esto va a ser siempre así?

Su semblante se pone tenso al volverse hacia el mío.

—Así, ¿cómo? —repite, cortante.

—¿Tú harás cosas de las que nunca me enteraré?

Tarda unos segundos en calibrar mis palabras. Poco a poco, sus facciones se suavizan. Cuando extiende el brazo para colocarme un mechón de pelo tras la oreja, una pequeña sonrisa

se reproduce en sus labios.

—Cielo, créeme, cuanto menos sepas de las cosas que hago, mejor. Más a salvo vas a estar.

—¿A salvo de qué? —le grito, con los ojos chispeantes de indignación.

—De todo... —murmura, tirando de mí hacia su pecho.

Me da un beso largo y lento, húmedo, bien dado, y luego se despide sin más.

No sé adónde va, no sé con quién, no sé por qué y ni siquiera sé si va a volver.

Aún no le he dado su maldito regalo de Navidad y me estoy poniendo de muy mal humor. ¿Qué significan *unos días*? ¿Cuántas horas y minutos voy a tener que esperarle esta vez?

Vuelve.

La noche antes de Nochevieja, llama a mi timbre en plena madrugada y yo abro, como la yonqui enganchada que soy.

—Hola —dice al encontrarse nuestras miradas a través del pequeño hueco de la puerta. No he quitado la cadena.

—No son horas para visitas —lo reprendo, mosqueada por todos estos días de silencio—. ¿Qué quieres?

—¿Ahora mismo? —Se produce una pausa, al final de la cual murmura—: Comerte el coño hasta que te corras en mi boca.

Debe de ser la nota rasposa y medio suave que arrastra su voz lo que hace que sus amenazadoras palabras se filtren a través de mis venas como caramelo derretido que enciende mi sangre.

Esto es peor que una fiebre, es una enfermedad. Los labios que estoy mirando absorta son letales y, aun así, me muero por volver a probarlos, otro chute de veneno que estoy dispuesta a suministrarme a mí misma antes de prometerme que será la última vez que lo pruebe.

Los adictos siempre mienten.

Quito la cadena con manos temblorosas y él entra en mi casa con los ojos clavados en los míos y dispuesto a llevar a cabo la amenaza.

Cierra la puerta con tranquilidad y después me levanta del suelo sin esfuerzo y me tira encima del sofá.

Me desata el cinturón de la baja, la aparta a ambos lados de mi cuerpo desnudo y febril, y me contempla como a una puñetera obra de arte.

—Te he echado mucho de menos —murmura, antes de apoyar la lengua contra mi hinchado clítoris.

Hundo los dedos en su pelo, los tenso y le obligo a sacar la cabeza de entre mis piernas.

—¿Dónde has estado?

—Resolviendo un asunto.

—¿Qué asunto?

Me atraviesa con una mirada llena de furia y pasión.

—No te concierne. Solo te diré que he hecho lo que debía. Y ahora el mundo es un lugar un poco mejor.

—Creía que tú no hacías el bien.

—No lo hago. Pero, a veces, hacer el mal es una buena obra de Dios.

—¿Crees en Dios?

—No. Solo en mí mismo. Separa las rodillas.

Obedezco la orden y él sonríe al fijarse en lo duros que se me han puesto los pezones. Las ordenes me excitan.

—Veo que no soy el único que ha echado de menos esto. —Me roza el pezón derecho con la punta del dedo y yo me sacudo, como si me hubieran atravesado miles de voltios de corriente eléctrica—. Dilo.

—*Jódate* —gruño entre dientes, y sonrío, cruel.

Mueve la cabeza, divertido, se inclina hacia adelante y me pasa la lengua por toda la apertura, hasta golpear contra mi clitoris.

—Dilo.

Hundo la mano en su pelo y acerco de nuevo su boca a mi entrepierna.

—Haz que me corra y luego, tal vez, te diré que te he echado de menos.

Suelta una risita y me da lo que le pido.

Ha sido fácil. Estaba tan excitada que no he podido aguantar más de dos minutos sin correrme.

Cuando vuelvo a tener su boca en la mía y mi propio sabor en el paladar, lo miro a los ojos y susurro:

—Te he echado de menos, Ash.

—Y yo a ti, joder.

Me besa con lentitud, haciendo que mi corazón palpite descontrolado, juega con mi lengua y con mi cuerpo y estoy cada vez más perdida en esto; más loca por él.

El sexo que sigue a este pequeño momento de ternura es diferente. Salvaje, duro, frenético, intenso. Resulta muy complicado, casi imposible, combatir el fuego que arde en sus pupilas. Al final me rindo y dejo que me envuelva.

Me lleva al orgasmo de nuevo, y mira con ferocidad el cuerpo que se estremece por él y vuelve a romperse en pedazos.

Mientras yo me sacudo febril y levanto la pelvis hacia la suya para prolongar infinitamente esta sensación de plenitud, él acerca la boca a mi oído y murmura:

—Quiero que vivas conmigo. Quiero esto todas las putas noches.

Hundo las manos en su pelo, atraigo su cabeza hacia la mía y le doy un beso largo e intenso. Su lengua me penetra, provoca la mía, y sus manos me arrancan caricias sedientas que vuelven a encenderme.

La barba incipiente que cubre su mandíbula me pincha los labios, pero me da igual, necesito sentirlo.

Su erección se restriega entre mis pliegues, y yo vibro y me contraigo a su alrededor y lo beso y gimo...

Estoy viendo las puñeteras estrellas.

Quiero hacerlo, quiero parar, pero no puedo, y él me folla duro y me atraviesa con esa mirada suya que me quema la piel, y entonces cedo y digo que sí.

—Viviré contigo, pero solos, tú y yo, nadie más.

—Joder. Sí. Vale. Lo que quieras —sisea, y con unos cuantos empujones más, se derrama en mi interior, gruñendo como una bestia.

Me abraza con fuerza y permanecemos así un buen rato, con su cuerpo enterrado en el mío, palpitando todavía, y su respiración irregular acariciándome el cuello. Oigo su corazón, lo rápido y desacompasado que late, y me doy cuenta de que lo que siento por él es más que lujuria u

obsesión.

—¿Has matado a alguien durante este viaje? —musito, con los labios en el hueco de su clavícula.

Noto que sus brazos se vuelven de acero a mi alrededor. Se produce una pausa muy larga.

Se aparta lo suficiente como para poder mirarme, y entonces sus ojos se enfrían hasta congelarse del todo, un muro impenetrable que me frena el paso.

—Sí, Alexandra. Lo he hecho.

No se le mueve ni un músculo al admitirlo. Para él, matar a alguien es algo normal, un trámite más.

Me quedo helada. Esperaba que lo negara.

Pero ha decidido confiar en mí. Esto es importante para él.

—No sé cómo sentirme ahora mismo, Ash —confieso, deshecha, preguntándome si alguna vez podré asimilar su respuesta.

—Siéntete aliviada. Era un monstruo.

Tengo la boca seca y necesito un momento para acallar este vaivén de pensamientos.

—¿Qué ha hecho para merecer la muerte?

Sacude la cabeza con gesto de frustración.

—Matar a una chica. Trocearla. Tirarla a un contenedor.

Su tono es frío y controlado, pero sus pupilas desprenden una oscuridad estremecedora.

—¿Cómo lo mataste?

Tuerce la boca con desdén.

—De un tiro en la nuca. Nada de crueldad. No se lo merecía, pero tenía prisa por volver contigo y fui benevolente. La muerte siempre lo es. Es muy misericordiosa. Si quieres hacerle daño a alguien, daño de verdad, no te lo cargas, joder. Lo mantienes vivo porque hay destinos muchos peores que la muerte. Cuando te cargas a alguien, estás haciendo limpieza, un favor al mundo. No tiene nada de retorcido matar a otra persona. Aprietas el gatillo y eso es todo. No hay satisfacción.

Nunca se ha abierto tanto conmigo. Nunca me ha dejado entrar de esta forma en su mundo. Esto es bueno y terrible al mismo tiempo.

Empleo mis dedos para alisar la arruga de entre sus cejas y la caricia parece calmar el tic de su mandíbula.

—¿Querías ser cruel?

—Se lo merecía.

—¿Y por qué cambiaste de opinión?

Juraría haber captado un brillo de tormento en sus ojos, aunque no podría asegurarlo.

—Porque quiero mirarme a un puto espejo y no sentir asco de mí mismo.

Las lágrimas que me ciegan son tan irracionales que ni siquiera me molesto en contenerlas.

Me estoy ahogando cada vez más deprisa. El suelo por debajo de nosotros se ha convertido en arenas movedizas que se nos van a tragar.

—¿Vas a dejar esta vida alguna vez? —susurro con voz trémula. Que lo niegue, sin tan siquiera meditarlo, me hace polvo. Me oigo soltar un sollozo, antes de farfullar—: ¿Por qué no?

—De mi mundo se sale de dos maneras: dentro de un ataúd o con una corona.

Absorbo, febril, las facciones duras, esculpidas en granito, que se ciernen sobre las mías, y noto que el corazón se me ralentiza en el pecho.

Nunca me había sentido tan unida a alguien. No solo porque esté todavía dentro de mi

cuerpo, sino porque yo estoy dentro de su corazón y puedo ver toda la oscuridad que hay en su interior.

—¿Y qué eres tú, un condenado? —murmuro, horrorizada.

Niega, y la dureza de sus rasgos se suavizan un poco mientras me seca la cara con los dedos.

—Un rey. El crimen organizado es mi reino y tengo que gobernarlo me plazca o no. Alexandra, las cosas no son fáciles. No te has enamorado de alguien normal, y lo siento porque, gracias a mí, tu vida no será nunca normal. Tus hijos no serán normales. Intenté dejar esta vida, pero ella nunca va a dejarme a mí. Puedo elegir la corona o la muerte, y ya he hecho mi elección. Ahora sabes quién soy. Sabes de lo que soy capaz. ¿Estás conmigo?

Me aguanta la mirada en silencio. No aparta la cara, y por un segundo percibo un aire vulnerable en su expresión. Teme que salga corriendo, ahora que lo sé todo.

Si fuera sensata, lo haría.

Pero yo también hice mi elección hace tiempo.

—Estoy contigo.

Sus ojos se arrastran, llenos de ternura, por toda mi fisionomía; absorbe cada una de mis facciones, y luego su boca acomete contra la mía y la invade, y yo dejo que nuestras lenguas se enreden en un beso febril y húmedo, al mismo tiempo que les permito a las lágrimas que arden tras mis párpados que se derramen por mis mejillas.

Lloro por mí misma y puede que un poco también por él, por ese niño empujado a buscarse la vida en un mundo de monstruos hasta convertirse él mismo en uno de ellos.

—Te quiero —murmura, con los labios pegados a los míos y los dedos tensos alrededor del cráneo—. No llores, por favor. No quiero hacerte llorar nunca.

—Pero vas a hacerlo igualmente.

Su boca se separa despacio de la mía. Esparce besos por todo mi rostro. Mis mejillas, mi nariz, mis párpados... Intenta secarme las lágrimas, pero no es suficiente.

Estando con él, derramaré más lágrimas de las que sus labios nunca podrán secar.

—Alexandra, ¿por qué dices eso? —murmura, confundido y puede que un poco herido por mis palabras.

Me detengo, y lo miro con mis ojos rojos e hinchados de llanto, y todo se viene abajo, el mundo se hunde y solo sé que no he podido evitar esto y que me siento perdida y que no tengo ni idea de qué voy a hacer a partir de ahora, porque nada me ha preparado para sentir lo que siento por este hombre.

—Porque yo también te quiero.

«Y eso es terrible».

Capítulo 25

Encuentra lo que amas y deja que te mate. (Charles Bukowski)

Ash

El tatuaje ha quedado como esperaba. Todavía está un poco sanguinolento, espero que no me manche la camisa. Debería ponerle un apósito, por si acaso.

Entro en el baño, abro el botiquín y busco algo que me sirva para cubrir la zona. ¿Qué es toda esta mierda? Si yo no uso nada de esto, solo vendas y agua oxigenada de vez en cuando. ¿En qué momento dejé que Mia se ocupara de rellenar los botiquines?

Rebusco cabreado entre montones de pastillas y cremas que no tengo ni idea de para qué sirven y al final encuentro lo que necesito. Al fondo del todo. La única puta cosa que exijo de un botiquín.

Suelto un suspiro de exasperación, rasgo el papel con los dientes y me pongo de perfil para ver lo que estoy haciendo.

—¡Ash! —oigo a Seven gritarme desde la habitación—. ¡Los rusos están conformes con el trato!

Ya iba siendo hora, joder.

Hago una mueca mientras me vendo la herida delante del espejo. Esta noche tendré que quitarme el vendaje para enseñarle el tatuaje a Alexandra, pero, de momento, hay que hacer una mudanza y necesito que me aguante un par de horas.

—¿Me has oído?

—¡Que sí! —gruño tras escupir el envoltorio del apósito al suelo.

—¿Y por qué coño no dices nada? ¿Qué estás, haciéndote una paja?

Abro la puerta para lanzarle una mirada cruzada.

—Me estaba vendando un tatuaje nuevo. Las pajas prefiero que me las hagan —respondo al mismo tiempo que entro en la habitación, desnudo de cintura para arriba.

—Yo también —me dice desde la cama en la que acaba de instalarse.

La forma en la que separa las rodillas, sonrío y levanta las cejas me hace ponerle mala cara.

—¿Cuántas veces te lo tengo que repetir?

Me pone los ojos en blanco.

—Que sí, que solo follas con ella. Te oí las primeras treinta veces, capullo.

—¿Y por qué insistes?

De pie, delante del espejo de cuerpo entero, me pongo la camisa, mi reloj favorito y me peino con los dedos, echándome el pelo hacia un lado.

—Así que os vais a vuestro nidito de amor.

—Ajá.

—¿No te parece un poco pronto?

Le frunzo el ceño a través del espejo.

—¿Pronto?

—¿Cuánto hace que la conoces?

—No lo sé, unos cuantos meses. La conocí en octubre o en noviembre, no estoy seguro. El tiempo es un concepto abstracto para mí.

Debería afeitarme, pero no quiero llegar tarde. Hoy es un gran día. A partir de hoy, la tendré solo para mí.

—Es todo muy precipitado —está diciendo Seven, ajena a la cara de satisfacción que pongo mientras me cierro los puños de la camisa—. Entra en tu oficina, te quedas patidifuso y ahora no solo que estáis en plan *Cincuenta Sombras de Grey* a todas horas, sino que, para colmo, os vais a vivir juntos. Me entran arcadas solo de pensarlo.

Me pongo la corbata, la chaqueta y los gemelos, y tomo nota mental de pedirle a Lis que compruebe la agenda. Quiero recordar la fecha de nuestro aniversario. ¿O el aniversario es la fecha de cuando follaste por primera vez con esa persona? No estoy seguro ahora mismo. Se lo preguntaré a Lis.

—¿Qué quieres que te diga, Seven? —mascullo, sin mirarla—. Me he enamorado de ella.

—Tus amoríos no suelen salir bien.

—No seas tan agorera, coño. Saldrá bien.

—Si tú lo dices...

—Pásame ese móvil de ahí, anda. Tengo que llamar a Colin.

De mala gana, se estira en la cama, coge mi móvil de la mesilla y me lo tira a la cara con mucha mala leche.

—Oye, cuidado, que me rompes la pantalla.

—Da gracias de que no te la rompa contra esa cabeza hueca que tienes.

Me echo a reír.

—¿Por qué estás tan de malhumor hoy, a ver? Los negocios nos van bien, los rusos han aceptado el trato... ¿Qué más necesitas para estar contenta?

—Que no te mudes con ella.

—Ya. Eso no va a pasar. Acostúmbrate.

—Es que no me cae bien.

Bufo hacia mis adentros. Que no le *caiga bien* se queda muy corto. La detesta. Le pegaría un tiro a la mínima.

—No hace falta que lo jures. Pero, por favor, intenta ser más amable con ella, ¿de acuerdo? Venga, andando, que tengo cosas que hacer, y tú también.

Le hago un gesto para que me deje solo y ella me obsequia con una bonita peineta antes de salir de mi cuarto.

Llamo a Colin.

—¿Qué pasa, jefe?

—¿Ya tenéis la furgoneta?

—Estamos en la calle, acabo de aparcar.

—Bajo en dos minutos.

Cuelgo, me vuelvo a arreglar el pelo con los dedos y salgo de la habitación silbando. Estoy de buen humor hoy. Tengo todo lo que quería. La diosa de la fortuna me sonríe.

Alexandra mira divertida el tatuaje que me he hecho en su honor.

—¿Duele?

—Escuece.

Se acabó la mudanza. Los chicos han dejado las cajas en el suelo del salón y por fin se han largado a sus casas. Tendré que traerlas de ahí tarde o temprano, pero eso no me preocupa ahora mismo. Tengo cosas más importantes en las que pensar.

Alexandra y yo estamos en *nuestro* dormitorio y me acabo de bajar la camisa por los hombros para que vea qué he estado haciendo durante toda la mañana. Siempre quiere saber dónde he estado y con quién. Me divierte su curiosidad.

—Me gusta la frase que has escogido.

Sonríó. Me he tatuado algo de Bukowski: *Encuentra lo que amas y deja que te mate*.

Claro que le gusta. Nadie ha hecho esto nunca por ella.

Su dedo índice se pasea por los relieves de mi abdomen. Se me tensan los músculos de golpe, me late la polla... Entrecierro los párpados y me tomo un momento para disfrutarlo. Esto es muy bueno.

Su dedo se detiene. Vuelvo a estar al mano.

Le quito con aplomo la camisa blanca, enorme, que lleva y trago saliva. Va a acabar conmigo. Esperaba ropa interior sencilla, de algodón, puesto que lleva vaqueros y esta camisa larga que le sienta de miedo, pero lo que me encuentro por debajo, un conjunto de encaje negro, muy sexy, me produce una erección de narices.

—¿Todos los tatuajes que tienes significan algo para ti?

—Menos este —digo, enseñándole uno que tengo en el otro costado—. Estaba borracho cuando me lo hice.

Se ríe.

—No te imagino borracho. Siempre estás tan al mando de todo... ¿Y este?

Me señala uno que es muy especial para mí. Ella también lo era. Ahora tengo que esforzarme para recordar su cara, sus rasgos, su sonrisa.

Te quiero, pero no lo aguanto más...

Antes, la veía morir todas las noches. Desde que conozco a Alexandra, ella me visita menos, y lo agradezco. Va siendo hora de que la deje marchar. Está acurrucadita en una tumba, mi bella durmiente, a salvo de todo, ya nadie podrá hacerle daño nunca más (me aseguré de eso). No me necesita a su lado. Existimos en universos diferentes.

—¿Este? —repongo con voz indiferente.

—¿Qué significa *Heaven* para ti?

—Una canción de Brian Adams.

Levanta el semblante hacia el mío, debatiéndose entre la diversión y la perplejidad.

—Bromeas.

—Nop.

Sonaba cuando la conocí.

Trabajaba de camarera en un bar de mala muerte en el que entré a comprar tabaco. Fue todo muy fácil, le pedí fuego, me enamoré perdidamente...

Hasta que se jodió todo. El declive era visible. Ojalá no me hubiera negado a verlo.

Te quiero, pero no lo aguanto más.

Eso se acabó. Soy un hombre nuevo ahora. La tengo a ella. Alexandra no es Nikki.

—¿En qué piensas?

Parpadeo para disolver el pasado y niego con la cabeza.

—En nada. ¿Por qué?

—Se te ha nublado la expresión.

Sonríó para tranquilizarla. No quiero joder este momento. Es nuestra primera noche juntos como pareja en nuestra casa. Hay cosas más importantes que quiero hacer que pensar en una chica que lleva media vida muerta.

Más que nada, porque hay una mujer muy viva y casi desnuda delante de mí, y su presencia es tan poderosa que anula el pasado.

Pasé el umbral de esta casa con ella entre mis brazos. Nadie puede echarme en cara que no sea un puto romántico.

Le desabrocho los vaqueros y me quedo lívido. La parte de abajo es todavía más sugerente. Todas estas cuerdas... ¿Y si la ato? Eso no lo hemos hecho todavía.

Paseo el dedo por el tirante que sube por su cadera para unir la parte de abajo de su ropa interior con la de arriba y gruño de gusto.

La idea de atarla me excita cada vez más.

—Quiero quitarte este conjuntito tan sexy que me llevas. ¿Puedo?

—Bueno. Si te empeñas.

Me gusta que me provoque. Me gusta todo de ella. Cómo me mira, cómo se le acelera la respiración cuando siente que estoy a punto de besarla, cómo me quita la ropa, se monta sobre mi polla y me cabalga hasta que se corre...

Vale, necesito mirar otra cosa que no sean sus espectaculares tetas embutidas en esta cosa diminuta de encaje porque, de lo contrario, esto durará menos de lo previsto y hoy quiero ser meticuloso.

¿Habrá cuerdas en esta casa? Ella se pone batas para dormir. Las batas tienen cordones. Hay batas en las cajas de mudanza.

Con el rostro inclinado sobre el suyo («no voy a besarte por mucho que me mires con esos ojitos de Bambi»), cojo los dos tirantes de su corsé y los deslizo hacia abajo, acariciando su suave piel con los dedos mientras lo hago. Estoy siendo considerado. En otras circunstancias, se lo arrancaría. Pero hoy es un gran día. Quiero que lo recuerde.

—Alexa, pon los *Nocturnos* de Chopin —le ordeno al trasto que hay a mis espaldas, mientras desabrocho los cordones que todavía mantienen el corsé pegado a su cuerpo.

Alexandra sonríe.

—Qué sofisticado.

El corsé cae al suelo.

Observo absorto las perfectas tetas que se yerguen delante de mí, los abultados pezones que en breve estarán dentro de mi boca. Sé que mi mirada la calienta entera. Puedo ver sus pupilas dilatadas, escuchar su respiración superficial. Ya es mía, la tengo.

—Me gustan las connotaciones poéticas y eróticas de estas piezas.

Arquea una ceja.

—¿Eróticas? —repone, con esa voz mitad sarcástica mitad dulce que me pone cachondo.

—Mm-hm. —Le rozo un pezón con la uña y contengo una sonrisa al percibir la descarga eléctrica que le ha recorrido el cuerpo—. Escucha cómo se intensifica hasta alcanzar el clímax.

—El clímax —dice, sin entonación.

—Ahí está. ¿Lo notas? —murmuro, con la boca cada vez más cerca de la suya.

Me mira. La miro. Me palpita la polla. A ella le arde el clítoris.

—Lo noto... —musita, y sus dedos se clavan en el cuello de mi camisa para atraerme más

cerca de sus labios.

Está rogándome un beso, pero no cedo. Me gusta demasiado esta energía eléctrica como para permitirle que estalle tan pronto.

La siento vibrar, está a escasos centímetros de mí y el aire tiembla. ¿Qué tal si vibramos los dos un poco más?

La giro entre mis brazos, la pego al armario y meto la mano dentro de sus bragas. Estoy siendo tan brusco que ahoga un gemido. Le gusta cuando me pongo así. Se me viene a la cabeza una canción de Cohen. *Lo quieres más oscuro. Matamos la llama*^[1]. Pura poesía. Como esto.

Sonríó contra su hombro al sentir su excitación en las puntas de mis dedos. Mi miembro tieso se frota contra la parte baja de su espalda.

—Bienvenida a casa —ronroneo en su oído—. Voy a lamer todo tu cuerpo.

Sus dedos se clavan en la tela de mis pantalones y me instan a seguir frotándome contra ella. Lo hago, se lo doy todo, y Alexandra ladea la cabeza para que mi boca tenga pleno acceso a su cuello. Disfruto mucho de su rendición. Voy a premiarla como se merece.

Paseo la nariz por su piel, inhalando, y deslizo mis dedos en su interior.

Gime y se retuerce.

Lo quiere más oscuro.

Matemos la jodida llama.

Capítulo 26

**¿Alguna vez te has enamorado,
enamorado de alguien de quien no deberías haberte enamorado?**

(Canción *Ever Fallen in Love*, Buzzcocks)

Alexandra

Me convierto en uno de ellos.

Los próximos cinco meses, no hay fiesta en Cleveland a la que no acuda, siempre agarrada al brazo del hombre más atractivo de la ciudad.

Obras de teatro, musicales, fiestas benéficas, estrenos de cine; una larga sucesión de alfombras rojas y eventos llenos de glamour a los que hay que acudir siempre vestido de etiqueta y sonreír delante de los focos como si guardaras un secreto que nadie más debe conocer, solo el fotógrafo cuyos labios están sellados.

Los periódicos enloquecen.

Para los suyos, es un gánster.

Para el mundo, un filántropo, y yo, su flamante novia de la que no se separa ni a sol ni a sombra.

El día en el que por fin me tuvo en su casa, con todas mis cajas de mudanza y mis trastos que no llenaban ni una cuarta parte de su salón descomunal, se hizo un tatuaje nuevo en el costado.

A modo de homenaje, se grabó en la piel una frase de Bukowski: *encuentra lo que amas y deja que te mate*.

Muy poético, ya lo creo.

Cuando le pregunté por qué había hecho algo así, me contestó que quería recordar ese día para siempre.

Suele tener esa clase de gestos que te desconciertan y hacen que tu cabeza dé vueltas, porque él es un hombre hecho de contrastes y, si estás con él, estás por completo, cabalgando hasta el final sangriento, como dice esa canción de 2Pac que le pide a Alexa que ponga cuando hace flexiones, recién levantado de la cama, mientras yo me quedo ahí mirándolo y preguntándome qué tengo de especial, cuánto durará esto y cómo será ese final sangriento.

Imagino que doloroso. Para ambos.

Esta noche me ha llevado a la inauguración de un restaurante. Lo reservó en exclusividad para nosotros dos (menuda inauguración, pobre dueño, tendrá que volver a inaugurarla mañana), y ahora estamos en el *Fever*, tomando una copa.

La idea de venir aquí fue mía.

Vivo con él y comparto su cama, pero nunca lo tengo por completo.

Siempre hay algo, un asunto, un problema, un secreto, el vacío, noches enteras en las que no tengo ni idea de dónde está ni de lo que está haciendo ni de si volverá alguna vez o no, y siento que me estoy volviendo loca lentamente con tantas ideas y tanto puñetero silencio que hay a mi alrededor.

Porque, con él, el mundo puede ser el Paraíso y el Infierno a la vez.

Cuando colgamos el cuadro de la muerte en el salón de su, *nuestra*, casa (lo colgó él mismo para enseñarme que sabe usar las manos para algo más que para follar o para cargarse a gente), le pregunté por qué el arte.

Se quedó absorto en el lienzo, meditando la respuesta, y al final dijo:

—Me gustan las cosas bonitas.

Moví la cabeza con tristeza al ver cómo se engañaba a sí mismo.

—Te equivocas. Te gustan los trofeos.

Y él sonrió para sí, porque sabía que la doctora Quinzel volvía a dar en el clavo.

A veces me pregunto si soy un trofeo para él.

A veces, incluso, creo saber la respuesta.

Pero hoy, todo es diferente, esta noche por fin siento que está conmigo al cien por cien, que para él tampoco hay un mundo fuera de este reservado.

Me mira todo el rato, y reconozco en sus ojos el brillo hambriento que asegura que le cuesta cada vez más esfuerzo contenerse.

—La última vez que estuvimos aquí, me moría por follarte en este sofá.

Una sonrisa traviesa asoma en mis labios. Estoy cada vez más colada por él. Es demencial. Puede que a mí también me guste coleccionar trofeos. Cosas bonitas...

—Lo recuerdo. Creo que lo dejaste claro.

Ladea una sonrisa.

—Me la pusiste muy dura esa noche.

Arqueo una ceja, sorbo un poco de martini y dejo la copa sobre la mesa.

—¿Y cómo la tienes ahora?

Coge mi mano y la aprieta contra su erección.

—Igual.

De repente, soy una bola de deseo y solo quiero que se marchen todos a su casa para quedarnos solos en el club, nosotros y nuestros deseos más oscuros.

Mis dedos se mueven, ya le tengo en la mano, y él se deshace de su copa, coge mi rostro entre las manos y me da un beso furioso que me vuelve loca.

Su lengua, despiadada, provoca la mía para que la siga en este febril tango que no tarda nada en convertirse en una total y absoluta pérdida de control, y yo emito un gemido leve y abro un poco las piernas para instarle a que siga.

Suerte que me haya puesto un vestido que se abre sobre una pierna y él puede subir la mano por la parte interna de mi muslo y pasar los dedos por encima de la ropa interior de encaje que se ha empezado a humedecer en cuanto introdujo su lengua con sabor a whisky dentro de mi boca.

Le saco la polla, sabiendo que nadie puede vernos aquí, y empiezo a masturbarlo, y él dibuja círculos lentos alrededor de mi hinchado clítoris y me devora a besos sedientos mientras me dice que soy suya y que puede hacer conmigo lo que le plazca, lo cual me pone hasta límites insanos.

Estoy húmeda, muy excitada, lista para correrme, cuando la mano de Ash se detiene de golpe y sus dedos, en vez de llenarme, colocan mis bragas en su sitio.

—Tenemos que hablar —escucho a mi espalda.

Dejo caer los párpados al reconocer la voz borde y seca de su mascotita.

—Ahora no, Seven —gruñe, fulminándola con la mirada mientras se guarda su miembro dentro de los pantalones y se sube la cremallera.

—Es importante.

—Esto también lo es.

Seven planta una bota negra, de motera, sobre la mesa y se inclina sobre él.

—Escúchame bien, capullo encoñado. Me importa una mierda tu polla o lo mucho que te apetezca meterla en el agujero de esta. Colin ha muerto y esos cabrones colombianos vienen a por ti ahora mismo. Me acabo de enterar, joder. Tienes que salir de este antro cagando leches antes de que sea demasiado tarde.

A Ash se le cambia la cara. Creo que a mí también.

—¿Colin ha muerto? —farfulla, tan descompuesto que cuesta entenderle.

—¡Y todo por cargarte al hijo puta de Miguel! Qué te lo dije, coño, que lo dejaras estar.

—Debía morir. ¡La tiró a un puto contenedor de mierda!

—Ya, ¡pues acabas de desatar la puta guerra con el cartel más letal del país por una zorra colombiana! ¿Estás contento ahora, capullo?

Se están gritando el uno al otro sin ningún pudor. No tienen ningún cuidado con lo que dicen, no hablan en clave como siempre. Esto es grave. Estoy asustada.

Un disparo quiebra la música.

—¡Iros! ¡Ya! —ruge Seven, que se saca dos pistolas de debajo de la cintura de los vaqueros y sale del reservado dispuesta a cargarse a todo hijo de perra que se le ponga por delante.

Es admirable que esté dispuesta a morir por un hombre que no comparte ni compartirá nunca sus sentimientos.

Ash reacciona de inmediato, a diferencia de mí; me agarra de la muñeca, me arrastra hacia la barra y luego por una especie de pasillo clandestino que se abre si metes la mano dentro de la boca de Medusa.

—¿Qué es esto? —murmuro. Mi voz parece un susurro débil que corta la noche de este laberinto de túneles sin fin.

—Me preocupaba que alguien intentara pegarme un tiro aquí dentro y tomé mis precauciones.

Caminamos con rapidez, sumidos en la oscuridad que nos envuelve. Solo oigo el murmullo de nuestras respiraciones aceleradas, las rápidas pisadas y los disparos. El pasillo parece eterno. Me cuesta pensar. Tengo la cabeza muy espesa.

—¿Ves algo?

—Sí, ahí está la salida.

Trascurridos unos angustiosos minutos, Ash desatranca la puerta con el hombro y me saca a la calle. Los disparos se escuchan un poco más amortiguados desde aquí.

—Alexandra—. Me sacude al ver que tardo en reaccionar. Trato de concentrarme en la voz cargada de urgencia que me arrastra hasta esta realidad de la que solo quiero huir, pero la maraña de emociones que me embargan son muy fuertes y me resulta difícil enfocar mi atención en él—. Escúchame. No se te ocurra ir a casa bajo ningún concepto. Ve a este sitio y quédate ahí hasta que vaya a buscarte. No mis hombres, yo en persona. No mandaré a nadie a por ti. Iré yo. ¿Me has oído? ¡Eh! ¿Me has oído?

La repetición de la pregunta me hace reaccionar por fin. Parpadeo, y el mundo vuelve a girar. Las balas siguen entonando su siniestra melodía, y el miedo a perderlo es tan tangible que me ahoga.

Lo agarro de la manga de la chaqueta y lo miro horrorizada, abriendo mucho los ojos.

—Espera. ¿Qué piensas hacer?

—Volver —dice mientras se la quita y me envuelve en ella.

—¡No! ¡Te matarán! ¡Es a ti a quien quieren!

—Nadie va a matarme —asegura, con mi cabeza entre las manos para obligarme a mirarlo y

a confiar en él. Sus ojos azules son muy persuasivos, pero ahora mismo yo no atiende a razones.

—¡No puedes irte! ¡No puedes dejarme!

—Alexandra, escúchame, coño. Todo va a salir bien si sigues mis instrucciones. Mira la tarjeta que tienes en la mano. Mírala, cielo.

Hago lo que me dice.

Es la tarjeta de un motel.

—¿Qué es esto?

—El sitio más cutre de la ciudad. Nadie te buscará ahí. Coge un taxi, pero no le digas la dirección. Pídele que te deje a dos manzanas y ve andando hasta ahí. No pases por recepción. Ve directamente a la habitación 114. Usa esta llave para entrar. Quédate ahí, ¿me has oído? No le abras la puerta a nadie, ni a la de la limpieza, ni al que te traiga la pizza, ni a los testigos de Jehová, ni a la puta madre que los parió a todos. Solo a mí. Paga la comida por debajo de la puerta. Que nadie te vea. Tu cara está en todas las jodidas revistas. Saben quién eres. ¿Lo has entendido?

—No puedes volver ahí.

—No va a pasarme nada —me repite muy despacio, para que se me meta en la cabeza.

—¡Eso no lo sabes!

—Lo sé. Te lo prometo, estaré bien. No te preocupes por mí, haz lo que te digo. Ve a este sitio y quédate ahí. Toma. Dinero en efectivo. Te hará falta. No se te ocurra usar una tarjeta. Dame tu móvil.

Se lo doy, y ahogo un grito cuando lo tira al suelo y lo destroza de una pisada.

—¿Qué has hecho?!

—Nada de móviles. Nada de tarjetas. Solo efectivo y que nadie te vea la cara. Eso es todo lo que tienes que recordar.

Que me esté dando todas estas instrucciones tan calmado, tan imperturbable en medio de este caos, me deja muda de terror.

La presión es tan grande que noto que mis facciones se arrugan y, antes de que me dé cuenta, ya estoy llorando.

—¡No puedes volver ahí! No es seguro...

Ash me toma con fuerza entre sus brazos para tranquilizarme.

—Cielo, ¿oyes los disparos? —Asiento, febril, y me aferro a él con las dos manos para retenerlo a mi lado—. Es buena señal. El silencio sí que sería una mala señal, me acojonaría, pero los disparos son buenos. Quiere decir que los nuestros siguen vivos.

—No me dejes...

—Cariño, mi gente corre peligro. Necesitan que vaya a ayudarlos. Están dispuestos a morir por mí. ¿Qué clase de hombre sería yo si no estuviera dispuesto a morir por ellos?

—Me da igual —lloro, con la cara hundida en su pecho—. No te vayas.

—Por favor, confía en mí —me pide con una firmeza que no admite réplica—. Vendré a buscarte en cuanto pueda. Ahora, ve. ¡Vamos!

Hago acopio del poco control que me queda, me separo de él y me seco las mejillas con las palmas. Me ha quedado claro que no tengo que llamar la atención. Nadie debe fijarse en mí.

—Vale. Te esperaré ahí.

Aliviado, me planta un beso profundo y apasionado en la boca, se saca la pistola del costado, le quita el seguro y echa a andar hacia la parte delantera del club, zambulléndose en la noche.

No sé si es un estratega o un suicida.

Y no me quedo para averiguarlo.

Epílogo

¿Quién eres tú que adoptas tan diferentes formas?

(Película *La delgada línea roja*, 1998)

Alexandra

El motel es todavía peor de lo que esperaba. Hay moho en la ducha, no funciona la televisión y huele como si alguien hubiera muerto aquí dentro.

Me tiemblan las manos, pero no he perdido los nervios y eso es bueno.

Lo malo es que estoy completamente aislada, sin posibilidad de saber qué está pasando ahí fuera.

Sin móvil y sin tele, no puedo seguir las noticias, y el tiempo pasa muy despacio en este lugar cuando no sabes nada y deseas saberlo todo.

Tengo muchas horas vacías, en las que lo único que puedo hacer es pensar.

Pensar me vuelve loca.

Sopeso todas las ideas, incluida la de que Ash haya muerto durante el tiroteo.

Dijo que vendría a por mí, pero han pasado tres días y sigo aquí. No lo aguanto más. Tengo que averiguar qué está pasando.

Espero a que se haga de noche y entonces rompo la promesa que le hice y salgo a la calle. Hay una farmacia cerca de aquí y yo necesito bragas limpias, cepillo y pasta de dientes, un frasco de aspirinas y todo lo que pueda conseguir en una farmacia y me resulte de cierta utilidad.

No creo que nadie pueda reconocerme. Llevo unas pintas horribles.

Solo mi vestido de Valentino podría delatarme, pero lo desgarré a la altura de la apertura vertical, me pongo la chaqueta de Ash encima y ahora parezco una prostituta drogadicta que le acaba de hacer a alguien una mamada en el motel de la equina.

No me lavo la cara desde hace días, no me he peinado y tengo un aspecto tremendo.

Estoy a salvo. La mujer glamurosa de las alfombras rojas no se parece en nada a mí.

Entro en la farmacia, evitando mirar a la gente a la cara, cojo un carrito y lo lleno de cosas, tampones por si se me baja la regla, vaselina porque tengo los labios destrozados de tanto mordérmelos, y otras pequeñas vanidades dado lo estresante que me resulta la situación.

Es evidente que no estoy preparada para ser la mujer de un gánster. ¿Alguien está preparado para algo así? Quizá Seven lo esté. Se me hieló la sangre solo de recordar cómo salió del reservado con las dos pistolas en alto. ¿Habría sobrevivido? Espero que sí, por muy raro que eso suene. Su lealtad hacia él me hace verla con otros ojos.

En la caja, me atiende una chica joven. No me mira, está pendiente del móvil. Me encanta esta generación.

Pago y salgo tan tranquila.

De camino al motel, paso por un quiosco para comprar el periódico de hoy y unas barritas de chocolate, y con mi botín en la mano, me doy prisa por volver.

Meto la llave en la puerta, la giro y me quedo helada.

Ash está de pie en mitad de la habitación y me mira implacable y desalmado, con una ferocidad que me acelera el pulso.

—¿Dónde *coño* estabas?

Ese bramido en el que se ha convertido su voz suena tan agresivo que doy un respingo.

Está tenso, tiene la cara lívida de ira, ni siquiera parpadea y, con su impresionante estatura y su cuerpo musculoso que hace menguar la habitación, parece muy intimidante. Miro su rostro cincelado y se me contrae el estómago.

Verlo reaviva todos mis sentimientos; vuelve a estar en todas partes, en mis deseos más oscuros y en mis pesadillas más aterradoras.

—Estás vivo...

—¡¿Dónde coño estabas, joder?! ¡Te dije que no salieras!

Hoy parece diferente, más peligroso de lo normal.

No lleva traje ni nada llamativo. Va vestido como un motero, vaqueros negros, botas, chupa de cuero...

De hecho, ha venido en moto, me fijo en los dos cascos que hay encima de la mesilla de noche y me invade una súbita sensación de alarma.

Esto no ha acabado.

—He ido a la farmacia —explico, deshecha.

—A la farmacia.

Se me acerca, me coge la bolsa de la mano e inspecciona su contenido.

—Necesitaba algunas cosas —digo con voz temblorosa.

Sus ojos azules se levantan hacia los míos, duros como un puñetazo en el estómago.

—¿Rímel? —se burla, con las cejas en alto.

Me siento tonta y superficial por haber comprado eso.

—Fui a por bragas —me disculpo mientras cambio el peso del cuerpo de una pierna a la otra—. Pero, ya que me arriesgaba...

Pienso que va a gritarme, pero lo que hace es echarse a reír, si bien no parece nada divertido.

Con un punto de frustración en la mirada, se frota la barba que cubre su cuadrada mandíbula y niega para sí.

—Acabarás conmigo, cielo. Casi me da un infarto cuando he abierto la puerta y tú no estabas.

—Lo siento —murmuro, arrepentida porque parece decirlo muy en serio.

Se masajea el ceño con aire muy cansado.

—Dejaré una bolsa con cosas que son imprescindibles para ti en los moteles y en los pisos francos, para que la próxima vez no tengas que desobedecerme. A ver si me haces una lista, coño.

Solo una enorme dosis de voluntad me hace mantenerme serena ahora mismo. El corazón me va a toda velocidad.

—¿Habrá una próxima vez?

La pregunta lo intranquiliza.

Se queda mudo de asombro e impotencia, y cuando sus ojos vuelven a clavarse en los míos, veo que tiene muchísimo miedo de perderme.

—Sí.

Me conmueve su honestidad. Podría haberme mentado, haberme dicho que no me preocupara, que todo va a salir bien, pero no lo hace y lo quiero por ello.

—Entiendo.

Con una expresión que no puedo descifrar, baja la mirada al suelo y mueve la cabeza, atribulado.

—Las cosas se van a poner muy feas, Alexandra. Se acabaron los lujos, los desfiles de cine y las fiestas glamurosas. Tengo que volver a las cloacas, porque es la única forma de exterminar a las ratas. ¿Vas a dejarme? —me pregunta, con voz tensa y mesurada, al levantar la vista hacia la mía.

La idea lo aterra, pero me sostiene la mirada con calma, a la espera de mi sentencia.

Sé que, decida lo que decida, lo aceptará. Me dejará marchar, si es lo que deseo.

Y, por un segundo, barajo la posibilidad de salir corriendo, ir a cualquier otro sitio, empezar de cero, sin pasado, solo el futuro.

Los ojos de Ash me atraviesan, llenos de unas emociones que no termino de comprender del todo.

La elección es mía. Puedo echar tierra por encima de lo que tuvimos, o puedo quedarme.

Sin aliento, desecha y agitada, cruzo la habitación deprisa, cojo su cabeza entre las manos y evalúo el dolor que hace brillar sus ojos, hasta que me empapo de él.

—No. Estaré contigo hasta el final, te lo prometo.

El final sangriento...

Leo en su rostro el alivio que lo invade. Exhala una buena cantidad de aire y me envuelve en un abrazo tan fuerte que apenas respiro.

Con los dedos tensos en mi chaqueta (la suya, en realidad), entierra la cara en mi cuello, me inhala con fuerza, y su tórax se mueve deprisa, al ritmo de su agitado aliento.

El calor del pecho que arde por debajo de su camiseta es tan áspero y envolvente que se me ralentiza el corazón. Me libero de su agarre, levanto el semblante hacia el suyo y analizo en silencio los iris tocados de dolor y, a pesar de todo, llenos de una pasión desgarradora que nadie ha demostrado nunca por mí.

Él hace que te sientas especial. La única chica que importa. La sensación es adictiva.

—Pero no vuelvas a hacerme esto —advierdo con expresión helada—. Me he pasado tres días encerrada, sin tener ni idea de si estabas vivo o muerto.

—Lo sé. Lo siento.

—*Nunca más*, Ash —subrayo, con voz vibrante de ira—. Te lo digo muy en serio.

Asiente, envuelve mi nuca con los dedos y arrastra mi cara hacia la suya.

Su boca me invade, y todo se oscurece, todo se apaga, esto es especial y no hay vuelta atrás. Estoy con él al cien por cien, y él está al cien por cien volcado en mí.

Es bonito.

Aterrador.

Y es real, la única realidad que importa.

Un claxon en la calle lo hace soltar mis labios y acercarse a la ventana. Voy tras él y los dos miramos hacia el aparcamiento a través de las horribles cortinas de encaje con modelo floral, muy de los sesenta.

Fuera, hay por lo menos veinte motos. Todas en fila.

—¿Qué es eso? —susurro, aterrada.

La mano de Ash en mi cintura es firme y sosegadora.

—Tranquila, son de los nuestros. He reunido a la antigua banda, los de Scoville Avenue. Tenemos trabajo que hacer. Vamos.

Lo miro sin entender.

—¿Adónde?

—Te llevaré a la que será nuestra casa el tiempo que se prolongue esta situación. Ahí estarás a salvo. No es grande ni lujosa, pero tendrás todo lo que necesites.

Trago saliva, voy hacia la mesilla y cojo el casco pequeño con manos temblorosas.

—Alexandra.

Su voz suena tan ronca y tan cálida a mis espaldas que dejo el casco donde estaba y me vuelvo hacia él, atraída como un mosquito hacia la luz.

Aunque no hay luz en sus ojos al cruzarse nuestras miradas, solo oscuridad, una tan profunda que se nos acabará tragando a los dos.

—¿Qué?

Su expresión desecha hace que se me caiga el alma a los pies. La tormenta de emociones que se le refleja en la mirada me deja demudada.

—Cuando esto termine, te pediré que te cases conmigo, y a partir de ese día seré el hombre que te mereces tener a tu lado. Lo juro. Aunque tenga que cargarme a cada hijo de puta que quede en esta ciudad asquerosa, conseguiré ser esa persona algún día. Y tú serás mi reina.

Su mirada es firme e insistente, y su semblante, lleno de una resolución apabullante.

Cumpliré la promesa. Lo sé. Es esa clase de tío, fiable, para lo bueno y para lo malo. Estoy segura de que, si le promete a alguien que va a matarle, lo hará. Cuando esa persona menos se lo espere, notará el tacto congelado de un cañón en la nuca. El pobre infeliz no tendrá ni tiempo de averiguar de qué se trata porque una bala le estará atravesando los sesos en ese preciso momento.

Y, algún día, yo me casaré con él.

Un criminal.

Un gánster.

El jefe del crimen organizado que está en guerra con el cartel más letal del país.

El que me mira como si fuera una puñetera obra de arte y no sonreía apenas antes de conocerme porque no tenía motivos para hacerlo.

El que hace que el mundo se detenga cuando estamos juntos y que nada más importe.

El monstruo en cuyos ojos veo rastros de humanidad.

¿Cómo puede ser tantas personas en una sola?

—¿Dirás que sí cuando te lo pregunte? —susurra, con los ojos ejerciendo un fiero control sobre los míos.

No necesito meditarlo. Sé que lo haré, me casaré con él porque, en realidad, no tengo elección. Nunca la he tenido. La diosa Fortuna eligió por mí hace mucho tiempo.

Solo espero que la suerte esté de mi parte.

—Lo haré. Seré tu reina.

Me parece que un leve atisbo de sonrisa ha movido hacia arriba la comisura derecha de su boca, pero no sé si es real o si me lo estoy imaginando todo.

¿Qué más da?

Acaba de extenderme su mano y sé que, una vez más, me aferraré a ella.

Libros relacionados

Querid@ lector@,

¡Muchas gracias por llegar hasta aquí! Te prometo que publicaré la continuación de esta historia lo más rápidamente posible.

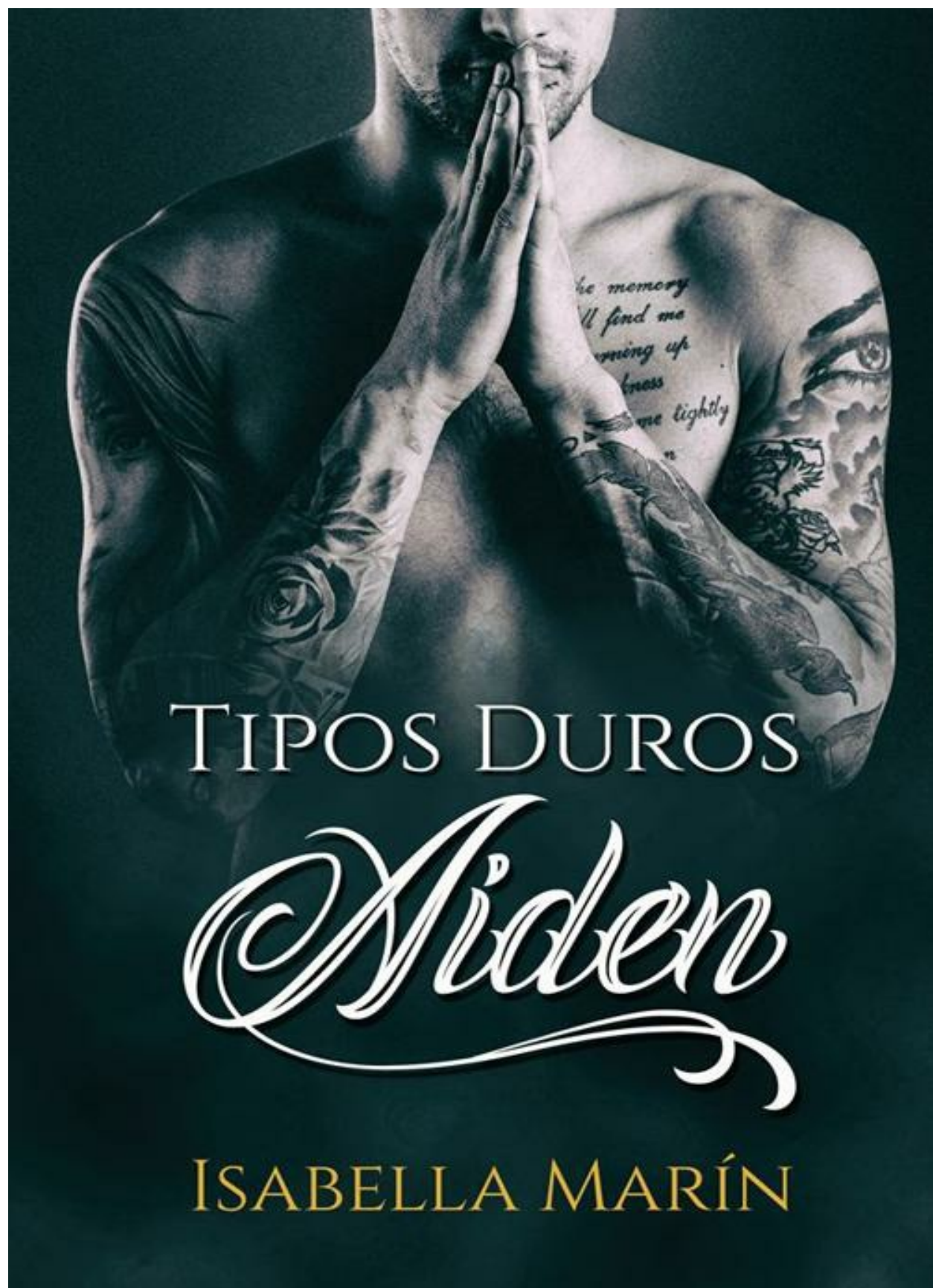
Si te ha gustado el personaje de Ash, te invito a que descubras la historia de Aiden, otro tío duro de Scoville Avenue.

De la mano de Aiden, conoceremos a un Ash jovencísimo; no era todavía el rey, pero ya apuntaba maneras.

Te dejo un pequeño adelanto. Espero que lo disfrutes.

Besos,

Isabella



TIPOS DUROS

Niden

ISABELLA MARÍN

People - 23 de octubre de 2017

Tras años enteros de tensas relaciones con la prensa, el ícono del rap decide sincerarse hoy en una entrevista. Con un Grammy a sus espaldas y millones de álbumes vendidos en todo el mundo, Aiden King (32 años) ocupa el puesto veinticinco de la lista *Los mejores artistas de todos los tiempos* según la revista *Rolling Stone*. Asimismo, dos de sus trabajos están incluidos entre los cincuenta mejores álbumes de la década por la revista *Billboard*.

People:

Tu último álbum, *Me&my girlfriend*, ha levantado mucha controversia, además de especulaciones acerca de a quién se lo has dedicado.

Aiden King (meditabundo):

Hmmm. Si tú lo dices...

Yo diría más bien que la gente no quiere escuchar la verdad, y a las cosas que les molestan les llaman *polémicas*. Mira a tu alrededor. Vivimos en una sociedad de mierda, pero la mayoría lo ignoran, porque vuelven la mirada hacia el otro lado. Mis versos no tienen nada de ficticios. ¿Controvertidos? ¿En serio? ¡No jodas! Mi rap refleja la realidad, la vida en los barrios pobres; una realidad que parece que nadie más se atreve a decir en voz alta.

People:

Tus letras se centran, sobre todo, en de la violencia en las calles, la pobreza y la discriminación racial. Eso no ha gustado a cierto sector de la población.

Aiden King:

Me la trae floja. Que no compren mis álbumes.

People:

En tu canción, *Kill them all*, te refieres varias veces a la brutalidad policial. ¿Fuiste víctima de esa brutalidad en algún momento?

Aiden King:

¿Te has fijado en mi color de piel? No, nunca he sufrido brutalidad policial. ¡Soy blanco! Pero tengo amigos que fueron brutalmente golpeados sin más razón que el tema racial. Puedes apostar a que voy a seguir rapeando sobre este tema, y ya puedo adelantarte que a *ese* sector de la población no le gustará una mierda. Censurarán mis álbumes, pero... ¿adivina qué? Sacaré otros.

People:

¿Por qué *Me&my girlfriend*?

Aiden King:

Era el aniversario de la muerte de 2Pac y quise homenajearlo como se merece.

People:

¿A quién se lo has dedicado, Aiden?

Aiden King:

Mira que eres cotilla. No te lo pienso decir.

People:

En tal caso, seguiremos suponiendo que te refieres a Serena.

Aiden King:

Cada uno puede suponer lo que le dé la gana. Dicen que es un país libre.

People:

No he podido evitar fijarme... ¿Es nuevo el tatuaje de tu cuello?

Aiden King:

Puede.

People:

Una S. ¿De Serena, quizá?

Aiden King (mirando por la ventana y fingiendo no escucharme):

Se ha quedado buen día, ¿no te parece?

People:

Y hablando de Serena... Vosotros dos habéis provocado muchos escándalos en la prensa últimamente. Nos tenéis desconcertados. ¿Cómo es posible que paséis de tener *diferencias irreconciliables* a iros de vacaciones en las Bahamas? ¿En qué punto estáis ahora?

Aiden King:

En un punto que a ti no te concierne. No hablo en la prensa sobre mis relaciones personales. Dejad de inventar movidas. La mayoría de esos *escándalos* los habéis provocado vosotros mismos, así que discúlpame si no hago ninguna declaración al respecto. ¡Dios sabe que podría perjudicarme dentro de cinco o diez años!

People:

Pero le acabas de dedicar todo un álbum. Y duro, además. Ahí *sí* que hablas de tus relaciones personales, y la mujer a la que te refieres como *tu nena* no sale demasiado favorecida. ¿Qué opina Serena de tus versos?

Aiden King:

No lo sé. No sé lo he preguntado. ¿Y por qué iba a hacerlo? Mis versos son pura ficción. No guardan ninguna relación con ella.

People:

Eres uno de los hombres más sexy del planeta. ¿Ha afectado eso tu relación de pareja?

Aiden King:

¡Joder, sí! Y os agradecería de dejéis de llamarme así. No quiero ser sexy y no veo razón para que pongáis mi torso desnudo en todas las portadas. La gente no tiene que fijarse en mí, sino en mi música. Es todo cuanto quiero. Que el reconocimiento se lo lleve la música, no los abdominales del artista.

People:

Aiden, hará un tiempo que apenas te vemos fuera de tus conciertos. ¿A qué dedicas tu tiempo?

Aiden King:

A aislarme de todo. Me siento en el suelo de mi casa y pienso. Pienso mucho.

People:

¿En qué piensas?

Aiden King:

En todo lo que he tenido que perder para estar hoy aquí y hacer esta entrevista de mierda.

People:

Fuentes más cercanas a tu círculo personal afirman que, a pesar de todo, sigues refiriéndote a Serena como el amor de tu vida. ¿Es eso cierto?

Aiden King (tras una muy larga pausa):

Sí. Serena siempre será el amor de mi vida. Discúlpame, no puedo seguir con esta entrevista.

Lo único que queda por añadir es que el rapero parecía muy afectado al abandonar el restaurante donde estuvimos entrevistándole. Eso da mucho que pensar, ¿verdad, Serena?

Prólogo

—¡Ai-den! ¡Ai-den! ¡Ai-den!

Berlín estaba en llamas. Entre lo histérico y lo delirante. Mi público me aclamaba como a un dios.

Cegado por los focos, miré hacia abajo, hacia ese océano de caras desconocidas, y sentí que se me revolvía el estómago otra vez. Reggie tenía razón. No debí haberme subido a ese escenario. No esa noche. Ahora era demasiado tarde como para echarme atrás.

—¡Ai-den! ¡Ai-den! ¡Ai-den!

Ellos esperaban una reacción. Aún no se habían dado cuenta de que su ídolo no estaba a la altura. No advertían el hilo de sudor que resbalaba por su frente. Yo sí, y solo podía ser consciente de esas pequeñas gotas, tan gélidas como la caricia de unos dedos muertos. Me sentía como un gladiador cobarde empujado a luchar en la arena contra una manada de leones hambrientos. Me iban a desgarrar.

—¡Ai-den! ¡Ai-den! ¡Ai-den!

Los vitorees sonaban cada vez más sofocados. De algún modo, me estaba alejando de ellos. Los momentos se volvieron lentísimos. La oscuridad, lo más atrapante que había visto nunca. En un instante estaba de pie sobre un escenario. Al siguiente, aislado en una especie de dimensión oscura, donde no encontré más que montones de sueños hechos añicos. Los pisaba como si fuesen trozos de cristal. Todos mis sueños, los planes que ella y yo habíamos trazado, estaban destrozados ahora.

Las cada vez más lejanas voces fueron apagándose, una a una, dentro de mi cabeza, y me vi arrastrado hacia una hipnótica espiral de recuerdos, que acabó engulléndome antes de que me diera tiempo a oponer resistencia. Era el pasado, se empeñaba en alcanzarme y lo consiguió.

El escenario quedó olvidado, suspendido en algún lugar de mi subconsciente. Los focos se apagaron y, como por arte de magia, de pronto vi mi camerino, y me vi a mí, el de hacía diez minutos. Reggie estaba a mi lado, con la faz pálida y las manos temblorosas. Sabía lo que iba a decirme. Aun así, contuve el aliento y aguardé a que lo dijera, rezando para que, en el último momento, los acontecimientos dieran un giro diferente. Lo mismo me pasaba cada vez que veía *Titanic*. Siempre conservaba la esperanza de que el barco no se hundiera.

Pero lo hacía, chocaba contra el jodido iceberg, porque no hay modo de desatar el lazo del destino. Y lo mismo hicieron las palabras de Reggie: dijeron una vez más lo que yo no soportaba escuchar.

—Se ha cortado las venas, tío. ¡Se ha cortado las putas venas, Aiden! Deberías volver a casa.

A mi Yo onírico se le revolvió el estómago al imaginar la sangre manando de sus frágiles muñecas. Vomitó en la papelera. No le dio tiempo de llegar al baño. Aguardó cinco minutos en absoluto silencio, ahí doblado sobre su propio vómito, y luego levantó la cabeza y anunció que daría el concierto. El *show* debía seguir adelante.

—He venido a Berlín a cantar, ¡y eso es lo que pienso hacer, joder! —declaró, para asombro de todo el mundo. Mi Yo onírico, ¡qué toro tan valiente!, estaba enganchado a una droga muy poderosa. Creo que la llaman... ¿fama?

—¿Estás loco? —rugió Reggie, empujándolo hacia atrás—. ¡Mírate! ¡Estás hecho una puta

mierda! No puedes salir así a un escenario.

—Puedo, ¡y lo haré!, así que más vale que te apartes de una puta vez, si no quieres que te rompa la cara.

Y ahora, ahí estaba yo, el del presente, delante de todos ellos, con mi camiseta blanca cuatro tallas más grande, mis pantalones caídos y mi gorra negra, pagando las consecuencias de su *valentía*. ¿O acaso lo que le sucedía a la otra versión de mí mismo era precisamente lo contrario? ¿Era cobardía lo que le impedía regresar a casa? ¿No se sentía lo bastante fuerte como para enfrentarse a todo, y por eso se escondía tras la fachada de un hombre al que ni siquiera conocía? No tenía ni idea. No iba a ahondar en esa teoría, porque en realidad no quería saberlo.

Conforme trascurrían los segundos, el público se volvió cada vez más expectante. Yo, cada vez más perdido.

—Aiden, haz algo, tío —me susurró Reggie por el auricular—. ¡Canta lo que sea, coño!

Me sentía aturrullado, fuera de lugar en mi propio *show*. Me faltaba aire en los pulmones. La luz de los focos me mareaba. El corazón no me latía. O quizá latiera demasiado deprisa como para que yo reparara en ello, no lo sé. Mi mente estaba tan obnubilada que no podía centrarme en una sola idea e iba analizándolas todas a la vez. No era el mismo Aiden de siempre, y ellos empezaron a notarlo.

Los miré con ojos huecos, incapaz de abrir la boca. Las palabras no brotaban por mucho que yo intentara expulsarlas. Sabía que la fastidiaría esa noche. Quedarme en blanco en un escenario era uno de mis mayores temores; un monstruo que se estaba convirtiendo en realidad en ese preciso momento.

—¡Ai-den! ¡Ai-den! ¡Ai-den!

¡¿Por qué no os calláis de una puta vez?! Esa musiquita me crispa los nervios.

Al menos tuve el sentido común de no decirlo de vez alta. Lo que menos quería era vomitar mis desagradables pensamientos delante de ellos. Me habrían crucificado.

Cogí aire e intenté recordar dónde estaba yo diez años atrás. Cleveland. Ohio. En una puta ratonera. Era el cajero de una gasolinera, trabajaba setenta horas a la semana y vivía en un barrio donde todas las semanas veíamos una silueta humana dibujada con tiza en el suelo. Serena y yo apenas teníamos para comer. En el barrio había disparos y robos a diario. Se traficaba con cocaína, armas y putas. Los niveles de delincuencia rozaban el cielo. Éramos de los pocos blancos que vivían en un barrio de negros; escoria blanca ocupando un piso de veintidós metros cuadrados, sin calefacción y sin electricidad.

Pensar en la vida que solíamos llevar me sirvió de ayuda para recordar por qué había subido esa noche a un escenario y por qué seguía adelante con esa locura de cantar, cuando era evidente que apenas me podía sujetar en pie. Lo hacía porque tenía una misión: hacer que ella se sintiera orgullosa de mí; que todos mis esfuerzos valiesen la pena; que haber perdido todo cuanto me importaba con el fin de ganar esa nueva vida para ella no fuese un sacrificio en vano.

E iba a conseguirlo, costase lo que costase.

Así que apagué todas mis emociones, una a una. Me volví gélido, de piedra. Me transformé sobre ese escenario en un hombre diferente, el hombre al que todos querían. Ellos me habían hecho así, y solo ellos podían destruirme.

Sonreí, y las palabras brotaron por fin. Lo primero que se me pasó por la mente. No sabía si tenía sentido o no, pero lo solté. Después de haber compuesto centenares de canciones, ahí estaba, improvisando como un novato.

—Cantad conmigo. Yeah. Yo... Yo... *Mi cabeza daba vueltas cuando estaba cerca de ella.*

¿Sabéis a lo que me refiero? La única chica por la que habría matado. Pero me detuvo esa noche. Me cogió del brazo. Mi monstruosidad no tiene límites. No puede seguir amándome. ¡¿Qué coño?! Soy problemático y, sí, puede que un estúpido. Pero habría matado por ella. ¿Necesitabas a alguien con quien hablar, nena? ¿Por eso lo hiciste? Adivina qué. Yo estaba trabajando. La que destrozó nuestra familia fuiste tú.

Por cómo chillaban, deduje que les gustaba mi drama personal, y me calmé un poco.

—*Te conocí en una fiesta. Dos críos tuvieron un bebé...*

Mis labios se movían sin que mi cerebro se hiciese partícipe de esa actividad. Seguí adelante, me concentré un poco más, hasta que conseguí mi objetivo: regresar al pasado y perderme en él; envolverme en mis propias palabras; en el sonido de mi música. Lo expulsé todo, la infancia jodida, las palizas de mi padre, su ulterior abandono, las noches sin cenar, la vida en las calles, los abusos de Cristal, mi turbulenta relación con Serena, nuestras continuas peleas, no tener dinero ni para pagar la luz, sentirme como un inútil por no ser capaz de proporcionar comida a mi familia...

El dolor empezó a apretar, asfixiante e insidioso. Vomité cada uno de mis traumas en ese escenario, como una especie de extraña terapia. Y funcionó. Abrirme delante de todos ellos surtió el efecto deseado. Me idolatraban más que nunca.

Eché un vistazo hacia abajo, hacia todas esas personas que saltaban y rapeaban conmigo. Ochenta mil rostros, y yo solo podía ver uno solo: *el suyo*. Serena estaba presente en todos ellos. En cada maldita cara, veía sus ojos azules acusándome.

—Me lo prometiste, Aiden. Dijiste que esta mierda se había acabado. ¿Por qué sigues en ese puto escenario?

—Por ti, nena. Por ti y por Trish —intentaba yo justificarme, a pesar de que no era cierto. Si estaba ahí era por mí, no por ellas dos.

—¿Por mí y por Trish? No queremos a este Aiden. Lo único que queremos es a papá de vuelta a casa.

—Vamos, nena, papá no puede volver ahora. Tiene que trabajar. Sabes que está de gira.

—No —lloraba y sacudía la cabeza, llena de repulsión hacia el hombre que tenía delante—. Papá está muerto. El que está de gira es Aiden King. ¿Quién eres, Aiden? ¡¿Quién coño eres?! Ya no te reconozco. ¿Dónde está el hombre del que me enamoré?

Cerré los ojos para dejar de verla. Pero ella seguía ahí, dentro de mi mente, gritando y acusándome de que nuestra vida se fuera a la mierda. Es cómico, porque cuando no teníamos más que un par de centavos, cuando Trish enfermó y no tuvimos un seguro médico para hacernos cargo de su hospitalización, creía que el dinero solucionaría todos nuestros problemas. Estaba convencido de que, con un par de miles de dólares en el bolsillo, Serena y yo seríamos felices. Ahora teníamos millones, y ella se cortaba las venas mientras yo rapeaba como un puto *Rolling Stone* en un escenario de Berlín. El dinero no arreglaba una mierda.

Acabé la canción y me quedé ahí, delante de todos ellos, solo yo y mi alma vacía. Estaban histéricos. Me querían a mí, a Aiden King. Era el puto Dios para ellos.

Sin volver a mirarlos, eché la cabeza hacia atrás y me entregué a sus aclamaciones, mientras mi atormentada vida desfilaba por delante de mí como una película atroz puesta en escena por un novato. ¿Era yo aquel? ¿Cómo era posible? Parecía un desconocido, alguien que vivió hace mucho tiempo, a un abismo de distancia de mí.

Y sin embargo, ese desconocido tenía mi rostro. Mi piel pálida. Mis ojos verdes. Su pelo era oscuro, muy corto, como el de un marine, y llevaba una gorra del revés. Era yo, sin duda. ¿Pero

cómo? ¿El pasado se estaba intercalando con el presente? De lo contrario, ¿cómo podía ser que estuviera fuera y dentro a la vez? ¿Rico y pobre al mismo tiempo? ¿Padre y artista? ¿Marido y amante? ¿Quién era Aiden King en realidad?

Ellos hablaban del hombre problemático, el mejor rapero de todos los tiempos, el artista que se peleaba cada vez que se le sacaba de quicio, porque tenía muy mal carácter; hablaban de condenas, consumo de alcohol y un montón de *groupies* desquiciadas acudiendo a fiestas privadas en su nueva mansión de Beverly Hills; hablaban de la polémica que causaban sus versos. Ellos le habían creado, al artista, al mito, pero nadie conocía a la persona. No de verdad.

Abrí los ojos y volví la mirada hacia esas ochenta mil personas que gritaban mi nombre, al borde de la histeria. ¿Quién en todo ese estadio me conocía? Los miré detenidamente y lo supe, porque vi la respuesta en todos esos ciento sesenta mil ojos que me devolvían la mirada. *Serena*. Ella era la única que me conocía. Pero Serena se acababa de cortar las venas en California y era probable que antes de que yo llegara a casa, estuviera muerta.

Eché de nuevo la cabeza hacia atrás, extendí los brazos hacia ambos lados y apreté los párpados con fuerza. En contra de mi voluntad, las lágrimas bajaron por mis mejillas y empañaron la S que tenía tatuada en el lateral del cuello. Ríos, mares, océanos. ¿De qué servía llorar ahora? Era demasiado tarde. Lo había jodido todo.

—¡Lo has jodido todo, Aiden! —gritó una Serena imaginaria dentro de mi cabeza.

¡Dios, Serena! ¿Por qué tuviste que hacerlo? Yo era tu amigo. ¿Por qué no acudiste a mí?

—Porque tú ya no eres nadie, Aiden King. ¡Nadie! Solo el espectro de un hombre al que solía conocer.

El micrófono se escurrió de entre mis dedos y tocó el suelo con un estrépito, que, magnificado por los altavoces, se convirtió en un atronador pitido. Me sentía derrotado, cansado, superado por todo, como si mis fuerzas se hubiesen puesto de acuerdo para fallarme todas a la vez. No importaba el lugar o el momento, me dejé caer de rodillas. Ya no quería estar de pie. Solo quería que acabara todo. Esa vida atroz, quería ponerle fin. Si ella se marchaba, entonces yo la seguiría, porque sin ella, nada de todo eso tenía sentido alguno.

Un ominoso silencio se propagó por el estadio como una marea lenta, concienzuda, arrolladora. El desconcierto se estaba apoderando de la gente. Nunca habían visto nada igual.

—Algo no va bien —susurraron a mis espaldas—. Acabad con esto. ¡Acabad! ¡Que alguien apague los putos focos y se lleve a Aiden de ahí!

Noté la fuerza de unos brazos levantándome por las axilas. No me inmuté. No me importaba. Había destrozado lo único bueno que había en mi vida. Había destrozado a Serena...

Capítulo 1

Tiempo atrás

Tenía veintiún años y me estaba preparando para mi primer recital remunerado. O eso intentaba, cuando tropecé con el cuerpo de mi madre, tirado en el suelo del baño de la pocilga en la que vivíamos. Tenía una aguja clavada en la vena, restos de babas en la comisura de los labios y los ojos en blanco. No me asusté demasiado. Lo peor que podía pasar era que estuviera muerta y, la verdad, no me importaba. Sé que suena ruin. No voy a disculparme por ser humano.

Me puse en cuclillas a su lado y la abofeteé un par de veces, hasta que conseguí arrancarla de ese peculiar estado de coma. Su primera reacción fue abofetearme de vuelta y escupir una blasfemia ahogada. Sí, estaba viva. Nada podía tumbar a la gran Cristal King. Ni siquiera una sobredosis de heroína.

—Has vuelto... —balbució, aferrándose por el cuello de la sudadera con sus huesudos dedos.

—Soy yo, mamá. —Le arranqué la aguja y la lancé a la papelera—. ¿Has vuelto a robar mi dinero para comprar esta mierda? ¿Con qué voy a pagar ahora el alquiler?

—Niño estúpido, ¡ojalá yacieras muerto! —me maldijo entre dientes, decepcionada de que fuera yo y no alguno de esos gilipollas que entraban y salían de su cama—. Es culpa tuya. Todo esto es culpa tuya. Él se largó por...

—Él se largó porque era tan yonqui como tú —interrumpí impaciente mientras la obligaba a incorporarse—. No me hagas cargar con ese muerto también, ya bastante con que me echas la culpa de todas tus adicciones y el abandono de papá. ¡Mírate! ¡Estás llena de vómito! ¿Qué voy a hacer contigo, mamá?

—Vete. ¡Vete de aquí y no vuelvas, maldito! No te necesito para nada.

Intentó golpearme, pero no pudo. Ya no. Aiden había dejado de ser ese niño asustadizo que se escondía debajo de la mesa, esperando con el corazón desbordado a que su madre lo agarrara de una pierna y lo arrastrara de ahí para *darle su merecido*. Aiden era un hombre ahora; un hombre mucho más fuerte que ella.

—Ni se te ocurra volver a ponerme la mano encima —advertí, sujetándola por las muñecas.

—¡Suéltame! ¿Cómo te atreves a tocarme? ¡Ayudadme! ¡Me está matando! ¡Mi propio hijo!

Torcí el gesto y la sujeté con un poco más de firmeza.

—No te molestes. Nadie vendrá a auxiliarte. Todos en este puñetero barrio te conocen ya.

Acercó su decrepito rostro al mío y me escrutó con los ojos verdes fuera de sus órbitas y enrojecidos. Su mueca demente me hizo pensar en esa película de *Posesión Infernal*.

—¿Qué les has dicho sobre mí, maldito crío de mierda?

—No fue necesario que yo les dijera nada. Sacaron sus propias conclusiones, mamá.

Me escupió a la cara. Así era mi madre: una constante exhibición de elegancia y finura.

Me limpié con la manga y de mi boca brotó una letanía de maldiciones que a cualquier otra madre habría aterrado. A la mía, no. Cristal se rio entre dientes, complacida por haberme cabreado de ese modo.

Aunque no se merecía tal consideración, la levanté en brazos, la metí en la ducha y abrí el grifo. Chilló como una rata acorralada. La higiene no era su fuerte. No cuando estaba tan

colocada.

—Maldigo el día en el que te parí. Ojalá te hubiese llevado a un orfanato.

—Sí, ojalá —coincidí mientras forcejeaba con ella para lavarle el pelo—. No podía haber sido peor que vivir contigo.

—¡Te odio!

—Sí, lo sé. No dejas de decirlo. ¿Te las apañarás tú sola? Tengo que ir a trabajar, *ma*. Alguien debe pagar estos lujos. —Paseé una mano por el aire, señalando las desconchaduras llenas de moho, los sanitarios rotos, devorados por varias capas de óxido, el goteo del grifo... No vivíamos precisamente en un palacio oriental. Así y todo, esa cochiguera costaba dinero, dinero que solo se podía conseguir trabajando.

—¡Que te jodan!

—Yo también te quiero.

Suspiré profundamente, me sequé las manos con la toalla mugrienta y la dejé a solas. De todos modos, no tenía tiempo para entretenerme más. Antes del recital, tocaba echar doce horas en la gasolinera en la que trabajaba para poder pagar el alquiler, las facturas y la heroína de mi madre.

Tan pronto como salí a la calle, me subí la capucha de la sudadera y me detuve delante de nuestra destartada casa para encenderme un cigarrillo. Era diciembre, y el suelo de nuestro jardín había perdido terreno frente a un resplandor helado que parecía bastante resbaladizo. Hacía tanto frío que me tiritaban los dientes. No había nevado todavía, pero según todas las previsiones no íbamos a disfrutar otra semana sin nieve.

Di una larga calada y eché a andar hacia el trabajo, resguardando las manos en los bolsillos. Una mancha gris, en un mundo helado y ceniciento; un mundo lleno de pobreza, autodestrucción y miseria humana. Ese era yo, una gota en un océano de desinterés.

Cuando era más pequeño, me daba miedo salir a la calle. Los mayores siempre se metían conmigo. Uno en particular, Ash, era el más capullo de todos. Siempre que me veía, se divertía contando a sus amigos cómo mi madre se la había chupado por cinco pavos. Si bien me constaba que Cristal hacía esa clase de *trabajitos*, no pude evitar defender su honor, y acabé calentándome con Ash el mismo día en el que cumplí los diecisiete.

No recuerdo cómo pasó exactamente. Tenía la mente nublada de rabia. Solo sé que, al volver en mí, Ash estaba en el suelo, riéndose a carcajadas y babeando sangre, yo lo machacaba a puñetazos y sus amigos tiraban de mí hacia atrás para que me estuviera quieto de una vez.

Después de ese día, nunca más volví a tener miedo. Ningún otro se atrevió a meterse conmigo. Sabía que era cosa de Ash. Me había ganado su respeto, y desde entonces vigilaba sobre mí como un siniestro ángel de la guarda, con su media melena rubia, su chupa de cuero y su reluciente *Harley*. Él era el rey del barrio, el chico más malo de todos, y yo me había atrevido a darle una paliza. Sinceramente, creo que le caía mucho mejor que sus amigos lameculos que tanto se afanaban por agradarle.

No éramos colegas ni tampoco teníamos demasiadas cosas en común. Yo me dedicaba a rapear. Ash, a vender drogas en las esquinas de los institutos. Sin embargo, siempre que nos cruzábamos, había algo tácito en nuestra actitud, una complicidad que nadie más parecía comprender, ni siquiera Seven, la... ¿novia?, ¿amante?, ¿hermana? de Ash. No llegábamos a saludarnos, solo movíamos la cabeza de un modo casi imperceptible. Nunca íbamos a ser amigos, y eso nos venía bien a ambos. Yo no me juntaba apenas con blancos. Todos mis amigos eran afroamericanos. Me lo pasaba bien rapeando con ellos. Por el contrario, Ash no se juntaba

con gente fuera del mundo de las drogas. O eras un camello a su servicio o no eras nadie. Yo era *Nadie* en Scovill Avenue. De todos modos, ser *Alguien* está sobrevalorado.

—Eh, ¿qué pasa, Rolly? —saludé al cruzarme con un colega.

El Chispas levantó la mano, murmuró algo y se dio prisa para refugiarse dentro de su casa. No lo culpé por no detenerse a charlar conmigo. Hacía un frío de cojones. El aire glacial me daba de lleno en el rostro y una llovizna helada caía de ese cielo tan ceniciento, llenando el barrio de salpicaduras de niebla. Estaba congelado, y lo peor era que todavía me quedaba un buen tramo hasta el trabajo. Había que recorrer casi todo el barrio a pie. Debía de ser el único de mi generación que no tenía ni coche ni moto.

Delante de la carnicería casi en ruinas de los Morgan, me encontré a Jimmy el Tuerto, un borracho que siempre le cantaba serenatas a mi madre. Estaba sentado en la acera, con un traje andrajoso y el dedo gordo saliendo a través del agujero de su zapato. Se ganaba la vida pidiendo limosna. Nunca supe por qué ella no se casó con él. Desde luego, era su tipo.

—¿Qué pasa, chico? ¿Cómo está tu madre?

—Bella como una flor —contesté, de lo más sarcástico, al ver dentro de mi mente a una Cristal tirada en el suelo del baño, el pelo canoso y desgredado, los ojos hinchados y la ropa manchada de su propio vómito.

Jimmy exhibió sus encías vacías.

—Ya te digo. Es la mujer más guapa que he visto nunca —coincidió con una sonrisa que desvelaba que tenía muy pocas luces.

Me fijé en que se había hecho pis encima. Sí, lo tenía todo para convertirse en mi siguiente padrastro. Ya había tenido cuatro, y todos igualitos a Jimmy el Tuerto.

—Que te vaya bien, hombre —le deseé mientras le lanzaba un dólar. Sabía que se lo gastaría en algo que lo acabaría enviando a la tumba. Aun así, le di el dinero. ¿Quién era yo para negarle los placeres de la vida?

—Gracias, chico. Dale saludos a tu madre.

Me alejé silbando una canción de 2Pac. Mi barrio era un asco, una puta ratonera llena de lodo y deshecho humano, pero esta vez me sentía optimista. Tenía un plan para salir de ahí. La nueva era comenzaba esa misma noche. Cuando era pequeño, mi madre solía decir que en Scovill Avenue los sueños no existían. Estaba equivocada. Yo tenía un sueño e iba a conseguirlo; un sueño que me sacaría de la cloaca del mundo y me catapultaría hasta la cima. Solo tenía que alargar la mano y cogerlo.

La Universidad de Dayton era todo lo que uno podía llegar a esperar de una institución católica. Me sentía como el puto Satanás mientras caminaba por el campus con mis vaqueros caídos, mi sudadera gris y las manos hundidas despreocupadamente en los bolsillos. Gracias al frío, llevaba los brazos tapados, con lo que mis tatuajes no quedaban a la vista. De lo contrario, creo que esos estirados habrían llamado a la policía. Yo tenía toda la pinta de ser una persona con intenciones deshonestas.

Los estudiantes me parecían alienígenas, tan bien vestidos y peinados que daba asco mirarlos. Me crucé con un gilipollas que llevaba un jersey de rayas que invitaba a partirle la cara. Tuve que esforzarme mucho para mantener los puños quietos. No había ido hasta ahí con la intención

de meterme en líos.

Mi colega Jinx me había dicho que la mayoría de esos bastardos eran hijos de las mejores familias del condado, católicos, republicanos, racistas y en contra tanto de los negros como de la basura blanca como yo. De lo más supremacistas. Sospeché que no iba a hacer demasiados amigos ahí, y mucho menos si me daba por remodelarle la cara a alguno.

—¡Eh, tú! El de la gorra.

Me volví asombrado. Debía de referirse a mí, puesto que nadie más llevaba gorra por ahí. Un chico rubio, bien parecido, aguardaba a mis espaldas, con la mochila colgándole del hombro.

—¿Yo?

Sus ojos giraron en sus órbitas.

—Por supuesto que tú. Eres el rapero, ¿verdad?

Me crucé de brazos, mosqueado por su tono despectivo.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? ¿Qué pasa, que por llevar gorra automáticamente soy un rapero?

El chico abrió los ojos azules un poco más de la cuenta. Moñas. Los negros de mi barrio hacían eso a todas horas. *¿Qué pasa, chico, que por ser negro tengo que rapear?* Era un clásico de las bromas.

—Lo sí... siento. Yo...

Le di una palmada en la espalda, y él se ahogó con su propia saliva y tosió. Creo que le di demasiado fuerte. *Nenaza*.

—Tranquilo, compañero. Solo estaba bromeando.

Se recolocó la mochila con ademán de indignación. Su actitud no dejaba lugar a dudas: su mayor deseo era perderme de vista cuanto antes. Pues bien, ya éramos dos.

—Ah. Ya. Una broma. Hmmm... sígueme. La fiesta no es por ahí.

—¿Y dónde es?

—En el Gueto.

—Anda, por fin hablas mi idioma. *El Gueto*. Me gusta.

Fruncí los labios en un gesto apreciativo. No me esperaba que esos estirados tuvieran un gueto.

El chico me lanzó una mirada extraña, arrugó el ceño y por fin echó a andar por la acera. Lo seguí meneando la cabeza. Niñato estúpido.

Cuando llegamos al así llamado Gueto, era de noche. La fiesta se celebraba en una especie de casa enorme donde, según pude apreciar desde el jardín, se habían pasado con el aforo. No entendía muy bien por qué esos niños ricos habían contratado a un rapero, pero no iba a echarme atrás por eso. Había ido hasta ahí para cantar, y eso tenía pensado hacer.

—¿De quién es el cumpleaños? —le pregunté al rubito.

—De Serena Fry.

—¿Y por qué lo dices como si fuese Madonna?

—Tío, es que lo es. Ya la verás. Es la chica más guapa del campus. Es rubia y alta y...

—No hace falta que sigas. Ya me cae mal.

—Bah, mira que eres tonto. Serena no le cae mal a nadie. Sale con Tommy Vang.

Lo seguí por el vestíbulo, abriéndome paso a través de un océano de caras jóvenes y guapas.

—¿Quién coño es Tommy Vang? —pregunté cuando estuve de nuevo a su lado.

Entramos en un salón donde un grupo de jugadores de fútbol americano animaban a un joven alto y rubio, muy fuerte, a que siguiera bebiendo cerveza de un barril.

—¡Bebe, bebe, bebe! —vociferaban como primates.

Y el chico bebió.

—Ese es Tommy Vang —me ilustró mi acompañante, con un orgullo al que no encontré justificación alguna. Yo no le veía nada interesante a ese tal Tommy.

—Vaya, vaya. Así que Madonna sale con el neandertal del campus. Totalmente previsible.

Me bastó una mirada para saber que Tommy Vang era un gilipollas. Entre todos esos niñatos delicados era el rey. En mi barrio no habría sobrevivido ni dos horas. Me imaginaba a Ash lanzándole una mirada despectiva de arriba abajo, antes de lanzarse sobre él y partirle la cara a puñetazos. Y eso solo porque llevaba un polo de *Lacoste*.

—Bueno, hmmm... cuando quieras, puedes empezar. Me han dicho que hagas una entrada teatral.

Le lancé una mirada cruzada al rubito. ¿Quién se había muerto y le había dejado a él al mando?

—¿De verdad a alguno de estos gilipollas le gusta el rap?

—Al primo de Serena. Axel. Es él quien te ha contratado, ¿no? Quiere que sea una sorpresa para su prima.

—Ajá. Pues se sorprenderá, sin duda.

Capítulo 2

No recuerdo muy bien lo que les canté, pero supongo que elegí mis versos más violentos. Me gustaba escandalizar. Solía decir verdades que nadie quería escuchar.

En contra de todo pronóstico, a los niños pijos les gustó. Se restregaron a ritmos de mi rap casi toda la noche. Cuando por fin acabé, estaba muerto. Llevaba todo el puñetero día trabajando. No había bebido ni una gota de agua y tenía los labios secos y cortados.

—¡Tío, eres la caña! —un chico alto, atlético, se me acercó y me saludó como hacíamos en mi barrio, chocando las palmas y luego los hombros.

Me extrañó el saludo y su apariencia. Iba vestido más o menos como yo, vaqueros caídos, camiseta blanca (no tan ancha), y tenía los brazos cubiertos de tatuajes. En uno de ellos, el que más destacaba, ponía *Violet*. Supuse que sería su chica, y pensé en que cuando yo tuviera a una chica que fuese importante para mí, también me haría un tatuaje con su nombre, aunque en los brazos ya no me quedaba sitio. Tendría que ser un poco más creativo.

—Gracias, colega.

—Soy Axel. Puedes llamarme Ax.

Me quedé atónito, mirando la mano que me ofrecía. ¿Ese era el tío que me había contratado? No conocía a Serena, pero me había imaginado a su primo como un niño rubio, estirado; muy poca cosa. Ese tal Ax no encajaba con la imagen que yo había proyectado dentro de mi cabeza. Me asombró muchísimo su persona. Parecía un tipo duro, acostumbrado a la ley de las calles. Todo en su actitud transmitía el claro mensaje de *no me toques los cojones*.

Era más ancho de hombros que yo, tanto que la camiseta blanca apenas podía contener sus abultados bíceps llenos de tatuajes. En una pelea me habría machacado. Siempre me fijaba en esa clase de cosas. Nunca sabe uno cuando se verá obligado a calentarse a puñetazos. Es mejor tener fichados a los que podrían darte una paliza de muerte.

—No sé si lo sabías o no, pero cuando alguien te dice su nombre, se supone que tú tienes que corresponder. Y tampoco estaría de más estrechar su mano. Para que no se sienta como un gilipollas, más que nada.

—¿Qué? Ah. Perdón. Aiden —me obligué a decir, le di la mano y sacudí la cabeza, irritado por mis propios desvaríos mentales—. Puedes llamarme Aiden.

Se rio, y cuando reía, se le formaban hoyuelos en las mejillas y sus ojos marrones se achinaban hasta convertirse en apenas una rendija. Aunque seguía teniendo aspecto de *no me toques los cojones*...

—Muy bien, Aiden. Oye, gracias por venir con tan poco tiempo de antelación. Acabo de llegar a la ciudad y no he tenido demasiado margen para organizarle un cumpleaños decente a Serena. No podía dejarlo en manos de estos mierdecillas de amigos suyos, o nos habríamos pasado la puta noche escuchando al jodido Justin Bieber.

No tenía ni idea de quién era ese. Aun así, fingí que estaba de acuerdo.

—Ya. Eso habría sido vomitivo. ¿Cómo diste conmigo, por cierto?

—Tenemos un amigo común. Ash. Le pregunté si conocía a alguien y me habló de ti.

No me quedé boquiabierto de puto milagro. ¿Ash me había recomendado para un trabajo? Un momento. ¿Ese tío era amigo de Ash Williams? Entonces, era más chungo de lo que había creído.

—¿Ash? ¿El Ash alto, con chupa de cuero, melena rubia y...?

—Sí. Es el hermanastro de mi chica.

—Ah. Vaya. Qué pequeño es el mundo.

—Ya te digo. Toma. Lo que apalabré contigo, más cincuenta pavos porque lo has hecho de puta madre. Oye, ¿tienes algún disco para dejarme? No me importaría tener uno en mi coche.

Casi me reí. ¿Disco? ¿Yo? Ese tío estaba chalado.

—No. Lo siento. No tengo tanta pasta como para sacar discos.

—Pues busca un productor, tronco. Yo estoy todo el día con el rap y, créeme, lo tuyo es de lo mejor que he escuchado en mucho tiempo.

—Gracias. Significa mucho para mí —agradecí con una sonrisa sincera.

Ax me devolvió el gesto. No parecía mal tío.

—Bueno, te dejo. Tengo que ir a por Violet, mi chica. Gracias por venir. Hasta la próxima.

Me guiñó un ojo, volvió a saludarme como antes y se marchó. Miré encandilado el dinero que me había puesto en la mano. ¡Quinientos dólares! Me sentía todo un ricachón. Había ganado quinientos pavos en una sola noche. Y no era más que el comienzo.

Acababa de empezar y la fama ya me estaba embriagando. Cuando haces algo que te gusta y, encima, cobras por ello, te sientes eufórico. No he vuelto a experimentar nada remotamente parecido a esa sensación.

Me guardé el dinero en el bolsillo, suspiré, recogí mi cinta y me dispuse a marcharme. No tenía sentido volverme loco tan pronto. Aún tenía un largo camino por delante.

Aunque no pude evitar emocionarme. ¡Quinientos dólares por rapear!

—No pretenderás irte sin antes tomar una cerveza —escuché decir a una chica detrás de mí.

Me volví con el ceño fruncido y le lancé una mirada especulativa. Era rubia, de ojos azules, e iba vestida de un modo muy recatado. Tenía aspecto de niña buena. Niña *muy* buena, como las que van a misa todos los domingos y participan de voluntarias en el comedor social. Ni siquiera entendía por qué era amable conmigo. Yo era escoria para ella. Tenía que haber estado aterrada, haberse persignado un par de veces y haber salido corriendo en dirección contraria.

En vez de eso, me sonrió y me puso una cerveza fría en la mano. A lo mejor me veía como una obra social. ¡Reformemos a Aiden King! ¡Mostrémosle el camino del Señor! ¡Alejémosle de la influencia de Satanás!

—Bueno, no voy a decirle que no a una cerveza, y mucho menos si me la ofrece una chica guapa.

Ahora. Este es el momento. Persígnate para mí, porfa. Sal corriendo. Haz algo que me demuestre que no eres mejor que tus amigos.

—Gracias. Eres muy amable.

Parpadeé como un estúpido. ¿Pero qué pasaba con ella? ¿No me había visto bien? ¿Era miope? Yo no era el tipo de chico al que alguien como ella hubiese deseado de amigo.

Me tomé la cerveza casi de un trago mientras la estudiaba lo más disimuladamente que podía. Era muy guapa; muy dulce. Parecía bastante inocente. Me gustaba.

Un par de veces la sorprendí contemplándome con curiosidad, fijándose en cada uno de mis tatuajes. Al darse cuenta de que la había pillado, se ruborizó, desvió la mirada al suelo y se mordisqueó el carnoso labio inferior. Por un segundo me atreví a fantasear con cómo sería si se lo mordiera ya. Luego sacudí la cabeza para rechazar la idea. Era una estupidez. Ella era una hermanita de la caridad y yo el Diablo. No tenía sentido. Nuestra relación estaba condenada al fracaso.

—Muchas gracias por la cerveza. Me tengo que ir.

Le di la espalda antes de ofrecerle la posibilidad de que hablara.

—Espera.

Fruncí el ceño cuando me agarró por el borde de la camiseta y me detuvo.

—No te vayas todavía —añadió, tras un segundo de vacilación.

Me volví extrañado y busqué sus ojos.

—¿Por qué?

Se encogió un poco de hombros.

—No lo sé, pero quiero que... te quedes. Me pareces interesante.

Me mordí el labio por dentro para no sonreír.

—¿Te ponen los chicos malos, eh? —me mofé.

Ella sostuvo mis ojos. Joder, ¿cómo podía ser tan guapa?

—¿Eres un chico malo?

—Depende. ¿Cuál es tu concepto de malo? —repuse, dirigiéndole una sonrisa descarada mientras me cruzaba de brazos.

—No tengo un concepto de *malo*.

—Mejor.

—¿Por qué?

—Porque superaría todas tus expectativas.

Se rio y yo me asombré riéndome con ella.

—Ven. Tómate algo conmigo.

Me cogió de la mano y me arrastró hacia la cocina. Retiró dos cervezas de un cubo de hielo, abrió la puerta y salimos fuera, a la parte trasera de la casa. Hacía un frío de narices, y ella iba sin abrigo.

Caminamos en silencio un par de metros. Había dos columpios ahí, y ella se sentó en uno de ellos, indicándome que ocupara el otro. Obedecí. Quería ver qué tenía en la cabeza y por qué le resultaba yo tan interesante. De toda esa fiesta llena de chicos formales y de buena familia, ella me había elegido a mí, la escoria.

—Me ha gustado tu recital —comentó después de darle un trago a su cerveza.

—¿Ah, sí? No parece tu tipo de música.

Ella soltó una risa incrédula y se volvió con el columpio para estar de cara a mí. Los rayos de la luna se derramaban sobre su rostro, y a mí me pareció todavía más guapa. Su piel había adquirido un resplandor especial ahí bajo esa luz fría y plateada.

—¿Y cuál crees que es mi tipo de música, si puede saberse?

Fruncí la boca en un gesto pensativo.

—Hmmm... no lo sé. ¿Música celestial? ¿Con arpas y todo eso?

Había una sonrisa maliciosa prendida a mis labios y era evidente que a ella la divertía mi actitud.

—Pues te equivocas. Soy ecléctica.

—Sí, es evidente que vas a misa.

Estalló en carcajadas y yo la miré con mala cara. No entendía qué era lo que le hacía tanta gracia.

—Ser ecléctico significa que te gustan varios géneros, sin importar lo opuestos que sean —me explicó entre risas—. No tiene nada que ver con *eclesiástico*.

Me sentí un poco estúpido. Estaba claro que no tenía ni puñetera idea de la diferencia entre

los dos conceptos.

—Ah. Ya veo. Bueno, no todos hemos ido a la universidad.

Ella dejó de reír, bajó la mirada y sacudió la cabeza. Algo había cambiado en su rostro.

—Lo siento, no pretendía hacer que te sintieras mal. Soy una estúpida.

No sé por qué, pero su actitud me enterneció. Mi rostro se suavizó, sentía que ya no desvelaba ninguna huella de hostilidad. Extendí el brazo y le alcé el mentón.

—Oye, tú no eres ninguna estúpida. Y no me has hecho sentirme mal. Solo un poco ignorante —bromeé, lanzándole un guiño.

Ella intentó sonreír. No parecía muy convencida.

—¿Y qué es lo que escuchas tú? —pregunté, para cambiar de tema.

Hizo una pausa y suspiró.

—Depende. Tengo días en los que escucho a Doris Day, y luego días en los que me pierde 2Pac.

Casi me atraganté con la cerveza.

—¿2Pac?! ¿Estás de coña?

—No, ¿por qué?

—Joder, no parece tu tipo.

—Pues *Close my Eyes* me gusta mucho.

—¡No jodas! —me reí—. A mí también. Es mi canción favorita.

—¿Lo ves? Tenemos muchas más cosas en común de las que crees, chico malo.

Nos quedamos mirándonos tan fijamente que me sentí un poco incómodo.

—Pero vas a misa todos los domingos, ¿verdad? —le solté, para acabar con ese momento tan extraño entre nosotros dos.

Se rio.

—Dios, qué pesado. Sí, voy a misa —afirmó exasperada.

No pude dejar de sonreír.

—¿Y te confiesas? —quise saber, mi sonrisa cada vez más descarada.

Entornó los ojos y tomó un trago.

—Constantemente.

—¿Y qué le cuentas al cura, eh? *¿Perdóneme padre porque he pecado; hoy he matado sin querer una hormiga del Señor?*

Me dio un golpe en el brazo.

—¡Oye! Te estás burlando de mí.

—Para nada.

—Eres malo.

—Bueno, un poco —coincidí mientras me acercaba la botella a los labios.

Tomé un trago. Se produjo un silencio, que ella acertó al susurrar:

—¿Vives cerca?

—Depende.

Una arruga apareció entre sus cejas.

—¿Depende, de qué?

—Si vas andando, vivo lejos. Si vas en coche, vivo un poco más cerca. Aunque no demasiado. Todo es relativo, supongo.

Me miró unos segundos a los ojos y advertí una chispa de irritación en su mirada.

—¿Por qué te burlas tanto de mí?

Dejé de sonreír y sostuve su mirada.

—Yo no me burlo —susurré.

—Y una mierda. Estás siendo sarcástico.

Me mordí el labio. Empezaba a sentirme arrepentido. No pretendía enfadarla.

—Lo siento. Es que yo... soy así. No lo hago aposta. Vivo en Scovill Avenue. Cleveland —cedí, con los ojos entornados.

Me siguió observando unos instantes más, toda ella la pura definición de la palabra desconfianza, y luego me sonrió.

—Está bien. Te perdono. Pero solo si bailas conmigo.

Hice una mueca.

—Oh, venga ya. No quieres bailar conmigo, confía en mí. ¿Qué pensarían tus amigos?

—¿Que me he llevado al chico más guapo de la fiesta? —me propuso, con aire travieso.

Aparté la mirada y cabeceé, un poco incómodo. Ella soltó una carcajada.

—¡Dios mío! ¡No me lo creo! ¡El chico malo se ha ruborizado! ¿Qué pasa, nunca te han hecho un cumplido?

Mortificado, volví la mirada hacia la suya.

—Ahora que lo mencionas, no. Nunca me han hecho un cumplido.

Se tornó seria de inmediato. Me estudió con curiosidad cuestión de veinte segundos, y yo me sentí cada vez más fuera de lugar.

—Pues eres guapo —sentenció en un susurro.

Le sonreí. Muy poco.

—Tú tampoco estás nada mal —repliqué con voz rasposa.

Una sonrisa de oreja a oreja iluminó su rostro.

—¿Que no estoy nada mal? —Me dio otro golpe en el brazo—. ¡Más quisieras tú salir con alguien como yo!

Sacudí la cabeza, sin quebrantar la intensidad de nuestro contacto visual.

—No funcionaría —musité, y mi tono sonó mucho más ronco que antes.

Ella ladeó la cabeza hacia la derecha. Sus ojos eran muy brillantes. Enormes. De un azul purísimo.

—¿Por qué no?

Tuve la impresión de que iba en serio. Tragué saliva y callé durante unos segundos. Bajé la mirada y me examiné los nudillos de las manos y las puntas de las zapatillas. No sabía cómo decírselo.

—No soy el chico que a tu padre le gustaría —confesé, alzando los ojos hacia los suyos.

Me di cuenta de que algo moría en su mirada en ese momento.

—Mi padre abusó de mí cuando tenía doce años —soltó con nitidez y una frialdad que me estremeció—. Ningún chico le gustaría.

Me quedé lívido, los ojos abiertos de par en par. ¿Qué coño podía replicar a eso?

Ella agitó la cabeza, como irritada consigo misma, y rehuyó mi mirada.

—Joder, no sé por qué te lo he dicho. No voy por ahí contándoselo a la gente. Baila conmigo, anda —susurró, con voz queda—. Creo que hay por ahí un CD de 2Pac.

Se levantó, me cogió de la mano y me arrastró tras ella. Estaba tan aturdido que no fui capaz de reaccionar de ningún modo. Lo único que sabía era que ansiaba coger a su padre por el cuello y reventarlo a puñetazos.

Me llevó al salón, le susurró algo a una chica y se volvió para encararme.

—¿En qué piensas? —inquirió, después de haberme estudiado con suma atención durante unos segundos.

—En cómo sería matarle —gruñí mientras mis pensamientos trastabillaban los unos contra los otros dentro de mi cabeza.

—¿A quién?

—A tu jodido padre.

Sus labios bufaron una especie de sonrisa.

—Yo lo pensé muchas veces, pero no vale la pena. Estaba borracho y no sabía lo que hacía. Solo sucedió una vez. Nunca hablamos de ello.

Todos los críos de ese salón tenían los ojos fijos en mí. Yo miraba a Serena. Para mí, lo que nos rodeaba no existía.

—¿Lo sabe tu madre? —susurré, y ella lo negó despacio.

—Mi madre murió cuando yo tenía dos años.

Entrecerré los ojos y los mantuve así durante unos segundos.

—Lo siento —susurré por fin.

Ella intentó sonreír, pero la sonrisa fue tan amarga que no tardó más de lo que dura un parpadeo en morir encima de sus labios.

—Gracias. ¿Sabes?, nunca he hablado de esto con nadie. Sigo sin entender por qué lo he hecho contigo.

Alguien cambió la música y empezó a sonar una canción que me era muy familiar.

—Ya veo que te gusta 2Pac —comenté, con los ojos bajados hacia los suyos. Era bastante más alto que ella.

Me miró por debajo de las largas pestañas cargadas de rímel; sus ojos azules se pasearon por todo mi rostro y mi corazón se contrajo de ternura.

—¿Bailarás conmigo? —preguntó con tono cansado.

Mi boca se distendió en una sonrisa.

—Si me lo preguntas con esos ojos clavados en los míos, no puedo rehusar.

—¿Por qué? ¿Qué les pasa a mis ojos?

Me quedé mirándolos unos segundos más de la cuenta y volví a sonreír.

—Son muy bonitos —susurré, absorto.

Ella me devolvió una sonrisa angustiada.

—Gracias.

La cogí por la cintura con suavidad y la acerqué a mí. No sé por qué, pero sentía la necesidad de protegerla. En ese momento me habría cargado a cualquiera que intentara hacerle daño a esa chica.

Bailé con ella mientras 2Pac cantaba: *lo único que necesito en esta vida de pecado, somos yo y mi novia*. Ese tío era el puto rey.

Bajé la mirada hacia la chica que estaba entre mis brazos. Tenía ganas de besarla. De hecho, me moría por besarla. Pero no iba a hacerlo. Le habían hecho bastante daño en su vida. No se merecía a alguien como yo para que la arrastrara a una vida de mierda. Ella era una niña bien, era evidente. Su ropa, su porte. No conocía las calles como yo. Quizá algún día sería digno de ella, pero esa noche no lo era, así que me limité a pasarme la lengua por los labios y a mordérmelos, enfocando su boca, carnosa y un poco entreabierta, e imaginando como sería si pudiera sentirla temblar encima de la mía.

Cuando acabó la canción, ella se puso de puntillas y me dio un beso en la mejilla. Recuerdo perfectamente el sentimiento que me inundó cuando sus cálidos labios rozaron mi piel por primera vez. Creo que fue el mejor momento de mi vida hasta aquel entonces.

Cerré los ojos mientras luchaba contra el impulso de cogerla entre mis brazos y besarla como nunca en su vida la habían besado.

—¿Por qué has hecho eso? —le susurré cuando el peligro de abalanzarme sobre ella hubo pasado.

Me atreví a mirarla, y ella sostuvo mis ojos con expresión tímida.

—Gracias por bailar conmigo, Aiden. Ahora tengo que volver a casa. Mi primo ha venido a buscarme.

Cuando se dio la vuelta para marcharse, caí en la cuenta de que no conocía su nombre, así que la cogí de la mano y la detuve.

—Espera. ¿Cómo te llamas?

Frunció el ceño como si se sintiera desconcertada.

—Perdona. Estaba segura de que lo sabías. Soy Serena.

Me quedé con la mandíbula un poco desencajada. ¿Ella era Serena? ¿La Serena que salía con el neandertal? No era para nada lo que yo había imaginado.

—¿Serena? —balbucí para mí, todavía sin creérmelo.

Me guiñó un ojo.

—Hasta otra, Aiden.

No fui capaz de reaccionar hasta que se alejó un par de pasos.

—¡Serena! —la llamé con voz lo bastante alta como para hacerme escuchar a través del alboroto colectivo.

Ella se volvió y me miró expectante.

—Feliz cumpleaños —susurré al cabo de un buen rato.

Me sonrió, asintió y se marchó. Advertí la presencia de Ax, en la otra punta del salón. Me miró con una extraña media sonrisa, y luego me dedicó un gesto afirmativo, como dándome su aprobación. Serena fue hacia él, le plantó un beso en la mejilla y se agarró a su brazo. Antes de salir, nuestros ojos se volvieron a encontrar por última vez.

Me quedé ahí, en mitad del salón, las manos hundidas en los bolsillos de los vaqueros, la respiración alterada, y la miré mientras se iba. El corazón me latía como loco, y solo sabía que la idea de no volver a verla me asustaba.

Capítulo 3

Esa fue una de las peores noches de mi vida: la noche en la que conocí a Serena. Y no por conocerla a ella, Serena siempre será lo mejor que me ha pasado en la vida, pero lo que sucedió a continuación, cuando regresé a Scovill Avenue, agrietó el recuerdo de nuestro primer encuentro.

Como en el barrio siempre había movidas, me vais a perdonar por no alterarme demasiado al aterrizar en lo que parecía la escena de un crimen. Eso estaba a la orden del día en esa parte de Cleveland. La zona estaba acordonada y había algo así como cinco coches de policía impidiendo el paso. Me puse de puntillas para ver por encima del gentío, pero no vi nada, solo un cadáver tapado con una sábana blanca.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté a una señora con rulos.

Ella se volvió, me miró e hizo un gesto de desagrado. No me hacía falta ser un genio para comprender que ella y yo nunca íbamos a ser grandes amigos.

—No tengo ni idea —ladró, y al punto volvió la mirada al frente, como si le diera asco mirarme.

Lo sabía perfectamente, pero no le dio la gana decírmelo.

—La gente como tú siempre se mete en problemas —añadió.

Puse los ojos en blanco y di media vuelta. Vi a Ash apoyado contra su moto, fumándose un cigarrillo. Fui hacia él. Cualquier cosa que pasaba en el barrio, Ash lo sabía. Por algo era el rey de Scovill Avenue.

—Eh, ¿qué coño ha pasado ahí?

El primer impulso de Ash fue apretar la mandíbula y los puños. Así era él, desconfiado por naturaleza. Siempre sospechaba de la gente que se le acercaba. Solo se relajó cuando se dio cuenta de que era yo, alguien a quien conocía. Se enderezó, vino hacia mí y me dio una palmada en el hombro.

—Lo siento, tío. Lo siento mucho.

Mis facciones se torcieron en un gesto huraño. ¿Qué se había fumado ese chico?

—¿Por qué lo sientes?

—Sé que era amigo tuyo, y debe de ser difícil verlo ahí, tapado con la puta sábana. Les dije a esos mamones de mierda que lo llevaran de una vez, pero ni puñetero caso. Como si hablara con las paredes. ¡Putos maderos de mierda!

El corazón me dio un vuelco.

—¿Ash, de qué coño hablas?

Se me contrajo el corazón ante su mirada compasiva.

—Ese de ahí es Jinx, tío. Le han pegado un tiro.

—¿Jinx?! Te refieres a mi...

Ash asintió despacio, confirmando lo que yo no quería que me confirmara.

Me volví loco en ese momento. Eché a correr hacia la escena del crimen, empujado a todo aquel que se interpusiera en mi camino. Llegué a la cinta amarilla y quise arrancarla. Un policía me detuvo, no sé lo que dijo, no podía escucharle. Mis ojos solo podían mirar esa sábana manchada de sangre. Mi amigo, ¡mi hermano!, yacía debajo de ella. Le habían pegado un tiro y yo no había estado ahí para protegerle.

—Se lo vuelvo a repetir. Retroceda. Está alterando la escena de un crimen.

Agarré por el cuello al agente de policía que me estaba hablando y le pegué un puñetazo en toda la cara.

—¡Eh, eh, eh! —gritó Ash.

Cuando iba camino de propinarle el segundo golpe, Ash me cogió por el brazo y me empujó hacia atrás.

—Tranquilízate —gruñó, amenazándome con el dedo índice—. Lo siento, agente. Está en estado de *shock*. Conocía a la víctima. Si le deja marchar, le prometo que me haré cargo de él.

—Está bien, pero llévatelo de una vez, antes de que cambie de opinión y le detenga por agredir a un agente de la ley.

—Gracias. Vamos, Aiden, tío, cálmate.

No podía concentrarme en nada, lo vivía todo de modo abstracto, como si estuviese atrapado en una pesadilla de la que iba a despertar de un momento al otro.

—¡Está muerto! ¡Jinx! está muerto...

—¡Lo sé! —Ash me miró, se pasó una mano por las facciones desencajadas y luego me volvió a mirar mientras agitaba la cabeza—. Pero pegar a ese madero no arreglará nada. Harás que te detenga, y no es un buen momento ahora.

Me mesé el pelo, me cogí la cabeza entre las manos y empecé a menearme de un lado al otro, preso de una frenética desesperación que era incapaz de controlar. Lo contemplaba todo con mirada torva, la mirada de alguien cuyo sufrimiento era inaguantable. La sábana, la sangre en la calzada, el aspecto de hombre torturado que mostraba Ash...

Deseé con todas mis fuerzas que se tratase de un sueño, aunque en mi fuero interno sabía que no lo era. Era real. Esa era mi vida, y Jinx éramos todos. ¡Cualquiera de nosotros! A cualquiera le podían pegar un tiro, en cualquier lugar, a cualquier hora. Nuestras vidas no importaban. Las vidas de los pobres nunca importan.

—¡Oh, Dios mío! ¡Jinx! ¡Joder, tío!

Me mordí el puño y ahogué un grito. Estaba tan rabioso que quería pegarme con todo el mundo. Ash posó una mano sobre mi brazo, y yo noté cómo se me tensaba cada músculo, cada fibra de mí se endurecía ante su roce. Aún no sé cómo conseguí controlarme para no pegarle un puñetazo. Me sentía como uno de esos animales heridos que atacan a cualquiera que se les acerca.

—Oye, necesito que te calmes, King, porque tengo que ir a hablar con su hermana y quiero que me acompañes.

Lo miré con ojos relucientes.

—¿Con Mia? ¿Qué coño tienes tú que hablar con Mia?

Ash bajó la mirada al suelo, sacudió la cabeza y se pasó la lengua por los labios. Me di cuenta de que estaba igual de tenso. Quería decir algo y no sabía cómo empezar.

—Esto es cosa mía —dijo finalmente—. Ahora tengo que arreglarlo.

Mi repugnancia se desbordó.

—¿Cosa tuya? Fuiste tú el que mató a...

—¡No! —me interrumpió en un rugido—. Mantén los puños quietos, te lo advierto. No me hagas que te parta la puta cara.

Apreté los puños. Estaba a punto de lanzarme sobre él.

—Más vale que me expliques qué coño está pasando —amenacé entre dientes.

Ante el tinte agresivo de mi voz, Ash levantó las manos en actitud pacífica.

—Jinx trabajaba para mí.

—¿Un camello? ¡Jinx no era ningún puto camello, joder! —rugí.

Algo se contrajo en la mandíbula de Ash, y sus ojos me parecieron hielo azul cuando se clavaron en los míos.

—Resulta que sí lo era.

—¿De qué estás hablando? —demandé saber, con voz baja y letal.

Ash se peinó el cabello rubio con los dedos. Casi le rozaba los hombros. A otros hombres les habría concedido un aspecto afeminado. No a él. No había nada afeminado en Ash Williams. Era demasiado rudo, demasiado áspero. Lo envolvía un aire demasiado peligroso y salvaje.

—¡Vamos, tío! Hace tiempo que su madre se largó con ese mierda y dejó a Jinx con su hermana de ocho años. ¿De dónde coño crees que sacaba el dinero para el alquiler y el colegio de la niña, eh? Vino a verme para pedirme trabajo. La situación era desesperada y yo lo ayudé.

—¡¿Lo ayudaste?! —rugí, sin dar crédito—. ¡Dios mío! ¡Lo ayudaste! ¡¿Pero tú te estás escuchando?! ¡Hiciste que lo mataran, joder!

Quise pegarlo, pero Ash puso una mano sobre mi pecho y me lanzó tal mirada de advertencia que me enfrió un poco la sangre.

—Y te aseguro que esos negratos de Detroit pagarán por su muerte. Pero de momento, tengo que ocuparme de su hermana.

—¿Tú? —pregunté, tan incrédulo que parecí incluso burlón—. Vas a ocuparte de su hermana, ¿tú?

—¿Y quién coño va a hacerlo sino, eh? Esa niña no tiene a nadie más. Sin mí, acabará en la calle, trabajando para ese capullo de Brown. ¿Es eso lo que quieres? ¿Que una niña de diez años acabe chupando pollas por cinco pavos como hace tu madre?

—No, si al final conseguirás que te parta los piños... —gruñí.

Ash hizo una mueca.

—Lo siento. No debí haber sacado el tema. Anda, acompáñame a hablar con Mia. Me la llevaré a casa. No puede vivir sola.

Todavía tenía ganas de calentarme con él por haber arrastrado a mi mejor amigo al mundo de las drogas y haber hecho que lo mataran, pero tuve que priorizar y, sin duda, la seguridad de Mia era lo más importante en ese momento.

Sin más preámbulos, me fui con Ash hacia la casa donde vivía Mia, un edificio de madera tan pequeño y tan destartado como los demás. El matiz ahumado que envolvía la construcción todavía recordaba al incendio provocado por la madre de Jinx, que se había pasado con el crack unos años atrás y había pegado fuego a la casa sin querer. Cosas como aquella sucedían bastante a menudo en Scovill Avenue.

En nuestro barrio, la pobreza y la dejadez vibraban en cada rincón. Las fachadas de las viviendas de madera estaban desvencijadas. Los jardines, llenos de malezas secas. Los políticos en la tele hablaban de una gran nación. Era evidente que nunca habían pisado esa parte de Scovill Avenue.

—Mia, abre. Soy Ash, y Aiden viene conmigo.

Lo que sucedió a continuación lo tengo demasiado borroso. Yo estaba hecho polvo por la muerte de mi mejor amigo, y tener que decírselo a su hermanita, decirle que un cobarde hijo de su madre le había pegado un tiro en la nuca, no me resultó nada fácil. Aun así, lo hice lo mejor que pude. Al igual que lo hizo Ash. Tengo que reconocerle al menos ese mérito.

—Creo que deberíamos marcharnos ya —me susurró Ash—. Mira a ver si puedes meter algo de ropa de Mia en una bolsa. Al menos para un par de días. Luego ya le compraré algo.

Asentí y me puse en marcha. No podía pasar más tiempo en esa casa, rodeado de tantos buenos recuerdos.

Después de realizar la desagradable tarea de pasar por la habitación de Jinx para ir a la de Mia, Ash y yo nos la llevamos, envuelta en una manta, a su casa, donde él prometió cuidar de ella como si fuese su hermana. Me lo creí. A pesar de todo, Ash Williams era un tío legal; un antihéroe trágico pero noble. Si prometía algo, lo cumplía. Confiaba en su palabra.

Así que dejé a Mia en sus manos y me fui por fin a casa. Nunca me había sentido peor. Mis movimientos, lentos y forzados, mostraban claras señales de derrota que ni siquiera me molesté en disimular. Estaba hecho polvo.

Los coches de policía me adelantaron con las sirenas en marcha. No me inmuté. No importaba. A mis espaldas, ya estaba saliendo el sol. Jinx nunca volvería a ver un amanecer. Esa era la única idea en la que podía concentrarme.

Solo tuve tiempo de guardar mis quinientos pavos bajo el asqueroso colchón de mi cuarto. No podía permitirme el lujo de quedarme en casa para ahondar en la miseria. Mi turno en la gasolinera estaba a punto de comenzar.

Empezó a nevar precisamente la mañana en la que enterramos a Jinx. Al principio, solo estábamos Mía, Ash, yo y un par de colegas del barrio, pero al cabo de unos diez minutos, llegó todo un ejército de moteros, amigos de Ash. En mi interior agradecí el apoyo. Si estaba rodeado de gente, era más difícil desmoronarme. Me venía bien estar ocupado.

Incluso Seven, rubia, alta y toda vestida de cuero, se acercó para darme el pésame. Era una chica curiosa, problemática y desagradable la mayoría de las veces. Solo se llevaba bien con Ash. Por algún motivo que yo no alcanzaba a comprender, a Ash le gustaba Seven. Era como su mano derecha, la mujer a la que él se lo confiaba todo, incluida su propia vida.

Mantenían una relación muy extraña, casi tóxica. No debía de ser su novia, pues él salía con otras chicas, y ella también. A lo mejor tenían una relación abierta. Nunca lo supe, y tampoco le di demasiadas vueltas aquel día. Tenía otras cosas más importantes por las que preocuparme.

Fue un entierro bonito. A Jinx le hubiese gustado. No lloré, me sentía demasiado congelado. No tanto por el frío. Se trataba más bien de una gelidez interior. Estaba congelado por dentro, como si el dolor me hubiese paralizado. Cuando te niegas a aceptar algo, simplemente te estancas y no puedes seguir adelante.

Mia estuvo abrazada a mí todo el rato, sollozando con el rostro hundido en mi sudadera. Intenté consolarla, aunque fue en vano. De todos modos, ¿qué podía decirle? ¿Que su hermano estaba en un sitio mejor? Yo no era tan hipócrita. No había ningún puto sitio mejor.

Cuando acabó la ceremonia y Jinx fue sepultado, nos marchamos hacia la salida. Vi que Ash le pasaba disimuladamente una pistola a Seven.

—¿Eh, qué coño estáis haciendo con eso? Esperad al menos a salir del cementerio. Todavía estamos en tierra sagrada, por si no os habéis dado cuenta.

—Métete en tus propios asuntos, rapero —advirtió ella, desagradable y hostil como siempre.

Ash me dirigió una mirada. Sin embargo, sentí que no era capaz de verme. Sus ojos azules apuntaban a lo lejos, perdidos en el horizonte.

—Nos vamos a Detroit —me contestó, abatido—. La guerra ha comenzado, tío. He reunido a

todos los hermanos, porque vamos a ir a vengarnos de la muerte de Jinx.

Su expresión era fría, rígida. Me quedé pasmado. ¿Cómo podía decir esas cosas con tanta normalidad?

—¿Qué?

Ash apretó la mandíbula y su sonrisa era una mueca que daba escalofríos.

—Vamos a matar a todo el mundo —declaró entre dientes, y su voz me sonó diferente, ribeteada con alguna especie de ira que me puso los pelos de punta.

Joder, nunca había visto nada tan aterrador como la expresión de Ash ese día.

—Jinx se había convertido en mi familia —prosiguió, volviendo los ojos hacia los míos—, y la familia es lo más importante que tenemos, Aiden. Sobre todo, para aquellos que no tenemos nada más a lo que aferrarnos.

Se puso el casco y se subió encima de la moto. Seven lo imitó. Yo estaba demasiado pasmado como para reaccionar.

—Hazme un favor, ¿quieres?

—¿El qué? —conseguí balbucir mientras los contemplaba embotado.

—Si no vuelvo, cuida de Mia por mí.

Arrancó la *Harley* y se marchó, con Seven y todos sus *hermanos* siguiéndolo. No conocía a los de Detroit, pero la banda de Ash era lo más chungo que había en Ohio. Casi que sentía pena por cualquiera que se interpusiera en su camino.

Como no sabía qué otra cosa hacer, me llevé a Mia a comer un helado. Solía gustarle mucho el helado de vainilla, pero esta vez ni siquiera lo tocó. No hablamos de nada, estuvimos los dos sentados en esa cafetería durante horas, con los ojos perdidos en la nada y millones de preguntas debatiéndose dentro de nuestras cabezas. No podía creer que Jinx estuviera muerto, y supongo que a ella también le costaba asimilarlo.

Tuve a la cría en mi casa hasta que volvió Ash. Cuando le abrí la puerta y le dejé entrar, vi que tenía la camiseta blanca machada de sangre y nada humano se reflejaba en su rostro o en su mirada. No parecía el mismo Ash de siempre.

No pregunté qué había sucedido en Detroit. El hecho de que él estuviera de vuelta significaba que habían ganado la guerra y que los cobardes que se habían cargado a Jinx por la espalda ya estaban muertos. Me bastaba con saber eso.

—¿Ha cenado? —me preguntó Ash con una suavidad sorprendente en alguien tan áspero como él.

Negué, con mirada ausente.

—Está bien —le escuché decir detrás de mí—. Le prepararé algo en casa. Una tortilla o algo así.

Era como si buscara mi acuerdo, como si quisiera que yo diera mi aprobación al menú.

—Está dormida —fue todo lo que dije. Las palabras se negaban a nacer dentro de mi aturdido cerebro.

—Pero tiene que cenar, Aiden. Creo que lleva dos días sin comer nada.

Asentí y le traje a la niña, que se había quedado dormida en mi cama. Ash la cogió en brazos y sonrió un poco. Sonrió con tristeza.

Me había equivocado aquella noche al juzgarle. Aún había algo humano en su interior, después de todo. Cuando miraron a Mia, sus ojos dejaron de ser desalmados. La frialdad calculadora de su mirada se esfumó. Solo vi ternura y pesar en su rostro. Vi compasión.

¿Qué bestia es aquella capaz de sentir compasión? Que yo sepa, no hay ninguna sobre la faz

de la tierra. Creo que fue entonces cuando Ash Williams se ganó mi respeto.

—Gracias por cuidar de ella —susurró, para que el sonido de su voz no despertara a la niña.

No dije nada, solo moví un poco la cabeza para decir que no tenía importancia. Ash lanzó una mirada a las desconchadas paredes de mi salón, pero estaba demasiado entumecido como para avergonzarme de nuestra pobreza.

—Si necesitas algo, avísame —susurró—. Te debo una por lo de hoy.

En cuanto se fueron, me dejé caer en el sofá, mis ojos vacíos clavados en la pared. Había tenido una semana muy larga. Lo único que quería era que todo acabara. Pero quedaba un largo camino por delante.

Olvidar es la cosa más difícil que he hecho nunca. Incluso perdonar me resulta más sencillo.

Pasaré por alto un par de semanas, porque no sucedió nada verdaderamente importante. Fue mi cumpleaños, aunque no lo celebré. Nadie estaba de humor. Todos luchábamos por seguir adelante tras la muerte de Jinx. Yo trabajaba como un *hijoputa*, Mía iba al colegio y Ash se esforzaba en mantener a raya la delincuencia en el barrio. Su mayor preocupación era Brown, el chulo que se llevaba a nuestras chicas y las obligaba a hacer las calles.

Ash, si bien era un camello al cargo de una banda que no se echaba atrás a la hora de cometer un asesinato (o varios), tenía sus principios. La prostitución, en concreto, le enfermaba. Consideraba que las mujeres no eran objetos a los que usar, sino seres humanos que debían tomar sus propias decisiones. Por eso la había tomado con Brown.

Supe todo eso porque ahora estaba un poco más unido a él, por lo de Mia. Iba a verla a menudo, y como Ash siempre tramaba alguna cosa, era imposible no pillar de paso alguna conversación entre él y sus colegas más cercanos.

En Scovill Avenue se avecinaba una guerra entre el mundo de la droga y el de la prostitución. Yo, como siempre, me mantendría al margen. Creo que era el único del barrio que no estaba metido en nada ilegal. No pasaba droga ni la consumía, no mataba a nadie y no obligaba a las mujeres a prostituirse. Era un buen chico. Casi que ni encajaba en esa ratonera. Razón de más para querer salir de ahí cuanto antes.

—Desde que ese negrata ha ocupado nuestras calles, hay atracos y disparos a diario —escuché decir a Ash un día—. Ya no es seguro salir por ahí. Nuestras chicas tienen miedo de ir al colegio, por si alguno de esos depravados se les cruza en el camino. La semana pasada violaron a una niña del barrio en ese descampado de ahí. Solo tenía quince años. Debemos ocuparnos de Brown cuanto antes. La prostitución atrae a toda la escoria de la sociedad.

—¿Y la droga no? —me sorprendí hablando.

Ash y sus amigos se volvieron hacia mí. Me mordí la lengua. Hasta aquel momento ni se habían dado cuenta de que estaba apoyado contra el quicio de la puerta, esperando a que Mia bajara a jugar al baloncesto conmigo. Ahora sí, y no les gustó verme ahí.

—No, la droga no —contestó Ash irritado—. La mierda que vendemos no entra en Scovill Avenue.

—Qué considerado.

—No me toques los cojones, King. No estoy de humor.

—No te estoy tocando los cojones, *Ash* —repuse lentamente, enfatizando su nombre con

irritación—. Solo que me parece hipócrita quejarse de que Brown trae a toda la escoria a nuestras calles, cuando tú haces exactamente lo mismo en otros barrios, donde también vive gente normal como aquí. ¿Sabes que ahí también hay niñas que tienen miedo de ir al colegio por si les violan por el camino, y chicos que mueren de un disparo todas las semanas, como murió Jinx? Tenía veintidós años, tío. ¡Veintidós putos años!

Ash apretó las mandíbulas. Una parte de él sabía que yo llevaba razón.

—Algún día pienso dejarlo —me gruñó.

Me crucé de brazos y le lancé una mirada desprovista de cualquier sentimiento. Cristal no dejaba de decir lo mismo. Algún día pienso dejarlo. Algún día, algún día. Todos sabíamos que *algún día* nunca llegaría.

—¿Cuándo exactamente vas a dejarlo?

—Cuando sea capaz de vivir de otras actividades. ¿Querías algo, King?

—Estoy esperando a Mia. Vamos a jugar al baloncesto.

—Ya. Pues espera fuera.

Hice una mueca y salí. Pasé la tarde con Mia, corriendo por el patio, y ya no me preocupé más por las guerras internas de mi barrio. No me importaba. Cuanto menos supiera, mejor.

Era Nochebuena. Me pasé dos horas preparando la cena. Me había gastado una pasta en comprar un pavo y una botella de vino. Sabía que a Cristal le importaban una mierda las navidades. Aun así, elegí celebrarlas con ella. A pesar de todo, era mi madre, la única familia que tenía.

Cuando tuve el pavo asado y la mesa puesta, fui a buscarla a su habitación.

—Mamá, vamos, sal.

—¿Para qué? —ladró desde el otro lado de la puerta.

—Es Nochebuena.

—¿Y qué quieres, un puto abrazo?

Entorné los ojos. Qué encanto de mujer.

—He hecho pavo asado. Esperaba celebrar las navidades conmigo.

—Me suda el coño tu pavo asado y las jodidas navidades. ¡Largo! No tengo nada que celebrar.

Y para reiterarlo, lanzó algo contra la puerta, quizá un zapato. Sacudí la cabeza y la dejé en paz. Cené solo, en nuestra cochambrosa cocina, y no me levanté de la mesa hasta que me acabé toda la botella de vino. Siempre me resultaba dura esa época del año. Demasiados recuerdos desagradables, supongo.

Ya estaba bastante mareado cuando me trasladé al sofá y puse la tele. Echaban una película navideña cuyo principal mensaje era que, en navidades, las familias debían estar unidas.

—¡Que te den, Cristal! —maldije mientras apagaba la televisión. Lo que menos me apetecía era ver a una familia feliz reunida alrededor de una mesa bien decorada.

Me encerré en mi habitación de un portazo e intenté dormir. Fui incapaz. No dejaba de pensar en todas las navidades de mi infancia. Cada año conservaba la esperanza de que fuese distinto al anterior, que Cristal se convirtiera en una buena madre, de las que hacían galletas y envolvían regalos para sus hijos. No me hubiese importado recibir un par de calcetines o unos lápices de color. Sabía que éramos pobres. Lo único que quería era que ella se comportara como una madre,

aunque fuese un solo día al año.

Pero Cristal nunca fue una madre para mí.

[\[1\]](#) Canción *You Want It Darker*, Leonard Cohen